

FLORES DE FLANDES

Hadewijch de Amberes, mística y poetisa del siglo XIII, prácticamente ignorada hasta los años 1908-1914, es un exponente de la alta y profunda espiritualidad que se vivió en Holanda, Bélgica y Flandes desde el siglo XII y hasta el estallido de la Reforma luterana en el XVI. El jesuita P. Van Mierlo, profesor en la Universidad de San Ignacio (Amberes), publicó los manuscritos de Hadewijch, olvidados hasta principios del siglo XX. Fueron muy leídos en los s. XIII y XIV por Ruusbroec y Meister Eckhart, así como por las piadosísimas beguinas. Ahora Loet Swart y Carmen Ros nos ofrecen lo mejor de Hadewijch: *Cartas, Visiones, Canciones*. Las cartas, sobre todo, son himno llameante de amor a Dios. Libro que no puede faltar en bibliotecas de espiritualidad.

Beatriz de Nazareth (1200-1268) fue, desde sus siete años, regalada con intensa vivencia de Dios. Hay que lamentar que la mayor parte de sus escritos vivenciales hayan desaparecido. A pesar de todo, ha llegado hasta nosotros este breve y delicioso tratado: *Siete formas de amor*. En su original: *Van seven manieren van Heiligher Minnen*.

Tenemos aquí el intento más antiguo en lengua vulgar de describir experimentalmente la ascensión del alma a la unión con Dios. Lindo preludio de siete capítulos a las siete moradas del alma según Santa Teresa.



9 788479 145149

BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS19
B.A.C.FLORES DE FLANDES
HADEWIJCH DE AMBERES / BEATRIZ DE NAZARETHFLORES
DE FLANDES

HADEWIJCH DE AMBERES

Cartas • Visiones • Canciones

BEATRIZ DE NAZARETH

Siete formas de amorBIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS

La BAC

LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS (BAC) nació del tronco de La Editorial Católica y del impulso del catolicismo social que propugnaba el luego cardenal Ángel Herrera Oria. Su primer libro, la Sagrada Biblia, apareció el 18 de marzo de 1944. Desde entonces, la BAC ha mantenido los trazos de su primera identidad, que la presentan como *«el pan de nuestra cultura católica»* por su propósito de publicar lo mejor del patrimonio doctrinal y literario de la Iglesia y lo más granado del pensamiento cristiano de todas las épocas. De ahí que la BAC se haya reconocido siempre como *un servicio hecho a la fe y a la cultura*, máxime en su tradición de expresión castellana. Tal servicio lo realiza la BAC con *acendrado sentido eclesial*, acentuando la adhesión al magisterio del Papa y la comunión con toda la Iglesia bajo las directrices de los obispos. Y todo ello formando *una comunidad moral* en la que la Editorial sea puente de comunicación entre autores y lectores que no sólo aprecien el acervo secular del pensamiento cristiano, sino que lo enriquezcan con las aportaciones de cada momento histórico.

Para la realización de esta tarea en sus diversas secciones, colecciones y formatos, la BAC ha venido contando con el especial respaldo de la Universidad Pontificia de Salamanca y con la colaboración de todas las Órdenes y Congregaciones religiosas, así como con la asistencia y simpatía de autores y lectores, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres que, tanto en España e Hispanoamérica como en el resto del mundo, han sabido convertir a la BAC en un hogar intelectual y cultural abierto a todos.

No en vano la obra de la BAC ha sido ya definida como *«el mayor esfuerzo editorial realizado por católicos españoles desde hace siglos»*.

FLORES DE FLANDES

HADEWIJCH DE AMBERES

Cartas. Visiones. Canciones

BEATRIZ DE NAZARETH

Siete formas de amor

INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR

LOET SWART

TRADUCCIÓN POR

CARMEN ROS y LOET SWART

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MMI

Colección CLÁSICOS DE ESPIRITUALIDAD

Coordinador: Teodoro H. Martín

Consejo asesor: Salvador Ros, Centro Internacional de Espiritualidad (Ávila); Saturnino López Santidrián, Facultad de Teología (Burgos); Francisco Javier Sancho, Ediciones Monte Carmelo (Burgos); Miguel González, director del Equipo de Pastoral en la Confer (Madrid); Alberto Yubero, director de la Librería Carmelitana (Madrid); Loet Swart, profesor (Holanda).

*A dos mujeres consagradas al amor:
Carmen Ruiz y Carmen Parra*

A Lázaro Ros, por todo

Ilustración de portada: Miniatura del *Maaslands Psalter* (s.XIII)
Diseño: Cruz Lorente

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57. Madrid 2001
Depósito legal: 50.047-2001
ISBN: 84-7914-514-5
Impreso en España. Printed in Spain

ÍNDICE GENERAL

Págs.

HADEWIJCH DE AMBERES

INTRODUCCIÓN	3
I. Hadewijch de Amberes, un nombre... ..	3
II. ¿Quién era Hadewijch?	4
III. Las beguinas	6
IV. Hadewijch: Mística y mistagoga	9
V. Cartas, Visiones y Canciones	11
VI. Las dos piedras angulares del discurso de Hadewijch	16
VII. Los tres grandes temas de Hadewijch	23
VIII. Términos y conceptos específicos de Hadewijch	40
NUESTRA EDICIÓN	45
BIBLIOGRAFÍA	47
Cartas	51
Visiones	149
Canciones	213

BEATRIZ DE NAZARETH

INTRODUCCIÓN	241
I. Su vida	241
II. Las «siete formas de amor»	244
BIBLIOGRAFÍA	261
Siete formas de amor	263

HADEWIJCH DE AMBERES

INTRODUCCIÓN

La prosa más antigua en lengua neerlandesa es obra de una monja, que escribió sobre el amor místico. Poco después, una beguina escribió sus cartas, visiones y poemas, una obra centrada en el amor místico. Estas dos mujeres dan comienzo a la literatura neerlandesa y a la literatura mística en lenguas vernáculas. Aunque nos separan ocho siglos de ellas, sus obras todavía se leen, se estudian y se disfrutan. El hecho de que las mujeres se hicieran con la pluma y ejercieran un magisterio no fue bien considerado por todos. El entusiasmo religioso era tan grande, que no sólo ocurrió, sino que ocurrió mucho. Mujeres ilustradas, aquí y allá en las actuales Bélgica, Holanda y Alemania, leían la Biblia, escritos teológicos, y escribían textos espirituales. En torno a 1250 Lamprecht von Regensburg escribió los siguientes versos, donde «el arte» refiere al arte de escribir sobre asuntos elevados:

En nuestros días,
en Brabante y Baviera,
el arte se ha erigido entre mujeres.
¿Señor Dios, qué arte es ese
que una vieja comprende mejor
que un hombre de espíritu?

El hecho es que los escritos de Hadewijch y Beatriz de Nazareth todavía inspiran tanto a hombres como a mujeres.

I. HADEWIJCH DE AMBERES, UN NOMBRE...

Desde el siglo XIII nos llegan unos escritos de excepcional valor literario y espiritual, que surgen en el contexto de las primeras beguinas. Hadewijch de Amberes es el nombre de la autora que nos ha legado la tradición. Alrededor del 1500 todavía era muy respetada y leída, pero, después, su trabajo permaneció olvidado durante casi cuatro siglos en colecciones de manuscritos, sin que nunca se imprimiera. Sabemos por reconstrucciones que

fue una mujer flamenca que vivió como beguina y se reveló como guía espiritual en su comunidad. Un siglo más tarde, en el entorno del gran místico Jan van Ruusbroec (1293-1381), se la valoraba altamente como escritora mística, una «verdadera maestra». Esta valoración se basa en el conocimiento de sus escritos y se expresa al hablar de ellos, pero no atañe a su persona. Esto hace suponer que ni siquiera en aquel tiempo existía una biografía sobre ella, que habría tenido carácter de hagiografía. El hecho de que su nombre cayera en el olvido, sin duda, contribuyó a que también sus escritos fueran olvidados. Hacia la segunda mitad del s. XIX se hallaron dos manuscritos diferentes con su obra, aunque sin atribución. Treinta años más tarde, se encuentra un tercer manuscrito, que contiene el nombre de la autora: Hadewijch¹. En las investigaciones que se realizaron para conocer su origen no se pudo establecer relación con ninguna de las mujeres que se podían encontrar en los archivos bajo ese nombre. Sin embargo, se pudo trazar su fama como autora gracias al hallazgo de ciertos catálogos de abadías que recogían sus textos, así como de manuscritos alemanes con traducciones de sus cartas, aunque bajo nombre errado. Desde que se publicaron los trabajos del gran estudioso de Hadewijch, J. van Mierlo s.j., se la considera como una de las autoras más importantes de la literatura neerlandesa, y su trabajo ocupa un lugar cada vez más relevante en el panorama internacional de la literatura mística cristiana.

II. ¿QUIÉN ERA HADEWIJCH?

Como ya se ha dicho, no queda ninguna biografía de Hadewigis o Hadewijch. El lugar al que se asocia su nombre, Amberes, no es suficiente como punto de partida para obtener más información. Sin embargo, por reconstrucción y deducción, conoce-

¹ El *corpus* de su obra se compone de 31 cartas, 45 canciones (*Strofische Gedichten*), 14 visiones y 16 cartas versificadas (*Rijmbrieven* o *Mengeldichten*). En dos de los manuscritos aparecen 29 cartas versificadas en lugar de 16. Las cartas números 17-29 fueron escritas, prácticamente en su totalidad, por un autor desconocido, pero que se sabe cercano a la espiritualidad de Margarita Porete.

mos una serie de datos, en los que los especialistas coinciden, sobre la época en la que vivió. Así, Hadewijch, en uno de sus textos más curiosos, conocido como la «Lista de los Perfectos», enumera personas que, según su criterio, han alcanzado la perfección en el amor. En esta lista, junto a personajes bíblicos y santos, aparecen también los nombres de coetáneos, tanto muertos como vivos. Ése es el caso de una beguina, la última de los muertos que aparece en la Lista, sobre la que Hadewijch escribe: *Una beguina que, por causa de su amor verdadero, fue ajusticiada por orden del maestro Robbaert, es la vigésima novena*. Esta nota críptica pone de manifiesto los conflictos, de carácter tanto religioso como social, que el movimiento de las beguinas ocasionó. Las investigaciones señalan que, con «maestro Robbaert», se refería al inquisidor Robert le Bougre, quien, el 17 de febrero de 1237, ordenó que una beguina, de nombre Alaydis, fuera quemada. Debido al enorme respeto del que ésta disfrutaba, tras su ejecución se produjo un violento levantamiento popular que provocó, entre otras causas, que en 1239 Robert le Bougre fuera destituido de su cargo. Si, en efecto, Hadewijch se refiere a este acontecimiento, debería haber completado su *Libro de Visiones* con posterioridad a 1237. De manera comparable podemos establecer un *terminus ante quem*. Entre aquellos que alcanzaron la perfección y que continuaban vivos, nombra en la Lista a «siete eremitas» que levantaron su campamento junto al Muro de Jerusalén. Dado que, tras la derrota del ejército cristiano en Gaza en 1244, la Ciudad Santa cayó en manos de los sarracenos, no es muy probable que, después de esa fecha, eremitas cristianos permanecieran junto a dicho muro. De esta forma, podemos afirmar, con toda probabilidad, que el *Libro de Visiones* fue redactado entre 1237 y 1244. En cambio, no hay ningún dato en los escritos que apoye la creencia tradicional de que Hadewijch es originaria de Amberes. Su nombre se asoció con esta ciudad basándose en una vieja referencia. De lo que no hay duda es de que la lengua que utiliza es propia del Ducado de Brabante.

Las *Cartas* y *Canciones* de Hadewijch dan fe del elevado nivel cultural de su autora y ponen de manifiesto un gran dominio de la lengua, que despierta mayor admiración si tenemos en cuenta

que Hadewijch se sitúa en los albores de la literatura de los Países Bajos: la lengua se encontraba aún en desarrollo y debía continuar forjándose. También hay que tener en cuenta que el tema de estos escritos no era la vida cotidiana, ni tampoco el caballeresco, sino que hablaba de experiencias que nunca antes se habían expresado en lengua vernácula. Su estilo literario evidencia el talento de la autora, pero también deja entrever una educación refinada. Esto se ve confirmado por el hecho de que Hadewijch conocía las Sagradas Escrituras y sabía latín. En la Carta XVIII podemos encontrar la adaptación de un fragmento de *De natura et dignitate amoris* de Guillermo de Saint-Thierry; así como en la Carta X, una parte de *Explicatio in cantica canticorum* de Ricardo de San Víctor. También era una gran conocedora de la poesía trovadoresca francesa, que tomó como modelo para su lírica del amor místico. Todos estos datos señalan el origen noble o elevada posición de la escritora. Pasar de este ambiente a una comunidad de beguinas supone un cambio considerable, que nada tiene que ver con la respetada elección por la vida conventual, y es que las beguinas configuraban una subcultura que se miraba con recelo.

III. LAS BEGUINAS

Hacia el final del s.XII surgieron, en diversos lugares, grupos de mujeres que, siguiendo los pasos del movimiento mendicante, estaban imbuidas por la idea de una vivencia auténtica y radical del evangelio, con una gran dedicación social y una apasionada religiosidad. Es indiscutible que la mayoría de las primeras beguinas provenía de ambientes similares al de Hadewijch. Especialmente en los países no románicos, y más tarde también en Francia e Italia, el número de mujeres que se unían a estas comunidades era cada vez mayor, de forma que dieron lugar a un nuevo *status* social, ya que estas mujeres no optaban por el camino tradicional del matrimonio, ni tampoco por el de la vida conventual. Algunas llevaban una vida errante, otras vivían solas o en comunidades con compañeras y correligionarias.

En su origen, la palabra beguina era ofensiva, tenía connotaciones heréticas. Sin embargo, a medida que el movimiento se fue asentando y organizando, esta denominación fue adquiriendo un sentido honrado e incluso devoto. Al principio se refería a un movimiento desorganizado de mujeres piadosas (beatas) que, de forma voluntariosa e irritante para muchos, buscaban su ideal de vida evangélica. Debido a que muchas de estas comunidades presentaban un carácter extático y a que, además, en ocasiones, estas mujeres se permitían interpretar las Sagradas Escrituras, despertaban sospechas tanto entre la población como entre el clero. Una vida profundamente dedicada a la oración, una espiritualidad muy marcada por la Eucaristía y una gran dedicación social eran sus rasgos más destacados.

Probablemente fue Jacob de Vitry el primero que reconoció la extensión y multiformidad de estos movimientos religiosos, así como sus rasgos comunes esenciales y la relevancia que tuvieron en diferentes países europeos al comienzo del s.XIII. Jacob de Vitry vivió durante mucho tiempo como canónigo agustino cerca de María Oignies (1177-1213), una beguina de la que fue benefactor, confesor y predicador. A la muerte de ésta, a la que podemos considerar elemento central de la comunidad de las beguinas en Bélgica, escribió la historia de su vida. Él la describe, a ella y a otras mujeres belgas, como «las únicas fuerzas religiosas vivas capaces de detener, por una parte, la herejía, y, por otra, la decadencia y el anquilosamiento de la vida eclesiástica». En el año 1216, Jacob de Vitry se dirigió al nuevo Papa, Honorio III (1216-1227), que le acababa de nombrar obispo de Acco. Obtiene entonces el consentimiento papal que permite que, en la diócesis de Lieja, así como en Francia y Alemania, estas mujeres (beatas) pudieran «vivir en casas comunes y observarse y amonestarse mutuamente». Es decir: consentimiento para poder establecer comunidades de mujeres sin tener que adherirse a una orden determinada ni tener que aceptar una regla conventual autorizada.

Sin embargo, la benevolencia de la Iglesia con las beguinas no era precisamente generalizada. Estas mujeres levantaban grandes sospechas, no tanto por el hecho de que en sus comunidades

la oración y el desarrollo de la vida espiritual eran materias importantes, sino por desarrollar un ardiente discurso teológico. Por ejemplo, estaban fascinadas por la teología de la Trinidad. En materia teológica, todo era posible entre las beguinas, tanto el conocimiento profundo como la mera repetición automática de lo que otros han dicho; tanto la ortodoxia como las inclinaciones heréticas. De ahí que no escasearan las sospechas. En el segundo Concilio de Lyon, en 1274, donde se trató la situación religiosa del norte de Francia y Bélgica, se dijo de las beguinas que entre ellas se extendía, cada vez más, la búsqueda de sutilezas y novedades teológicas (*subtilitates et novitates*). Leían la Biblia en la lengua vernácula e interpretaban irresponsablemente las Escrituras en sus «conventos» o en la calle ². Por entonces, el conocido teólogo Enrique de Gante dijo: «Estas mujeres pretenden conocer lo que no les incumbe» ³.

Entre las beguinas, Hadewijch ocupa un importante lugar ⁴. Algunas afirmaciones de sus *Cartas* dejan ver que era una figura de confianza, aunque también una persona polémica. Ya fueran los celos del resto de la comunidad, ya sus radicales postulados, lo cierto es que, a causa de dificultades internas que ignoramos, se produjo un alejamiento entre Hadewijch y algunas de sus primeras «compañeras en la fe». Probablemente debía de ir de un lugar a otro, lo cual le producía gran pesar. En su Carta XXIX se lamenta de tener que ir errante por el país, y en la Carta V expresa su tristeza porque algunos pretenden impedir que siga tratando con miembros de su antigua comunidad. Muchas de las cartas están dirigidas a una amiga que aún formaba parte de la primera comunidad en la que vivió. Hadewijch había sido su guía espiritual, actividad que seguía realizando por correspondencia. Probablemente su expulsión tuvo como consecuencia el que, en torno a ella, se formara una nueva comunidad, en la que conoció a mucha gente, también hombres, que buscaban su ma-

² A. STROICH, «Collectio de scandalis ecclesiae, nova editio», en *Archivum Franciscanum Historicum*, 24, p.61.

³ *Summa Quaestionum Ordinarum*, q.12, 1.

⁴ En este período el movimiento aún no estaba orientado hacia el ejercicio organizado de la caridad que más tarde lo caracterizaría.

gisterio. En la Lista de los Perfectos, que se recoge al final del *Libro de Visiones*, se puede apreciar la influencia que ejercía: *Mina, una eremita que vivía en el corazón de Sajonia y a la que envié a Don Enrique de Breda, es la vigésima tercera. Honorio, que vivía sobre una roca en el mar, es el vigésimo cuarto. A él le envié un monje que venía a visitarme a menudo.*

IV. HADEWIJCH: MÍSTICA Y MISTAGOGA

El liderazgo de Hadewijch brota de dos impulsos básicos: su rica experiencia propia y la necesidad espiritual que encontró en su entorno. Su camino místico personal, su innegable talento para reflexionar sobre sus experiencias y su sensata distinción entre lo verdadero y lo falso la capacitaban para ayudar a los otros en su camino, lo cual constituye la verdadera finalidad de sus escritos. Tomando como referencia su propio testimonio, Hadewijch, desde muy joven, se sintió invadida por un amor que lo envolvía todo. Ella sentía a Dios de tal forma, que parecía derrumbarse, pero al mismo tiempo experimentaba una fuerza renovada que consideraba procedente de Dios mismo. Tras el éxtasis, y con la certeza de la unión con Dios en el amor, tiene lugar un doloroso proceso de aprendizaje en el que descubre que el gozo de la unión con Dios no es gratuito, sino que requiere una participación absoluta en la vida y, también, en el sufrimiento. Su tono es, en general, apasionado, aunque también da cabida a aspectos que, en principio, pueden parecer incompatibles como la ironía, la relatividad, o grandes dosis de realismo. Hadewijch escribe sobre su experiencia mística para estimular a otros a una vida de amor, y también para consolarse ante la adversidad. En este punto, ella nunca rehúye la crítica. Como en todos los ambientes espirituales, también en su comunidad existía el peligro de que se centraran en los dones religiosos y el consuelo. Algunos buscaban demostrar lo avanzados que estaban en ese camino místico, exhibiendo sus experiencias. Sin embargo, tanto la ilusión y el autoengaño, como el presumir de profundas experiencias místicas, obstaculizan el propio desarrollo y

el de los demás. Aquí hay que saber discernir, y Hadewijch siempre deja ver lo que es importante. Señala las virtudes y las responsabilidades concretas, y con esto imprime a sus escritos un tono realista que será característico de la mística neerlandesa.

Hay un punto que merece un comentario aparte, y es que Hadewijch, como muchos otros escritores místicos, escribe sobre el abandono que puede experimentarse en la vida del amor, es decir, la denominada «noche oscura», tan importante para el crecimiento espiritual. Lo que hacía que esta experiencia o fase constituyera un problema específico en su tiempo era la vinculación con un sentimiento generalizado, pero con apoyo doctrinal, sobre la inaccesibilidad de Dios. Un siglo antes, la teología había estado fuertemente influenciada por la filosofía islámico-helénica, que predicaba la incognoscibilidad de Dios⁵. El convencimiento de los teólogos de la Universidad de París y de los Studia Generalia, de que el ser humano, por sus limitaciones, no sería nunca capaz de comprender, ni de alcanzar a Dios, fue el origen de una lamentable división. A un lado quedó la teología racionalista, donde la espiritualidad no tenía cabida, y al otro, la devoción, que, por necesidad, evitaba la razón crítica. Escritores espirituales con profundo conocimiento teológico, como Bernardo de Claraval y Guillermo de Saint-Thierry, se opusieron enérgicamente al cisma que se estaba produciendo. En tiempos de Hadewijch, se distinguían dos tipos de clérigos «buenos». De un lado, los honrados devotos, que esquivaban el desafío que el pensamiento griego postulaba para poder adherirse completamente a la fe con su promesa de contemplación de Dios y de amistad con él. De otro lado estaban los cultos, que se debatían interiormente porque con su entendimiento eran conscientes de la incognoscibilidad de Dios, pero que, sin embargo, con su fe aceptaban las promesas del Evangelio. Al mismo tiempo, y a causa del mismo conflicto, Maimónides escribe su *Guía de perplejos*, en un intento de mediar entre tradición y espíritu crítico.

⁵ ALBERT DEBLAERE, «Hadewijch»: *Twintig eeuwen Vlaanderen*, XIII (Hasselt 1976) 27. Compárese: PAUL MOMMAERS, *Hadewijch, 'Schrijfster-Begijn-Mystica'* (Averbo-de-Kampen 1989) 103-113.

La gran importancia de Hadewijch, que siguió fundamentalmente el ejemplo de Guillermo de Saint-Thierry, aunque de forma muy personal, radica en que ella no cedió ante la tentación de minimizar la inteligencia humana o de desarrollar un discurso que no hiciera justicia a la trascendencia de Dios. Hadewijch rechazaba la espiritualidad carente de sentido crítico, basada tan sólo en los sentimientos y la devoción; y concedía a la razón un tratamiento preeminente en su obra, incluida la lírica (véase como ejemplo las *Canciones* XXV y XXX). En contrapartida, sólo en una situación habla sobre posibles errores de la razón, cuando se encuentra tan fascinada por la grandeza de Dios frente a la pequeñez del ser humano, que el camino espiritual no parece tener sentido. De este modo, la trascendencia de Dios, su grandeza frente a nuestra pequeñez y nuestra incapacidad para honrarle como corresponde a su dignidad, constituye uno de los temas clave de sus *Cartas*. Pero, a cambio, ofrece una serie de reflexiones que, si bien no eliminan la trascendencia de Dios, sí se oponen a la parálisis que la teología racionalista había originado. Según ella, Dios ha descendido hasta nuestra humanidad. ¿No es cierto que nuestro origen lo tenemos en Dios mismo, en quien nuestra imagen eterna está presente desde antes de la creación? ¿No es cierto que Dios nos llama a la unión con él y nos la exige? ¿Y no sería un agravio a Dios si no siguiéramos nuestro anhelo hasta el límite? ¿No es la afectividad una parte honesta de nuestra relación con Dios? Para todas estas preguntas nos ofrece afirmaciones claras, imágenes, representaciones visionarias y brillantes fragmentos de teología narrativa, todo alrededor de un núcleo común e inequívocamente mistagógico.

V. CARTAS, VISIONES Y CANCIONES

1. Cartas

Aquí es donde la visión mística de Hadewijch se expresa con mayor amplitud. A excepción de algunas cartas con destinatario expreso, nos encontramos ante textos epistolares en los que las principales características de las cartas están ausentes, y que se

encuentran más cerca de ser tratados. En general, vemos que en la literatura epistolar de la Edad Media era muy frecuente mezclar este género con el tratado. Es importante recordar que en esta época el conocimiento de la escritura estaba reservado a unos pocos instruidos. Éstos acudían al arte de escribir para comunicar «algo» que generalmente no se refería a ellos mismos. Además, el hecho de recibir una carta implicaba, casi automáticamente, leerla en voz alta, o dejar que se leyera, en el entorno inmediato o a un grupo de interesados. Así, aunque en las *Cartas* de Hadewijch encontramos rasgos específicos del género epistolar, como el saludo y el uso del estilo directo, vemos que su finalidad didáctica es indiscutible. Es más, cuando emplea la expresión «querida niña» no se refiere necesariamente a alguien joven, sino que más bien se refiere a alguien que tiene algo que aprender; «querida niña» es tanto expresión de alguien que habla con gran autoridad como la expresión de la afectuosa relación entre maestra y discípulo ⁶. Las *Cartas* surgen de la formación alrededor de Hadewijch de una comunidad de iniciadas, y fueron recopiladas como un libro sobre la vida rebotante de sabiduría. Las beguinas, que día a día comprobaban lo diferente que era su forma de vida con respecto a la del resto de la sociedad, precisamente por estar tan presentes en ella, encontraban apoyo en el ejemplo de una de las suyas, para quien el amor era el centro de su vida. Hallaban consuelo ante la adversidad, sobre todo porque Hadewijch era un ejemplo y ella misma tuvo que sobreponerse a tantos contratiempos, no sólo por parte de los hombres, sino también por parte de Dios, su Amor, de cuya presencia y elección se vio privada tantas veces. Sus *Cartas* señalan un camino, en ellas se nos presenta la vida y las elecciones de Hadewijch como un espejo. Esta función no sólo explica la presencia de cartas propiamente dichas y de tratados, sino también la intervención en el texto y en la ordenación de las cartas que se produce al recopilarlas. De algunas cartas no quedan más que

⁶ P. MOMMAERS-F. WILLAERT, «Mystisches Erlebnis und sprachliche Vermittlung in den Briefen Hadewijchs», en P. DINZELBACHER-D. R. BAUER (eds.), *Religiöse Frauenbewegung und mystische Frömmigkeit im Mittelalter* (Colonia-Viena 1988) 117-151.

fragmentos, que en su origen formaron parte de una unidad mayor. Probablemente se han suprimido las referencias a hechos concretos.

Un grupo aparte lo forman las denominadas Cartas versificadas (*Rijmbrieven* o *Mengeldichten*). En ellas, Hadewijch se dirige a alguien que le ha pedido que hable sobre el amor, y ella lo hace en verso. Esta poesía es más sencilla que la de las *Canciones*.

2. Visiones

El género de las *Visiones* significa, para el lector moderno, el contacto con un mundo enigmático. Posiblemente, para algunos lectores, la singular simbología y las amplias representaciones alegóricas presenten dificultades; también puede parecer extraño el modo en que el «yo» se sitúa en primer plano; seguramente las experiencias de éxtasis y las consiguientes alteraciones de la percepción extrañarán a más de uno. Sin embargo, aquellos que no se arredren ante lo insólito tendrán la oportunidad de saborear un ejemplo de la imaginación medieval, de excepcional belleza y expresividad. Pero, además, resultará que las imágenes pictóricas, cuyas valiosas fuentes son los libros del Apocalipsis y de los Profetas, son los medios con que Hadewijch evoca los momentos de aprendizaje de su camino místico, como el medio más eficaz para ilustrar sus lecciones. En este punto cabe recordar, una vez más, la motivación didáctica de la autora ⁷.

Como las *Cartas*, Hadewijch escribe el *Libro de Visiones* para una amiga, y a través de ésta, para un grupo de correligionarias. La última «Visión» está dirigida especialmente a alguien, y tiene sobre todo carácter epistolar. La destinataria atraviesa un momento de parálisis espiritual, ocasionada por la toma de conciencia de la grandeza y trascendencia de Dios. La narración de

⁷ Esto lo pone de manifiesto, ante todo, F. WILLAERT en su artículo «Hadewijch und ihr Kreis in den Visionen», en K. RUH, *Abendländische Mystik im Mittelalter* (Stuttgart 1986) 368-387 y en su edición de las *Visiones* (Amsterdam 1996).

la experiencia y el camino de Hadewijch es una respuesta a esa parálisis y a las preguntas que formula su amiga. Hadewijch también es consciente de la inconmensurable grandeza de Dios; sin embargo, ella sí ha experimentado la *unio* mística. Su vida es la prueba de que es posible llegar a ser uno con Dios, y de que la tesis filosófico-teológica de su incognoscibilidad no es más que una cara de la moneda. Mas esto no significa que la unión mística con Dios sea algo asequible. El camino para llegar a ella es el camino de la progresiva semejanza con Jesucristo, un duro recorrido que supone renunciar radicalmente, una y otra vez, a la propia voluntad y deseos, para ser uno con la voluntad de Dios. La sucesión de las *Visiones* nos muestra la senda de la infancia a la madurez, y luego a la perfección en el amor. Cada Visión presenta un punto en el que Hadewijch aún debe evolucionar, u ofrece comprensión y confirmación con respecto al camino recorrido. El hecho de que el proceso de crecimiento y perfección gire en torno a ella no significa que el libro se distinga por ser un documento centrado en el «yo». El «yo» de Hadewijch posee una función ejemplarizante y alentadora, de manera que la destinataria y sus compañeras puedan comprender que la unidad y la unión son posibles. Por otra parte, lo que Hadewijch expresa en forma de visiones constituye la justificación de su magisterio.

Las *Visiones* presentan una estructura determinada. Parten de la realidad cotidiana, suelen comenzar con una referencia a un contexto litúrgico concreto (*Era un domingo de la octava de Pentecostés* —Visión I,1), o con una descripción del anhelo místico de Hadewijch (*en ese tiempo me sentía traspasada por el deseo de saber cómo Dios toma y da —a los que viven completamente según la voluntad de él— cuando están perdidos en él y tomados en el gozo de la unión* —Visión VI,1). Tras este preámbulo, se nos anuncia una experiencia a otro nivel, para lo que la fórmula introductoria casi invariable es: *Y fui tomada en el espíritu*. En este transporte, ella escucha voces y contempla imágenes: un ángel, un águila, un guerrero, Jesucristo, etc. También encontramos imágenes menos figurativas que representan la dinámica profunda e inmanente de la divinidad. Precisamente en este nivel tiene lugar la verdadera experiencia visionaria. Esta experiencia, en cuanto a

visualización, puede compararse con los sueños, pero, entre otras cosas, se diferencia de ellos porque la interpretación de los símbolos que aparecen, o es evidente, o se proporciona en la misma visión. Podemos establecer otra comparación⁸ con el científico que realiza una exhaustiva investigación, pero que aún va a tientas, y *encuentra* de forma inesperada, como un regalo, la solución para el problema que tanto le preocupaba. En un estado de excepcional concentración e imaginación creadora, chispazos de entendimiento se proyectan en su espíritu, como si se tratara de una linterna mágica; por todo ello, y de un modo intenso y profundo, él entra en contacto con la realidad. En las *Visiones* de Hadewijch, en este nivel, el de la experiencia visionaria, se desarrolla el aprendizaje y, a veces, se formula explícitamente un encargo (*Desde ahora no bendecirás ni condenarás a nadie sin mi permiso y a cada uno harás justicia según merezca* —Visión VI,5). En algunas de las visiones se menciona que la experiencia visionaria cesa y que Hadewijch «vuelve a sí misma». Sin embargo, en la mayoría de las visiones, a esta experiencia la sigue otra de carácter diferente, la experiencia mística. La fórmula introductoria que emplea es: *Y fui tomada fuera del espíritu*. Aunque esta nueva experiencia no se describe, sí se indica: *ese gozo supremo de maravillas más allá de todo entendimiento* (Visión V,3). En diferentes ocasiones, a continuación se señala un «retorno al espíritu», donde de nuevo ve y oye con los ojos y los oídos del espíritu. Finalmente, Hadewijch «regresa de nuevo a sí misma», a la realidad cotidiana.

3. Canciones

La poesía de Hadewijch ha sido interpretada durante mucho tiempo como la expresión directa de su experiencia mística personal y de su camino al servicio del amor. Un poema místico parece estar ligado fundamentalmente a la persona del autor. Sin

⁸ P. MOMMAERS, «Het VI Visionen van Hadewijch»: *Ons geestelijk erf* 49 (1975) 3-17.

embargo, es posible que no haya una poesía que, por una parte, sea tan personal y original, y por otra, esté tan anclada a su entorno, como la poesía de Hadewijch. En efecto, tiene, como la lírica del amor cortés de los trovadores y troveros, un carácter «registrar»⁹. Con el término «registrar» o «registro» nos referimos a que los poetas de este género se ajustan a un determinado acervo de temas, motivos, conceptos, metros, etc. El arte no tenía, pues, que crear una historia original con su correspondiente expresión, sino que sirviéndose, más o menos, del material existente y de los elementos formales establecidos, se creaba una nueva composición. De esta forma, los oyentes preveían lo que iban a encontrar. Su admiración recaía en la capacidad del poeta para ofrecer una composición nueva dentro de los límites fijados por los códigos existentes. «La canción de amor cortés transmite un mensaje similar, pero cada vez de un modo diferente, por lo que se convierte en un lugar de asombro y reconocimiento al mismo tiempo»¹⁰. Hadewijch también se ciñe a una cantidad limitada de motivos, como la alegría y la tristeza, la luz y la oscuridad, lo dulce y lo amargo, etc. La finalidad de su poesía no es la expresión de una experiencia sumamente personal, sino dar voz a las experiencias de sus compañeras, proporcionarles un apoyo, sobre todo ante el abandono del amor, ofrecerles una esperanza. Toda la colección de poemas, que poseen un decidido carácter didáctico, contribuye a establecer una comunidad basada en la comunicación y a mantenerla unida en torno al amor.

VI. LAS DOS PIEDRAS ANGULARES DEL DISCURSO DE HADEWIJCH

1. El amor: foco de su experiencia

El amor es el principio, el centro y el final del camino místico de Hadewijch, es el camino en sí mismo. Una vez atrapada por la extremada experiencia del amor, y sin comprender lo que le

⁹ FRANK WILLAERT, *De poëtica van Hadewijch in de Strofische Gedichten* (Utrecht 1984).

¹⁰ WILLAERT, *De poëtica...*, o.c., 22.

sucede, se lo juega todo a una carta. Del mismo modo que su vida está dominada por el amor, lo está su discurso. Con esta palabra, amor, se refiere a los lazos entre Dios y los hombres o entre los hombres, pero, como personificación, muestra un sujeto que lo domina todo, un personaje «frente» al amante o al «yo». El yo/amante reacciona ante el amor, sufre por su ausencia y sus golpes, se pone a su servicio, etc. A veces se identifica a Dios o a Jesucristo explícitamente con el amor; en otros textos, Dios aparece como causa y dador de amor; y en otros, Dios tiene poder sobre el amor. También, en una ocasión, se afirma que el amor tiene poder sobre Jesucristo. El amor determina toda la relación, de modo que con esa palabra puede referirse a la persona que ama, a Dios, a la relación, o a la querida amiga a la que Hadewijch escribe. Si queremos tratar todos estos factores con justicia, debemos describir el término «amor» como la personificación de una intención, exigente y orientada a la unión. Hadewijch sitúa su origen en Dios, mas esta intención también puede despertarse en el hombre. Cuando el amante, el otro, el yo, la experiencia íntima y los distintos aspectos de la relación, se ven definidos y transformados por la dinámica de la unión, también reciben el nombre de amor.

Anteriormente ya vimos que Hadewijch, en su proceso de creación poética, se sirve, parcialmente, de la lírica del amor cortés. Sin embargo, mientras que las *Canciones* están condicionadas formalmente por la poesía de los trovadores, su contenido constituye una crítica implícita de la realidad a la que esa lírica se refiere: el amor cortés. El concepto que Hadewijch tiene acerca de la presencia o ausencia del amado es diferente. Aquí la mística flamenca coincide con el resto de sus hermanas en distintas comarcas europeas, en cuyas canciones de mujeres (profanas) también resuenan ideas distintas a las de los poetas del amor cortés. El amor cortés se centra en el deseo por la «Amada», casada, noble, y por quien el enamorado sería capaz de darlo todo. El objetivo no es el encuentro y la unión con la persona adorada. La inaccesibilidad del ser amado es la base de la *Joie* (alegría) del amante, quien hace de la insatisfacción el *summum* de su experiencia. Esta espiritualización del amor excluye, de

hecho, el erotismo, al «acotar» la sexualidad en un subplano aislado. Su «amor», en el sentido abstracto, lo reserva para lo inalcanzable. Frente a esta tradición, encontramos otra, menos extendida que la del amor cortés, como es la de las *Frauen* o *Mädchenlieder* en la literatura alemana, los *Refrains* en la francesa, o las *Cantigas de amigo* en la literatura portuguesa¹¹. En estas composiciones, las mujeres toman la palabra, en estructuras similares a las de la poesía cortesana contemporánea, aunque difieren tanto en el contenido como en la dinámica interna. Lo que estas mujeres tienen en común es que conciben la relación amorosa como el encuentro de los amantes, o se lamentan porque el amado se hace esperar. Por tanto, no son sólo poemas festivos, sino que muy a menudo expresan la amargura por la ausencia del ser amado. Justamente por eso se puede ver que tratan de sentimientos concretos profundamente humanos. No hay *Joie* en la insatisfacción, sino soledad, esperanza, verdadero deseo. En relación con la dinámica interna, Hadewijch, como representante de la mística del amor, coincide con sus hermanas literarias del resto de Europa: ella tampoco se resigna a la ausencia de su Amor. Paul Mommaers, en el prólogo a una edición de las *Canciones* de Hadewijch, señala: «Si hay algo que llame la atención en sus *Canciones*, aparte de la posición central del amor, es el que son endechas. Nos dice una y otra vez que el Amado no está y que su ausencia produce un insoportable dolor». En ocasiones, la poetisa expresa su desesperación: «me horroriza seguir viva»¹². Es bien posible, e incluso probable, que Hadewijch lo sintiera así más de una vez. Pero, sobre todo, es importante que con este grito da voz a la desesperación de sus compañeras, que también padecen ese abandono y que no saben qué hacer en este extraño juego del amor. Podían sentirse apoyadas por estos versos. Al no relacionarse con un solo poema, sino con el conjunto de las canciones, aprendían, junto a la autora, las leyes del amor.

¹¹ RIA LEMAIRE, «Vroegmiddeleeuwse vrouwenlyriek en hoofse mannenpoëzie», en *Sprekend. Teksten lezingencyclus «vrouwen en letteren»* (Nimega 1981) 125-156.

¹² *Van liefde en minne. De Strofische Gedichten*. Traducido por M. Ortmanns, introducido por Dr. P. Mommaers Societatis Jesu (Tiel-Bussum 1982) 8. Cf. Canción XVII, 4.

2. Dios, trino y uno, y el hombre como su imagen

La Trinidad es para Hadewijch una realidad viva que determina tanto su experiencia mística como la expresión de esa experiencia, y su mistagogía. El tema de la llamada a la unión, la progresiva semejanza con Dios, lo trata siempre en clave trinitaria. Sin embargo, como en ninguna parte formula una teología abstracta, para comprender su mística de forma adecuada es necesario dejar al descubierto aquello que presupone, y reconstruir la estructura conceptual subyacente.

a) Dios, trino y uno

Dios es uno, pero su unidad se expresa en diferentes dinámicas, tres Personas divinas, que se encuentran cada una con su propiedad¹³, pero que, al mismo tiempo, se reintegran en la Unidad divina. Estas dinámicas se exponen aquí de forma antitética, como «salida» —pero todavía en el interior de la Divinidad— y «retorno». Estos dos momentos no han de considerarse como un proceso sucesivo en el tiempo, sino como simultáneos y complementarios. Para comprender los textos de Hadewijch, es preferible distinguir aquí tres momentos, los cuales también son simultáneos y complementarios, a pesar de estar expresados en términos de «antes» y «después». Los tres momentos son: 1) el momento de la Unidad divina antes de que de ella surjan las tres Personas; 2) el momento en que cada Persona surge, adquiriendo carácter propio y «activo»; 3) el momento del más profundo y gozoso recogimiento en la Unidad. Nos detendremos en cada uno de ellos para ver cómo Hadewijch los utiliza y presupone.

¹³ Las tres grandes religiones monoteístas reconocen que Dios es uno. El hecho de que el Cristianismo vaya un poco más allá, al hablar de Padre, Hijo y Espíritu Santo, demuestra que esta unidad no ha de entenderse como algo monolítico, sino como unidad dinámica. Compárese con los primeros versículos del Génesis: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra, y su Espíritu flotó sobre las aguas; entonces Dios dijo: Hágase la luz, y la luz se hizo». La mística cabalista vio aquí un enunciado con tres elementos: Dios mismo, su Espíritu y su Palabra (el Verbo).

1. La Unidad divina, antes de que de ella surjan las tres Personas, se ha llamado también Unidad de la naturaleza divina. Ruusbroec denomina esta Unidad «fecunda naturaleza». Numerosos pasajes en la obra de Hadewijch, especialmente en las *Cartas*, no podrían comprenderse sin saber que ella ve la Unidad divina como la «del Padre». El Padre, por tanto, no es sólo una de las tres Personas, sino que igualmente representa la Unidad divina. Por esta razón se considera al Padre «integridad» (Carta I,4), y dice Hadewijch: «el Padre es uno» (Carta XVII,1).

2. Desde el momento en que se habla del «Hijo», se puede hablar también del «Padre» como Persona divina, «frente» al Hijo. Con ellos, surge el amor de ambos, el Espíritu Santo. Cada una de las Personas tiene, dentro del discurso, su propia entidad, papel y oficio. Hadewijch nombra al Padre por su Omnipotencia, al Hijo por su Sabiduría y al Espíritu Santo por su Amor divino. También desde el punto de vista de la creación, se toman en cuenta las entidades de las Personas. Padre: creación, omnipotencia y justicia. Hijo: sabiduría, verdad y misericordia (que se manifiestan, que son su presencia). Espíritu: amor, lucidez y plena bondad (que fluye, que es abundancia y comunicación y riqueza)¹⁴. Esto no quiere decir que las Personas actúen separadamente. Cada una comparte las cualidades de la otras, porque las Tres son parte de Dios. Dicho de otra manera, si decimos que el Espíritu Santo es Bondad, entonces Dios es Bondad.

3. La misma Unidad, que es fértil, es también unión de gozo: *en la fruición del Amor nunca ha habido ni nunca puede haber otra labor que el gozo unitario donde la única poderosa divinidad es*

¹⁴ El hecho de que el Padre también pueda considerarse como la fecunda naturaleza divina (punto 1) hace que no podamos saber de antemano si «Padre» se refiere a la Unidad o a la Persona. Tampoco la relación Padre-Hijo-Espíritu nos da la seguridad de que Padre se refiera a la Persona. Los significados de Hijo y Espíritu, a veces, aparecen mezclados con el de Padre-Unidad. Éste es, por ejemplo, el caso en la Carta I: «Aprende a ver qué es Dios: Verdad, que se manifiesta en todas las cosas; Bondad, que hace fluir todas las riquezas; Integridad, donde todas las obras se unen». La Verdad y la Bondad representan aquí propiedades del Hijo y del Espíritu Santo, mientras que la Integridad no se refiere al Padre como Persona, sino al principio de la Unidad.

Amor (Carta XVII,3). Aquí también el Padre es el principio. La incorporación a la Unidad tiene lugar porque él exige esa unidad. En palabras de Hadewijch, su labor es *devorar*, es un *torbellino*, un *abismo*, *oscuridad* (Carta XVII,2).

b) *La imagen eterna*

El ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). Esta idea, que es el motivo central de cualquier espiritualidad o mística, la concibe Hadewijch desde el punto de vista de la Trinidad. Siguiendo el ejemplo de Guillermo de Saint-Thierry, considera la psicología humana como imagen de la Trinidad. Las tres facultades superiores —memoria, razón y voluntad— representan a las tres Personas (Carta XXII,10), por lo que la estructura psicológica del hombre es un reflejo de la estructura divina interior. Sin embargo, en la obra de Hadewijch, el papel que el ser humano como imagen de Dios (*imago Dei*) desempeña es mucho más importante. Para evaluar su importancia es necesario relacionar la doctrina de Hadewijch con el denominado *ejemplarismo*. San Agustín expone este planteamiento, de origen platónico, según el cual todas las cosas ya existen en Dios antes de ser creadas¹⁵. No sabemos si Hadewijch, que tan creativamente trata esta idea, la retoma de alguna fuente escrita o si llegó a conocerla de otro modo, como, por ejemplo, a través de sermones o conversaciones teológicas. Esta idea, que sitúa en Dios nuestro arquetipo, también puede encontrarse en conocidos teólogos de su tiempo y posteriores, como Alejandro de Hales, Santo Tomás de Aquino, Buenaventura o Alberto Magno, lo que nos indica que la idea o doctrina del ejemplarismo «estaba en el aire». Es probable que, ya en el s.XII, esta doc-

¹⁵ SAN AGUSTÍN, en su obra *De diversis quaestionibus 83 liber unus*, enfatiza el «formae quaedam» sobre la imagen de las cosas que de antemano existe eterna e inmutablemente en Dios. Así escribe: «Sunt namque ideae principales formae quaedam, vel rationes rerum stabiles atque incommutabiles, quae ipsae formatae non sunt, ac per hoc aeternae ac semper eodem modo sese habentes, quae in divina intelligentia continentur. Et cum ipsae neque oriantur, neque intereant, secundum eas tamen formari dicitur omne quod oriri et interire potest, et omne quod oritur et interit» (Q.46; en PL 40, 30).

trina fuera bien conocida en los círculos espirituales. Sin embargo, Hadewijch en ningún momento incluye en su obra una sinopsis teológica del ejemplarismo. Un siglo más tarde, Ruusbroec, en la tercera parte de su obra *Bodas del alma*, realiza una exposición que se encuentra bastante próxima a la postura de nuestra beguina: *en esta misma unidad, conforme al modelo de su fecundidad, el Padre está con el Hijo y el Hijo en el Padre y todas las criaturas se contienen en ellos. Esto excede la distinción de las personas, porque aquí, en la fecundidad viviente de la naturaleza, las nociones de paternidad y de filiación son simples conceptos de razón. Éste es el origen y principio de una salida eterna, de una actividad eterna, sin comienzo. Hay aquí un principio sin principio, porque cuando el Padre Todopoderoso se comprende a sí mismo perfectamente en el fondo de su fecundidad nace el Hijo, Verbo eterno del Padre, constituyéndose otra Persona en la Divinidad. A causa de esta generación eterna todas las criaturas vienen a ser eternamente creadas en el tiempo. Así Dios las contempla y las conoce en él mismo, no distintas por completo, porque todo lo que está en Dios es Dios*¹⁶. Para Hadewijch, el ejemplarismo es un concepto muy natural y una fuente extraordinariamente rica de inspiración para su mística. Su dignidad original existe en Dios, y la vida del amor no es sino el camino para volver a alcanzar esa dignidad. La perfección en el amor posibilita conseguir «lo suyo» (Carta II, final). No obstante, la unidad y dignidad originales no se alcanzan sólo deseándolas. Para Hadewijch, la Unidad es algo tan cierto que hace depender de Dios mismo la exigencia de una nueva y experimentada unión: *¡Ay! Si pudieras madurar conforme a tu dignidad, a la que Dios te reclama desde la Unidad sin principio* (Carta XIX,2).

Así como en el interior de la vida divina hay tres momentos, también pueden considerarse tres momentos en la relación entre Dios y el hombre, los cuales guardan relación con la creación y el tiempo: una primera fase de unidad, en la que el ser humano, antes de su creación, vive eternamente en el pensamiento de Dios; la segunda fase, en la que el hombre surge del acto creador de Dios, adquiriendo su existencia concreta en el tiempo; la ter-

¹⁶ JAN VAN RUUSBROEC, *Obras escogidas* (BAC, 1997) 327.

cera fase de regreso, en la que alcanza de nuevo la unidad original con Dios, su dignidad original. Se convierte en lo que le corresponde por naturaleza, en lo que está destinado a ser, lo que merece para toda la eternidad.

Con respecto a la existencia terrenal, la noción de su existencia original en Dios es tanto un estímulo como un dolor permanente; el contraste es siempre demasiado grande: *Él está en la cima de su goce y nosotros en el abismo de nuestra carencia. Quiero decir que a ti y a mí, que todavía no hemos llegado a ser lo que somos, no hemos alcanzado lo que tenemos y todavía estamos tan lejos de lo nuestro, nos hace falta, sin ahorrarnos nada, soportar que nos falte todo para tenerlo todo y aprender únicamente, valientemente, la vida perfecta del Amor, que a las dos nos ha llamado a su obra* (Carta VI,3). Pero, al mismo tiempo, la nobleza del hombre —el rasgo más característico de la espiritualidad de Hadewijch— tiene aquí sus cimientos. Como viene de Dios, Dios llama al hombre para que regrese a él y en él, para amarle con el mismo inmenso amor con el que él, trino y uno, se ama. La perfecta vida humana es ya vida interior de Dios: *Si quieres parecerte al ser en el que te ha creado Dios, no deberías rehusar, por razón de tu nobleza, ninguna pena. Y, por tu orgullo valiente, no dejes que se te escape algo; por el contrario, consigue la mejor parte, quiero decir, la gran totalidad de Dios como tu propio bien* (Carta VI,18).

VII. LOS TRES GRANDES TEMAS DE HADEWIJCH

1. Las experiencias y líneas dinámicas de la vida del amor

En torno al Amor, que es el símbolo central, Hadewijch construye un discurso en el que la experiencia y el magisterio conforman una unidad. En su Carta XI, describe cómo, a temprana edad, fue atrapada por el Amor, una experiencia que cambiaría drásticamente su vida y que siempre llevaría consigo. En otra de sus cartas, la número IX, expresa en términos nupciales cómo es la unión de los amantes cuando Dios acoge al hombre en su seno. Sin embargo, su testimonio, con frecuencia, es un lamento, ya que la experiencia de la unión tan sólo es esporádica, lo

que hace que la mística se sienta abandonada y burlada (Cartas I,8.9 y XXXVI,3; Canciones VI,5ss, XVII,2-7, XXV,3). Esta experiencia la expresa en primera persona, pero no por ello es una confidencia personal. Sus experiencias son también las de sus compañeras y discípulas, por lo que da voz al grito de desesperación que a veces se apodera de quien se ha jugado la vida a una carta, el amor, pero descubre que se encuentra sola, desconsolada, aparentemente sin el amor de Dios. La antítesis alegría-tristeza domina sus composiciones¹⁷. El símbolo del abandono, para Hadewijch (la «noche oscura» de la mística española), es el largo invierno del norte, en el que el alma mística aguarda las primeras señales de la llegada de la primavera, el canto de los pájaros y la verde vegetación. «Ay, qué haré, mujer miserable!», clama afligida la autora en la Canción II. Sin embargo, también conoce la audacia mística, tal y como puede verse en la Canción XXI —predecesora de la tercera estrofa del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz—, donde afirma que el verdadero amante «quiere enfrentarse a cualquier tempestad de amor», permanece orgulloso y valiente, quiere conseguir el imperio del amor, avanzando con paso firme sin detenerse ante los obstáculos y las dificultades.

En las *Canciones*, las desconcertantes experiencias de la vida del amor, los continuos cambios y lo incomprensible de éstos, se atribuyen a la imprevisible iniciativa del Amor, al que personifican, dirigiéndose a él y erigiéndolo responsable:

Ay, Amor, ¿cómo podemos comprender
cómo vienes y cómo vas,
cómo podemos impedir tu partida
y las tormentas con que nos derrotas?
¿Y qué fuerzas nos guardan
tus dulces maravillas claramente?

¹⁷ FRANK WILLAERT, en su obra *De poëtica van Hadewijch in de Strofische Gedichten*, o.c., estudia los motivos y lexemas, y analiza, desde el punto de vista del léxico, las isotopías antitéticas entre «alegría» y «tristeza»: gozo y anhelo, esperanza y temor, tormento y auxilio, luz y oscuridad, dulce y amargo, ligero y pesado, cautiverio y libertad, ventaja e inconveniente, joven/nuevo y viejo, vida y muerte, calma/triunfo y lucha/derrota, estar herido y sanar, estar perdido y ser encontrado, altura y profundidad, saciedad y hambre.

Hadewijch, con frecuencia, expresa el anhelo que habita en el alma del que ama y que puede llegar a ser muy impetuoso: una tormenta, una lucha, ira de amor, que hace imposible vivir con normalidad (Visión I,1). Esto supone una insoportable tensión entre la esperanza y la desesperación, entre el ver y el anhelar la unión —el amor— y el tormento de ser consciente de la propia imperfección (Carta VIII,3). Sin embargo, la ira de amor también puede ser una fuerza que ayuda al amante a vencer su necesidad, una fuerza que le muestra el camino y consigue la unión (Canción XXVIII,3.4). Hadewijch, y con ella todo aquel que se atreva a vivir y amar verdaderamente, considera el amor una escuela. Aquel que se arriesga, pierde su seguridad, pero, a cambio, experimenta la alegría pareja a esa búsqueda, a ese error. Aquel que se atreve y se entrega, será encontrado por el Amado, pero luego tendrá que buscar otra vez. Dolor y felicidad, lucha y dulce seguridad, se encuentran aquí muy próximos. Este camino se aprende sólo por experiencia; pero se mantiene incomprensible para los que no la comparten, los que no quieren perderse a sí mismos.

Ese dulce vagabundear
en la escuela del amor
no conoce quien allí no entra.

¿Cuáles son las líneas principales de este juego, este heterogéneo conjunto de vicisitudes, en el que Hadewijch descubre los patrones que transmite a su comunidad? A continuación se exponen algunos motivos principales:

Las leyes del amor. Aun cuando se represente caprichoso al Amor, Hadewijch pone también gran empeño al formular las promesas y seguridades con las que puede contar el amante. Una de las más importantes es que el leal servicio precede al goce del amor. Quien se entrega completamente, será recompensado por el Amor: *aunque se mantenga fuera de nuestro alcance, el Amor recompensa siempre, aunque a menudo llega tarde. Quien le entregue todo lo suyo, lo llegará a poseer íntegramente* (Carta VII,2). Otra afirmación es que, quien ama, aprende paulatinamente que la

realización final de la fuerza y la bondad es proporcional al dolor padecido:

Cuanto más profunda es la herida,
más suavemente curada.

Avanzar hacia la madurez. En el momento en que ya se conocen las leyes del amor, y se vive de acuerdo a ellas, Hadewijch nos habla de la madurez: *numerosos son los golpes que recibimos, pero si nos mantenemos firmes, alcanzaremos la madurez* (Carta V,2). En la primera Visión, nos habla de su ardiente deseo de unión, pero se reconoce aún *demasiado joven e inmadura* (Visión I,1). Lo que nos conduce a la madurez es, ante todo, una gran capacidad de aguante y firmeza. El apresuramiento de una de las destinatarias, que se precipita sobre las cosas, es señal de inmadurez, aunque las cosas que emprenda sean buenas en sí: *Malgastas demasiado tiempo por tu precipitación, por lanzarte atropelladamente a todo lo que te sale al encuentro. En esto nunca he conseguido que alcanzaras equilibrio. Cuando tienes ganas de hacer algo, te asalta siempre tanta prisa, que actúas como si no pudieras poner atención a otra cosa. Consuela y ayuda a todos tus amigos, eso me alegra, y cuanto más, mejor. Pero de tal manera, que tú y ellos quedéis en paz —así me gustaría que ocurriera* (Carta V,5).

Unidad de los contrarios. Lo que en el principio —y quizás durante mucho tiempo— se nos presenta como caprichoso y contrario (*a veces, lleno de dulzura; a veces, cruel* —Canción V,5), como la alternancia de sentimientos, desde la extrema alegría a la profunda desesperanza, se convierte, por el continuo «tratar al amor», en la connivencia del dolor y la felicidad: *Con la Humanidad de Dios, debes vivir tú aquí abajo, entre las labores y los dolores del exilio, y con la Divinidad eterna y todopoderosa, debes amar y alegrarte en tu interior con dulce abandono. El verdadero cumplimiento de estos dos aspectos reside en un solo y único goce, en definitiva, son el mismo y único gozo: Y la verdad de ambos es un solo goce* (Carta VI,11). Encontramos la misma experiencia en la Canción XXXIII,7:

Harto y hambriento, ambas cosas en una,
así es la vida del libre amante.

Hay, dice la mística, un nivel en la experiencia espiritual en el que uno no trata de escapar rechazando uno de los extremos, sino que acepta ambos fielmente. Quien se encuentra en ese nivel, encuentra el júbilo que existe en esta compleja experiencia ¹⁸:

Para quien del Amor comprende
la rara fidelidad, esto es el júbilo:
cómo derriba
y abraza
con un solo gesto (Canción V,5)

Hadewijch menciona la unidad del reposo y el trabajo, lo cual será de vital importancia en el futuro desarrollo de la mística neerlandesa. A través de Ruusbroec y Grotius, este principio dará lugar a una nueva forma de vida religiosa, la de los hermanos y hermanas de la *vida en común*.

2. El camino de la semejanza con Dios

El segundo gran tema de Hadewijch es el de la semejanza del hombre con Dios. El hombre es creado a imagen de Dios y esta imagen es el principio de una vida que puede hacernos crecer en semejanza. Este tema se divide a su vez en dos subtemas: semejanza con Jesucristo y semejanza con la Trinidad.

a) Semejanza con Jesucristo

Aunque este tema se trata ampliamente en las *Cartas*, es, sin duda, el tema central de las *Visiones*, no sólo por la frecuencia con que se repite, sino, sobre todo, porque la estructura del *Libro de Visiones* y la del camino de aprendizaje que contiene se basan en esta idea. Aquí es fundamental la visión que Hadewijch tiene de Jesucristo como Dios y hombre. En la historia de la cristiandad, tanto los creyentes como los teólogos o las escuelas espirituales han puesto énfasis o en la personalidad divina de Jesucristo o en su humanidad. Son pocos los autores que, como Hadewijch, han tomado en consideración ambos aspectos. Para

¹⁸ PAUL MOMMAERS, *Hadewijch, Schrijfster-Begijn-Mystica* (Averbode-Kampen 1989) 171.

ella, la divinidad de Jesucristo es un hecho tan natural, que en ocasiones dice «Dios» cuando, por el contexto, es evidente que se refiere a la vida de Jesús de Nazaret. Aunque es cierto que éste es un uso extendido en la Edad Media, también evidencia cuánto era Jesús, Dios; para ella. Por otra parte, en diversas ocasiones, destaca cómo Cristo vivió únicamente como hombre (Visión I,21; Carta VI,9). La semejanza con él repercute tanto a nivel humano como divino. Asemejarse a Jesucristo en su Divinidad significa experimentar la unión: la experiencia del gozo. Mas el ser uno con Jesucristo-Dios exige, ineludiblemente, el ser uno con Jesucristo-Hombre. Esta *imitatio Christi* supone, en primer lugar, seguir la voluntad de Dios; en segundo lugar, seguir el camino de las virtudes, y en tercer lugar, aceptar el sufrimiento y la muerte.

Seguir la voluntad de Dios. Esto parece una verdad indiscutible, pero no era fácil llevarlo a cabo. Para Hadewijch, seguir la voluntad de Dios es una dura escuela, donde la propia voluntad debe morir mil muertes. Cada vez parece que ha alcanzado su objetivo, tras la dolorosa experiencia de renegar de sí misma, pero frecuentemente se cuela un resquicio de voluntad propia difícil de reconocer, que trata de ganar terreno. El hombre puede engañarse en este punto. Una señal inequívoca de que se está siguiendo la voluntad de Dios es el dolor: *Vivir sinceramente según la voluntad del Amor es asumir tan exclusivamente la exigencia de satisfacción del justo Amor que, aun teniendo otro deseo, no queremos ni deseamos nada diferente de lo que él merece, sin importarnos si esto nos condena o bendice. Y sólo deberíamos admitir la privación del reposo y del consuelo por la conciencia de que todavía no hemos crecido lo suficiente a semejanza del Amor* (Carta VI,8). Aprender a vivir según la voluntad de Dios constituye una evolución desde el amor imperfecto del hombre, un amor propio del hombre, hasta el puro o justo Amor, con el que amamos como nos han amado, con un amor propio de Dios. Si el hombre sigue este camino, alcanzará tal semejanza con Dios, que Dios se amará a sí mismo en él, lo acogerá en su amor y le revelará sus secretos¹⁹. En su decimonovena Carta, lo expresa Hadewijch

¹⁹ La idea del justo amor como forma de unidad con Dios, podemos encontrarla

de este modo: *Cuando al alma le queda sólo Dios y no conserva voluntad propia, sino que vive completamente de acuerdo con la voluntad divina y se pierde a sí misma y quiere todo lo que él quiera como él mismo, y está sumergida en él y se ha convertido en nada, entonces (...) ella se convierte en todo lo que él es* (Carta XIX,3).

El camino de las virtudes. Hadewijch, con una tenacidad que ha legado a los escritores espirituales posteriores a ella, y que se convertiría en proverbial dentro de la mística septentrional, señala reiteradamente la importancia de las virtudes, las cuales constituyen la responsabilidad concreta del creyente en el día a día. Y, por supuesto, Jesucristo es el mayor ejemplo: *Te ruego, por la verdadera bondad y fidelidad que es Dios, que te mantengas continuamente consciente de la santa bondad que él mismo es y que puso en práctica cuando vivía como hombre en la tierra* (Carta III,1). Quien sigue el camino de las virtudes, crece en semejanza con la humanidad de Jesucristo, y sin ésta, la otra no es posible: *quien quiere vestirse y ser rico y uno con la Deidad, tiene que adornarse con todas las virtudes, sí, con todas esas virtudes con las que Dios se vistió y se adornó a sí mismo a lo largo de su vida en la tierra* (Carta XXX,8). Éste será el criterio a seguir a la hora de evaluar los propios progresos en la vida mística. En todos los movimientos espirituales, incluida la comunidad de beguinas que se forma en torno a Hadewijch, existe el peligro de que determinadas percepciones religiosas se exhiban y defiendan, como pautas de profunda religiosidad o, quizás, como argumento de liderazgo. Hadewijch es muy clara sobre este punto: *Quien ama a Dios, ama sus obras. Sus obras son nobles virtudes. Así pues, quien ama a Dios, ama las virtudes. Este amor es verdadero y está lleno de consuelos. Son las virtudes las que demuestran el amor, y no los dulces favores...* (Carta X,1). Ni los éxtasis, ni las dotes carismáticas, ni el don de las lágrimas u otros fe-

en las *Cartas* en diferentes ocasiones. La de la evolución está presente en toda la serie de *Visiones*. Compárese: 1) el conocer el significado del tercer árbol en la primera Visión (I,5); 2) el conocer y experimentar la unidad con Dios, por quien se vive según la voluntad de Dios, en la Visión VI; 3) Hadewijch como novia en la Visión XII, con el vestido de la voluntad perfecta (Visión XII,5.18). La posibilidad de hacer propia la voluntad de Dios es, salvo por la dolorosa muerte de la propia voluntad, conveniente en la difícil tarea de penetrar y comprender la justicia de Dios. Esto aparece detallado sobre todo en la quinta y sexta Visión.

nómenos, son lo realmente importante para avanzar en este camino. Se trata de crecer en amor y semejanza, pues, como dice un viejo refrán holandés, «por los frutos se conoce el árbol». Las virtudes denotan el amor, pero también conducen al Amor: *Así se corteja al Amado. Mientras se carece de él, se le alcanza a través del servicio y con todas las virtudes* (Carta XXI,3).

Aceptar el sufrimiento y la muerte. La parte más difícil de la *imitatio Christi* es llevar esa semejanza hasta las últimas consecuencias de sufrimiento y muerte. En ninguno de los escritos de Hadewijch encontramos una glorificación del sufrimiento, ni indicios de una autocreada mística del sufrimiento. La radical elección de Hadewijch, sin embargo, la pone en contacto con la oposición y la amenaza. Tanto personas ajenas a su ambiente como pertenecientes a él trataron de silenciarla y repudiarla. En la primera Visión vemos cómo para ella, tras el difícil aprendizaje de la voluntad de Dios y la práctica de las virtudes, el sufrimiento no es todavía una realidad integrada. En esta visión, Jesucristo le habla con estas palabras: *Todavía te doy otro mandamiento. Si quieres parecerte a mí en mi Humanidad como deseas gozar de mí totalmente en la Divinidad, desearás ser pobre, exiliada y desgraciada entre todos; las penas no deberán entristecerte de ningún modo, sino que las preferirás sobre cualquier placer de aquí abajo; y debes saber que serán de un peso inhumano. Si quieres seguir al Amor según tu orgullosa naturaleza, que exige para ella todo lo que soy yo, tienes que llegar a ser tan extraña entre los hombres, tan desgraciada y miserable, que no sabrás dónde pasar una noche; todos te rehuirán y abandonarán, nadie querrá acompañarte en los caminos perdidos de la angustia y el dolor* (Visión I,20).

Crecer en semejanza con Jesucristo, para lo que el amante ha de hacer suya la voluntad de Dios; dar prioridad a la labor de la justicia sobre la necesidad de reposo y la aceptación del sufrimiento que exige la *imitatio Christi*, constituyen una unidad indisoluble con la adhesión a la divinidad de Jesucristo: *Con la Humanidad de Dios, debes vivir tú aquí abajo, entre los trabajos y los dolores del exilio, y con la Divinidad eterna y todopoderosa, debes amar y alegrarte en tu interior con dulce abandono. Y el verdadero cumplimiento de estos aspectos reside en un solo y único goce. De la mis-*

ma manera que la Humanidad de Cristo obedeció la voluntad de la Majestad, tú debes dedicarte en amor a la voluntad de ambas unidas (Carta VI,11).

b) Semejanza con la Trinidad

La mística de la Trinidad no es otra que la cristológica. La semejanza con la Trinidad constituye la culminación de la semejanza con Jesucristo en su humanidad y divinidad. Hadewijch recuerda que Jesús, en su vida en la tierra, renunció a todo poder, todo consuelo, y nunca se consideró por encima de sus virtudes y su labor: *Él no se elevó hasta que lo hizo la llamada tremenda y admirable de la Unidad* (Carta XXX,8). El Padre, como principio de la Unidad, exhorta al Hijo a regresar a la Unidad, en la que las tres Personas se funden en el gozo de la unión. Crecer en semejanza con la humanidad de Jesucristo, la *imitatio Christi*, significa, no obstante, vivir según las exigencias de la Trinidad, mientras que la unión con su divinidad nos conduce al Padre y, en última instancia, a la unión esencial.

Aquel que cultiva la vida de las virtudes, va al encuentro de la invitación de la Trinidad. Se deja guiar por la Razón del Hijo (Carta XXX,9), se inicia en la Voluntad de Amor del Espíritu Santo (Carta XXX,10) y se sabe respaldado por la Fuerza del Padre (Carta XXX,11). Sin embargo, la consumación de todo esto ²⁰ se produce cuando el hombre, tras la multiplicidad de dones, llega a la unión con el Dador mismo: *Pero cuando alguien se unifica por encima de los múltiples dones de la gracia, se transforma en todo lo que es el Amor. Sólo desde ese momento tiene la Unidad lo que ha reclamado y empieza de verdad la exigencia* (Carta XXX,13).

²⁰ Aunque se produzca la consumación, no cesa el deseo, pues Dios es, dicen los místicos, siempre más de lo que nosotros experimentamos de él en la unión mística e incluso en el cielo.

3. Satisfacer a Dios y al Amor

El tercer gran tema de Hadewijch, que se explora principalmente en las *Cartas*, es su llamamiento a *satisfacer al Amor, a amar a Dios como merece*. La misión principal del alma que ama es la de corresponder a Dios y al Amor de acuerdo con su dignidad. Corresponder a esta perfección es lo único por lo que el amante ha de vivir. Debe renunciar a sí mismo y consagrarse al Amado, *por encima de sus posibilidades* (Carta XXII,14). Debe pertenecer a Dios y olvidar su propio yo. Todo esto supone un salto al vacío, una misión imposible. Sin embargo, tan sólo empezando «lo que no es posible» —dando a Dios una respuesta digna de él, *rendirle amor y honor porque le corresponde* (Carta XII,4)—, es abrirse a una nueva realidad, en la que Dios gobierna y rige y en la que el Amor mismo hará su trabajo: *Los que desean y tienden a satisfacer a Dios con amor comienzan aquí la vida eterna, que es la de Dios mismo en la Eternidad* (Carta XII,1). Lo que Hadewijch enseña a su comunidad es una radical realización del primer mandamiento. Ya en el *Deuteronomio* encontramos elementos que hacen posible una apasionada interpretación similar. Hadewijch cita con gusto el verso en que aparece este mandamiento, inspirada por el hecho de que Jesús señaló la relevancia de este pasaje bíblico como el más importante de las Sagradas Escrituras: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas* (Dt 6,5). Esta dedicación al amor es total, no deja ningún refugio abierto, y responde a un alto destino. Este ideal nunca llega a alcanzarse por completo; el amante ha de comenzar, una y otra vez, desde el principio, pues persigue algo que está por encima de sus posibilidades. Sin embargo, Hadewijch sitúa simultáneamente el movimiento del amor como algo profundamente propio. En su definición de alma, dice: *Alma es un ser que se transparenta para Dios y para la cual Dios también es transparente. Alma es, además, un ser que quiere satisfacer a Dios y que en cada acto mantiene la dignidad, si no ha descendido a cosas ajenas, inferiores a su propia alcurnia. Cuando se mantiene de esta forma, el alma es un abismo sin fondo, donde Dios se basta a sí mismo y saborea plenamente el gozo*

que él mismo contiene, y donde ella se satisface en él constantemente (Carta XVIII,3).

a) *Satisfacer a Dios es imposible*

La imposibilidad de satisfacer a Dios y al Amor es el primer elemento de un complejo conjunto, una dinámica mística. Hadewijch insiste mucho en esta imposibilidad, habla de ella como de *esta obra siempre inacabada* (Carta XVI,3), y dice: *el noble y gran Amor que es Dios no puede nunca ser saciado ni conocido sea cual sea el esfuerzo que realicemos* (Carta VII,1). Por medio de su alabada humildad, tiene el alma consciencia de *que su pequeñez no podrá satisfacer este inmenso y tan noble Amor y a este desapacible Amado* (Carta XVI,2). También la razón muestra *la inmadurez y qué insignificantes somos nosotros y lo inmenso que es el Amor* (Carta XXX,13). Esta toma de conciencia que la humildad y la razón enseñan al amante es importante como punto de partida. Sin embargo, además de ser algo que todos los creyentes deberían asimilar en su espiritualidad, es, ante todo, el resultado de la experiencia de alguien que ya ha probado la vida del amor. Con la experiencia del amor, se profundiza en la humildad y la razón. Es, por tanto, la experiencia la que enseña la imposibilidad de satisfacer a Dios. Quien crece en el Amor, no se acerca a la posibilidad de satisfacer a Dios; incluso, cuanto más cerca del Amor se encuentra, más fuerte es el sentimiento de insuficiencia: *Pues es tan grande la violencia del Amor que les atrae desde dentro, y tan grande e inasible les resulta el Amor, que se sienten insignificantes e incapaces de saciar a este Ser que es el Amor* (Carta XIII,3).

Humildad, razón y experiencia recuerdan constantemente al amante la imposibilidad de satisfacer al Amor. Hadewijch trata con imaginación este tema, al decir que todas las almas del cielo continúan esta labor, una idea que Ruusbroec, un siglo más tarde, retomaría y ampliaría. *Pues el cielo y la tierra renuevan a cada instante el compromiso de ofrecerle amor con plenitud y corresponderle con la dignidad que le es propia, pero jamás lo consiguen perfectamente. Y, como el noble y gran Amor que es Dios no puede nunca ser saciado ni*

conocido sea cual sea el esfuerzo que realicemos, todas las almas del cielo arderán toda la eternidad en amor para responderle plenamente (Carta XII,1).

b) *Dios (el Amor) se basta a sí mismo*

La frustración que conlleva el no poder satisfacer jamás a Dios, no poder nunca honrarle y agradecerle, ni poder darle suficiente amor y corresponder así al inmenso regalo que es el suyo, fortalece una idea a la que Hadewijch hace referencia repetidas veces, que *el Amor se basta a sí mismo*²¹. Esto constituye un fuerte contraste con el sentimiento de la beguina cuando se encuentra sumida en un estado de abandono y «noche oscura»: *Lo que él es se abrasa en su dulce fruición y a mí me deja errar fuera de ella y siempre abrumada por la privación del Amor y en las tinieblas, carente de todas las alegrías que me hubieran correspondido* (Carta I,8). La tesis de que Dios y el Amor son suficientes en sí mismos no debe interpretarse como indiferencia. Hadewijch habla, precisamente, de la exigencia de unidad que Dios hace al hombre. La razón de que se baste a sí mismo no es que el hombre sea insignificante, sino la enorme riqueza de Dios. En él hay una dinámica de amor eternamente rica, porque él es trino y, al mismo tiempo, el único y simple gozo de los Tres.

c) *Satisfacer a Dios: el origen de esta misión imposible*

¿Por qué nos insta Hadewijch a hacer algo que es imposible? ¿Pide Dios algo imposible a los hombres? En primer lugar, hay que señalar que no se trata de una obligación moral. Hadewijch se dirige a un grupo de amigas, compañeras en una forma de vida extrema, no porque lo recoja así el catecismo, sino porque, desde su experiencia en el amor, no hay otra cosa que puedan considerar hacer. Su experiencia y el conocimiento de ese inmenso Amor les ha enseñado su riqueza, pero también sus exi-

²¹ Cartas II,5; VII,2; XVI,2.4.6; XVIII,3; XX,13; XXVII,2; XXXI,1.

gencias. Esto hace que lo que es suficiente para cualquier cristiano, no lo sea para ellas, que ansían más: *Pues incluso cuando nos parece que un hombre lleva una vida agradable a Dios, todavía le queda mucho para satisfacer completamente al Amor* (Carta XIII,2). Su experiencia de un Amor ilimitado hace añicos las medidas normales de las cosas. Vivir como buen cristiano es suficiente, ya que para merecer el cielo no hay que ser un místico, pero quien ha sentido la llamada del Amor no puede conformarse con eso antes de ser él mismo todo amor, aunque su inconformidad implique el dolor de tener que empezar siempre desde el principio. Experimentar el inmenso amor que Dios ofrece también significa tomar consciencia de su exigencia. Con frecuencia, Hadewijch nos habla de *exigencia y deuda*, pero emplea estas palabras en sentido místico. No es la moral, sino la *razón iluminada* lo que muestra la verdad y la deuda (Carta XXX,13). Esto es lo que desea a una amiga: *Dios te haga conocer toda tu deuda con él: el sufrimiento justificado, pero, sobre todo, el amor exclusivo, con el cual, como él mismo nos encargó, se debe amar a Dios por encima de todo* (Carta XIII,4).

Al principio de la Carta VIII, se nos muestra claramente cómo la experiencia les hace tomar consciencia de las exigencias del Amor: *A medida que crece el amor entre el alma y su Dios, crece también un temor que es doble. El primero de ellos es como sigue: se teme no ser digno de ese Amor y no ser nunca capaz de hacer por él lo suficiente* (Carta VIII,1). La conciencia de la exigencia (aquí: el temor de no ser nunca capaz) crece con la experiencia del amor. La relación entre experiencia y exigencia del Amor se acentúa si leemos la Carta VIII como continuación de la IX²². Esta última Carta es la expresión de la *unio mística*, que, con frecuencia, aunque erróneamente, se ha considerado lo «último» que el alma mística puede alcanzar. A esta unión la sigue un temor entre el alma y Dios, por lo que la unión queda aplazada, lo cual no hace sino acrecentar el deseo. En otro lugar, Hadewijch expresa la relación entre la unión mística y la exigencia del amor en términos de alternancia: *De esta manera, me ilumina el Amor a ciertas horas y me doy cuenta de lo que me falta para amar a Dios como merece; en otros*

²² Cf. la introducción a la Carta VIII.

momentos, la suave naturaleza del Amor me ciega hasta tal punto en el gusto y el sentimiento de él mismo, que me siento colmada y, a veces, me encuentro tan rica en su presencia, que le confieso en silencio que él me basta (Carta XI,3). La falta de una respuesta adecuada, por un lado, y, de otro, la gozosa unión de amor (expresado en el medio-neerlandés de Hadewijch, con dos términos que difieren, tan sólo, en una vocal: *ghebreken* y *ghebruken*), constituyen las dos caras de la misma moneda.

d) *Proceder con esta misión imposible: humildad y desprendimiento*

El camino místico de Hadewijch y su dirección espiritual adquieren sus características más personales precisamente en su experiencia y sus consejos acerca de la imposible exigencia de satisfacer a Dios. La obligación que impone el Amor debe sofocar cualquier frustración desde su origen, pero la única posibilidad de lograrlo reside en la exclusividad con que el amante ha de entregarse a su misión, ignorando todo deseo o necesidad propios, e ignorando también el resultado: *Vivir sinceramente según la voluntad del Amor es asumir tan exclusivamente la exigencia de satisfacción del justo Amor que, teniendo otro deseo, no queremos ni deseamos nada diferente de lo que él merece, sin importarnos si esto nos condena o bendice* (Carta VI,8). Sin embargo, esto implica no sólo el tener que renunciar a todos los logros que mediante el propio esfuerzo podrían haberse conseguido, sino que también implica renunciar a todo consuelo en el amor, lo que representa un trago aún más amargo para el que ama. La única respuesta adecuada al Amor es la renuncia total a uno mismo y la aceptación de todo tipo de adversidad y dificultades, pues la escuela del Amor es dura y severa: *Lo que más satisface al Amor es que nos privemos absolutamente de descanso, por los amigos o por los extraños, o por el Amor mismo. Es una vida terrible la que quiere: que se deba prescindir de satisfacción del Amor para satisfacerlo* (Carta VIII,3).

La verdadera humildad es la que siente y comprende que ha de prescindir de la dulce unión con su Amado y no sabe cómo podría hacerse digna de ella. La verdadera humildad reconoce la

grandeza de Dios y la propia pequeñez, y cubre sus virtudes con prudente recato (Visión I,4); es la que imita a María, modelo de humildad (Canción XXIX, Visión XIII,15). Sin embargo es justamente la humildad, en su ignorancia, *el más puro lugar y la más digna sala donde recibir al Amor* (Carta XII,8).

A la imposibilidad de satisfacer a Dios y al Amor, Hadewijch la denomina también «temor», aunque es un noble temor, que hace avanzar al alma y que la vincula indisolublemente con el proyecto del Amor. Ese temor despierta al amante, lo estimula y «honra». Gracias a él, el amante se fortalece y se prepara para el encuentro. Y es que el noble temor *ilumina su pensamiento, instruye a su corazón, purifica su conciencia, proporciona sabiduría a su espíritu, unifica su memoria, salvaguarda sus obras y sus palabras, no le deja huir por ninguna muerte. Todo eso consigue el temor que teme no contentar al Amor* (Carta VIII,1). Por esta razón, el imposible camino de satisfacer al Amor es, al mismo tiempo, el camino más seguro hacia Dios y la felicidad de la unión. La oposición entre la exigencia del amor y la imposibilidad de satisfacerla no es una antítesis matemática, sino una tensión mística que implica una inquietud fundamental. Finalmente, será Dios mismo quien eleve al amante por encima de sus posibilidades y lo acoja en su Unidad. Aquí el Amor es suficiente en sí mismo, pero ya no contrasta con el alma incompleta, porque ésta ya participa de la gozosa beatitud, en la que las tres Personas son una: *Y aunque encontraras gusto en cualquier cosa inferior al mismo Dios que será tuyo en la unión frutiva, mantén una inquietud fundamental, hasta el momento en que Dios te ilumine con su propio Ser y te ponga en condiciones de tratar con el Amor y gozarlo en su Ser, donde el Amor pertenece y se basta a sí mismo* (Carta II,5).

e) *Más allá de la humildad: libertad y vocación divina*

La idea de que todos los bienaventurados moran eternamente en los cielos para honrar y amar a Dios como corresponde a su dignidad, sin que esto se consiga nunca, hace al hombre ser más humilde, pero también intensifica su anhelo de amante verda-

dero. El temor de no servir al Amor como corresponde a su dignidad *llena al hombre con amor, tanto que hace llamear en su interior una tormenta de deseo* (Carta II,8). Más allá de la humildad, se levanta en el alma la conciencia de su vocación divina. Ésta guarda relación con la unidad primitiva del alma con Dios (el ejemplarismo), con la nobleza del alma, pero también con un espíritu de audacia y libertad. Hadewijch, siguiendo este espíritu, nos alienta a afrontar a Dios. Nosotros no podemos satisfacer a Dios, pero, a la inversa, él sí puede satisfacernos a nosotros; en la libertad del amor, el verdadero amante se dirigirá a él, siempre y sin reservas: *A nosotros, sólo el Amor puede satisfacernos, y nada más. Por eso, debemos afrontarlo continuamente con renovada pasión, en nuevos asaltos, con toda nuestra inteligencia, con todas nuestras fuerzas, con todo el amor, con todo al mismo tiempo: es la manera de tratar al Amado* (Carta VII,1). Para Hadewijch es inconcebible que sólo se desee un poco de Dios, es propio de una pobre mentalidad. Ella nos dice: *¡Abre tu corazón con altas aspiraciones a la totalidad de Dios!* (Carta I,7). Con Dios no se comercia; le ultrajaríamos si nos conformáramos con una parte:

Y si algo más me diera,
aún quedaría hambriento,
porque yo lo quería todo (Canción VI,6)

Hadewijch ve natural que Dios espere esta actitud de quien le ama: *A él, que siempre queda intangible y que, no obstante, puede ser tocado tan profundamente, debe dolerle que haya ahora tan pocos que desean o suspiran, con la impaciencia del deseo y la fuerza de obras apasionadas, por tocarlo siquiera un poco en su misterio* (Carta III,2). Anteriormente vimos que la Razón, que critica al amante, hace una distinción: la diferencia entre Dios y el hombre, y la humildad que es consecuencia directa de ello. Sin embargo, la Razón ha de tener igualmente en cuenta otro aspecto: que nos atrevemos a afrontar a Dios. La Razón se equivoca cuando hace un dogma de la desigualdad, y la torna en abismo infranqueable: *La Razón sabe muy bien que se debe temer a Dios y que Dios es grande y el hombre pequeño. Pero mucha gente abandona sus intentos de alcanzar a Dios en su grandeza, si la Razón se amedrenta por su pequeñez ante la*

grandeza de Dios; no se atreve a afrontarlo; empieza a dudar de si algún día llegará a ser su hija predilecta y le parece que no tiene derecho a un Ser tan Grande. En eso se equivoca la Razón, y en muchas más cosas (Carta IV,4). La actitud a la que Hadewijch se refiere y censura con esto, tiene mucho que ver con el estancamiento religioso de los siglos XII y XIII. Quien se deja desalentar por la filosofía de la incognoscibilidad de Dios y la impone al sentimiento de abandono, propio del proceso místico, y deja de creer en la unión con Dios, se encuentra en el «infierno»²³. Contra esto, Hadewijch apela al orgullo: *por tu orgullo valiente, no dejes que se te escape algo; por el contrario, consigue la mejor parte, quiero decir, la gran totalidad de Dios como tu propio bien* (Carta VI,18).

Al igual que el temor a no poder satisfacer a Dios como corresponde a su dignidad prepara para la humildad, la conciencia de la vocación divina viene precedida por un temor que parece oponerse al anterior. De hecho se trata de dos «temores» complementarios. El segundo es el temor a que el Amor no satisfaga al amante, lo que Hadewijch llama *noble desconfianza* (Carta VIII,2). Esta desconfianza es una forma de rebelión, aclamada por el Amor, que hace tan profundo al amante, que se sumerge en Dios. Este paso más allá de la humildad lo expresa Hadewijch de la forma más rotunda en la Visión XIII, donde ve acercarse distintos grupos espirituales. Tras los humildes aparece un pequeño grupo²⁴, los de más allá de la humildad: *Cuando se abrieron los dos sellos inferiores de las alas del Rostro llegó un cortejo más pequeño pero con muchas más maravillas que todos los otros grupos. Éstos eran los que habían dejado su humildad entre ellos y el Amado por la libertad del amor y que habían entendido, en su relación con Dios, cómo era en el poder de su razón y de su reino y de su bondad y de su dulzura y de todas las propiedades con las que se relaciona consigo mismo. Habían conocido estas propiedades con la ayuda de los siete dones que, como dije antes, tenía el Amor bajo sus pies. Cuando todavía servían para alcanzar estos dones, tenían la humildad de María y de los que ve-*

²³ Véase *Introducción*, p.42; las Cartas XVII,3 y XXII,13.16; Visión V,2.

²⁴ Es el mismo grupo que nombra en la Lista de los perfectos al final del *Libro de Visiones*.

nían de los sellos superiores, que negaban su amor por humildad, reconociendo íntimamente la verdad del Amor, al mismo tiempo tan por encima de ellos, que no sabían de ellos mismos sino que no eran nada ante el Amor. Los siete dones son siete señales de Amor. Y la octava es el toque del gozo que sobrepasa todo razonamiento y hace caer a un amado en el otro. Pero, como tenían los dones y conocieron el octavo y, además, el Amor les llamaba con exigencia, reclamaban a cada instante el gozo de la unión. Y no se fiaban de su querido Amor y pensaban o creían que sólo ellos amaban y que el Amor no les respondía. Esa desconfianza les llevaba a tal profundidad, que arrastran al Amor a un torbellino, y lo atacan con lo dulce y con lo ácido. Lo que el Amor da, se agria y se fermenta y se devora. Lo que toma, se enriquece por la gran violencia del gozo de las reclamaciones al Amor, siempre tan grandes como el Amor mismo. De manera que ni Dios puede, con argucias, alejarles del Amor (Visión XIII,13).

VIII. TÉRMINOS Y CONCEPTOS ESPECÍFICOS DE HADEWIJCH

Orgullo. La palabra neerlandesa *fierheit* se deja traducir difícilmente. Con *orgullo* se presupone una actitud orientada al «yo» («arrogancia, vanidad, exceso de estimación propia» —DRA)²⁵. Hadewijch utiliza la palabra *fierheit* para designar la fuerza interior asociada al conocimiento de que, pese a lo pequeños que somos frente a la inmensa grandeza de Dios, a los ojos del Amado, somos merecedores de su amor:

Ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.
(San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*)

El orgullo (*fierheit*) del que habla Hadewijch tiene que ver con la mirada de amor con que Dios ha mirado a nuestra alma antes de todo comienzo y con la pureza y nobleza original del hombre. Este orgullo es la conciencia de la vocación divina del hombre, al que Dios llama de nuevo a su unidad. El orgullo es una gran fuerza: *Si quieres parecerte al ser en el que te ha creado Dios, no debe-*

²⁵ En francés se distingue «l'orgueil» y «la fierté».

rias rehusar, por razón de tu nobleza, ninguna pena. Y, por tu orgullo valiente, no dejes que se te escape algo; por el contrario, consigue la mejor parte, quiero decir, la gran totalidad de Dios como tu propio bien (VI,18).

Deuda. Hadewijch no utiliza este término en sentido moral, sino en sentido místico. Lo que el Amor divino exige al hombre es satisfacer a Dios, honrarle y amarle según corresponde a su dignidad, a su grandeza y a su infinito amor. Ésta es una exigencia imposible, por lo que es una deuda que nunca podremos saldar. Mas, aunque esta deuda sea impagable, Dios nos la condonará. Este concepto de deuda también se traduce en una fuerza sin precedentes que nos impulsa hacia lo único importante: *Vela con gran cuidado por la noble perfección de tu digna y perfecta alma y piensa en lo que significa. No te disperses y no te ocupes del bien y el mal, de lo alto y lo bajo. Deja que todo siga su curso y mantente libre para dedicarte a tu Amado y contentarle a él, a quien amas en el Amor. Ésta es la auténtica deuda que mantienes con Dios conforme a la verdad de tu ser y con aquellos con quienes viven en él: el amar a Dios exclusivamente y no dedicarte a otra cosa que al Amor unitario que nos ha elegido para él (Carta XVIII,3).* La deuda de satisfacer a Dios es, en el fondo, la exigencia de Dios para que la saldemos y seamos uno con él. Las palabras *reclamar* y *exigir* guardan relación con esto, pues se refieren a la invitación divina o paterna a la unión. «Todo lo que hemos recibido de Dios y todo lo que hemos llegado a ser como persona distinta de Dios nos obliga a volver a la unión en él, con un desprendimiento total de nosotros y de lo nuestro»²⁶.

Los extraños o extranjeros. En algunas ocasiones, Hadewijch habla sobre los miembros de su comunidad como *los nuestros*. Se refiere al grupo de personas que, como ella y parcialmente bajo su dirección espiritual, se han consagrado a una vida de amor, de servicio a Dios y a los hombres, de crecimiento en semejanza a Dios para alcanzar la unión con él. Es gente que padece la incompreensión de quienes les rodean. Frente a *los nuestros*, se encuentran *los otros*. La mayor parte de sus problemas los provocan

²⁶ Nota de PABLO MARÍA BERNARDO, en *Dios, amor y amante. Las Cartas* (Madrid 1986) 48.

aquellos que desde su posición privilegiada en materia religiosa no aprueban la particular trayectoria de Hadewijch y sus compañeras. Éstos son los *extraños* o *extranjeros*, que representan la absoluta incomprensión del Amor. Son creyentes inflexibles y obstinados, y es probable que, en cierto modo, sean representantes de la concepción teológica de la absoluta incognoscibilidad de Dios. Encarnan la incomprensión de la vida en el amor. La vida de Hadewijch y sus compañeras, sus ideas, sus enseñanzas, constituyen una provocación. Se trata de aquellos que, sistemáticamente, anteponen su voluntad a la de Dios. Con su estéril fe las aborrecen, cuando ven las cosas que el amante está dispuesto a superar por el amor. Las cartas de Hadewijch no están dirigidas a ellos, pues nada entienden del amor, y, en cambio, parecen ansiosos por «plantar ortigas donde deberían crecer rosas» (Carta XIX,5).

Purgatorio e infierno. El purgatorio y el infierno son, según la concepción general compartida por Hadewijch, estados, el primero temporal, el segundo definitivo, que suceden a nuestra existencia en la tierra, y donde los pecadores experimentan la separación de Dios como purificación o castigo por sus pecados. Pero, además, la autora también utiliza estos términos metafóricamente, con un significado adaptado a determinados momentos de la vida mística. Así, atribuye a San Agustín (en la Lista de los Perfectos, el décimo) un período de su vida («un año antes de su muerte») en que conoció el infierno. El infierno es aquí una metáfora de la «noche oscura», que no se soporta como tal, sino que hace caer en la desesperación y hace volver la espalda al camino del amor y del encuentro. Esta desesperación no está únicamente determinada por el sentimiento de abandono intrínseco al proceso místico, sino también por la conciencia de la grandeza de Dios y la insignificancia del hombre. Esta conciencia puede realmente, como tal, ser de gran importancia en el desarrollo espiritual (la humildad). Sin embargo, en el tiempo de Hadewijch, el estancamiento religioso provocado por la teología y filosofía islámico-helénica, que estableció como dogma la incognoscibilidad de Dios, podía conducir a una fatal parálisis espiritual. Hadewijch advierte de las funestas consecuencias de

esta rígida postura. Con su testimonio y dirección espiritual, anima a aquellas de sus compañeras que se encuentran estancadas en su camino a que adopten una actitud de orgullo, sabiduría y libertad, para que la fe en la unión con Dios rompa las cadenas de esa parálisis. Quien logra sobreponerse a la parálisis y vuelve a creer en la posibilidad de la unión, pasa del infierno al purgatorio místico. El paso siguiente es vivir según el consejo divino, una actitud espiritual encaminada a conseguir la total semejanza con Dios, a través de Jesucristo.

NUESTRA EDICIÓN

En neerlandés, *minne* (amor) es un término femenino. Cuando se personifica, surge bajo la apariencia de un ser femenino, por ejemplo, la dama a la que el alma, representada como caballero andante, quiere honrar. El español nos obliga —no sin pena de nuestra parte— a traducir *minne* por *amor*, de forma que la personalidad femenina original y la imaginería cortés desaparecen. Lo mismo ocurre con los rasgos femeninos que *Minne* contagiaba a la divinidad.

* * *

Escribimos el término *amor* con mayúsculas o con minúsculas, según su significado en el texto.

1. Usamos *Amor* cuando refiere a Dios mismo («El Amor, que es Dios mismo por naturaleza» —Carta XIX,1); pero también cuando el Amor es una entidad independiente, frente al alma enamorada, con voluntad propia («la voluntad del Amor») y activa («El Amor recompensa siempre, aunque a menudo llega tarde»).

2. Usamos *amor* cuando denomina a una cualidad del alma («para darle a Dios justicia, amor y honor» —Carta XXVI,1) o cuando se trata del amor que Dios manifiesta al hombre («a que Dios te ha destinado en su amor» —Carta XVIII,1).

Para las personificaciones hemos usado mayúsculas: la Razón, el Deseo, la Memoria, la Caridad. Lo mismo hacemos en el caso de la personificación del amor que manifiesta el hombre a Dios («Los dos ojos del alma, Amor y Razón» —Carta XVIII,4).

A veces, escribimos con mayúsculas los dos términos de un binomio para destacar la relación (Divinidad/Humanidad).

* * *

En nuestra traducción de las *Cartas y Visiones* de Hadewijch hemos numerado los párrafos de la edición crítica de J. van Mierlo s.j.

* * *

Para las notas a las *Visiones* nos hemos basado sobre todo en Frank Willaert (1996). Quede aquí constancia de nuestro agradecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS

La edición crítica de la obra de Hadewijch por J. van Mierlo s.j. —en su mayor parte— data de antes de la Segunda Guerra Mundial, pero todavía es de interés:

Hadewijch. Brieven. Opnieuw uitgegeven door J. van Mierlo. I: Tekst en commentaar. II: Inleiding (Leuvensche studieën en tekstuitgaven; Amberes-Bruselas-Gante-Lovaina 1947).

Hadewijch. Visioenen. Opnieuw uitgegeven door J. van Mierlo. I: Tekst en commentaar. II: Inleiding (Leuvensche studieën en tekstuitgaven; Lovaina 1924-1925).

Hadewijch. Strofische Gedichten. Opnieuw uitgegeven door J. van Mierlo. I: Tekst en commentaar. II: Inleiding (Leuvensche studieën en tekstuitgaven; Amberes-Bruselas-Gante-Lovaina 1942).

Hadewijch. Mengeldichten. Opnieuw uitgegeven door J. van Mierlo (Leuvensche studieën en tekstuitgaven; Amberes-Bruselas-Gante-Lovaina 1952).

Ediciones posteriores

Hadewijch. The complete works (The Classics of Western Spirituality; Paulist Press, Nueva York-Ramsey-Toronto 1980).

Hadewijch. Brieven. Oorspronkelijke tekst en nieuw-Nederlandse overzetting, met inleidingen en aantekeningen door F. van Bladel s.j. en B. Spaapen s.j. (Lannoo, Tielt-Den Haag 1954).

Hadewijch. Lettres Spirituelles. Béatrice de Nazareth. Sept Degrés d'Amour, traduction du moyen-néerlandais par Fr. J.-B.M. P[orion] (Martingay, Ginebra 1972).

De brieven van Hadewijch, ed. Paul Mommaers (Altiora-Kok, Averbode-Kampen 1990).

Hadewijch. Dios, amor y amante. Las Cartas. Traducidas del antiguo medio-neerlandés y presentadas por Pablo María Bernardo (Paulinas, Madrid 1986).

De visioenen van Hadewijch. Middelnederlandse tekst, vertaling en commentaar verzorgd door dr. Paul Mommaers (Gottmer-Emmaüs, Nimega-Brujas 1979).

Het visioenenboek van Hadewijch. Uitgegeven naar handschrift 941 van de Bibliotheek der Rijksuniversiteit te Gent, met een hertaling en com-

- mentaar door Prof. dr. H. W. J. Vekeman (Dekker & Van de Vegt-Orion, Nimega-Brujas 1980).
- Hadewijch. Visions.* Présentation, Traduction du moyen-néerlandais et notes par Fr. J.-B.M. P[orion] (OEIL, Paris 1987).
- Hadewijch. Visioenen.* Vertaald door Imme Dros. Met een inleiding en een tekststudie door Frank Willaert (Nederlandse Klassieken; Prometheus-Bert Bakker, Amsterdam 1996).
- Hadewijch. Das Buch der Visioenen.* I: Text. II: Kommentar (Mystik in Geschichte und Gegenwart, 13; Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt 1998).
- Hadewijch d'Anvers.* Poèmes des béguines traduits du moyen-néerlandais par J.-B. P[orion] (Paris 1954).
- Van liefde en minne. De Strofische Gedichten.* Hertaald door M. Ortmanns, Ingeleid door Dr. P. Mommaers s.j. (Lannoo, Telt-Bussum 1982).
- Hadewijch. Strofische Gedichten.* Middelnederlandse tekst en omzetting in modern Nederlands door N. de Paepe, Zwolle (Nijhoffs Nederlandse Klassieken; 1983).
- El lenguaje del deseo. Poemas de Hadewijch de Amberes.* Edición y traducción de María Tabuyo (Trotta, Madrid 1999).

ESTUDIOS

- BAERE, G. DE, «Verlangde Hadewijch naar visioenen?», en: 't *Ondersoek leert.* Studies over middeleeuwse en 17de-eeuwse literatuur ter nagedachtenis van Prof. dr. Lievens Rens (Lovaina-Amersfoort 1986) 55-64.
- DEBLAERE, A., «Hadewijch», en: *Twintig eeuwen Vlaanderen*, XIII (Hasselt 1976) 25-28.
- DINZELBACHER, P., *Vision und Visionsliteratur im Mittelalter* (Monographien zur Geschichte des Mittelalters, 23; Stuttgart 1981).
- DINZELBACHER, PETER-BAUR, DIETER R., *Frauenmystik im Mittelalter* (Ostfildern bei Stuttgart 1985).
- DINZELBACHER, PETER, *Mittelalterliche Frauenmystik* (Paderborn 1993).
- GARÍ, BLANCA, «La desnudez de la nada en Hadewijch de Amberes», en: *Er, Revista de Filosofía* 24/25 (1998) 73-92.
- GRUNDMANN, H., *Religiöse Bewegungen im Mittelalter. Untersuchungen über die Zusammenhänge zwischen der Ketzerei, den Bettelorden und der religiösen Frauenbewegung im 12 und 13 Jahrhundert über die gechichtlichen Grundlagen der deutschen Mystik* (Wissenschaftliche Buchgesellschaft; Darmstadt 1977).

- LEMAIRE, RIA, «Vroegmiddeleeuwse vrouwenlyriek en hoofse mannenpoëzie», en: *Sprekend. Teksten lezingencyclus «vrouwen en letteren»* (De Feeks, Nimega 1981) 125-156.
- LEWIS, GERTRUD J., *Bibliographie zur deutschen Frauenmystik des Mittelalters.* Mit einem Anhang zu Beatrijs van Nazareth und Hadewijch, von Frank Willaert und Marie-José Govers (Berlin 1989).
- MC GINN (ed.), *Meister Eckhart and the Beguine Mystics. Hadewijch of Brabant, Mechthild of Magdeburg, and Marguerite Porete* (Continuum, Nueva York 1994).
- MENS, A., *Oorsprong en betekenis van de Nederlandse begijnen- en begardenbeweging. Vergelijkende studie: XIIde-XIIIde eeuw* (Lovaina 1947).
- MOMMAERS, P., «Het VI Visioen van Hadewijch»: *Ons Geestelijk Erf* 49 (1975) 3-17.
- *Hadewijch. Schrijfster, beginn, mystica* (Averbode-Kampen 1989).
- MOMMAERS, P.-WILLAERT, F., «Mystisches Erlebnis und sprachliche Vermittlung in den Briefen Hadewijchs», en: P. DINZELBACHER-D. R. BAUER (eds.), *Religiöse Frauenbewegung und mystische Frömmigkeit im Mittelalter* (Colonia-Viena 1988) 117-151.
- PAEPE, N. DE, *Hadewijch, Strofische Gedichten. Een studie van de minne in het kader der 12e en 13e eeuwse mystiek en profane minnelyriek* (Leonard Willemsfonds, 2; Gante 1967).
- REYNAERT, J., *De beeldspraak van Hadewijch* (Tielt-Bussum 1981).
- RUH, KURT, *Geschichte der abendländischen Mystik. II: Frauenmystik und Franziskanische Mystik der Frühzeit* (C. H. Beck, München 1993).
- SCHOTTMANN, H., «Autor und Hörer in den Strofischen Gedichten Hadewijchs»: *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur* 102 (1073) 20-37.
- VEKEMAN, H. W. J., «Angelus sane nuntius. Een interpretatie van het Visioenenboek van Hadewijch»: *Ons Geestelijk Erf* 50 (1976) 225-259.
- «Die ontrouwe maectse so diep... Een nieuwe interpretatie van het vijfde Visioen van Hadewijch»: *De Nieuwe Taalgids* 71 (1978) 385-409.
- WILLAERT, FRANK, «Hadewijch und ihr Kreis in den Visionen», en: K. RUH, *Abendländische Mystik im Mittelalter* (Metzler, Stuttgart 1986) 368-387.
- *De poëtica van Hadewijch in de Strofische Gedichten* (HES, Utrecht 1984).

CARTAS

CARTA I

Muchas de las cartas de Hadewijch se dirigen a una amiga, pero en la cultura medieval esto no significa exclusividad. A menudo las cartas se leen en voz alta y se hacen circular. Así pues, la escritora podía contar con que sus cartas alcanzarían a un gran círculo, de ahí que pudiera aparecer una mezcla de comunicación personal, tratado y dirección espiritual general. Alcanzar mayor difusión debe de haber sido el motivo principal de la compilación del conjunto, tal vez realizada por la propia Hadewijch. La colocación en primer lugar de esta carta debe de estar relacionada con los asuntos que en ella trata.

El texto comienza con una exhortación general: se ha eliminado el normal encabezamiento de la carta. En la primera frase, el Amor, que, a menudo personificado, juega un papel esencial en la colección, se relaciona con la vida de Jesucristo. Por eso, de pronto, la mística de amor se sitúa en la historia de la salvación. Cristo es el ejemplo, y del místico amante se esperan obras concretas de justicia. De esta manera, Hadewijch adopta un tono que reanuda a lo largo de la colección. Otro tema es representativo en ésta, lo que justifica la anteposición de esta carta. Se trata de la propiedad de las tres Personas divinas y su Naturaleza una, con la cual guarda semejanza el hombre, y de la posibilidad de crecer en esta semejanza.

La apelación «querida niña», que aparece en la segunda parte de la carta, puede que indique que su destinataria es más joven que la propia escritora, pero, sobre todo, expresa una relación maestra-discípula. «Niña» e «inmadura» tienen en este contexto el significado de «todavía no desarrollado» en el aspecto espiritual. La segunda parte tiene carácter personal y permite ver el otro aspecto del magisterio de la beguina flamenca: ella exhorta a una vida absoluta en el Amor, pero en este aspecto no se sitúa a sí misma como una guía, superior, sabia e intocable. El testimonio de su camino personal deja ver que ella misma debe superar las mismas dificultades que su amiga.

1. Que Dios, quien con su ejemplo ²⁷ ha manifestado el claro Amor, desconocido hasta entonces, iluminando todas las bondades con la claridad de su Amor, te ilumine y te alumbre con la clara claridad que le hace resplandecer a él mismo y a sus amigos y sus amados íntimos.

²⁷ En el discurso religioso medieval es normal decir «Dios» cuando se trata de la vida de Jesucristo. Tampoco debe extrañarnos el hecho de que en la misma frase se combinen dos diferentes referencias: a Jesús y a Dios.

2. La mayor claridad que se puede conseguir en la tierra es trabajar verdaderamente en obras concretas de justicia²⁸ y practicar la verdad en todo por la claridad del Amor noble que es Dios (1 Jn 4,16). ¡Oh qué claridad es dejar a Dios mismo ser y actuar con su claridad! Pues en ella desarrolla el Amor, para sí mismo y para todas las criaturas, para cada una según merece, todo lo que su bondad puede dar en justicia y en claridad²⁹.

3. Y por eso te ruego, como un amigo a su querido amigo, y te incito, como una hermana a su querida hermana, y te exijo, como una madre a su querido niño, y, de parte de tu Amado, te ordeno, como un esposo a su querida esposa: abre los ojos de tu corazón claramente y mírate en Dios, sagradamente³⁰.

4. Aprende a ver qué es Dios: Verdad, que se manifiesta en todas las cosas; Bondad, que hace fluir todas las riquezas; Integridad, donde todas las obras se unen³¹. Por eso se canta tres veces *Sanctus* en el cielo (Is 6,3). Pues los tres Nombres³² incorporan en la Unidad de su Esencia³³ todas las virtudes, aunque cada uno actúa de forma diferente.

5. Mira cómo te ha cuidado Dios igual que un padre, y lo que te ha dado, y lo que te ha prometido. Observa qué sublime es el amor de las tres Personas entre sí y agradécelo a Dios con

²⁸ La claridad que se puede conseguir en la tierra es la respuesta del hombre a la claridad del Amor, la claridad divina. Aquí se presenta un tema muy importante de Hadewijch: la semejanza con Dios, con Cristo (*Introducción*, p.27ss). Un elemento primordial de ésta es la responsabilidad humana y las formas concretas en que se expresa.

²⁹ Estos atributos que se unen con el Amor son las primeras referencias de una gran serie, que, a menudo más explícitamente que aquí, aluden a las Personas divinas o a la unidad de la Santa Trinidad. Con «bondad», «justicia» y «claridad» se mencionan respectivamente las cualidades del Espíritu Santo, el Padre y el Hijo.

³⁰ Hadewijch domina la escala completa de medios persuasivos, desde el *moovere* de su público en modo sutil, pasando por razonamientos argumentados, hasta un directo «yo quiero» sin más. De esa gama que desarrolla a lo largo de las *Cartas*, encontramos aquí una prueba. El examen de uno mismo, al que apremia, tiene por objetivo la semejanza con Dios.

³¹ La Verdad y la manifestación representan al Hijo, que es la Verdad de todas las criaturas; la Bondad, las riquezas y el concepto de fluir al Espíritu Santo, la corriente del amor entre Padre e Hijo que se desborda y se traspasa a los hombres; la Integridad es el Padre, el principio de la Unidad divina. Véase *Introducción*, p.19.

³² Las tres Personas.

³³ El Ser de Dios, uno en sí mismo; el Amor unitario, reposando en sí mismo.

amor, si quieres contemplar cómo es él y si deseas actuar en su claridad, tanto en el gozo interno de su gloria como en la claridad de la manifestación, iluminando o dejando en la oscuridad cada cosa, según le pertenezca³⁴.

6. Como Dios es así, debemos dejar que se goce³⁵ en todas las obras³⁶ de su claridad —*sicut in coelo et in terra*— sin cesar de decir, con palabras y con actos: *fiat voluntas tua* (Mt 6,10).

7. ¡Ah, niña querida!³⁷, cuanto más se manifieste en ti su poder irresistible, cuanto mejor se realice en ti su voluntad sagrada y cuanto más brille en ti su clara verdad³⁸, consiente en desprenderse de momentos dulces por la suprema totalidad de Dios³⁹. Pon tu ser en claridad y adórnate con virtudes y obras justas. Abre tu corazón con altas aspiraciones a la totalidad de Dios. Y prepara tu alma para el gran gozo del Amor todopoderoso de nuestro sumamente dulce Dios.

8. ¡Ah, niña querida!⁴⁰, lo llamo sumamente dulce, pero ignoro completamente su dulzura, salvo por el deseo de mi cora-

³⁴ La contemplación de Dios en su trinidad y unidad se relaciona inmediatamente con la vida espiritual. Actuar en su claridad, *tanto en el gozo interno de su gloria: la Unidad, la Esencia; como en la claridad de su manifestación: las Personas, en especial, el Hijo*. En esto último se puede notar una inclusión con la claridad de la primera frase, la claridad del Amor que ha dado a conocer Jesucristo. Así se descubre, además, la relación entre el tema trinitario y el tema cristológico.

³⁵ La Esencia, el Amor unitario.

³⁶ El amor y las obras de las Personas.

³⁷ Aquí aparece la destinataria. Con la palabra «niña» se denomina principalmente la relación maestra-discípula. Ahora la exhortación general se transforma en invitación personal, para que la amiga responda a las intervenciones de Dios.

³⁸ El «poder irresistible» del Padre, la «voluntad sagrada» del Espíritu Santo, la «clara verdad» del Hijo. Esta riqueza espiritual no implica el gozo de la unión, pero puede ser válida para soportar su carencia, unida a los esfuerzos humanos para actuar de acuerdo con las virtudes y la justicia. Éste es el camino cuya viabilidad muestra Hadewijch. Al mismo tiempo, al seguir este camino, se incita al alumno a disponerse para el pleno encuentro con el Amor.

³⁹ Satisfacerse —y estancarse— con todo lo que acaricia las necesidades naturales (aprobaciones, gustos regados con salsa religiosa, «reposo merecido») es siempre una posibilidad tentadora. No obstante, Hadewijch pone por delante una elección radical: deja atrás todo lo que no es la suprema totalidad de Dios. El mismo consejo, unido al de «no entristecerse por el sufrimiento», da en la Carta II,1.

⁴⁰ Aquí se actualiza el segundo significado de «querida niña»: el de «amiga». Empieza la parte más personal de la carta, donde Hadewijch habla de su camino personal. Hay un gran contraste con lo que parece prometer. A Hadewijch le falta completamente el contacto íntimo con el Amor. La queja que expresa responderá

zón, donde ha sido dulce para mí el sufrimiento por su Amor. Pero, por lo demás, él ha sido más cruel conmigo que lo ha sido nunca diablo alguno, pues los diablos nunca han podido impedir que lo amara o que ayudara a alguien que me hubiera sido confiado. En cambio, él mismo me lo ha impedido ⁴¹. Lo que él es se abraza sólo en su dulce fruición ⁴² y a mí me deja errar fuera de ella y siempre abrumada por la privación del Amor y en las tinieblas ⁴³, carente de todas las alegrías que me hubieran correspondido.

9. ¡Ah, desgraciada! Lo mismo que me ofrecía y ya me había dado como garantía del gozo del Amor justo, me lo ha retirado ahora, como ya sabrás a medias. Dios lo sabe: lo respetaba completamente como a mi Señor y apenas le pedía algo más de lo que él mismo me quería dar. Pero lo que me ofrecía, lo hubiera aceptado con gusto para gozarlo, si me lo hubiera concedido. Al principio no sabía qué hacer y le dejaba ofrecermelo todo antes de tender la mano. Pero ahora me ocurre como a quien por burla se le ofrece algo: cuando hace ademán de cogerlo, le pegan en la mano diciendo: «Ah, lo querías, ¿verdad?», y le retiran lo que le habían ofrecido.

CARTA II

Cuando la inspiración y el entusiasmo iniciales desaparecen, el camino iniciado se hace difícil y duro. Esto vale, incluso más, para quien ha conocido la gracia del encuentro con Dios y ha respondido a la llamada a una vida de servicio al Amor, pero ahora debe avanzar sin consuelo y sin gracias. A pesar de ello, el consejo de Hadewijch es entregarse al servicio del amor, sin esperar recompensa o descanso. Re-

seguramente a su experiencia concreta y personal, pero no se debe tomar solamente de este modo. Al expresar el abandono también en primera persona —tras la exhortación que, de todas formas, queda en vigor—, da Hadewijch voz a la queja de sus compañeras y de las que se habían confiado a su dirección espiritual, y puede que también a la queja de la destinataria, que quedaban privadas de la dulce unión con Dios, a pesar de todos sus esfuerzos en el servicio del Amor. Similar combinación de estímulo general y queja expresada en primera persona se encuentra en la Canción VI.

⁴¹ Dios la «ha sacado» de sí misma, por eso ella ya no puede dominarse.

⁴² Dios se basta a sí mismo. Véase *Introducción*, p.34.

⁴³ Las tinieblas, un amargo contraste con «la clara claridad que le hace resplandecer a él mismo y a sus amigos y sus amados íntimos», al comienzo de la carta.

comienda a la destinataria abandonarse en las manos de Dios, en lugar de concentrarse en la propia tristeza, y seguir la simple voluntad del Amor. Esto puede realizarse en las circunstancias concretas en las que vive y sirve como beguina. El único temor debe consistir en no servir bastante al Amor, de acuerdo con su dignidad. El resto debe ponerse en manos del Amor, que —aunque tal vez tarde— siempre recompensa con largueza.

1. Examina ahora todo aquello en lo que has errado, por indolencia o por vana tristeza. Comprendo bien, claro, que alguien a quien le falta su Amado, a menudo esté triste, y que entonces no sepa si se acerca o se aleja del otro, eso es comprensible. Pero el verdadero creyente debe saber que la bondad de su Amado es mayor que la propia debilidad. No debe uno entristecerse por el sufrimiento ni aspirar al reposo. Debemos abandonarlo todo por el todo y renunciar al descanso. Alégrate siempre en la esperanza de obtener el Amor. Ya que desees plenamente el amor a Dios, no debes esperar a cambio descanso alguno, sino sólo el Amor.

2. Mantente en guardia y en paz con todo. Haz el bien en cualquier circunstancia. No te preocupes por beneficios, bienaventuranza o condenación, salvación o suplicio, pero actúa y abandona todas las cosas por el honor del Amor. Si te mantienes firme, te recuperarás pronto. Y no temas parecer tonta a los ojos de la gente: éste es un camino que nos adentra en la verdad. Sé siempre flexible, mantente dispuesta para todos los que te necesitan, y contenta a todo el mundo hasta donde puedas sin humillarte. Alégrate con los que se alegran, llora con los que lloran (Rom 12,15), sé paciente con los que te necesitan, atenta con los enfermos, generosa con los necesitados y, al mismo tiempo, mantente recogida en tu espíritu, ajena a toda criatura ⁴⁴. Pero, aunque actúes en todo lo mejor posible, como humanos, no podemos actuar sin fallos. Por eso confía en la bondad de Dios, que supera tu debilidad. Practica siempre con esta confianza la

⁴⁴ En una vida de Amor y dedicada al Amor, el desapegarse de la criaturas no es una huida. Es una de las caras de la moneda; la otra es entregarse al servicio y a la solidaridad. Se trata de conservar, en el centro de toda actividad, un centro de tranquilidad, un lugar dispuesto para Dios. El «mantenerse recogido en el espíritu» es la primera condición para avanzar en el camino místico. En otros lugares, da Hadewijch una perspectiva más profunda.

auténtica virtud. Sé aplicada y firme para cumplir, sin ahorrar esfuerzos, el consejo de nuestro Señor y su más querida voluntad allí donde la puedas discernir. Y hazlo laboriosamente, mientras examinas tus pensamientos para conocerte a fondo a ti misma.

3. Vive para Dios de tal manera, te lo ruego, que no descuides las grandes obras para las que te ha llamado. No las descuides, te lo ruego y te aconsejo, por obras ligeras. Tienes sobrados motivos para esforzarte por Dios. Pues te ha preservado de muchas malas ocasiones —no te crees tú misma problemas— para que, con su gracia, y si eres consciente, tu camino sea bueno. Bien mirado, apenas cuentas con el sufrimiento necesario para madurar como es tu obligación, si quieres hacer justicia a Dios, como a veces te gustaría, ¿no?

4. Aunque en ocasiones te sientas tan desdichada de corazón como si él te hubiera abandonado, no caigas en la desesperación. Pues, sinceramente, te digo que cada desgracia que soportamos por Dios con buena voluntad, nos acerca a la plena naturaleza de Dios. Pero no nos conviene saber cuánto aprecia nuestro sufrimiento, porque dejaríamos de sentirnos en un exilio. El que conociera la voluntad de Dios y el gusto que le dan nuestros esfuerzos, iría por él, de buena gana, al abismo del infierno. Pero nunca más crecería o avanzaría, porque ya no podría sentir dolor. Quien supiera que sus obras complacían a Dios, ya no se apenaría por nada.

5. Eres joven y todavía debes crecer. Te conviene mucho más —si quieres seguir el camino del Amor— buscar el esfuerzo y sufrir por su honor que querer sentirlo. Debes servirlo como alguien que quiere permanecer para siempre a su digno servicio. No rehúyas honor ni deshonor, ni el suplicio de la tierra ni el del infierno, si los atraes por servirlo dignamente. Y lo sirves al esforzarte en la oración de las Horas, en la observación de tu Regla y con todas tus labores, sin desear o aceptar descanso. Y aunque encontraras gusto en cualquier cosa inferior al mismo Dios, que será tuyo en la unión frutiva, mantén una inquietud fundamental, hasta el momento en que Dios te ilumine con su propio Ser

y te ponga en condiciones de tratar con el Amor y gozarlo en su Ser, donde el Amor se pertenece y se basta a sí mismo ⁴⁵.

6. Sirve con noble pureza, no pretendas nada y por nada te preocupes. Y deja que el Amor se cuide solo y libremente. Porque el Amor recompensa con generosidad, aunque a menudo llega tarde ⁴⁶. Que ninguna duda, ninguna adversidad te impida practicar la virtud. Y que ninguna desgracia te haga temer no encontrar recuperación en Dios. No debes dudarle, ni tampoco poner toda tu confianza en la gente, los santos o los ángeles, aunque hagan milagros. Pues has sido llamada muy joven y tu corazón siente, de vez en cuando, que has sido elegida y que Dios, ante tu confianza, ya ha empezado a sostener tu alma.

7. Entrégate tan perfectamente, que él pueda perfeccionarte. Y nunca desees que te sostenga una persona, ni en el cielo ni en la tierra, por muy poderosa que sea. Porque puedo decirte: Dios te está apoyando, y debes querer —con toda tu alma y nunca más vacilando de miedo— que él te sostenga.

8. Hay sólo una cosa que debemos temer siempre: no servir al Amor como corresponde a su dignidad ⁴⁷. Este miedo llena al hombre con amor, tanto que hace llamear en su interior una tormenta de deseo ⁴⁸. Entonces le parece haber cumplido con el Amor, pero que el Amor no le ayuda ni ama bastante, como merece por su servicio ⁴⁹. Mientras acusamos al Amor de infidelidad, desaparece el miedo de que te hablo. Sin embargo, debemos admitirlo según viene y va, y apartar cualquier otro diferente.

9. Soporta sin resistencia y enteramente el sufrimiento que Dios te imponga. Entonces oirás su consejo oculto, como Job,

⁴⁵ «El Amor (o Dios) se basta a sí mismo»: véase *Introducción*, p.34.

⁴⁶ Compárese la expresión «El Amor recompensa siempre, aunque a menudo llega tarde» que encontramos en la Carta VII,2 y en las Canciones: IX y XV.

⁴⁷ Cf. *Introducción*, p.32 y 56.

⁴⁸ La imposible exigencia tendrá como resultado un extraordinario estímulo para la vida mística del amor.

⁴⁹ Aquí aparece la exigencia del amante, que es el efecto paradójico de la «deuda de amor» que él mismo no puede cumplir. Lo que se denomina en este párrafo «temer» y «acusar» vuelve en la Carta VIII como dos tipos de temor.

que dice sobre él: «se me susurró una palabra secreta» (Job 4,12).

10. Entre la gente existen dos maneras de ayudarse mutuamente ⁵⁰. La primera es cuando alguien ayuda a los pecadores en su miseria. A veces ocurre que alguien está tan herido por la caridad ⁵¹, que debe renunciar al delicioso goce de Dios por los que viven en pecado, y llega incluso a preferir la carencia de su Amado hasta que se le asegura que los pecadores no desesperan de la gracia de Dios. Así hace la caridad que un hombre apoye al otro.

11. Hay otra forma de ayuda. Cuando Dios ve a alguien que está afianzado en las virtudes y domiciliado en la caridad, y lo encuentra fuerte y provisto de verdadera comprensión, no tiene consideración con él, para que no flaquee ni se pierda en la dulzura y prefiera sacrificar todo lo que podría tener de Dios hasta que Dios haya salvado a los pecadores. Hay pecadores orgullosos de carácter y fuertes en su forma de ser, que se han corrompido y herido tanto a sí mismos, que por sus propias fuerzas no podrían volver a Dios. Pero Dios es tan clemente con ellos que los pone en manos de quienes ha considerado capaces de ayudarlos en su nombre y guiarlos a su camino, el camino perfecto.

12. Tú no necesitas tal ayuda ⁵², pues has empezado joven y no has renegado de Dios con tu forma de actuar. Por eso, será él

⁵⁰ Aquí vuelve el tema que más arriba, antes de referirse al temor, había ya introducido: el apoyarse en la gente. El desarrollo es ahora más específico: ayuda a los pecadores. Los dos párrafos, en los cuales se plantea esa ayuda, no tienen, no obstante, ninguna relación con la situación de la destinataria. Levantan la sospecha acerca de que Hadewijch aborda algo que era importante reflexionar por otras razones. La atención deriva de la cuestión «de recibir o no ayuda de otros» hacia «dos maneras de prestar ayuda». El contexto deja de sernos claro. En otra parte, Hadewijch nos habla de sí misma en relación con este asunto: «hubo gente a quien liberé de faltas» (Visión XIX,8).

⁵¹ La palabra clave de toda la obra de Hadewijch es *amor*. Es el amor del amante que recibe, en experiencias que le estimulan, la invitación a unirse con el Amor, con Dios mismo. Otro término de Hadewijch es *caridad*, que se refiere normalmente al amor activo, el amor al prójimo. En contadas ocasiones designa también a la tercera de las virtudes cardinales.

⁵² Probablemente la destinataria estaba demasiado sedienta de los consejos de gente siempre dispuesta a darlos, pero que le impedía dedicarse como debía al Amado.

mismo quien te guiará a su Ser, si confías en él. Pero voy a decirte en qué puedes apoyarte: sigue la demanda de tu corazón de vivir sólo en Dios. Ningún extraño ⁵³ vive allí. Si encuentras, o crees, o sientes a alguien viviendo hermosamente en él, a alguien que está instalado profundamente, caminando allí con firmeza y manteniéndose sin fracasar, puedes seguirlo y obedecerlo sin humillarte, porque esa persona está por encima de ti.

13. Si quieres obtener lo que es tuyo ⁵⁴, debes entregarte completamente, con confianza, a Dios, para convertirte en lo que es él. Y por el honor del Amor debes renunciar a ti misma tanto como puedas, para obedecer, sólo y en todo, al imperativo de la perfección más alta, en el hacer y en el no hacer. Para eso, debes permanecer humilde y no envanecerse nunca de tus logros. Y además, nutrir, con una caridad benévola y perfecta, todas las cosas de la tierra y del cielo, según su orden, como conviene a la justa caridad. Así puedes llegar a ser perfecta y obtener lo tuyo —si quieres.

CARTA III

La lección de Hadewijch en esta breve carta y la espiritualidad a la que llama es tan simple como fundamental. Dios es verdadera bondad y lealtad, la vida de Jesucristo lo ha demostrado. Por eso, para tocar al Dios intangible no hay camino más seguro que el amor fraterno, con él se toca a Dios donde no puede defenderse. Esta carta es una de las manifestaciones del tema central de Hadewijch relativo a la semejanza con Cristo.

1. Dios esté contigo. Te ruego, por la verdadera bondad y fidelidad que es Dios, que te mantengas continuamente consciente de la santa bondad que él mismo es y que puso en práctica cuando vivía como hombre en la tierra. ¡Ay, querido amor!, así, como hombres, vivimos actualmente. Por eso, ten presente las nobles acciones que estuvo dispuesto a realizar entre nosotros, de acuerdo con las necesidades de cada uno ⁵⁵. Y piensa después

⁵³ Los «extraños»: véase *Introducción*, p.41.

⁵⁴ Todo lo que hay en la pureza de nuestro ser en Dios (véase *Introducción*, p.22 y 56).

⁵⁵ La contemplación de la vida de Jesucristo: Cristo en su Humanidad.

en la dulce naturaleza del Amor, que es él, ahora, tan escalofriante y singular a la vista ⁵⁶.

2. ¡Ah!, la sabiduría nos adentra profundamente en Dios. Por eso, no hay aquí en la tierra otro camino seguro que el de esa profunda sabiduría que busca tocarle. A él, que siempre queda intangible y que, no obstante, puede ser tocado tan profundamente, debe dolerle que haya ahora tan pocos que desean o suspiran, con la impaciencia del deseo y la fuerza de obras apasionadas, por tocarlo siquiera un poco en su misterio: quién es él y cómo actúa en el amor. Quien, por el lazo del amor, se apartara lo necesario de las costumbres de este mundo y sintiera suficiente pasión celestial por Dios y amor fraterno por los hombres, dondequiera que lo necesiten, comprendería y aplicaría en la tierra el modo de vida celestial.

3. Donde el Amor experimenta su mayor necesidad y le urge la acción, allí estoy yo. Lo mismo hace el amor fraterno, que vive en la caridad de Jesucristo: apoya al hermano querido en la alegría o en la tristeza, con la severidad o la generosidad, con el consejo o la acción, con el consuelo o la reprensión. A esto debes orientar siempre tu esfuerzo, para que Dios no tenga nada que reprocharte. De esta forma, se toca a Dios donde no se puede defender: porque se le toca con su propia obra y con la voluntad de su Padre, que le hizo el encargo —y él lo cumplió. Y éste es el mensaje del Espíritu Santo. Cuando se vive de este modo, el Amor revela milagros celestes, y muchos milagros.

CARTA IV

Aquí se trata del discernimiento de los espíritus. En la vida espiritual hay muchas cosas buenas. No obstante, se convierten en errores por una inexacta y falsa aproximación. La capacidad crítica, tratada por Hadewijch como un personaje en escena, falla entonces. Un injusto tratamiento del temor a Dios, la esperanza y el amor fraterno puede reducir a la nada la fecundidad de estos valores, o incluso actuar perjudicialmente. A estos tres puntos centrales añade la escritora una completa lista de pequeños puntos a los que se puede realizar una aproximación errónea. Hadewijch muestra con agudeza a cada paso el porqué de lo que ocurre en relación con estos puntos. El reconocimiento de estas faltas no debe llevar a la destinataria a una

⁵⁶ La contemplación de Dios a través de Cristo en su Divinidad.

desilusión demasiado grande: errar es humano, y quien así lo acepta y no se deja bloquear por ello, avanza. Dios hará lo que corresponda cuando considere que ha llegado la hora.

1. Te ruego que analices todos los puntos en que has errado y que pongas todo tu esfuerzo en corregir tus errores ⁵⁷. Pues nos equivocamos en muchas cosas que consideramos buenas, y que lo son. Pero la Razón se confunde en ellas, si no se comprenden o se aplican bien ⁵⁸. Y cuando la Razón queda oscurecida, también la Voluntad se hace débil e impotente, y se fatiga con el trabajo, porque aquélla ha dejado de iluminarla. Además, la Memoria pierde su noble principio y su alegre y noble confianza y abandona sus numerosas e íntimas tentativas de relacionarse con el Amado, que son los momentos en que la confianza hace llevadera su triste espera. Por todo ello, se abate el alma noble. Pero, cuando se encuentra abatida, la esperanza en la bondad de Dios la reanima; no obstante, tenemos que vagar y sufrir antes de hallar el consuelo.

2. Repara ahora en lo que voy a decirte y en qué se equivoca la Razón. Pon todo tu celo en perfeccionarte. Y no te entristezcas cuando falles un poco: un caballero humilde no se debe preocupar por los golpes que recibe, si tiene presente las heridas de

⁵⁷ La mayoría de las cartas se dirigen a una persona (la «querida niña» a quien se interpela frecuentemente), pero, a través de ella, a otras mujeres que pertenecían al grupo místico de Hadewijch. A nadie en especial se dirige esta carta. ¿Está quizás directamente dirigida a una comunidad? El neerlandés medieval usa la forma «tú» tanto para la segunda persona singular («tú») como para la segunda persona plural («vosotras»).

⁵⁸ La personificación de determinados conceptos es un procedimiento literario que Hadewijch aprovecha aquí frecuentemente. Sobre todo se personifica el Amor, pero también la Razón y el Deseo. A menudo, la Razón juega un rol crítico y poderoso. La Razón es imprescindible en la vida de amor (véase, por ejemplo, la Carta XIII, 1.2 y XVIII, 4.6.7). Esta carta trata de la debilidad de la razón, que además repercute en la voluntad y la memoria, las otras dos facultades superiores. ¡La Razón no falla realmente por falta de inteligencia! Es el hombre quien piensa y quien puede dejar que se perturbe la equilibrada mirada a las cosas con costumbres erróneas, obsesiones, dudas, afectos y placeres. Es entonces cuando se toman las verdades con demasiada seguridad, las limitaciones y prescripciones con demasiado rigor. Lo que es bueno deja de serlo cuando nos aproximamos con intereses externos. Cuando la autora habla de esa aproximación inadecuada y carente de sentido crítico, dice que *falla la Razón*.

Nuestro Señor ⁵⁹. Tan pronto como a Dios le parezca hora, las cosas volverán a su sitio: aguanta, por tanto, con firmeza. A su tiempo, Dios entregará luz, constancia y verdad a la Razón y entonces la Voluntad recibirá la luz de la Razón y nueva fuerza. Y la Memoria se tornará valiente, cuando Dios con su omnipotencia ahuyente todo miedo y temor.

3. Brevemente: la Razón puede equivocarse en el miedo, en la esperanza, en la caridad, en la observancia de una regla, en la tristeza, en los deseos piadosos, en el disfrute de dulzuras, en el temor a la ira de Dios, en discordias al actuar, en el recibir y en el dar —en todo tipo de cosas que creemos buenas, puede errar la Razón.

4. La Razón sabe muy bien que se debe temer a Dios y que Dios es grande y el hombre pequeño. Pero mucha gente abandona sus intentos de alcanzar a Dios en su grandeza, si la Razón se amedrenta por su pequeñez ante la grandeza de Dios; no se atreve a afrontarlo; empieza a dudar de si algún día llegará a ser su hija predilecta y le parece que no tiene derecho a un Ser tan grande. En eso se equivoca la Razón, y en muchas más cosas ⁶⁰.

5. En materia de esperanza, mucha gente se equivoca, porque confía en que Dios le haya perdonado todos sus pecados. Pero, si de verdad estuvieran completamente perdonados, amarían a Dios y lo manifestarían en obras del amor. La esperanza les hace contar con algo que nunca les llegará porque son demasiado perezosos y no saldan su deuda ⁶¹ con Dios y el Amor, a quien debemos nuestros esfuerzos hasta la muerte. En este caso,

⁵⁹ Cf. SAN BERNARDO, *Sermones super Cartica* 61,3.7-8.

⁶⁰ Este párrafo refleja el abismo entre fe y espiritualidad, por un lado, y racionalidad y teología, por otro, que a principios del siglo XIII estaban vigentes. La noción de la incognoscibilidad de Dios fue usada por algunos círculos como yunque para martillar contra los movimientos espirituales. Ver *Introducción*, p.10. Hadewijch no aboga a favor de una fácil solución devocional. ¡La noción de la incognoscibilidad de Dios es cierta! La razón no yerra en ese axioma. Sin embargo, no es algo que pueda detener a nuestra autora: donde no llega el entendimiento humano, llega el amor.

⁶¹ La verdadera «deuda» es la exigencia del Amor de satisfacer a Dios o al Amor según su dignidad, una exigencia imposible, que atormenta el deseo del enamorado. Véase *Introducción*, p.32 y 57.

la Razón se equivoca en la esperanza de muchas cosas. Pero sobre este punto necesitas oír menos que sobre los demás.

6. Respecto a la caridad, se cae en falta por servir irreflexivamente: se da por afecto y no por necesidad; se sirve donde no hace falta, y se atormenta uno en vano. Mucho de lo que llamamos caridad es, en realidad, afecto.

En la observancia de una regla, la gente atiende a muchas cosas de las que podría quedar liberada, y eso hace que se confunda la Razón. Un espíritu de buena voluntad vive interiormente de forma más hermosa de lo que puedan establecer todas las reglas.

7. También la tristeza es a menudo motivo de falta: la Razón pretende que uno llora por la ausencia de lo que nos pertenece, aunque a menudo es por indocilidad. En este punto se cometen errores frecuentemente.

8. Los que buscan algo en la devoción se equivocan, porque es a Dios a quien se debe buscar y ninguna otra cosa. Y lo que él entrega por añadidura, aceptémoslo con gusto.

9. También en el disfrute de dulzuras se yerra a menudo. Hay mucho apego a ellas, sea a las dulzuras de Dios, o a las de los hombres.

10. El temor a las iras de Dios o a cualquier tipo de tormentos provoca también el error de la Razón, si uno los tiene demasiado en cuenta y hace y deja por ellos más que por el Amor.

11. Mucha disparidad en las obras y la atención dispersa en lo que uno hace o deja, resta mucha libertad al Amor.

12. También al tomar y aceptar lo que no necesitamos verdaderamente, tanto en asuntos materiales como espirituales, se equivoca la Razón.

13. En todo tipo de apego, en acomodarse sin necesidad y en querer vivir temerosamente en paz con Dios y con la gente, se equivoca la Razón.

14. Al dar, se cometen a menudo errores. Por ejemplo, cuando uno quiere entregarse completamente antes de su hora o se da y dedica a todo tipo de cosas ajenas, a las cuales no está destinado y para las que no ha sido elegido por el Amor.

15. Tristezas, preocupaciones, buscar reposo, reñir y reconciliarse, lo bueno y lo malo: al dedicar su valioso tiempo a todas estas cosas, se equivoca la Razón.

16. La obediencia irreflexiva a las emociones la desconcierta, y en eso están comprendidos todos los errores anteriores. Obedecer sin control al miedo y a los otros impulsos; obedecer a la agitación, a la confianza atrevida, a preferencias naturales y escuchar a todos los impulsos que no tienen que ver con el Amor perfecto: aquí es donde yerra la Razón.

17. Si te señalo que la Razón puede errar en todos estos puntos que suelen ayudar a la gente, lo hago porque se trata aquí de puntos importantes. La tarea propia de la Razón es estimar cada uno de ellos y guiarnos según el valor que tengan.

CARTA V

Algo de las personales vicisitudes de Hadewijch sale a la superficie en esta carta: la desilusión por el conflicto que ha experimentado el grupo y su propia expulsión, dictaminada por sus anteriores compañeras. Pero, desde esta referencia, pasa con un solo aliento sobre la dicha cuando el Amor la toca interiormente. Queda bien dibujado aquí su perfil de guía espiritual. Usa un tono personal, pero no se deja arrastrar por la autocompasión; anima, pero también invita a la madurez; asegura la necesidad de preocuparse por el otro, pero vela por la reflexión y la sabiduría. La carta es una invitación a entregarse completamente al Amor, a no dejarse guiar a ninguna otra parte.

1. Dios esté contigo, amiga de mi corazón, y te dé consuelo y paz en él mismo. Desearía, por encima de todo, que Dios te asistiera con su paz, te consolara con su propia bondad y te alumbrara con la nobleza de su Espíritu. Y lo hará, y con mucho gusto, si confías en él y a él te abandonas suficientemente.

2. ¡Ay, hija querida! Sumérgete en él con toda tu alma y sin reservas, lejos de todo lo que no es el Amor, sea lo que sea lo que te ocurra. Pues son numerosos los golpes que recibimos, pero si nos mantenemos firmes, alcanzaremos la madurez.

3. Soportar todo de todo el mundo es gran perfección. Pero —¡Dios lo sabe!— la mayor de las perfecciones es soportar lo que provocan los falsos hermanos, que se hacen pasar por compañeros de nuestra fe (Gál 6,10). ¡Ay! No te extrañe si a mí me

duele que los que hemos elegido para gozar con nosotros en nuestro Amado, empiecen ahora a incordiar y romper nuestra compañía, para separarnos. Y, sobre todo, quieren que nadie trate conmigo. ¡Ay de mí! ¡Qué indeciblemente dulce me hace saborear el Amor su Ser y los dones que de él me llegan! Nada puedo negarle. ¿Y tú, puedes tú mantenerte y resistirte a él, que, como dicen, todo lo vence?

4. Ay, querida, ¿por qué todavía no te ha sometido el Amor completamente ni te ha arrastrado a su profundidad? ¡Ay de mí! Si el Amor es tan dulce, ¿por qué no te lanzas profundamente en él? Y ¿por qué no tocas a Dios bastante profundamente en la profundidad de su naturaleza sin fondo? Mi dulce amor, entrégate plenamente a Dios por el Amor y con amor —es necesario. Pues este vacilar es malo para ambas: malo para ti y demasiado difícil para mí.

5. Ay, mi querido amor, no faltes al compromiso de las virtudes por ninguna contrariedad. Te ocupas demasiado en asuntos que no deberían importarte tanto. Malgastas demasiado tiempo por tu precipitación, por lanzarte atropelladamente a todo lo que te sale al encuentro. En esto nunca he conseguido que alcanzaras equilibrio. Cuando tienes ganas de hacer algo, te asalta siempre tanta prisa, que actúas como si no pudieras poner atención a otra cosa. Consuela y ayuda a todos tus amigos, eso me alegra, y cuanto más, mejor. Pero de manera que tú y ellos quedéis en paz —así me gustaría que ocurriera.

6. Te ruego y te exhorto, por la verdadera fidelidad del Amor, que hagas y dejes cada cosa tal como te he ordenado, y que, por nuestra desconsolada pena, consueles a todos los afligidos como mejor puedas ⁶². Ante todo, te ordeno que guardes íntegramente las órdenes del Amor, que recibimos desde la eternidad, y que no las perjudiques por ninguna preocupación ajena o tristeza.

⁶² Es extraordinario y cristiano que alguien traspase a otros el don que ha recibido. Lo mismo se puede decir cuando alguien consuela la ansiedad de los afligidos por haber experimentado él mismo alguna vez aliento y ayuda. Hadewijch va mucho más allá: estimula a calmar al afligido tan bien como la amiga pueda, «por nuestra desconsolada pena». Aquí la falta produce abundancia... Ésta es la virtud *mística*.

CARTA VI

En esta larga carta se conectan y combinan diferentes temas. Hadewijch comienza hablando del desprendimiento que exige la vida del amor; este desprendimiento implica la ausencia de cualquier preocupación por ser justamente tratado, o comprendido, o protegido: el amor exige una entrega radical (1-3). El segundo tema es el permanecer en pie, manteniéndose aparejado con la fe en el propio, alto destino (4-5). El tercer tema es la solidaridad con los que aman (6-7). El cuarto, la exclusividad en el seguimiento de la voluntad del Amor (8). El tema central de la carta es el experimentar a Cristo en su divinidad y humanidad: ser hombres con el Hombre y, al mismo tiempo, Dios con Dios —soportar carencias y gozar la unión— caminan indisolublemente unidos (9-12). Tras este tema central, Hadewijch retoma los primeros.

1. En esta ocasión quiero avisarte de algo que provoca gran daño. Es, créeme, hoy por hoy, uno de los peores males de todos los que afligen a la gente, y hay muchos. Todo el mundo exige que se le devuelva fidelidad y quiere poner a prueba a su amigo y se queja continuamente de deslealtad. Éstas son actualmente las preocupaciones que llenan la vida de los que deberían dedicar noble amor a nuestro gran Dios.

2. Pero quien aspira al bien y quiere elevar su vida hasta nuestro Dios, tan grande y sublime, ¿cómo va a preocuparse de si le es fiel o infiel, o de si debe agradecer o lamentar lealtad o maltrato? Quien actúa deslealmente o no hace justicia, se hace a sí mismo la mayor parte del daño. Y lo peor es que carece, precisamente, de la dulzura que le proporcionaría su propia fidelidad.

3. Si alguien, cualquiera, se muestra fiel y generoso contigo cuando lo necesitas, no dejes de demostrarle gratitud ni de devolverle el servicio. Pero, ante todo, debes servir y amar a Dios más que nunca por el hecho de que alguien haya actuado lealmente, y deja de su cuenta el agradecer o no. Porque él es justicia en sí mismo y puede exigir lo que se le debe y conceder lo que a cada uno le corresponde. Él está en la cima de su goce y nosotros en el abismo de nuestra carencia. Quiero decir que a ti y a mí, que todavía no hemos llegado a ser lo que somos, no hemos alcanzado lo que tenemos y todavía estamos tan lejos de lo nuestro ⁶³, nos hace falta, sin ahorrarnos nada, soportar que

⁶³ Tres referencias a nuestra eternidad en Dios; a su pensamiento (ejemplarismo). Nótese cómo aquí Hadewijch habla en la forma «nosotros».

nos falte todo para tenerlo todo ⁶⁴ y aprender únicamente, valientemente, la vida perfecta del Amor ⁶⁵, que a las dos nos ha llamado a su obra.

4. Ay, querida niña, en primer lugar, y sobre todo, guárdate de la inconstancia, te lo ruego ⁶⁶. Pues nada ha podido ni puede separarte tan fácilmente de Nuestro Señor.

5. No seas tampoco tan obstinada que alguna contrariedad te haga pensar nunca, ni siquiera un poco, que te pertenece algo inferior al gran Dios en su totalidad, en la riqueza del Amor, de manera que dejes de realizar algún bien por incertidumbre o por obstinación. Si te abandonas al Amor, conseguirás pronto la madurez, mientras que, si continúas dudando, te volverás perezosa y reacia y todas las obligaciones o deberes te resultarán demasiado gravosos. No te inquietes, no creas nunca que alguna de las obras necesarias para alcanzar tu meta supera tus fuerzas y es irrealizable. Así de apasionada y fiel debes ser, siempre con renovada fuerza.

6. Con los que sufren miseria y tristeza porque tienen sed de Amor ⁶⁷ y querrían saciarla, debes ser servicial; préstales toda la ayuda que puedas, de forma que te derrames por ellos: tu corazón en afecto misericordioso, tus palabras en consuelo, tus miembros en servicio y esfuerzo. Con los pecadores, sé misericordiosa y ruega mucho por ellos. Pero no trates de exigir en tus plegarias que Dios los saque de su estado, pues malgastarías tu tiempo y, además, no conseguirías mucho.

7. A los que aman a Dios, puedes tratarlos con amor, y ayudarlos a fortalecer su amor; esto es útil, ninguna otra cosa. No vale esfuerzo ni oración por los débiles, pecadores y extraños a Dios; sólo vale el amor que se da a Dios. Y cuanto más fuerte sea

⁶⁴ La relación de la nada con el todo, que volveremos a encontrar tres siglos más tarde en San Juan de la Cruz.

⁶⁵ A la opción de la nada, el desapego de todas las cosas, enlaza Hadewijch la ciega elección por el Amor: querer satisfacer al Amor, aun con todo en contra; mantener fija la mirada en esta alta elección. A continuación agrega una tercera elección: la imitación de Cristo y el crecimiento en semejanza a él. Estas tres opciones unidas forman el camino místico, que penetra en Dios.

⁶⁶ Comienzo del segundo tema.

⁶⁷ Comienzo del tercer tema.

el amor, más numerosos serán los pecadores que él libere de sus pecados y más firmemente cimentará a los que aman.

8. Vivir sinceramente según la voluntad del Amor ⁶⁸ es asumir tan exclusivamente la exigencia de satisfacción del justo Amor ⁶⁹ que, aun teniendo otro deseo, no queremos ni deseamos nada diferente de lo que él merece, sin importarnos si esto nos condena o bendice. Y sólo deberíamos admitir la privación del reposo y del consuelo por la consciencia de que todavía no hemos crecido lo suficiente a semejanza del Amor.

9. Nunca hay que olvidar que el buen servicio y el sufrimiento del exilio aquí abajo son parte de la vida humana: lo mismo le correspondió a Jesucristo mientras vivió sobre la tierra ⁷⁰. En ningún lugar se encuentra escrito que Cristo recurriera, nunca a lo largo de su vida, al Padre o a su propia poderosa naturaleza para gozar del reposo. Nunca se permitió ninguna satisfacción, sino que afrontó siempre empresas nuevas, desde el comienzo hasta el final de su vida. Él mismo se lo aseguró a una persona que aún vive y a quien ordenó seguir su ejemplo ⁷¹, mientras le decía que la verdadera justicia del amor consiste en esto: donde está el Amor también están los grandes trabajos y las graves penas. Sin embargo, todo sufrimiento tiene su dulzura: *qui amat non laborat*, es decir, que cuando se ama, no se siente la pena ⁷².

10. Durante la vida humana de Nuestro Señor, hubo un tiempo para cada una de sus obras y, cuando llegaba la hora (Jn 2,4), actuaba, con palabras, actos, sermones, doctrina, reprimendas, consuelos, milagros, penitencia, cuando sufrió dolor, o cuando soportó la humillación y la calumnia, la angustia y el

⁶⁸ Comienzo del cuarto tema.

⁶⁹ Satisfacer al Amor significa: actualizar un amor igual de abundante e inacabable como el que Dios-Amor da y es. Ésta es una misión imposible, pero seguir ciegamente esta exigencia significa una disponibilidad completa. Aunque ésta no sea suficiente para alcanzar la unión con Dios, es posible que el Amor tome ahora posesión del hombre.

⁷⁰ Con este párrafo comienza el tema central.

⁷¹ Aquí trata Hadewijch el más importante punto doctrinal de la Visión I, el descubrimiento de que la unión que ella buscaba sólo se encuentra si se está dispuesto para seguir a Cristo en su humanidad y sufrimiento.

⁷² SAN BERNARDO, *Sermones super Cantica* 85,3.8. Cf. *La imagen del caballero* en Carta XVIII,7.

miedo hasta la pasión y la muerte. En medio de todo ello, esperó pacientemente la hora. Y cuando llegó el momento en que le correspondía actuar cumplió con su obra, intrépida y poderosamente. Asumió con su alto y fiel servicio la deuda que la naturaleza humana mantiene con la divina Verdad paterna ⁷³. Allí se encontraron la misericordia y la verdad, y la justicia y la paz se abrazaron (Sal 85,11).

11. Con la Humanidad de Dios, debes vivir tú aquí abajo, entre las labores y los dolores del exilio, y con la Divinidad eterna y todopoderosa, debes amar y alegrarte en tu interior con dulce abandono. El verdadero cumplimiento de estos dos aspectos reside en un solo y único goce. De la misma manera que la Humanidad de Cristo obedeció la voluntad de la Majestad, tú debes dedicarte en amor a la voluntad de ambas unidas. Sirve humildemente bajo su poder único y mantente siempre ante ellas, preparada para seguir sus órdenes. Y deja que obren contigo como quieran.

12. Insisto, no hagas otra cosa. Sirve a la Humanidad con manos siempre rápidas y fieles, con enérgica voluntad llena de todas las virtudes. Ama a la Divinidad, no sólo con devoción, sino también con indecible anhelo, siempre en pie y afanada ante ese Rostro terrible y maravilloso, donde se revela el Amor por completo ⁷⁴ y donde absorbe todas las obras. Lee en este santísimo Rostro todos tus juicios y todo lo que te concierne de tu vida. Abandona toda la tristeza que soportabas hasta este momento y la pusilanimidad que te acompaña. Prefiere el sufrimiento lejos del Amado sobre el reposo en cualquier bien inferior a él. De ello depende tu perfección: huir de todo goce extra-

⁷³ En las *Cartas* y *Visiones* de Hadewijch, desempeña un importante papel la relación entre la divinidad de Cristo y su humanidad. Una de las preguntas que se ha hecho Hadewijch es si Cristo sufría menos por ser Dios. En la Visión I,21 recibe una respuesta. Cristo no descansaba en su divinidad, es decir, que experimentó el sufrimiento como hombre. El camino de su humanidad surge de la justa voluntad del Padre. Su viva imaginación le hace decir, acerca de la Trinidad, que la «divina Verdad paterna» exige a «la naturaleza humana» (de Cristo). Cf. Carta VI,10. La exigencia, aquí expresada como «deuda», es, en este caso, la obra salvadora de Cristo. (En la Carta XXX,5 se trata de otra exigencia: que Cristo, como Hijo, retorna a la Unidad de la Santa Trinidad.)

⁷⁴ Referencia a la Visión XIII,7-10.

ño, inferior a Dios mismo; huir de todo sufrimiento extraño, que no se sufra exclusivamente por él.

13. ¡Ah! Sé compasiva en todas las situaciones: veo en ello una gran necesidad ⁷⁵. Y vuélvete con recta voluntad hacia la Verdad suprema. La recta voluntad consiste en no querer otra cosa ni otro goce, ni en el cielo ni en la tierra, ni en el alma ni en el cuerpo, que lo único por lo cual Dios nos ha amado y elegido.

14. Esto es lo que debes valorar por encima de todo, sin pedir a nadie su opinión: estar siempre dispuesta para lo que a él le agrade, sin ahorrar ninguna pena, sin inquietud por el juicio de los otros, ya sea burla o reconocimiento, esté motivado por la ira o porque te tomen en serio.

15. No renuncies a la verdad de las obras buenas, pensando en la buena o mala impresión que puedas causar. Nos debe agradar la difamación cuando concierne a buenas acciones en las que reconocemos la voluntad de Dios. Nos debe gustar también la alabanza cuando se refiere a virtudes por las que se honra la sublimidad de Dios. Las desgracias que nuestro dulce Dios soportó como hombre ⁷⁶ bien merecen que se soporte por él cualquier desgracia y cualquier difamación —e incluso que se desee cualquier clase de sufrimiento. Además, la naturaleza eterna de su dulce Amor merece que cada uno ponga en práctica con voluntad perfecta las virtudes que hacen honor a Dios, su Amado.

16. No huyas de la difamación ni del honor, porque todo lo que puedes hacer o soportar es agradable para el Amor insaciable. En efecto, él es el fuego ardiente que todo lo devora y que nunca se extinguirá en la interminable sucesión de siglos venideros.

17. Y como tú eres joven ⁷⁷ y todavía debes vivir numerosas experiencias, debes esforzarte hasta el fondo por crecer como si partieras de nada, como quien nada tiene ni nada puede obte-

⁷⁵ En este y en el siguiente párrafo se retoma el cuarto tema (la exclusividad en el seguimiento de la voluntad del Amor).

⁷⁶ En este y el siguiente párrafo, el tema de la voluntad del Amor se mezcla con el tema de la imitación.

⁷⁷ «Joven» significa no ser adulta en la vida de amor. Aquí se pide sobre todo humildad. La humildad es para Hadewijch la opción por una posición pura, no es nunca una humillación y nunca es masoquismo. Humildad no significa tampoco

ner, si no se esfuerza desde el fondo de su nada. Y, sean cuales sean las obras que puedas realizar, déjate caer siempre en el abismo de la humildad. Es lo que Dios quiere de ti: una conducta siempre humilde con los que te acompañan en el camino. Y elévate por encima de todo lo que es inferior a Dios mismo, si quieres llegar a ser lo que él quiere de ti, eso es la paz perfecta en la totalidad de tu naturaleza ⁷⁸.

18. Si quieres parecerte al ser en el que te ha creado Dios, no deberías rehusar, por razón de tu nobleza, ninguna pena. Y, por tu orgullo valiente ⁷⁹, no dejes que se te escape algo; por el contrario, consigue la mejor parte, quiero decir, la gran totalidad de Dios, como tu propio bien. Y entonces deberías dar generosamente, según tu riqueza, para enriquecer a todos los pobres, pues la verdadera caridad no ha dejado nunca de entregarse a los que con el orgullo de su íntegra voluntad han dado los primeros pasos, de tal manera que da lo que quiere dar y vence lo que quiere vencer y mantiene lo que quiere mantener.

19. ¡Ah! Te pido, querida niña ⁸⁰, que trabajes siempre sin protestar, con una sobria voluntad acompañada de todas las perfectas virtudes, en las buenas obras, pequeñas o grandes. No exijas ningún favor de Dios, ni para ti, ni para tus amigos. No le pidas satisfacción de ningún tipo, ni descanso, ni consuelo, si no es como él lo quiere. Que venga y vaya según su santa voluntad y que haga, según su dignidad lo merece, toda su voluntad contigo y con todos aquellos a quienes tú querrías enseñar las maneras de Dios.

20. Pues, tanto por ellos como por ti misma, debes desear la voluntad de Dios. Si tú ruegas por ellos, no le ruegues por nada que ellos pedirían por voluntad propia. Bajo la cobertura de los santos deseos, la mayor parte de las almas se equivocan actual-

una disminución de fuerza. Nótese cómo esta virtud va unida a orgullo, nobleza (siguiente párrafo). Compárense con los párrafos 4 y 5 de esta carta.

⁷⁸ El alma encuentra su propia totalidad, esto es, su completa comprensión, con la penetración en la totalidad de la naturaleza de Dios.

⁷⁹ Orgullo: véase *Introducción*, p.40.

⁸⁰ En 19-21: la voluntad del Amor.

mente y buscan un consuelo inferior asequible. Esto es una lástima.

21. Así pues, pon cuidado en seguir y amar la voluntad de Dios en todo, en lo que tiene que ver contigo, con tus amigos y en lo que tiene que ver con Dios, de quien tanto desearías recibir algo que te diera placer y que te hiciera pasar el tiempo de esta vida en consuelo y relajación.

22. Hoy día ⁸¹ todo el mundo se ama a sí mismo y quiere vivir con Dios en el consuelo, el reposo, la riqueza y el poder, y compartir el gozo de su gloria. Todos deseamos ser Dios con Dios, pero, Dios lo sabe, pocos de entre nosotros quieren ser hombres con su humanidad, llevar su cruz, ser crucificados con él y pagar hasta el fin la deuda de la humanidad ⁸². Cada uno puede rendirse cuentas a sí mismo: generalmente sabemos sufrir y soportar muy poco ⁸³. Una pequeña contrariedad que nos estorbe, una maledicencia, una calumnia, todo lo que nos despoja de un poco de honor, de reposo, de libertad, ¡qué rápida y profundamente nos hiere! ¡Y sabemos tan bien lo que queremos o no queremos! ¡Hay tantas cosas y especies de cosas en las que tenemos un deseo propio! Ahora queremos esto y luego aquello; ahora nos proporciona alegría, luego descontento; ahora aquí, luego allí; ahora queremos hacerlo, luego abstenernos; estamos siempre dispuestos a tranquilizarnos en cuanto hay oportunidad de satisfacción.

23. Por eso permanecemos ciegos en nuestros juicios, inconstantes en nuestra conducta, faltos de sinceridad en nuestra

⁸¹ Otra vez un cambio de tema: hasta el final de la carta se mantiene el tema de la *imitatio Christi*, pero ahora en forma negativa: cómo la rehuimos. El pasaje completo está en primera persona plural. De ahí que pueda, por una parte, alinearse con sus discípulos inmaduras, y, por otra parte, expresar con mayor agudeza cómo se manifiesta una imitación a medias. Un motivo repetido es el de «llevar la cruz». La cruz puede llevarse con autenticidad, pero también como lo hace Simón el Ciríneo, por un alquiler.

⁸² Compárese el parágrafo 10 de esta carta y la nota 73: la semejanza con Cristo no sólo significa la dulce unión con su divinidad, sino que también implica el camino del sufrimiento que él ha recorrido como hombre, «asumir con alto y fiel servicio la deuda que la naturaleza humana mantiene con la divina Verdad paterna».

⁸³ En este parágrafo, la escritora usa de nuevo «nosotros». Ella no es sólo quien enseña y amonesta, sino que también es alguien que lamenta su propia inmadurez y lo que le falta.

razón y entendimiento. Y así vagabundeamos, pobres y miserables, exiliados y privados, por los duros caminos de una tierra extraña. Esto no pasaría si la mentira no ocupara nuestras facultades, haciendo evidente que no vivimos con el Cristo como él ha vivido, ni abandonamos a las criaturas como él las abandonó, ni somos abandonados por todo como él lo fue. Si observamos nuestra conducta, vemos que estamos preocupados por nosotros mismos en cualquier ocasión; inquietos por nuestro honor en cualquier circunstancia; bien preparados para manifestar nuestra propia voluntad; muy conscientes de nuestras necesidades; cuidadosos de nuestra persona en todo lo que nos gusta; ávidos de beneficios exteriores e interiores. Pues todo beneficio nos deleita y nos hace creer que somos algo, mientras que no llegamos a ser nada justamente por eso. De este modo nos echamos a perder a nosotros mismos desde todo punto de vista; no vivimos con el Cristo ni llevamos la cruz con el Hijo de Dios, sino con Simón, a quien pagaron por llevarla.

24. Éstas son nuestras penas y sufrimientos: exigimos a Dios y su presencia sensible en esta vida como premio a nuestras buenas obras, creyendo haberlo merecido y encontrando justo que él haga a su vez nuestra voluntad. Tenemos en gran estima lo que hacemos o soportamos por él y no nos resignamos a quedarnos sin recompensa, ni sin testimonio sensible de su agrado: tomamos rápidamente nuestro salario contante y sonante bajo la forma de satisfacción y reposo en él. Además, con la autosatisfacción aceptamos un segundo pago. E incluso un tercero, el placer de gustarle a otros y recibir honor y alabanza.

25. Todo esto es llevar la cruz con Simón, que la llevó muy poco tiempo y no murió en ella. Las personas que viven como acabo de decir, incluso cuando su conducta parece elevada a los ojos de la gente, sus obras manifiestas y gloriosas y su vida leal y santa, ordenada y adornada con todas las virtudes morales, casi no gustan a Dios, porque no permanecen de pie hasta el final, ni caminan hasta la meta. Precisamente ceden pronto en lo que aparentan: el menor contratiempo pone de manifiesto su verdadero fondo. Se exaltan con rapidez por los dulces favores y con prontitud se abaten en las pruebas amargas, porque no se apo-

yan en la verdad: su base permanece incierta y mudable. Sea lo que sea lo que construyan sobre estos cimientos, sus obras permanecen inestables y su servicio es de poco fiar. No se mantienen en pie ni llegan hasta el final: no viven con Cristo. Pues la intención, cuando practican alguna virtud, ni es pura ni es sincera. Se mezcla con ella mucha informalidad, que falsea las virtudes hasta el punto de quitarles la fuerza para dirigir al hombre el resto del camino o iluminarlo o mantenerlo sólidamente en la verdad, en la cual debería poseer su vida eterna.

26. Es nuestra obligación practicar las virtudes, no para encontrar la consideración ni la felicidad, ni la riqueza, ni el rango, ni gozo alguno en el cielo o en la tierra, sino para mostrar respeto a la sublimidad que es Dios, que con este fin ha creado nuestra naturaleza, que la ha hecho para su gloria y alabanza y para nuestra felicidad en la gloria eterna.

27. Así es el camino del Hijo de Dios, que nos dio y mostró como ejemplo cuando él mismo vivió como hombre; pues durante toda su existencia terrena, desde el comienzo al fin, cumplió y realizó la voluntad del Padre en todas las cosas y a cada instante, con todo su ser, con todos los servicios que pudo realizar, con palabras y con obras, en la alegría y en la tristeza, en el esplendor y en la humillación, con los milagros, en la desgracia de los hombres, el dolor, los trabajos, en la angustia y en la inquietud y la amarga muerte. Con todo su corazón y con toda su alma, con todas sus facultades (Dt 6,5), en cada uno de sus pensamientos, se aplicó a perfeccionar lo que era imperfecto en nosotros. De este modo, nos elevó y atrajo por su virtud divina y su justicia humana a la dignidad original y a la libertad en la cual antes habíamos sido creados y amados y a la que somos llamados y elegidos desde la eternidad (Ef 1,4-5) ⁸⁴.

28. La señal de la gracia es la vida santa, la señal de esa predestinación es el puro impulso del corazón que nos dirige con viva confianza e indecibles deseos en pos del honor de Dios y de la incomprensible y digna nobleza divina.

⁸⁴ Ejemplarismo.

29. La cruz que debemos llevar con el Hijo vivo de Dios es el dulce exilio que nos es impuesto a causa del auténtico Amor, en el cual debemos esperar con puro abandono y santos deseos la gran fiesta, cuando el Amor se revela a sí mismo, haciendo resplandecer su noble virtud y poder, tanto en la tierra como en el cielo. A partir de ese momento, él se manifiesta con tanta fuerza al alma enamorada que ésta se arroja fuera de ella misma: él le ha robado el corazón y los sentidos y la hace vivir y morir en el encuentro con el verdadero Amor.

30. Pero antes de que el Amor, rompiendo de esta manera los diques, rapte al hombre de sí mismo y lo toque tan profundamente ⁸⁵ que sea con él un solo espíritu, un solo ser con el Amor en el Amor, es necesario que el alma le ofrezca hermoso servicio y vida en el exilio. Hermoso servicio en toda obra virtuosa y vida en el exilio en absoluta obediencia; en esto debe perseverar el alma con celo inabitable: que nuestras manos estén listas en cualquier momento para las obras de virtud, nuestra voluntad siempre pronta a lo que honra al Amor, sin otra intención que la de que el Amor posea su lugar legítimo entre los hombres y entre todas las criaturas. Esto es lo que llamo ser crucificado con Cristo, morir con él y resucitar con él. Quiera él ayudarnos siempre. Se lo ruego por su suprema virtud.

CARTA VII

Esta carta, dirigida a una íntima amiga, es una poderosa, densa instigación a medirse en amor con el Amor. La dedicación debe ser radical y transformarse en una tempestad de amor. La insatisfacción no puede ser nunca una excusa para abandonar sin más. Hadewijch no retrocede ante ninguna de las siguientes afirmaciones casi excluyentes entre sí: el Amor se basta a sí mismo (y, por tanto, puede dejar insaciado al que ama) y el Amor paga siempre, aunque a menudo llega tarde; podemos vencerlo, si nos entregamos a él completamente, y lo seguimos.

⁸⁵ El toque divino o el toque del Amor en el alma (Ruusbroec sitúa este toque en lo más íntimo del espíritu). En la Visión XIII,13 se denomina *toque del gozo* como «octavo don» del Espíritu Santo, el último momento antes de la unión: «Los siete dones son siete señales de amor. Y el octavo es el toque del gozo que sobrepasa todo razonamiento y hace caer a un amado en el otro».

1. Te saludo, querida, con el Amor que es Dios y con lo que soy yo y que aun así es un poco Dios. Y te alabo por lo que eres, pero no por lo que todavía no eres. ¡Ay, querida! Debemos apoderarnos de cada cosa con ella misma: violencia con violencia, inteligencia con inteligencia, poder con poder, amor con amor, el todo con el todo; siempre lo igual con su igual: es lo único que sirve, nada más. A nosotros, sólo el Amor puede satisfacernos, y nada más. Por eso, debemos afrontarlo continuamente con renovada pasión, en nuevos asaltos, con toda nuestra inteligencia, con todas nuestras fuerzas, con todo el amor, con todo al mismo tiempo: es la manera de tratar al Amado.

2. ¡Ah, dulce amor!, no dejes de tratar a nuestro Amor siempre en nuevas empresas y deja que él actúe, aunque no podamos disfrutarlo a nuestra entera satisfacción. El Amor se basta a sí mismo ⁸⁶. Pero, aunque se mantenga fuera de nuestro alcance, el Amor recompensa siempre, aunque a menudo llega tarde ⁸⁷. Quien le entrega todo lo suyo, lo llegará a poseer íntegramente —guste o no.

CARTA VIII

Es probable que esta Carta sea la continuación de la Carta IX, donde se habla de la unión y el gozo del amor. De haberse mantenido este orden, podríamos concluir que la unión no es el punto final, sino que le sigue una dinamización de la relación de amor, descrita por Hadewijch como la constancia de dos clases de temor. El primero es el temor que «teme no contentar al Amor». El impulso de satisfacer al Amado es uno de los más importantes temas de Hadewijch. El segundo temor del alma «consiste en temer que el amor no la ame bastante». Éste parece el primer aspecto del tema de la injusta preocupación por uno mismo (Carta VI), pero no es así: también el segundo temor hace justicia al Amor, incluso es llamado «noble desconfianza». Esta desconfianza se opone a la confianza que tiene fondo y, por tanto, seguridad. El Amor no se construye sobre la seguridad. Todavía menos vale esta para el amor a Dios, puesto que él es insondable. La Carta tiene un fin que refiere un estado muy alejado del goce de la unión. Hadewijch confiesa que su corazón está «enfermo y doliente».

⁸⁶ Cf. Introducción, p.34.

⁸⁷ Compárese con las Canciones: IX,57 y XV,83 y la expresión «El Amor recompensa con generosidad; aunque a menudo llega tarde», que encontramos en Carta II,6.

1. A medida que crece el amor entre el alma y su Dios ⁸⁸, crece también un temor que es doble. El primero de ellos es como sigue: se teme no ser digno de ese Amor y no ser nunca capaz de hacer por él lo suficiente. Éste es un temor muy noble, nos hace progresar enormemente, nos convierte en súbditos del Amor y nos mantiene entre sus filas. Asegura a las almas en el amor y en la disposición necesaria. Las mantiene humildes; cuando hace falta, las despierta y las estimula, porque cuando temen no merecer un Amor tan grande, su humanidad se atormenta y las priva de todo descanso. Nada proporciona tan cortés discurso como sufrir por el Amor, pues el enamorado teme siempre que nada de lo que pueda decir del Amor cuente para él. Este temor lo libera, porque, al experimentarlo, el alma es incapaz de pensar o de sentir otra cosa que el Amor, tanto desearía complacerlo. Este temor adorna al que ama del siguiente modo: ilumina su pensamiento, instruye a su corazón, purifica su conciencia, proporciona sabiduría a su espíritu, unifica su memoria, salvaguarda sus obras y sus palabras, no le deja huir por ninguna muerte. Todo esto consigue el temor que teme no contentar al Amor.

2. El otro temor del alma consiste en temer que el Amor no la ame bastante. Como él la tiene tan firmemente atada, le parece que el Amor la sobrecarga continuamente y le ayuda demasiado poco; cree que ella es la única que ama. Esta desconfianza ⁸⁹ es más valiosa que una confianza que tiene fondo. Una confianza, quiero decir, que se conforma con algo que no es el conocimiento del Amor mismo, o que se conforma con lo que tiene en la mano. Por el contrario, ¡qué amplia hace a la conciencia la no-

⁸⁸ En el texto original aparece «entre los dos». Esto podría ser una continuación antitética al antes denominado «dos»: «los dos amados el uno en el otro» de la Carta IX. A la experiencia de la unión, en la cual nada se interpone entre los amados, le sigue la experiencia del temor. Ambas especies de temor representan el anhelo de todavía más unión de amor.

⁸⁹ La Visión XIII,13 presenta a un grupo de gente que ha alcanzado la libertad del Amor. Ésta es la forma más alta de la vida de amor. De ellos, se dice: «Y no se fiaban de su querido Amor y pensaban o creían que sólo ellos amaban y que el Amor no les respondía. Esa desconfianza les lleva a tal profundidad que arrastran al Amor a un torbellino, y lo atacan con lo dulce y con lo ácido».

ble desconfianza! Aunque alguien ame tanto que tema perder la razón y sienta el corazón oprimido y que se le estiran y se le desgarran las venas y el alma se le deshace —aunque alguien ame tanto—, la noble desconfianza no puede sentir al Amor ni confiar en él. Tan inmenso se vuelve el deseo por la desconfianza. La desconfianza no permite al deseo descansar en nada, en ninguna tranquila confianza. Ella desconfía siempre, pensando no ser bastante amada. Tan noble es la desconfianza que siempre teme no amar lo suficiente o no ser lo suficientemente amada ⁹⁰.

Quien quiera remediar esta insuficiencia velará, constantemente y de corazón, por perseverar en todas sus empresas fielmente; se complacerá en sufrir cualquier pena por el Amor; callará vivas réplicas que difícilmente se guardaría si no lo hiciera por Amor; guardará silencio cuando le apetezca hablar; y cuando desee deleitarse pensando en la fruición, hablará, para que no se le reproche por su amor al Amor; y preferirá soportar lo peor antes de fallar en lo más mínimo al honor del Amor.

3. Debemos deponer la ira en bien de la paz del verdadero Amor, incluso aunque tengamos que amar al mismo diablo: quien ama está obligado a abandonarlo todo y a despreciarse a sí mismo antes que a cualquiera para satisfacer al Amor según su dignidad. Quien ama se complace en dejarse reprender sin disculparse, para ser más libre en el Amor; y gusta de soportar mucho por el Amor. Quien ama se complace en recibir golpes para recibir educación. Quien ama se complace en ser apartado para ser completamente libre. Al que ama le gusta estar solo para amar y poseer al Amor.

4. No puedo decirte mucho más porque son muchas las cosas que me abruman, unas que conoces bien y otras que no puedes conocer. Si pudiera ser, me gustaría hablar contigo. Mi corazón está enfermo y doliente; en parte, la culpa la tiene mi confianza, que todavía no carece de fondo. Cuando el Amor agite mi alma de nuevo, te diré sobre estas cosas más de lo que te he dicho hasta ahora.

⁹⁰ Ambas clases de temor cuentan aquí con un solo denominador: *noble desconfianza*.

CARTA IX

Probablemente esta breve epístola sea un fragmento de una carta más extensa, puede que el comienzo de la Carta VIII. Seguramente debe su autonomía en la colección al hecho de describir muy expresiva y apasionadamente el gozo del amor, el ser uno de Dios y el alma. Aun siendo un fragmento, es una reflexión acabada.

Dios te haga saber, querida niña, quién es y cómo trata a sus servidores y, especialmente, a sus servidoras; y te absorba en él. En el lugar donde se halla la profundidad de su sabiduría, te enseñará qué es él y con qué maravillosa dulzura viven los amados el uno en el otro y cómo ambos se funden tan completamente que dejan de reconocerse a sí mismos. Pero se gozan recíprocamente, boca con boca, corazón con corazón, cuerpo con cuerpo y alma con alma, mientras que una sola dulce naturaleza divina fluye a través de ambos, y ambos son uno, pero al mismo tiempo cada uno permanece en sí, permaneciendo así para siempre ⁹¹.

⁹¹ La escritora subraya en el texto la experiencia de la unión: *absorber; vivir el uno en el otro; fundirse tan completamente que dejan de reconocerse a sí mismos; cuerpo con cuerpo y alma con alma; ser uno*. Ésta es la inmediatez de la unión mística, no hay nada que se interponga entre los amados. Las últimas líneas dan a entender, por lo menos en nuestra traducción, que en esta unión no se trata de desaparecer como sujeto que experimenta ni de una pérdida de identidad. El neerlandés medieval no es aquí simple y hay traducciones que interpretan el texto de otra manera. P. MOMMAERS da en su libro *Wat is mystiek?* (p.58) un traducción comparable con la nuestra: «y ambos son uno, uno a través del otro, pero permanecen ellos mismos; sí, así se quedan». En *De brieven van Hadewijch* (p.75) traduce sin embargo: «y el uno en el otro, ambos son uno y permanecen completamente uno; sí, así permanecen». J. P. PORION traduce: «en sorte qu'ils sont une même chose l'un par l'autre et le demeurent sans difference-le demeurent (à jamais)». Y también Pablo María Bernardo en esta línea: «cada uno está en el otro y los dos pasan a ser una misma cosa: y así han de quedar». El texto en medio-neerlandés suena como sigue:

Ende	al	eens	beide	bliven	Ja	ende	blivende.
Y	completamente	uno	ambos	permanecen	sí	y	permaneciendo

La traducción puede ser ésta: «Y ambos permanecen completamente uno / sí, permanecen así», o ésta: «Y (aunque) completamente uno / ambos permanecen, permaneciendo así». Nuestra interpretación se basa, en primer lugar, en la convicción de que la pérdida de uno mismo no es la línea de Hadewijch. El contraste de dos elementos que parecen excluirse entre sí («fundirse» y «permanecer» en sí) parece mucho más propio de su estilo. Compárese «harto y hambriento, el uno en el otro, así es la vida del libre amante» (Canción XXXIII,7); «Sus consuelos más hermosos son verdaderas torturas, / sus tempestades más fuertes, estímulos nuevos» (Canción XXXIII,31-32). Ese «permanecer en sí» es, además, adecuado a la probable continuación de la carta: «A medida que crece el amor entre el alma y su Dios,

CARTA X

Estamos, en realidad, ante un pequeño tratado o un sermón, una muy libre adaptación de un texto de Ricardo de San Víctor ⁹². Aunque este discurso, planteado sobre todo en tercera persona, no es una verdadera carta, es uno de los textos de la colección que más pueden implicar al lector. Y esto es así porque traza sobria y precisamente la línea divisoria entre los sentimientos devocionales y la verdadera vida virtuosa: no la dulzura de la devoción, sino las obras virtuosas son los indicadores y la medida de nuestro amor. Esta carta se ha transmitido a través de numerosos manuscritos y colecciones medievales. Por su realismo es un ejemplar propio de la espiritualidad de los Países Bajos.

1. Quien ama a Dios, ama sus obras. Sus obras son nobles virtudes. Así pues, quien ama a Dios, ama las virtudes. Este amor es verdadero y está lleno de consuelos. Son las virtudes las que demuestran el amor, y no los dulces favores, porque, a menudo, ocurre que quien menos ama recibe mayor dulzura. El amor no está en nosotros en la medida en que poseamos tal sentimiento, sino en la medida en que estemos cimentados en las virtudes y enraizados en la caridad (Ef 3,17). El deseo de Dios se acompaña a menudo de una dulzura sensible. Pero ésta no es completamente divina, pues procede más de los sentidos que de la gracia, y más de la naturaleza que del espíritu. Este dulzor atrae más al alma hacia los bienes inferiores y la inclina menos a lo que le sería de mayor ventaja; la entrega más a la suavidad que a la utilidad, pues conserva la naturaleza de la causa que la provoca.

2. El hombre imperfecto puede gozar este placer tanto como el perfecto. Aquél se imagina estar en mayor amor porque saborea una dulzura que, sin embargo, no es pura, sino una mezcla. E incluso si la dulzura fuera puramente divina —lo que requiere un discernimiento sutil—, no deberíamos medir por ella el amor, sino por la posesión de virtudes y caridad, como acabáis de oír. Lo descubrimos en algunas almas: mientras habita en ellas la suavidad, son dulces y fértiles; en cuanto desaparece,

crece también un temor que es doble» (Carta VIII). Véase también JAN VAN RUUSBROEC, *Obras escogidas* (BAC, Madrid 1997) 365-366.

⁹² Una parte del sexto capítulo de *Explicatio in Cantica Cantorum* (PL 196,422 B-423 D). La mano de Hadewijch es bastante visible. Ella añade, y donde recapitula, su lenguaje es más expresivo que el de su fuente, de fina visión psicológica, más clarificador y más apasionado.

también desaparece su amor y se les queda el fondo áspero y seco. Es porque no están todavía provistas de virtudes. Pues si las virtudes se siembran pronto en el alma y han enraizado firmemente en ella mediante una larga práctica, incluso si llegara a disminuir la suavidad, las virtudes no dejarían de reaccionar como corresponde a su naturaleza ni de realizar siempre la obra del Amor. Estas almas no esperan dulzuras, sino cualquier ocasión para servir lealmente al Amor. No aspiran al buen sabor, sino que buscan lo útil. Miran por la obra, no por la recompensa. Abandonan todo al Amor y todo les sale mejor. El Amor es tan noble y liberal que, con él, nadie queda privado del fruto de sus obras. No reclamemos nuestro salario, hagamos lo que depende de nosotros y el Amor hará lo que depende de él. Esto lo saben bien los sabios que siempre aspiran a las virtudes. Sólo buscan la voluntad del Amor, no le piden otra dulzura que el permiso de conocer en todas las cosas su más querida voluntad. Si están en lo alto, sea como el Amor quiere; si están abajo, como el Amor prefiera.

3. Otras almas son pobres en virtudes; aman en el tiempo de la dulzura; y si la dulzura se va, también desaparece su amor. Durante los días de gracia, son valientes; en los días de tribulación, dan la espalda. Es gente pusilánime, que se exalta fácilmente con la suavidad y fácilmente se deprime con la amargura; una pequeña gracia alegra sus corazones, una pequeña contrariedad los entristece. Por eso ocurre que los corazones ligeros se conmueven más fácilmente que los graves, y las almas pobres en gracia más fácilmente que las ricas. Pues si Dios viene con sus gracias para dar confianza a su pusilanimidad, sostener su debilidad y estimular su voluntad, ellas sienten deseo de Dios y de sus favores y reciben una emoción más fuerte que las almas habitualmente penetradas de sus dones. Y, a veces, parece que los que en realidad carecen mucho de Dios tienen gracias singulares y un gran amor. De manera que, en ocasiones, es la carencia de Dios lo que provoca los favores, más que su abundancia.

4. También ocurre que las dulzuras procedan del espíritu maligno. Pues el hombre que las experimenta puede encontrar tal placer en ellas y abandonarse a su disfrute de tal manera, que

cae en enfermedades corporales y abandona las cosas útiles. A esto se puede añadir que, al verse colmado de suavidad, uno puede creer poco a poco en su propia perfección y mostrarse, por tanto, poco preocupado por elevar su vida.

5. Por esa razón conviene que cada uno considere su gracia y explote sabiamente el don de Nuestro Señor. Pues los presentes divinos no justifican al hombre, sino que le obligan: si él colabora con la gracia, complace a Dios; si no lo hace, será hallado culpable. También debe encontrar la mejor manera de ejercer su gracia. Pues del mismo modo que la virtud puede convertirse en falta, si se la ejercita fuera de lugar, también la gracia sólo será gracia bajo la conducta de la gracia.

6. Quien ha recibido un talento de Dios para negociarlo, debe ser prudente y velar por la gracia divina para conservarla. Lo mismo que quien carece de ella debe rogar a Dios para recibirla, quien la tiene debe rogar para conservarla. Pues el hombre que, en lugar de hacerlo crecer, continuamente deja disminuir este bien de Nuestro Señor en él, lo perdería todo, si no interviniera la bondad de Dios. En el Cantar de los Cantares, leemos que la novia buscaba a su prometido no sólo deseosa, sino también con sabiduría y que, al encontrarlo, no puso menos cuidado en guardarlo (Cant 3,4). Es lo que debe hacer toda alma sabia bajo el impulso del Amor. Debe hacer crecer incesantemente su gracia con deseo y prudencia; cultivar su campo con prudencia, arrancando la mala hierba y sembrando las virtudes; y construir una casa de conciencia pura para recibir en ella dignamente al Amado.

CARTA XI

Esta carta reflexiona sobre un sentimiento. Aunque Hadewijch sabe bien que hay muchos que han amado a Dios, tiene la impresión de que nadie puede amar al Amor tan profundamente como ella. Este pensamiento aparece al principio y al final de la carta. En la parte central vuelve la mirada a su historia. Diferentes momentos y la estructura de la relación amorosa se expresan en detalles concisos: el desconcertante y agotador asalto místico inicial; la construcción desde Dios de un nuevo núcleo; una nueva comprensión, parcialmente enriquecida por revelaciones; la inmediatez y el sabor de la experiencia de la unión mística. El final de la carta narra,

junto al tema retomado del principio, cómo alternan un fértil sentimiento de no ser suficiente para el Amor y la experiencia de la satisfacción completa.

1. Ay, querida niña, que Dios te dé lo que mi corazón te desea, que le ames como merece. Aunque yo nunca he podido admitir, querida mía, que alguien se me haya adelantado en amarlo tan profundamente como yo. Creo, claro, que han sido muchos los que lo han amado con pasión igual a la mía; pero yo no podía soportar la idea de que en alguna parte alguien le amara y conociera tan intensamente como yo lo he hecho.

2. Desde los diez años ⁹³, he sido dominada ⁹⁴ de tal manera por un Amor ⁹⁵ tan apasionado, que me hubiera muerto antes de pasar dos años ⁹⁶, si Dios no me hubiera dado fuerzas dife-

⁹³ La corta edad de Hadewijch cuando fue llamada puede sorprender al lector moderno. ¿Qué es de verdad una experiencia a esa edad? También podemos preguntarnos si la edad indicada debe tomarse literalmente. En la undécima Visión confirma Hadewijch: «Comprendí también que desde mi infancia Dios me había atraído hacia Él exclusivamente, lejos de todos los seres y que me había acogido de modo diferente» (Visión XI,3). En el siglo y cultura en que vivió Hadewijch se experimentan comparables lazos radicales, sobre todo entre las jóvenes. La totalidad del testimonio de Hadewijch deja claro que su experiencia no fue el capricho de una niña demasiado imaginativa. Ciertamente, tuvo que recorrer un largo camino, pero no por eso su experiencia inicial es menos auténtica.

⁹⁴ Al principio del camino místico, hay a menudo una ruptura decisiva con el patrón normal, por «algo» que es evidente e innegable, pero al mismo tiempo inaprehensible, que escapa a nuestro deseo de poseerlo. Esta experiencia tiene frecuentemente un carácter violento. Quien así lo vive, no puede defenderse y, al mismo tiempo, quiere abrirse a lo fascinante, lo nuevo, lo santo (*tremendum et fascinans*). Algunos testimonios místicos describen y datan esa experiencia (Hadewijch: «a mis diez años»; Pascal: «En el año de gracia 1654, lunes 23 de noviembre, desde aproximadamente las diez y media de la noche hasta las doce y media de la madrugada...»). Otros evocan lo increíble de haber sido dejados solos, cuando el encuentro ya había pasado (San Juan de la Cruz: «¿Adónde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti clamando, y eras ido»). Otros escriben un tratado, en el cual subrayan lo repentino de esta experiencia (Ruusbroec: «En medio de la noche, es decir, cuando menos se lo espera y aguarda, una llamada espiritual resuena en el alma: Mirad, que llega el Esposo, salid a su encuentro». Cf. Carta XX,2).

⁹⁵ Un amor que se levantó en ella, pero que también se le impone desde fuera. Núcleo de la experiencia. Palabra clave de todo su trabajo.

⁹⁶ En la segunda Visión se hace evidente de otra manera cómo este período ha sido de una fuerte confusión; de un estar insosteniblemente ocupado en la interpretación de la experiencia inicial y la reinterpretación de la propia vida: «hasta entonces yo siempre había querido saber en lo que yo hacía, y me preguntaba y repetía sin parar: «¿Qué es el amor y quién es el amor? En esto me había ocupado dos años» (Visión II,2). Por una parte, esta experiencia mística inicial es una *destrucción* (cf. Carta XX,3)...

rentes a las de los hombres comunes y si él no hubiera reparado mi naturaleza con su Ser ⁹⁷. También me dio pronto Razón, en parte iluminada con varias hermosas revelaciones ⁹⁸; y, además, me hizo hermosos presentes al permitirme sentirlo y al revelarse él mismo. Y descubrí numerosos signos en la vivencia íntima del Amor entre él y yo (como entre los amantes, que suelen esconderse poco y se manifiestan mucho mutuamente; sobre todo la experiencia en la sutil y mutua intuición, en el saborearse hasta el fondo, en el comerse, beberse y devorarse sin reserva alguna).

3. Por todos esos numerosos signos que Dios, mi Amor, me dio al principio de mi vida, me ha inspirado tal confianza en él, que casi siempre he tenido la sensación de que jamás alguien lo ha amado tan profundamente como yo. Entretanto, la Razón me hacía comprender claramente que yo no era, de todas las criaturas, la más próxima a él. Pero el lazo de íntima unión con el Amor no me lo permitía sentir ni creer. Lo que me pasa es, pues, que no puedo creer, finalmente, que mi amor sea más perfecto que cualquier otro; pero, por otra parte, no puedo admitir que viva un solo hombre que ame a Dios tanto como yo. De esta manera, me ilumina el Amor a ciertas horas y me doy cuenta de lo que me falta para amar a Dios como merece; en otros momentos, la suave naturaleza del Amor me ciega hasta tal punto en el gusto y el sentimiento de él mismo, que me siento colmada y, a veces, me encuentro tan rica en su presencia, que le confieso en silencio que él me basta.

CARTA XII

Hay en esta carta tres partes diferentes. La primera enlaza con la frase introductoria: «que Dios sea Dios para ti y tú seas para él amor». Ser amor para Dios quiere decir: comenzar con humildad, batallar con fuerza para conquistar el Amor de Dios. Quien busca dar satisfacción a Dios, comienza aquí en la tierra la vida eter-

⁹⁷ ... A la destrucción corresponde una reconstrucción, una transformación desde dentro, en que Dios da lo que se necesita en ese momento.

⁹⁸ Es evidente en qué medida sus visiones le hicieron comprender y le proporcionaron el aprendizaje que necesitaba para su camino y crecimiento místico. Parece que las Visiones sustituyen a un guía espiritual.

na, porque querer hacer bastante por su dignidad es la labor eterna, que siempre queda incompleta, de los bienaventurados en el cielo. La segunda parte trata de todos los obstáculos que imposibilitan satisfacer a Dios («Pero hoy se ponen obstáculos al Amor demasiado a menudo y se vulneran injustamente sus derechos»). El servicio al Amor resulta perturbado por todo tipo de inclinaciones naturales, a las que se da prioridad. Se pide a la destinataria que evite los fallos y beneficie al verdadero Amor. La tercera parte habla el supremo mandamiento del amor («lo que encuentro primordial en las Escrituras es el mandato de amor que Dios dio a Moisés»). La escritora usa aquí un fragmento de la profecía de Abdías, la lucha de Jacob contra el Ángel de Yahvé y el relato sobre José como guía de sus hermanos.

1. Que Dios sea Dios para ti y tú seas para él amor. Que te otorgue vivir para las obras del Amor en todo lo que le pertenece, empezando por la sincera humildad. Con la humildad comenzó y lo atrajo María a su propio seno. De la misma manera ha de actuar el alma que desee atraer a Dios y gozarlo en el Amor. No se sobrevalorará por nada ni se abatirá ante ningún servicio: mantendrá igual firmeza en el temporal, igual pasión en la búsqueda, igual ardor en el encuentro. Me pides que te escriba sobre estas cosas, pero tú misma sabes lo que se requiere para ser perfecta ante Dios.

Los que desean y tienden a satisfacer a Dios con amor comienzan aquí la vida eterna, que es la de Dios mismo en la Eternidad. Pues el cielo y la tierra renuevan a cada instante el compromiso de ofrecerle amor con plenitud y corresponderle con la dignidad que le es propia, pero jamás lo consiguen perfectamente ⁹⁹. Y como el noble y gran Amor que es Dios no puede nunca ser saciado ni conocido sea cual sea el esfuerzo que realicemos, todas las almas del cielo arderán toda la eternidad en amor para responderle plenamente. Por eso, el hombre que ni descansa ni acepta consuelo extraño al Amor, sino el que le proporciona el esfuerzo de satisfacerlo a todas horas, comienza aquí la vida

⁹⁹ Cf.: «Vive noblemente con la esperanza y la fe intangible que te dará Dios para amarlo con ese gran Amor, con el que Él mismo se ama, trino y uno, el Amor por el que se ha bastado eternamente y se bastará para siempre. Para satisfacerlo con este Amor, se afanan y se afanarán eternamente todos los espíritus celestes. Tal es su misión, que jamás será cumplida. Y la falta de este goce es el más dulce goce. A esta misión deben aspirar también nuestras almas, con corazón humilde, aun sabiendo que su pequeñez no podrá satisfacer a este inmenso y tan noble Amor y a este desapacible Amado» (Carta XVI,2).

eterna, donde los espíritus celestiales se encuentran unidos a Dios en el amor fructivo.

2. Todo lo que nos cabe pensar de Dios, o comprender o imaginarnos de él de alguna manera, no es Dios. Pues si el hombre pudiera tocarlo y concebirlo con sus sentidos y con sus pensamientos, Dios sería menos que el hombre y apuraríamos pronto nuestro amor; como nos ocurre con los hombres sin profundidad entre los que tan rápido toca fondo nuestro amor.

3. En dos palabras, los hombres sin profundidad no están enlazados al Amor eterno y su corazón no busca incesantemente saciar al Amor. En cambio, aquellos que se preocupan por satisfacerle son, como él, eternos y sin fondo. Pues su camino está en el cielo (Flp 3,20) y su alma se parece al Bien Amado, que es insondable. Y si sintiéramos por ellos un amor eterno, el fondo de ese amor nunca les alcanzaría, como ellos mismos no alcanzan lo que aman ni saldan su deuda. No obstante, como ellos no desean otra cosa, sólo les queda morir en el camino o bien satisfacer a Dios, y ninguna otra posibilidad.

4. Te pido insistentemente y te conjuro por la verdadera fidelidad, que es Dios mismo, que te apresures al Amor y nos ayudes a que Dios sea amado: esto es lo que te pido en primer lugar y por encima de todo. Piensa continuamente en la bondad de Dios y conmuévete al saber que se mantiene fuera de nuestro alcance. Mientras que él la disfruta, nosotros estamos exiliados lejos de ella: él y sus amigos se sumergen en la Bondad y, sumergidos en ella, la gozan, fluyendo en ella y refluyendo en todo lo bueno. ¡Ay, este Dios que, en verdad, ninguna clase de esfuerzos puede darnos a conocer si el justo Amor no lo revela! Sólo él le atrae hacia nosotros y nos hace sentir íntimamente quién es nuestro Dios; así podemos saber quién es. Esto es una delicia indeciblemente deliciosa, pero, Dios lo sabe, siempre queda dolor en la delicia. Con todo, el corazón del amante cortés reconoce en ello su ley: el más profundo sosiego para él es carecer de reposo por el Amado, rendirle amor y honor porque le corresponde y por hacerle el presente de nobles servicios, no para recibir a cambio una recompensa palpable, sino porque el Amor, por sí mismo, es siempre plena satisfacción y perfecta recompensa.

5. Pero hoy ¹⁰⁰ se ponen obstáculos al Amor demasiado a menudo y se vulneran injustamente sus derechos. Pues nadie quiere renunciar permanentemente a sus propias aspiraciones por el honor del Amor. Se quiere amar y odiar según conviene, combatir y perdonar a capricho y no como lo exige el amor fraterno. La justicia se abandona además por mediocres razones, y también eso es una veleidad. Y además se la altera por ira: ésta es una tendencia que tiene muchas consecuencias perniciosas. La primera consecuencia es el olvido de la sabiduría; la segunda, el desorden en la vida comunitaria; la tercera, la expulsión del santo Espíritu; la cuarta, un refuerzo del diablo; la quinta, la turbación en la amistad que queda sin cultivar y cae en el olvido; la sexta, la negligencia en las virtudes, y la séptima, la alteración de la justicia.

6. La tendencia a odiar e inflamarse en ira mundana, que no es la ira santa, nos priva del amor y el orgulloso deseo y resta pureza al corazón; nos hace sospechar de todo y olvidar la dulzura del amor fraterno. La ira mundana no sabe qué hacer con los asuntos del cielo, pero siempre se entiende muy bien con los del infierno.

7. Siguiendo nuestra inclinación al placer, se olvida el camino estrecho (Mt 7,14) que conduce al noble Amor, la bella conducta, la actitud benevolente y el ordenado servicio que le son propios.

8. Por la tendencia al amor fácil, se olvida la humildad, que es el más puro lugar y la más digna sala donde recibir al Amor. La misma tendencia nos hace perder también la Razón iluminada, que es nuestra regla ¹⁰¹, que nos enseña lo que debemos hacer cuando queremos complacer al Amor. La Razón iluminada alumbra todos los caminos por donde, mientras servimos a la querida voluntad del más noble Amor, nos aclara la conducta que debemos seguir para contentarle. ¡Ay, pobre alma! La expulsión de la Razón iluminada y la humildad son los mayores males

¹⁰⁰ Comienzo de la segunda parte: los defectos que hacen imposible la satisfacción del Amor.

¹⁰¹ En la Carta XVIII,7 se trata de la regla del Amor. Sin embargo, es también la razón («la Razón iluminada») la que permite distinguir cuál es la voluntad del Amor.

que conozco y que pueden sobrevenirnos por inclinación al amor fácil. Todas las inclinaciones que te he señalado dificultan y arruinan la perfección del amor.

9. Bajo los mencionados puntos, se deslizan otros menos importantes, pequeños, pero innumerables, que, sin embargo, privan a nuestro amor de su claridad. Aunque la mayoría de éstos no te perjudican ni a ti ni a las otras, muchas de las tuyas andan con adornadas ropas y no quieren molestarse en desprenderse de ellas. La debilidad se disfraza de humildad, la cólera de justicia, los celos de fidelidad y buenas razones, el placer pasa por consolación y confianza, el amor fácil se enmascara de prudencia y paciencia, simula gran elevación y se expresa en bellas palabras de las cuales, no obstante, está ausente Dios. Contra estos peligros, ningún alma está protegida si, interiormente, el lazo del amor verdadero no la protege.

10. Debes saber que no digo estas cosas por ti, sino a causa del daño que podremos padecer, aquí y en otras partes, y del cual no sabemos defendernos. A todas nosotras nos apena mucho que se contagien unos a otros los errores con los que luego cargan nuestra vida, en lugar de ayudarnos a amar a nuestro Amado. Pero como tu lugar en la comunidad en algunas ocasiones te permite facilitar o retrasar este progreso, te exijo ocuparte, por ti y por los demás, de que la justicia del Amor progrese constantemente y de mostrar siempre, con todo lo que eres, el estandarte del Amor dondequiera que vayas.

11. Lo que encuentro primordial en las Escrituras¹⁰² es el mandato de amor que Dios dio a Moisés: «Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Dicho esto, añadió: «No olvidarás jamás estas palabras ni en la vigilia ni en el sueño; si duermes, que te las recuerde el sueño. Durante el día, que tu pensamiento, tus palabras y tus acciones le sean consagradas. Inscríbelos en la entrada y los dinteles de tu puerta y en la pared, en todos los lugares donde estés, para no olvidar el deber» (Dt 6,6-9). Se trata de no olvidar nunca al Amor, ni dormido ni despierto, de ninguna manera, como

¹⁰² Comienzo de la tercera parte de la carta.

Dios mismo ordena, con todo lo que somos, dedicándole sin reservas nuestro corazón y nuestra alma, nuestros sentidos, nuestras facultades, nuestros pensamientos. Si tal es el mandato que Dios dio a Moisés y que repitió en su Evangelio (Mt 22,37), ¿cómo nos atreveríamos nosotros a regatearle nada al Amor?, ¿no es un robo horrible reservarse o rehusarle algo? Piensa —¡ay!— en ello constantemente y trabaja sin ahorrarte nada: favorece en todo al Amor.

12. Recuerda también lo que dice el profeta Abdías: que la casa de Jacob sea un fuego; la de José, una llama; la de Esaú, rastrojo (Abd 18). Jacob es todo amante victorioso: por la virtud de su amor, vence a Dios para dejarse vencer por él. Cuando, al ser vencido, sale vencedor y recibe la bendición, debe colaborar a la victoria sobre las almas que no están suficientemente vencidas, que todavía caminan sobre sus dos pies y no cojeando como Jacob, como hacen los que se han convertido en Jacob. Pues él fue herido en el combate y quedó cojo: sólo al resultar vencido y lisiado, se le dio la bendición (Gén 32,24-31). Lo mismo debe ocurrir con quien quiere ser Jacob y recibir la bendición de Dios. Quien quiera luchar contra Dios, deseará vencerlo para que él lo venza y tiene que quedar cojo del lado por el que se inclina atado a algo que no es sólo Dios. Aquel a quien todavía queda algo que no es solo Dios y que no está unido a él en la única y dulce bendición, camina todavía sobre dos pies, no está vencido y no saborea esta gracia. Debes abandonarte tan completa y simplemente que prendas un fuego puro en lo más simple de ti misma. Que el fuego ocupe de tal forma tu ser y tu actuar que nada te sea ya nada, sino exclusivamente Dios, ni placer ni disgusto, ni favor ni labor. Si vives sin cesar en este Amor, la casa de Jacob es un fuego.

13. «Que la casa de José sea una llama». De la misma forma que José fue salvador y juez de su pueblo y de sus hermanos, tú misma y toda alma convertida en José debe ser guía y protectora de otras, que todavía no han alcanzado este estado y que todavía están en falta y pena ajena. Por eso, tú las inflamarás con el íntimo fuego de la vida unificada y ardiente, y con las llamas de la caridad ardiente las iluminarás.

14. Esaú representa a los extraños entre el pueblo común: sus casas son los rastrojos que prenden velozmente. Por eso, cuando tú misma seas llama, estallará el incendio entre los otros. También esto corresponde a la responsabilidad ¹⁰³ que tienes: incendiar los rastrojos secos con buenos ejemplos y maneras, con la oración, el consejo y tus advertencias. Además, tienes que dirigir los pasos de tus hermanos con profundo amor y ayudarles a amar. Que amen en el espíritu de Dios y en buenas obras, justas para Dios y para la justa virtud. Piensa siempre en lo que dice la Escritura: *sobrie, pie, ivste, vivamus in hoc saeculo* ¹⁰⁴ (Tit 2,12). En efecto, vivir así forma parte de tu carga. ¡Ay! Ayúdanos con un amor puro y exclusivo a hacer amar a nuestro Amado. Para resumirlo en una sola palabra, lo que quiero de ti, por encima de todo, es el amor justo a Dios. —Esto es lo que te pido y ruego cumplir: dale a Dios plenamente lo que todavía nos falta por darle. Que Dios esté contigo; apresúrate al Amor.

CARTA XIII

Este, más que carta, pequeño tratado místico apunta, precisamente como la carta anterior, a un tema central: satisfacer a Dios y al Amor. La primera parte está dedicada al papel cardinal de la Razón. Esta cualidad crítica hace posible crecer en el amor, porque ella enseña a amar a Dios y a todos los hombres de acuerdo con su valía. Ella muestra también la trascendencia de Dios, siempre inalcanzable, y la nunca cumplida exigencia de su justicia. La segunda parte continúa el tema de la imposibilidad de satisfacer a Dios, ahora desde la perspectiva de la relación del Amor y el hombre: «Es una vida terrible la que quiere: que se deba prescindir de la satisfacción del Amor para satisfacerlo». Pero a quien se deja imbuir de esa deuda nunca satisfecha, no puede afectarle ni lo bueno ni lo malo. Este pequeño tratado se cierra con una exhortación en segunda persona.

1. El hombre debe conservarse siempre limpio de pecado en todas las situaciones, buscando en todas su propio crecimiento y

¹⁰³ La presencia en medio-neerlandés del término *prelaetscape* («prelacia») ha hecho pensar que la carta se dirigía a un prior-a de una comunidad religiosa. Sin embargo, no es necesaria esta interpretación. *Prelaetscape* puede también referirse al papel de dirigente que cualquiera puede verse obligado a adoptar. En este caso no se trata de experimentar el ardiente amor en forma intrapersonal, sino de difundirlo con todo tipo de medios dignos (buenos ejemplos y maneras, la oración, el consejo y las advertencias) entre los que todavía viven fuera del amor.

¹⁰⁴ «Vivamos en este siglo sobria, pía y justamente».

actuando según las reglas que la Razón prescribe, por encima de todo. Así, Dios actuará por él y con él, y él mismo cumplirá junto a Dios las peticiones de la justicia y deseará que Dios cumpla las justas obras de su naturaleza en él mismo y en todos nosotros. Esto es lo que el corazón amante debe anhelar por encima de penas y bendiciones. Éste es siempre su deseo y su ruego, estar en la unión íntima y exclusiva del Amor, como se lee en el Cantar de los Cantares: *Dilectus meus mihi et ego illi* (Cant 2,16) ¹⁰⁵. Así habrá una sola reunión en la única voluntad del Amor unitivo.

2. Quien quiera someter al mundo debe someterse a su Razón, por encima de todo lo que desee o de lo que los demás quieran de él. Porque nadie puede alcanzar la perfección en el Amor si no obedece antes a su Razón. Pues ésta ama a Dios por su dignidad y a los hombres nobles porque Dios les ama y a los comunes porque lo necesitan. Por eso, el hombre debe esforzarse en todas las cosas, como lo exige la perfección del Amor, que jamás queda satisfecho sea cual sea el esfuerzo que se realice en su nombre. Porque incluso cuando nos parece que un hombre lleva una vida agradable a Dios, todavía le queda mucho para satisfacer completamente al Amor, de manera que tiene que profundizar cada vez más en sus exigencias e ir acrecentando largamente el deseo que ya siente.

3. Lo que más satisface al Amor es que nos privemos absolutamente de descanso, por los amigos o por los extraños, o por el Amor mismo. Es una vida terrible la que quiere: que se deba prescindir de la satisfacción del Amor para satisfacerlo. Los que así ha atraído, recibido y cautivado, han contraído la gran deuda de afrontar y cumplir las órdenes de la poderosa naturaleza del Amor. Tal vida es miserable, más de lo que el corazón humano es capaz de soportar. Nada les resulta nunca suficiente a los amantes, ni los dones de la vida ni el servicio ni el consuelo ni nada de lo que ellos mismos puedan realizar. Pues es tan grande la violencia del Amor que les atrae desde dentro, y tan grande e inasible les resulta el Amor, que se sienten insignificantes e inca-

¹⁰⁵ «Mi amado es para mí y yo soy para él».

paces de saciar a este Ser que es el Amor. Sin embargo, son tan conscientes de su obligación de hacerlo, que, por otra parte, no puede sobrevenirles nada, ni a ellos mismos ni los demás, ni golpe de suerte ni desgracia ni nada, salvo si concierne al Amor mismo. Sólo en este caso pueden experimentar éxito o fracaso: éxito, en la medida en que el Amor prospere y crezca en ellos y en los demás; fracaso, en la medida en que el Amor resulta importunado en los que aman —ellos mismos o los otros—, a quienes los extraños molesten o hieran donde puedan.

4. Sufre y trabaja por la exigencia de progresar en el Amor y por la noble Caridad ¹⁰⁶. Pues la Caridad comprende sin errores las órdenes divinas y las sigue sin esfuerzo. Quien ama de verdad, no sufre: no siente su pena. Y cuanto más ardientemente se ama, más veloz se es y antes se encuentra en la meta: la Santidad divina, que es Dios mismo, y la Integridad divina, que es Dios mismo. En vista de su Integridad debes servirlo perfectamente y tener el celo que corresponde a tal perfección, que lo satisface en su Integridad, donde él es un solo acto de amor. Dios te haga conocer toda tu deuda con él: el sufrimiento justificado, pero, sobre todo, el amor exclusivo, con el cual, como él mismo nos encargó, se debe amar a Dios por encima de todo.

CARTA XIV

Ésta es una carta de dirección espiritual que, muy posiblemente, sería leída por toda la comunidad ¹⁰⁷. Responde a una equilibrada y simple estructura, en la cual cada párrafo es un paso: el ruego a Dios para que dé la virtud de satisfacer al Amor, y desprendimiento y el gozo de la unión (1); el consejo de considerar la Caridad y perseguirla con inflamado anhelo (2); la reflexión de que es más que justo que el Amado responda al amado... (3); el reconocimiento de la necesidad del conocimiento de uno mismo, la contemplación de las obras del Señor, y el ponerse bajo la tutela de la «bella» Razón (4).

1. Que Dios te sea Amor grande y eterno y te dé vida sabia y esa eminente virtud con la que repondas perfectamente a su sa-

¹⁰⁶ En Hadewijch, *caridad* designa a menudo al amor que actúa, el amor al prójimo. Aquí es, no obstante, la virtud divina del amor en el hombre.

¹⁰⁷ Así caracteriza, con toda la razón, Pablo María Bernardo esta carta en *Dios, amor y amante*, p.99.

grado Amor. Esmérate en ello continuamente sin ahorrar esfuerzo. Permanece siempre profundamente humilde y sirve con sabiduría. Que Dios sea tu socorro y tu consuelo en todo y te muestre la verdadera virtud con la que rendimos el mayor honor y justicia al Amor. Que Dios te dé a conocer la dulce exclusividad ¹⁰⁸ que ofreció a su Padre al vivir por él su vida una y pura; la santa exclusividad ¹⁰⁹ que enseñó y exigió a sus santos amigos, quienes renunciaron a todo consuelo extraño por el Amor de Dios. Que él te haga comprender también, de verdad y de hecho, la graciosa, dulce unión ¹¹⁰ de la que gozan también ahora sus queridos amigos, que se entregan a su santo y dulce Amor por encima de todas las cosas.

2. Procura volverte nueva y fresca sin desánimo y contempla la noble naturaleza de la caridad eterna, cuyas características, todo lo que es y todo lo que puede, describe San Pablo (1 Cor 13), y funda en ella vuestra vida. Así tiene que ser siempre si quieres vivir para Dios: todo cuanto se haga sin Caridad es nada. Apresúrate, pues, en pos de la caridad con el poder de los deseos inflamados por el verdadero Amor. Entrégate a ella, con celo y coraje en el peregrinaje de la vida, para contentarla y alcanzar luego el goce en el país del Amor, donde la Caridad perdurará eternamente.

3. La Caridad es humildad que debemos al Amor. Porque quien sabe que no posee el reino del Amor divino, debe humillarse ante el grandioso poder de Dios.

¡Ay! Es justo que cuando alguien pertenece íntimamente sólo a su Amado, que el Amado, a su vez, le pertenezca íntimamente, como dice la esposa del Cantar de los Cantares: «Mi amado es para mí y yo soy para él» (Cant 2,16). ¿A qué otro se querría pertenecer lo más mínimo que no fuera el Amado? Todo lo que hacemos por otros, que no es de amado por amado, es cosa extraña. Pero si deriva del amado, todo es dulce y bienvenido.

¹⁰⁸ Interpretamos ahora como «exclusividad» el término del neerlandés medieval *eenicheit*, que también significa «unidad» y «unión».

¹⁰⁹ *Eenicheit*, ahora como exigencia, virtud.

¹¹⁰ Y nuevamente *eenicheit*, como el gozo de la *unio mistica*. No hemos podido mantener la repetición de un solo término equivalente a *eenicheit* en la traducción.

Si quieres conocer esta perfección, primero tienes que aprender a conocerte bien a ti misma: motivos, preferencias y aversiones, costumbres, en el amor, en el odio, en la fidelidad y la infidelidad, en cualquier cosa que te ocurra. Comprueba tu paciencia ante las contrariedades, y tu indiferencia cuando tienes que renunciar a lo que te gusta. No hay peor castigo para un joven corazón que carecer de lo que le gustaría. Examínate también en todo lo agradable que te ocurra, observa si sabes tomarlo con sabiduría y medida. Ante todo lo que encuentres en tu camino, actúa igual, ante el reposo como ante el dolor. Considera con sabiduría el ejemplo de las obras de Nuestro Señor. De ellas aprenderás qué es la perfección. En efecto, conviene que cada uno de nosotros contemple constantemente, con sabiduría y atención, la gracia y la bondad de Dios. Pues Dios ha dado al hombre la bella Razón, que le instruye en todas las sendas y le ilumina en todas las obras. Si el hombre quisiera seguirla, no se equivocaría nunca.

CARTA XV

Un tratado en forma epistolar. En él determina cuál debe ser la actitud del que emprende su viaje hacia Dios. La imagen del peregrino de la carta anterior ¹¹¹ se transforma aquí en alegoría. Ardientes y puros, debemos atravesar este valle de lágrimas para alcanzar el gozo en el país del Amor.

1. Nueve puntos tiene que retener el peregrino que debe hacer un largo viaje. Primero, preguntar por el camino; segundo, elegir bien la compañía; tercero, cuidarse de los ladrones; cuarto, cuidarse de la excesiva alimentación; quinto, recogerse y atarse firmemente el vestido; sexto, inclinarse hacia adelante en las subidas; séptimo, mantenerse erguido en los descensos; octavo, rogar plegarias a las buenas gentes; noveno, hablar gustosamente de Dios.

2. Es lo mismo para la peregrinación divina, a lo largo de la cual buscamos el reino de Dios y su justicia (Mt 6,33) con perfectas obras del Amor.

¹¹¹ Carta XIV,2.

3. En primer lugar, tienes que preguntar por el camino. Él mismo lo indica: «Yo soy el Camino» (Jn 14,6). Y como él es el camino, reflexiona sobre los caminos que él tomó: cómo trabajó, cómo ardió interiormente de caridad y cómo lo tradujo al exterior en obras virtuosas hacia extraños y amigos. Escucha también cómo ordenó a los hombres amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas (Mt 22,37; Lc 10,27), y no olvidarlo nunca ni en la vigilia ni en el sueño (Dt 6,6-7). Y mira cómo él mismo lo cumplió, aun siendo Dios, cómo lo entregó todo y cómo vivió completamente para el Amor verdadero de su Padre y para la caridad hacia los hombres. Él obraba con caridad siempre vigilante y dedicaba al Amor todo su corazón, toda su alma y todas sus fuerzas. Tal es el camino que Jesús nos muestra y que es él mismo, el camino donde se encuentra la vida eterna y la fruición de la verdadera gloria de su Padre.

4. A continuación pregunta por el camino a los santos, a los que él ya ha llamado cerca y a los que todavía están en la tierra, que le siguen en las perfectas virtudes, que lo han seguido a la montaña de la alta vida desde el profundo valle de la humildad, que han escalado esta elevada montaña con poderosa fe y noble entrega a la contemplación del íntimo y dulce Amor.

5. Pregunta también por el camino a los que están cerca de ti y ves seguir sus caminos de modo parecido a él, obedeciéndole en toda obra virtuosa. Sigue, por tanto, a quien es el camino mismo y a los que han caminado por él o lo recorren todavía.

6. El segundo punto es la elección de una buena compañía. Ésta es la sagrada comunidad de la que tú formas parte con grandes beneficios. Y, principalmente, lo son los santos amantes de Dios, los que más le aman y le honran y de los que sientas que recibes la ayuda más eficaz, los que más te ayuden a encontrar la unificación ¹¹² del corazón y a elevarlo hacia Dios, aquellos cu-

¹¹² El corazón es el centro de los sentidos, los afectos y las inclinaciones. A menudo se enfrentan unos y otros entre sí, a veces hasta tal punto que una persona se siente desgarrada. Hay momentos en los que todo apunta en una sola dirección: a la experiencia del amor, al sosiego. Muchas veces son momentos regalados, no obstante se puede avanzar hacia ello. El desapego, la entrega también puede ser momento de unificación del corazón.

yas palabras o cuya presencia te atrae enormemente hacia Dios y te acercan a él. Pero huye de la relajación y tu complacencia en todo esto. En mí y en otros en quienes buscas confiar, analiza quiénes son los que te ayudan a ser mejor, y contempla cómo es su vida. Pues actualmente hay poca gente sobre la tierra en la que se pueda hallar verdadera fidelidad: casi todos quieren de Dios y de los hombres lo que les gusta, la satisfacción de sus deseos, y, si no, se retiran.

7. El tercer punto te aconseja guardarte de los ladrones. Éstos son las sutiles tentaciones exteriores e interiores. Como no se puede aprender ningún oficio sin maestro, no tengas la temeridad de adoptar un camino singular sin el consejo de personas experimentadas en asuntos espirituales.

8. El cuarto punto te invita a evitar la gula. Ésta es el descanso, ajeno al Amor; no saborees o te contentes jamás con nada, antes de haber saboreado a Dios cuan dulce es. ¡Ay! Piensa y sé consciente siempre: todo disfrute de lo que no es Dios mismo, es gula.

9. El quinto punto te ordena recogerte y atarte el vestido firmemente. Esto es guardarte de todas las manchas terrenas y de toda bajeza, ajustándote tan bien con los lazos del Amor, que es Dios, que no te dejes surmergir jamás en otra cosa.

10. El sexto punto te recuerda que en las subidas hace falta inclinarse muchísimo. Esto es agradecer todas las penas que te llegan a causa del Amor y humillarte de todo corazón: incluso si pudieras practicar todas las virtudes que podrían ejercitar unidos todos los hombres en la tierra, todo debería parecerte pequeño y nada ante la grandeza de Dios y la deuda que mantienes con él en el servicio y en el amor.

11. El séptimo punto te ordena mantenerte bien erguido en el decenso. Esto es: si te hace falta descender alguna vez para atender a tus carencias y al sentir tus necesidades corporales, mantén tus aspiraciones puestas en Dios, con los santos, que han vivido en las alturas y que han dicho: nuestro camino está en el cielo.

12. El octavo punto consiste en requerir plegarias a las gentes de bien. Esto es: debes desear ser impulsado por todos los

santos y todos los hombres a la suprema voluntad de Dios y debes renunciar a todo para estar unido con ellos en Dios.

13. El noveno punto te recomienda hablar gustosamente de Dios. El hecho de que el nombre del Amado te sea dulce es una señal de amor. A este respecto dice San Bernardo: «Jesús es miel en nuestros labios»¹¹³. Sí, es algo muy dulce hablar del Amado, despierta vivamente el amor e inflama el celo por las obras.

14. Finalmente, te pido por el santo Amor de Dios que realices tu peregrinación con hermosura y pureza, sin la tristeza o pesadumbre que proporcionan los afectos, con un dulce espíritu de alegría y de paz. Atraviesa este exilio tan justa, pura y ardientemente que encuentres a Dios, tu Amado, a su término. Que él mismo y su santo Amor te ayuden.

CARTA XVI

De nuevo una carta de dirección espiritual. A la destinataria se le señala su inmadurez en la escuela del amor: todavía tiene mucho que aprender y Hadewijch hace notar fundamentalmente la importancia de las virtudes. Pero el comienzo de la carta es reconfortante. Quien busca de verdad, recibirá todo lo que Dios le tiene destinado en amor. Nosotros estamos llamados a amar a Dios con el amor con el que se aman las tres Personas entre sí. Así lo hacen los bienaventurados en el cielo. Pero nunca se completa esta obra, pues Dios sobrepasa continuamente ese amor. Este pensamiento nos lleva hasta una particularmente sorprendente frase: «la falta de este goce es el más dulce goce. También en la tierra se debe aspirar a satisfacer a Dios. El hombre se da cuenta de que es demasiado pequeño frente a tan alto amor. Esto le hace humilde, pero, al mismo tiempo, intensifica su anhelo, de manera que el alma noble arroja todo lo que dificulta su ascensión».

1. Que Dios sea contigo y te indique los rectos senderos que dirigen al noble Amor. Sé valiente y despierta en tu misión, perseverante en lo que eres y lo que buscas y firme en tu fe, porque si buscas verdaderamente, no según tus apetencias, sino de acuerdo con la voluntad de Dios, recibirás todo lo que te ha destinado en su amor.

2. Vive noblemente con la esperanza y la fe intangible que te dará Dios para amarlo con ese gran Amor, con el que él mismo se ama, trino y uno, el Amor con el que se ha bastado eterna-

¹¹³ SAN BERNARDO, *Sermones super Cantica* 15,3.6.

mente y se bastará para siempre ¹¹⁴. Para satisfacerlo con este Amor, se afanan y se afanarán eternamente todos los espíritus celestes. Tal es su misión, que jamás será cumplida. Y la falta de este goce es el más dulce goce. A esta misión deben aspirar también nuestras almas, con corazón humilde, aun sabiendo que su pequeñez no podrá satisfacer a este inmenso y tan noble Amor y a este desapacible Amado.

3. ¡Ah! Esta obra siempre inacabada es la que debe enardecer a toda alma noble como bajo una tormenta y hacerle arrojar todo lo superfluo, todo lo que es desigual o inferior a la exigencia del Amor.

4. Para que dos cosas se hagan una sola, nada debe encontrarse entre ellas más que el adhesivo que las une. Ese lazo es el Amor por el que Dios y el alma dichosa se encuentran enlazados. A este noble abandono, a apartar de sí de todo lo demás por el Amor, exhorta el santo Amor continuamente a los orgullosos caballeros que quieren entenderlo. De la misma forma, él lo abandonó todo cuando lo envió su Padre a cumplir la obra que le había encomendado el Amor. Como él mismo dijo en el Evangelio: «Padre, ha llegado la hora» (Jn 17,1). Con estas palabras le decía «he cumplido la obra que me has encomendado» (Jn 17,4).

5. Reflexiona ahora sobre su vida, la de quienes le siguieron y la de los hombres buenos todavía vivos que quieren comprometerse con este gran Amor que es Dios. Fíjate en cómo conservan siempre humildad de corazón y el celo en las buenas obras, sin reserva. Vive según la justicia, y de ninguna forma según tu propio gusto más que cuando estés segura del beneficio de la honra y el digno cumplimiento del derecho de Dios. Abandónate filialmente a su noble fuerza. Mantente preparada para seguir cualquier consejo saludable y el que te den amigos deseosos de verte progresar. Escucha gustosamente a quien te aconseje bien el camino hacia la virtud. Y sufre también gustosamente todo sufrimiento por el Amor.

6. Tu corazón es demasiado blando aún, y en tu conducta eres todavía una niña. Te abates rápidamente y te falta comedi-

¹¹⁴ Véase *Introducción*, p.34.

miento en todo lo que haces. ¿Por qué te lo tomas todo tan a pecho? Domínate como se debe por la pura dignidad de Dios y aplícate al trabajo: la inactividad es sospechosa para los que quieren vivir santamente, porque es maestra de todo mal. No dejes, pues, de rogar (1 Tes 5,17) o de amar o de actuar virtuosamente o de servir a los enfermos. Soporta por el honor del Amor a los personajes entrometidos o ignorantes. Y en el Espíritu de Dios, sé feliz porque él solo se basta a sí mismo y es Amor. Mantente alegre entre tus compañeros. Que su pena sea tu pena, como dice San Pablo: «¿Quién es débil sin que yo lo sea más aún?» (2 Cor 11,29). Sé prudente en todas tus palabras, tan prudente como si hablaras delante de Cristo, que es la Verdad misma (Jn 14,6).

7. Tal vez te apena que te predique deberes que conoces muy bien y ya practicas. Pero lo hago para recordarte la verdad de que quien quiere vencer al Amor debe comenzar por las virtudes por las que el mismo Dios comenzó. Y también sus santos, como se lee sobre los mártires, quienes, con su fe, han conquistado reinos (Heb 11,33). Los textos no dicen «con amor». Porque, en efecto, la fe fundamenta al Amor, pero el Amor aviva con su llama la fe. Así, las obras realizadas con fe deben preceder al Amor y éste las inflamará luego. Que te contente lo que te escribo porque lo he hecho con el solo deseo del bien.

CARTA XVII

En esta carta, Hadewijch proporciona una de sus más importantes experiencias de aprendizaje, adquirida a lo largo de su propio camino, a su propio grupo, a través de una de sus amigas. La escritora juzga este punto tan importante que hace mención de la fuente de su aprendizaje: en una visión le fue dado el entendimiento. En los dísticos se transmite lo que Dios espera de ella. Los versos se refieren a la forma en que el místico maduro experimenta las virtudes y la actividad: no como opuestas a la unión de amor, ni alternando, sino como una sola experiencia de actividad y unión. El primer verso de cada uno de los tres pares exige la actividad exterior. Así vivimos nosotros según las tres Personas. El segundo verso de cada par reclama un movimiento hacia el interior. Así vivimos según la Unidad de Dios. Viendo de la manera indicada, vivimos de acuerdo con la naturaleza divina, cuyo interior experimenta el mismo ritmo de salida y de retorno, de Dios trino y uno.

Sé rápida y apasionada al buscar las virtudes,
pero no cultives ninguna en especial.

No abandones tus tareas,
pero que ninguna particular te retenga.

Socorre toda necesidad con consuelo y cariño,
pero no tomes como tuyo nada de ellas.

Esto es lo que deseaba decirte desde hace mucho tiempo
porque lo llevo en mi corazón.

Que Dios te haga el gran favor
de hacerte comprender en la naturaleza del Amor esta verdad.

1. Dios me hizo las prohibiciones que yo te hago con estas palabras. Por eso, a mi vez, deseo transmitírtelas, porque pertenecen perfectamente a la plenitud del Amor y porque pertenecen perfecta y completamente al Ser divino. Las cualidades que reseño aquí son plenamente su naturaleza. *Apasionada y rápida* es la naturaleza del Espíritu Santo, ésta es la característica de su Persona. De la misma manera que *no dedicarse a virtudes especiales* es la naturaleza del Padre, por eso es uno el Padre ¹¹⁵. Este darse y este mantenerse es propio del Ser divino y constituye la completa naturaleza del Amor ¹¹⁶.

No abandones tus tareas,
pero que ninguna particular te retenga.

¹¹⁵ El Padre se concibe aquí en la Unidad de la naturaleza divina, antes de la salida de las Personas y, además, como principio del retorno. Así pues, el Padre no se presenta aquí como Persona, frente al Espíritu Santo. (Véase *Introducción*, p.19.) El esquema subyacente de los tres dísticos es:

Espíritu Santo
Padre-Unidad
Padre (Persona)
Padre-Unidad
Hijo
Padre-Unidad.

¹¹⁶ Hadewijch denomina a este darse y mantenerse *pure Godheit*, que se podría traducir literalmente como «pura Deidad». El término «Deidad» ha llegado, no obstante, a tener un significado más estricto del que Hadewijch quiere actualizar aquí (en otras ocasiones sí se corresponden término y sentido). «Deidad» refiere a la Unidad de la Santa Trinidad y en Hadewijch está relacionado con el Padre, que, además de ser la primera de las tres Personas, es el principio de esta Unidad (véase cada segundo verso). «Este darse y este mantenerse» significa tanto la salida de las Personas de la Trinidad como la Unidad. La traducción «Ser divino», de Pablo Marín Bernardo, es por eso muy adecuada. Algunas líneas más abajo sí hemos traducido «Deidad», porque Hadewijch habla en ese momento de la Unidad.

2. Aquí el primer verso es la fuerza del Padre ¹¹⁷, por la cual es todopoderoso. El segundo es su justa voluntad, que hace a la justicia realizar sus obras desconocidas y poderosas ¹¹⁸. Éstas son profundas y oscuras, incomprensibles y secretas para todos los que, como digo, no llegan a la altura de la unidad de la Deidad ¹¹⁹ y que, sin embargo, están sirviendo incluso hermosamente a la cualidad singular de las tres Personas, según los primeros versos de los pares superiores:

buscar rápida y apasionadamente las virtudes;
no abandonar las tareas;
socorrer toda necesidad con consuelo y cariño.

Ésta ¹²⁰ parece la vida más perfecta que se puede llevar en la tierra. Siempre me has escuchado aconsejarla por encima de todo. Y, de hecho, yo misma la he vivido así. Y he servido y he trabajado hermosamente hasta el día en que me fue prohibido ¹²¹.

3. Los otros tres versos (el segundo de cada dístico) perfeccionan la unidad y el amor y hablan de experimentar el Amor como en una persona: un solo Amor y nada más. ¡Ay, Dios, qué Ser terrible es este que devora tanto odio y tanta caridad al mismo tiempo! ¹²²

Socorre toda necesidad con consuelo y cariño.

Éste es el Hijo en la propiedad de su Persona, tan hermoso en su ser y actuar.

No tomes como tuyo nada de ellas.

¹¹⁷ Aquí encontramos al Padre en la propiedad de su Persona.

¹¹⁸ El Padre como principio de la Unidad.

¹¹⁹ La Deidad, en el sentido de la Unidad en que las propiedades de las Personas no se actualizan, se evoca a través de palabras como en esta frase: *profundo, oscuro, incomprensible, secreto* y (en la otra frase) *desconocido*. Otras veces Hadewijch recurre a términos como *abismo, torbellino, insondabilidad*.

¹²⁰ «Ésta» conecta con los primeros versos, y por eso, con las propiedades de las tres Personas, sus obras, que también refieren a la actividad humana.

¹²¹ La prohibición no significa que la espiritualidad a que se refiere sea mala. ¿Cómo podría ser rechazada una espiritualidad donde el hombre llega a parecerse a las cualidades de las tres Personas divinas? La prohibición se debe al hecho de que la actividad no se corresponde, como la otra cara de una moneda, con la unidad, cuando, en opinión de Hadewijch, ha llegado la hora de descubrir ese otro lado.

¹²² El odio es la exigencia del Amor, que el hombre no puede responder; la caridad es el rico acto de dar del Amor. En la Unidad (de la Deidad) este exigir y este acto de dar son una misma cosa.

Así lo devoró su Padre: esta labor grande y cruel es siempre la del Padre ¹²³. Y ésta es la Unidad más hermosa del Amor en la Deidad. La Unidad es allí tan justa en la justicia del Amor, que absorbe el celo, la humanidad y toda la fuerza que no querríamos dejar de poner al servicio de nadie. Absorbe también la caridad y el consuelo de los que están en el infierno y en el purgatorio; de quienes no conocen a Dios y de quienes, conociéndolo, yerran fuera de su querida exigencia; y de los amantes, que sufren más que los anteriores, porque carecen de lo que aman. Todo eso absorbe la justa Unidad en sí. No obstante, cada Persona particular se ha entregado en su particularidad, como he dicho.

Pero la Unidad, la única y pura naturaleza donde Amor se pertenece sólo a sí mismo en pleno goce, no se dedica a las virtudes, ni a los hechos de virtud, ni a obras particulares, por bellas que sean o por elevada que sea la autoridad que las haya recomendado. Además, esta Unidad tampoco defiende ninguna necesidad por misericordia, aunque es muy capaz de remediarla. En efecto, en la fruición del Amor, nunca ha habido ni nunca puede haber otra labor que el gozo unitario donde la única, poderosa Divinidad es Amor.

4. La prohibición de que te he hablado se refiere a amar en la tierra algo ajeno a esta justicia, tener respeto a algo fuera del Amor. Se trata de vivir tan exclusivamente en el Amor como para odiar y vengar todo lo que le es exterior. De esta forma, se deja de sentir cariño, bondad o preocupación particular por remediar lo ajeno, o por protegerlo: sólo queremos vivir en el supremo goce del Amor. Pero cuando éste disminuye y desaparece, está justificado y es obligatorio hacer caso omiso de las tres prohibiciones. Durante la búsqueda y el servicio al Amor, todo debe hacerse por su honor, pues en ese período somos humanos y estamos necesitados; es tiempo de trabajar y obrar hermosamente, de ser benevolentes, servir y sentir piedad, porque carecemos de todo y estamos necesitados. Pero cuando gozamos el

¹²³ El ser «devorado» es el «regreso» del Hijo a la Deidad. Compárese también la imagen de la reclamación del Padre en Carta XXII,9.

Amor, estamos deificados, somos poderosos y justos. Y, entonces, voluntad, trabajo y poder participan igualmente de la justicia divina, como las tres Personas en un solo Dios.

5. Hace cuatro años, el día de la Ascensión, Dios Padre mismo me hizo estas prohibiciones en el momento en que su Hijo llegó al altar. Justo entonces recibí un beso suyo y con ese signo fui mostrada y, unida a él, llegué ante el Padre, quien le incorporó en mí y a mí en él. Y en la Unidad, donde fui acogida e iluminada entonces, comprendí este Ser y lo comprendí más claramente de lo que se puede comprender, con las palabras o con la razón o con la vista, todo lo que en la tierra es comprensible.

6. Parece un milagro. Sin embargo, aunque yo diga que parece un milagro, me doy cuenta de que no puede maravillarte, porque las palabras celestiales no pueden comprenderse en la tierra. Pueden encontrarse argumentos y neerlandés suficiente para lo que pertenece a la tierra, pero para estas cosas no conozco ni neerlandés ni argumentos. Yo sé expresarme acerca de todas las materias sobre las que hay que expresarse. Pero para lo que te he contado aquí, para eso, no hay neerlandés, que yo sepa.

7. Aunque te prohíbo algunas obras y te ordeno otras, tienes todavía que servir mucho. Te prohíbo particularizar en las obras, como ya te he dicho, de la misma forma que se me prohibió a mí por la voluntad de Dios. Pero tú todavía tienes que esforzarte en el servicio del Amor como lo he hecho yo durante largo tiempo y como lo hacían y lo hacen los amigos de Dios. Pero también, como yo misma he hecho largamente y hago todavía, tienes que dedicarte sólo al Amor, no defender otra cosa que el Amor mismo, no velar por nada que no sea Amor. Que Dios, nuestro Amado, te enseñe cómo debes hacer y dejar lo uno y lo otro.

CARTA XVIII

Ésta es una aclaración de la carta anterior. El tema de la conservación de la unión junto a la actividad exterior se retoma aquí de nuevo en prosa alegórica. En su Reino, Dios no obra solo y apartado: él permanece tranquilo mientras sus mensajeros se dispersan. Como el emperador, que permanece en paz, mientras sus condes

y duques y principales guardan el orden en el Reino. La tercera parte, después de una hermosa disertación acerca de la dignidad e insondabilidad del alma, que desea poseer a Dios completamente, reflexiona sobre cómo Razón y Amor, los dos ojos de Caridad, la capacidad de ver del alma, deben trabajar unidos para mostrar a Dios su completo servicio de amor. Este pasaje es una adaptación del tratado *De natura et dignitate amoris de Guillermo de Saint-Thierry*. El Amor debe dejarse guiar por la Razón para leer en el rostro divino las sentencias que correspondan a su vida y para, de acuerdo con ellas, organizarla.

1. Ay, querida, dulce niña, sé sabia en Dios. Pues tú y todos los que quieren ser deificados necesitáis, ciertamente, Sabiduría, porque ella nos conduce profundamente al interior de Dios. Sin embargo, actualmente, nadie quiere ni puede confesar lo que necesita en el servicio del Amor, con el que está endeudado. Ay, te queda mucho por hacer si quieres experimentar a Cristo en su Divinidad y en su Humanidad y alcanzar la digna madurez a que te ha destinado Dios en su amor. Entrégate sabia y enérgicamente a todo lo suyo como un valiente caballero y actúa en todo de acuerdo con tu libre nobleza.

2. Dios, que reina sobre todos los reinos, a todos les da lo suficiente a través de su omnipotencia y misericordia. Sin esforzarse o entregar los bienes con su propia mano, sino sirviéndose de su rica omnipotencia y sus poderosos servidores, que son las virtudes perfectas. Éstas sirven y administran el reino y dan a todos lo que necesitan conforme al honor y voluntad del Señor de todas las cosas. Todos ellos dan a cada uno atendiendo a su linaje y posición. Misericordia reparte a todos los desposeídos del reino, que llevan una vida lamentable, entre multitud de vicios que los atrapan y les han despojado de honor y de bienes. Caridad cuida al pueblo común del reino y entrega a cada uno lo que precisa. Sabiduría atavía a todos los nobles caballeros que libran batallas y afrontan violentas tempestades movidos por su ardiente aspiración al noble Amor. Perfección da a los escuderos el dominio de su país, que se parece al dominio soberano del alma soberana de la cual hablo, que, con su voluntad perfecta y soberana, con obras perfectas, ha adquirido sus nobles derechos consuetudinarios sobre la voluntad del Amor.

Justicia es quien dispensa estas cuatro virtudes, para condenar o bendecir. De esta manera, el propio emperador salvaguar-

da su libertad y su paz, ya que ordena a sus vasallos que ejerzan justicia; y recompensa a sus reyes y duques y condes y pares con el alto feudo de su poder y con el poder judicial del Amor, que es la corona del alma rica, que puede ayudar a todos según sus necesidades, pero sin involucrarse más que en el Amor de su Amado. Esto es lo que quería decir cuando te escribí el otro día sobre las tres virtudes: *socorrer toda necesidad con consuelo y cariño* y, al mismo tiempo, *no tomar nada como tuyo* ¹²⁴, y el resto de que te he hablado.

3. Vela con gran cuidado por la noble perfección de tu digna y perfecta alma y piensa en lo que significa. No te disperses y no te ocupes del bien y el mal, de lo alto y lo bajo. Deja que todo siga su curso y mantente libre para dedicarte a tu Amado y contentarle a él, a quien amas en el Amor. Ésta es la auténtica deuda que mantienes con Dios conforme a la verdad de tu ser y con aquellos con quienes viven en él: amar a Dios exclusivamente y no dedicarte a otra cosa que al Amor unitario ¹²⁵ que nos ha elegido para él.

Ahora trata de comprender la profunda intimidad de tu alma y qué es alma. Alma es un ser que se transparenta para Dios y para quien Dios también es transparente. Alma es además un ser que quiere satisfacer a Dios y que en cada acto mantiene la dignidad, si no ha descendido a cosas ajenas, inferiores a su propia alcuña. Cuando se mantiene de esta forma, el alma es un abismo sin fondo donde Dios se basta a sí mismo y saborea plenamente el gozo que él mismo contiene y donde ella se satisface en él constantemente. El Alma es un camino por el que Dios navega desde su profundo seno a la libertad. Y Dios es para el alma un camino hacia su libertad, es decir, hacia el fondo divino, que sólo puede ser tocado con la profundidad del alma. Y el Alma no está satisfecha hasta que Dios no le pertenece completamente.

¹²⁴ Refiere al poema, tercer dístico, en Carta XVII.

¹²⁵ El justo, completo Amor que reposa en sí mismo (el ser uno en sí mismo de Dios, donde «se basta a sí mismo»). La Unidad más profunda en Dios, que llama y reclama al alma que viva en ella la unión con Dios.

4. El sentido de la vista con que fue creada el alma es la caridad ¹²⁶. Este sentido cuenta con dos ojos: el Amor y la Razón ¹²⁷. La Razón no puede ver a Dios sino en lo que no es. El Amor no descansa sino en lo que él es. La Razón posee seguras sendas, por donde camina. El Amor, en cambio, siente impotencia, pero la impotencia le hace progresar más que la Razón. La Razón progresa hacia Dios a través de lo que no es Dios. El Amor no atiende a lo que no es Dios y siente alegría al percibir su impotencia ante lo que es Dios. La Razón recibe más satisfacción que el Amor, pero el Amor experimenta más delicias y dulzuras que la Razón. Con todo, ambos se prestan gran ayuda, porque la Razón enseña al Amor y el Amor la ilumina a ella. Si la Razón se rinde a las aspiraciones del Amor y el Amor se queda y permanece atado en el proyecto de la Razón, son capaces de realizar cosas muy importantes. No obstante, lo que estoy diciendo sólo se puede comprender con la experiencia, porque la Sabiduría no participa en la comprensión, en la penetración, en esa furia de amor, tan maravillosa e insondable; todo esto es sólo para el gozo del Amor. Ningún extraño ¹²⁸ ni nadie que esté fuera del Amor puede compartir esta alegría (Prov 14,10), sólo el alma amamantada en la rica alegría del gran Amor y azotada con el látigo de la misericordia paterna, que se aferra a Dios sin separarse un instante, que lee en su Rostro la sentencia que le concierne y queda en paz con ella.

5. Pero si esta alma noble regresa entre la gente y los asuntos mundanos, lo hace con un rostro tan alegre y tan maravillosamente dulce por el bálsamo de la caridad, que irradia misericordia cada vez que actúa a petición de los hombres. Pero, al mismo tiempo, resulta terrible por la veracidad y la justicia de las sentencias que ha leído en la Faz divina. Los hombres impuros encuentran temible al alma cuando la ven equipada con la verdad

¹²⁶ La libre adaptación de Guillermo de St.-Thierry se corresponde con XVIII,4.5. *De natura et dignitate amoris* 8.21-23 (ML 184:393-395).

¹²⁷ Como hemos dicho en la Introducción, escribimos Amor con mayúsculas cuando remite a Dios y cuando está personificado. Ambas cosas suelen coincidir, al menos en las *Cartas*. En esta carta se trata de personificación, mientras el Amor es una fuerza del alma, como también lo es la Razón.

¹²⁸ Los extraños: véase *Introducción*, p.41.

y dirigida hacia todos los caminos de la verdad; se sienten tan atemorizados y en peligro que tienen que apartarse de ella a causa del poder del Amor. En cuanto a los que han sido elegidos para esta elevada unión con el Amor pero no han madurado, tienen ya en su poder la soberanía de la eternidad, aunque ellos mismos y los demás la desconocen.

6. De esta manera, la Razón ilumina secretamente. La visión ilumina al alma toda la verdad de la voluntad de Dios. Pues quien lee las sentencias del Rostro de Dios, obra completamente de acuerdo con la ley del Amor. La ley del Amor es la obediencia, contraria a las costumbres de mucha gente; pero el elegido no debe obrar como los demás, sino correspondiendo a la verdad del Amor soberano, quien establece sus órdenes de acuerdo con la verdad. El elegido es súbdito exclusivamente del Amor, que lo tiene prisionero de Amor; no importa lo que quieran hacerle decir, él habla según la voluntad del Amor, y sirve y cumple las labores que le encarga, noche y día, en completa libertad, sin demorarse, sin miedo y sin reservas, siguiendo las sentencias que ha leído del Rostro del Amor y que permanecen ocultas para todos los que abandonan sus obras por razones y asuntos terrenales, porque sufren el desprecio de los extraños. Estos encuentran preferible y más justo que se cumpla su propia voluntad que la del Amor. No han llegado todavía a presencia del soberano Amor, junto a quien nos quedamos a vivir libremente en todo tipo de pena.

7. Debes conocer esta libertad y a quienes la sirven. La gente que actúa por iniciativa propia desdeña las obras del Amor con bonitas palabras y por la ilusión de contar con una libertad mayor. Incluso hay quienes dictan normas en contra de las del Amor. Pero el caballero que quiere atenerse a su regla, según le enseña la Razón iluminada, no obedece a las reglas ni los consejos extraños; no le importan los tormentos que sufre por eso, como oprobio, lamentos, sermones, abandono, prisión, desahucio, desnudez, todo tipo de carencia, en fin, de lo imprescindible. Gane buena o mala fama, el caballero quiere estar siempre dispuesto a obedecer la voluntad del Amor, a esforzarse por ella,

pasando por todos los tormentos y suplicios, si fuera necesario, con el corazón alegre, con todo el poder del Amor.

8. Así pues, durante toda tu vida, mantén fija la mirada en Dios con la dulzura de tu anhelo unificado, que persiste siempre en el deseo de dedicarse al Amado. Es decir: debes contemplar cordialmente, mucho más que cordialmente, a tu amado Dios, de manera que la mirada unificada de tu deseo quede fundida a su Rostro, que penetres en él con las uñas el inflamado deseo que nunca cede. Sólo entonces podrás descansar con San Juan, que durmió sobre el pecho de Jesús (Jn 13,23-25). Así lo hacen todavía quienes sirven en libertad del Amor: descansan en el dulce, sabio pecho y ven y escuchan en el dulce susurro del Espíritu Santo sus íntimas palabras (Job 4,12), inexpresables e inaudibles para el pueblo.

9. Mira intensa e incansablemente a tu Amado. Pues quien clava la mirada en lo que desea es tan vivamente abrasado, que su corazón va cediendo a la dulce carga del Amor y penetra atraído de esta forma hacia el interior de Dios, gracias a la perseverancia en esta buena vida contemplativa que le hace clavar la mirada en Dios. Tan dulcemente se deja saborear el Amor, que el amante olvida todo lo que hay en la tierra, y se propone, sea lo que sea lo que le hagan los extraños, renunciar a sí mismo mil veces antes de ceder un milímetro en su deber al servicio del noble Amor, del cual Cristo es el fundamento.

CARTA XIX

La rima con que da comienzo la epístola expresa la esperanza de que la destinataria comprenda y experimente lo que la novia canta en el Cantar de los Cantares: «soy de mi amado y mi amado es para mí». Pero una búsqueda caballeresca precede a este encuentro en amor. Quien quiere vencer al Amor, debe perderse a sí mismo. Debe salir de sí mismo, del seguro hogar de su Razón, de su humana alegría, y emprender un viaje errante. La rima se detiene donde Hadewijch vuelve a tomar el tema del gozo del amor. Ella da a entender que es inexpresable lo que desea y quiere para los demás.

Dios sea contigo, te permita
conocer verdaderamente las costumbres del Amor;
y te haga comprender qué quiere decir:
«Soy de mi amado y mi amado es para mí»,
como dice la esposa en el Cantar de los Cantares.

Quien al Amor ceda el paso lo necesario,
vencerá al Amor.

Que así sea,
aunque esperemos mucho hasta que llegue:
agradezcamos todo al Amor.

El que desea saborear el verdadero Amor,
se aparta, errante o con la gracia,
de caminos y senderos.

A éste, que en pos de la victoria del Amor,
debe perderse por montañas y por valles,
que a cambio de sufrimientos
rehúye el consuelo extraño,
apartado de los caminos transitados por los hombres,
lo lleva el poderoso corcel del Amor.

La Razón no llega a comprender
cómo Amor con amor comprende al Amado
y cómo el Amor vive libre en todo.

Sí, cuando el alma posee la libertad,
la libertad que el Amor puede dar,
no ahorra ni muerte ni vida.

No quiere poseer nada inferior.
Sólo al Amor quiere.

Y en este punto dejo mis versos: no hay palabras que puedan expresarlo.

1. No se puede expresar verdaderamente lo que es el Amor, el que deseo y quiero para ti. No digo nada más; para seguir adelante se necesita hablar con el alma. Nuestro asunto es demasiado amplio; pues se trata de Amor, que es Dios mismo por naturaleza. Y el verdadero Amor no tiene materia. Está —sin materia— en la rica libertad de Dios, dando siempre con espléndida abundancia y obrando con orgullo y creciendo en nobleza.

2. ¡Ay! Si pudieras madurar conforme a tu dignidad, a la que Dios te reclama desde la Unidad sin principio. ¿Cómo puedes tolerar que Dios te goce a ti en su naturaleza y no gozarlo tú a él? ¹²⁹ Debo callar cómo lo vivo yo. Lee lo que ya tienes, si quieres. Yo me callaré. Dios debe obrar como mejor le parezca. Por mi parte, puedo decir, como Jeremías: «Señor, tú me has engañado, pero me gusta ser engañado por ti» (Jer 20,7) ¹³⁰.

¹²⁹ En la unidad original («ejemplarismo»), cf. *Introducción*, p.21ss.

¹³⁰ No es una cita textual: Hadewijch ha adaptado el texto bíblico.

3. El alma más intangible es la más parecida a Dios. Mantente intacta de todo el mundo, en el cielo y en la tierra, hasta el día en que Dios sea elevado desde la tierra y te atraiga, a ti y a todo lo demás (Jn 12,32). Algunos dicen que, cuando habló así, él se refería a la cruz en la que se hallaba elevado. Sin embargo, cuando Dios y la bienaventurada alma son uno, él se encuentra con ella, hermosa y plenamente elevado sobre la tierra. Cuando al alma le queda sólo Dios y no conserva voluntad propia, sino que vive completamente de acuerdo con la voluntad divina y se pierde a sí misma y quiere todo lo que él quiera como él mismo, y está sumergida en él y se ha convertido en nada, entonces, en ese momento, él está plenamente elevado sobre la tierra y atrae todas las cosas, de manera que ella se convierte en todo lo que él es.

4. Las almas devoradas, que se hallan disueltas en Dios, reciben la luz del Amor en una de sus mitades, de la misma forma que la luna recibe la luz del sol; pero, cuando regresan desde esa nueva luz, traen el conocimiento puro del lugar de donde vienen y donde habitan, y entonces la pura luz invade el otro lado. De esta forma las dos mitades del alma se vuelven una sola. En ese momento ha llegado la hora. Si hubieras esperado esta luz para elegir a tu Amado, te habrías liberado ya. Los que viven en ella se encuentran unidos y vestidos con la luz de la unidad con la que Dios mismo se viste.

5. Falta mucho para que estas dos mitades del alma se unan. No me atrevo a hablar más de ello, porque mi desgracia en el Amor es demasiado grande y porque, además, los extraños podrían plantar ortigas donde deberían crecer rosas. Por el momento, es suficiente. Dios está contigo.

CARTA XX

En este pequeño tratado realiza Hadewijch un complejo esbozo de la vida mística en el Amor. Distingue doce diferentes horas a lo largo de las cuales el alma es llevada cada vez más profundamente en la naturaleza del Amor. Aportan cada vez un crecimiento más completo hasta que el alma se vuelve Amor, pasa a ser Amor.

1. La naturaleza de donde nace el verdadero Amor tiene doce horas que lo impulsan a salir de sí mismo y lo traen luego de vuelta. Cuando el Amor vuelve, trae en sí el motivo por el que lo habían expulsado las horas innombrables: una conciencia inquieta, un corazón deseoso y un alma amante ¹³¹. Cuando el Amor incluye todo eso, lo lanza al abismo de la poderosa naturaleza de donde él ha nacido y se ha nutrido. En este momento las horas innombrables pasan a la naturaleza desconocida. Es cuando el Amor ha llegado a sí mismo y disfruta su naturaleza por debajo de él y por encima de él y alrededor de él. Y todos los que todavía no han vivido la grandeza de esa experiencia, se horrorizan de los que han caído dentro y están obligados a obrar, vivir y morir como el Amor y su naturaleza lo ordenan.

2. Durante la primera de las doce horas innombrables que atraen al alma a la naturaleza del Amor, éste se manifiesta y toca, de improviso y sin que lo hayamos deseado, al alma, en el momento más inesperado para ella a la vista de su condición. Y el alma, cuanto más fuerte es su naturaleza en sí misma, más incomprendible encuentra lo que pasa. Por eso, con razón, se habla de una hora innombrable ¹³².

3. Durante la segunda hora innombrable, el Amor hace saborear al corazón amante una tremenda muerte. Lo hace morir sin que le sea posible morir. Esto ocurre aunque el alma conozca al Amor desde poco tiempo antes: acaso ha caído desde la primera hora a la siguiente ¹³³.

4. Durante la tercera hora innombrable, el Amor enseña cuáles son los asuntos por los se puede morir y vivir en él y revela que no se puede amar sin grandes sufrimientos ¹³⁴.

5. Durante la cuarta hora innombrable, el Amor da a saborear al alma sus juicios secretos, que son más profundos y oscuros que los abismos. Entonces hace saber cuán miserable se es

¹³¹ Estas tres cualidades o tres grados sucesivos de desarrollo en el Amor se tratan respectivamente en las primeras cuatro horas, las cuatro horas siguientes y las últimas cuatro.

¹³² Experiencia mística inicial. Cf. Carta XI.

¹³³ Cf. Carta XI.

¹³⁴ Lección aprendida durante la primera Visión.

sin Amor. No obstante, el alma desconoce la esencia del Amor. Como antes de conocerlo se reciben sus juicios, decimos con razón que ésta es una hora innombrable.

6. Durante la quinta hora innombrable, el Amor seduce al corazón y al alma. La hace elevarse desde sí misma y desde la naturaleza del Amor hasta la naturaleza del Amor. En ese momento el alma pierde su desconcierto ante la fuerza y la oscuridad de los juicios divinos y olvida las penas del Amor. Y no conoce al Amor más que en el Amor. Aunque parece un paso atrás, no lo es. Por eso puede llamarse auténticamente hora innombrable: donde el conocimiento es el más íntimo, también es el más pobre.

7. Durante la sexta hora innombrable, el Amor desprecia a la Razón y todo lo que hay en ella, por encima de ella y por debajo de ella. Cualquier pertenencia de la Razón es contraria a la salud de la verdadera naturaleza del Amor. La Razón, ni puede privar ni añadir nada al Amor. Pues la auténtica Razón de Amor es una marea siempre creciente, desapacible y sin remisión.

8. Durante la séptima hora innombrable, nada puede vivir en el Amor y nada le puede afectar, salvo el deseo, cuyo nombre más secreto es un toque, una fuerza que brota del Amor mismo, pues él renueva continuamente el deseo de sí mismo y el toque en su propia esencia en una marea que le hace absorberse. No obstante, él es completamente perfecto en sí mismo. El Amor puede vivir en todas las cosas. El Amor puede vivir en la caridad, pero la caridad no puede vivir en el Amor ¹³⁵. En el Amor no pueden vivir ni la misericordia, ni la clemencia, ni la humildad, ni la razón, ni el temor, ni la discreción, ni la medida ni otra cosa; pero en todos ellos vive el Amor y todos son nutridos desde el Amor. Pero él no recibe alimento más que de su propia totalidad.

9. Durante la octava hora innombrable, el conocimiento de la naturaleza del Amor es extremadamente sorprendente.

¹³⁵ El Amor es la esencia de la caridad. Ésta se dirige tanto al prójimo como a Dios, y como su «momento» más interior es el amor divino, así vive el Amor en la caridad. La caridad, no obstante, como «actividad», no puede vivir en la Unidad, en la esencia, porque allí no llegan las propiedades.

En la vida cotidiana el rostro suele ser lo primero que vemos, pero en el Amor es lo más secreto. Pues es él mismo en él mismo. El resto de sus miembros y obras pueden conocerse y comprenderse antes.

10. Durante la novena hora innombrable, el alma experimenta que cuando el Amor se agita con la mayor violencia, asalta con mayor ímpetu y toca más profundamente, su rostro es dulcísimo, lleno de paz e infinita amabilidad y actúa con inmensa ternura. Cuanto más profundamente hiere a quien asalta, con mayor dulzura lo absorbe con la dignidad de su rostro.

11. Durante la décima hora innombrable, el Amor no comparece a ningún juicio, pero todo se presenta a juicio ante él. El Amor toma de Dios el poder de enjuiciar a los que ama. No cede ni ante santos, ni hombres, ni ángeles, ni cielo ni tierra. Mantiene sometida en su naturaleza a la Deidad. Llama a todos los corazones de los amantes, en voz alta, sin tregua y sin descanso: ama al Amor. Esa voz es tan ensordecadora, que resuena más terriblemente que el trueno. Su palabra es el lazo con el que ata a sus prisioneros. Es la espada con la que hiere a los que ha tocado. Es el azote con el que castiga a sus hijos. Esta palabra es el magisterio con el que instruye a sus discípulos.

12. Durante la undécima hora innombrable, el Amor mantiene violentamente en su poder a los que ama, de manera que en ningún momento puedan ni su conciencia apartarse de él, ni su corazón desear fuera de él, ni el alma amar al margen de él. El Amor concentra tanto la memoria del amante, que éste no puede pensar en los santos ni en los hombres, ni en el cielo ni en la tierra, ni en sí mismo, ni en Dios, sino sólo en el Amor, que lo ha poseído con su insistente presencia.

13. La duodécima hora innombrable se parece al Amor en su suprema naturaleza. Sólo ahora el Amor escapa de sí mismo y, al escapar, obra consigo, pero siempre vuelve a su esencia y encuentra total satisfacción en su naturaleza. Se contenta a sí mismo: si nadie amara al Amor, su nombre le daría amabilidad suficiente en su propia y noble naturaleza. Su nombre es su esencia dentro de él. Su nombre son sus obras fuera de él. Su nombre es su corona encima de él. Su nombre es su suelo debajo de él.

14. Éstas son las doce horas innombrables del Amor; pues en ninguna de ellas pueden comprender el Amor del Amor sino los que, como he dicho, han sido lanzados al abismo de la poderosa naturaleza del Amor, o los que tienen su destino en él. Estos últimos creen más en ello que lo comprenden.

CARTA XXI

Esta carta trata de una dificultad que debe haberse comentado continuamente en el círculo de Hadewijch (y que dentro de cada itinerario místico es nuevamente actual): cómo soportar la ausencia del Amado, cómo actuar y cómo esperar. La guía de las beguinas cita tres asuntos. El primero es: mantenerse virtuosas, esforzarse en lo concreto. El segundo: conservarse, mientras tanto, desnudo y libre, no buscar satisfacción fuera de Dios. Incluso cuando ella misma, a veces durante largo tiempo, se encuentra sumergida en lamentos, se atreve a decir que el Amado no será insensible a ese sufrimiento: «seguro que no puede contenerse y se da completamente». Cuando el hombre carece del Amado, lo alcanza cortejándolo, sirviéndolo con todas las virtudes. Pero cuando se posee el Amado, se le goza excluyendo cualquier trabajo.

1. Dios sea tu Amor. Amado corazón, únete celosamente a Dios y no te dejes entristecer, sea lo que sea lo que te suceda; pues el tiempo es breve (1 Cor 7,29) y aquí hay mucho que hacer, y la recompensa es grande. Yo no me he quejado mucho y no quiero que te desanimes o te quejes tú, pero dedícate a nuestro Amor y deja que se goce en sí mismo. Sé sabia y esfuérzate por comprender cuáles son las virtudes con las que se alcanza el verdadero Amor. Ten misericordia y no desasistas a nadie en su necesidad. A menudo la gente piensa que si actúa misericordiosamente, pierde sus posesiones, su tranquilidad y todo lo que puede obtener. Por eso elige su propia paz en lugar de la del otro. Pero tú deberías mantenerte tan desnuda y tan carente de satisfacción extraña, que jamás pueda contentarte otra cosa que Dios. Y si no fuera así, sufrirás tantos dolores como una mujer que no puede dar a luz a su hijo.

2. Esto es lo que ocurre con los que aman: no pueden gozar el Amor ni prescindir de él; así que se descomponen y se pudren. Por eso, antes de cortejar al Amado, motivados por su dignidad, se debe actuar hermosa y noblemente, en todas las situaciones y con todo el mundo, con extraños y con iguales, para que la noble

y buena fama que consigamos llegue a sus oídos. Como él es cortés, comprende, y cuando sabe del gran sufrimiento, de la miseria y de los costes que su amada ha soportado en su nombre, seguro que no puede contenerse y se los devuelve con Amor y él mismo se da completamente.

3. Así se corteja al Amado. Mientras se carece de él, se le alcanza por medio del servicio y con todas las virtudes. Pero cuando nos relacionamos con él mismo directamente, todo aquello por lo que se ha servido antes tiene que ser apartado y olvidado. Mientras se sirve para conquistar al Amor, hay que estar dispuesto para el servicio; pero cuando ya se ha sido invitado a amar al Amado con amor, hay que excluir todo lo demás y gozar del Amor con todo el afán del corazón, con la total entrega del ser, y estar preparado para recibir la sabiduría extraordinaria, que sólo puede ganar el alma en el Amor. Con este fin, todas las facultades del alma estarán siempre dispuestas, las venas del ánimo vencidas, la mirada fija en este objetivo y todas las mareas dulces del Amor fluyendo por y entre ellas mismas. Así debe vivir nuestro amor en el Amor ¹³⁶.

CARTA XXII

Este tratado es el más especulativo de los textos de Hadewijch, una detallada especulación sobre las cuatro dimensiones en Dios. Se introduce con el pensamiento de la inefabilidad divina. Quien quiere conocer a Dios como es él, debe perderse a sí mismo y pertenecer a Dios. Es verdad que la Razón iluminada puede mostrar algo de Dios a los sentidos interiores, sobre todo para hacerles maravillarse ante «la naturaleza aterradora y terriblemente dulce de Dios». Hadewijch aplica, a continuación, cuatro sentencias de la Razón iluminada —extraídas, de hecho, de un himno medieval— que comenta a lo largo del tratado:

Dios está por encima de todo, pero no está elevado.

Dios está debajo de todo, pero no oprimido.

Dios está dentro de todo, pero no incluido.

Dios está fuera de todo, pero, no obstante, completamente comprendido.

¹³⁶ Comparar con la carta anterior «La caridad no puede vivir en el Amor» y la nota 135. Aquí Hadewijch puede decir que nuestro amor debe vivir en el Amor, precisamente porque se trata de amar al Amado con exclusividad, dejando fuera toda parcialidad. Compárese también el comienzo de la siguiente carta.

En la parte que desarrolla la tercera expresión, aparece una digresión acerca de cuatro caminos a lo largo de los cuales penetra el hombre: cuatro estados místicos en que puede encontrarse un alma. Cierra el texto una descripción visionaria.

1. El que quiera comprender y conocer a Dios, tal como es en su nombre y en su esencia, debe pertenecerle enteramente, tanto que olvide su propio yo. Pues mientras la caridad no se busca a sí misma (1 Cor 13,5), el Amor sólo tiene ojos para él mismo ¹³⁷. Por eso, el que quiera encontrar a Dios y comprender lo que es en sí, debe perderse.

Quien sabe poco, poco puede decir, dice el sabio Agustín. Es lo que yo hago, Dios lo sabe. Creo y espero mucho de Dios. Pero mi saber sobre él es escaso: apenas puedo descifrar una pequeña parte de su misterio. No se puede dar a conocer a Dios con conceptos humanos, pero el alma que haya recibido el toque de Dios podrá enseñar algo a quien sepa escucharlo con el alma.

2. Gracias a que la Razón iluminada comunica un poco de Dios a los sentidos interiores, éstos pueden saber que él es, prodigiosamente, una naturaleza aterradora y terriblemente dulce de ver y que es todo en todas las cosas (1 Cor 12,6) y en todo íntegramente. Dios está por encima de todo, pero no está elevado. Dios está debajo de todo, pero no oprimido. Dios está dentro de todo, pero no incluido. Dios está fuera de todo, pero, no obstante, completamente comprendido ¹³⁸.

3. Que Dios está por encima de todo pero no elevado quiere decir que él eleva y elevará eternamente su naturaleza desmedida. Pero, como lo que eleva es él mismo, no se eleva y no está elevado. Y como la eternidad divina experimenta sin principio ni

¹³⁷ Compárese Carta XX,8 (la séptima hora): «El Amor es completamente perfecto en sí mismo». Y: «Lo que es Él (Dios) se abrasa solo en su dulce fruición» (Carta I,8).

¹³⁸ La fuente de estas expresiones es un himno medieval, *Alpha et Omega*, atribuido a Petrus Abelardus (ML 178:1818), o al obispo de Tours, Hildebert de Lavardin (ML 171:1411). Una de sus estrofas dice así:

*Super cuncta, subter cuncta;
Extra cuncta, intra cuncta;
Extra cuncta, nec exclusus;
Intra cuncta, nec inclusus;
Super cuncta, nec elatus;
Subter cuncta, nec substratus.*

fin un único goce de vivo Amor, la profundidad de su Ser sin comienzo hace que la altura de su Ser sin fin no la eleve. Su propia naturaleza, terriblemente dulce, la satisface plenamente. La sublime esencia se abisma en la cima de Dios, que queda sin elevar.

4. Por otra parte, como él invita constantemente al hombre a la unión en el gozo de él mismo, éste se siente conmovido por el ímpetu de la tremenda exigencia. Algunos se espantan ante el justo requerimiento y vagan perdidos; otros sienten despertar el orgullo del espíritu, se levantan con una voluntad nueva e inflamada y se elevan a su cima no elevada, que se nos escapa eternamente y nos sobrepasa en la suprema altura.

Y, como nosotros rogamos que llegue su reino, requerimos a nuestra vez la Unidad en las tres Personas. Exigimos su virtud y rica Esencia, enlazándonos con confianza unitiva en el Padre. Exigimos su afecto y su sabia doctrina, queremos su amor para ejercerlo como hermanos suyos ante nuestro Padre y para ser, en el amor y el legado, el mismo hijo que es él (Rom 8,14-17). Exigimos a Dios en su bondad, en su claridad, en su gozo y en su misterio ¹³⁹. Y así llegamos a ser, con el lazo permanente del Amor unitivo, un solo espíritu con Dios (1 Cor 6,17), porque con el Hijo y el Espíritu Santo exigimos al Padre —sí, a las tres Personas con todo lo que son—. De este modo, también por nuestra parte, Dios permanece sin elevar. Pues, al exigir su Reino para nosotros, no podemos elevarlo: sólo él mismo se mueve y, con este movimiento, mueve a todas las criaturas en su ser. De esta manera Dios queda sin elevar, pues él está por encima de todo, pero, al mismo tiempo, llano e igual en todo. Es supremo y no elevado.

5. Dios, cuando eleva consigo mismo al alma que ha abandonado la humanidad terrena (1 Cor 15,47), la atrae a su interior y la goza en su no elevación. ¡Ah, Dios! ¡Qué milagro, cuando, sin elevar, tan gran desigualdad ¹⁴⁰ se convierte en igualdad y se hace uno con él! ¡Ay! No me atrevo a escribir más; siempre

¹³⁹ Estas características representan al Espíritu Santo.

¹⁴⁰ Como entre Dios y la criatura.

debo guardar silencio sobre lo más sublime a causa de mi pequeñez. Por otra parte, casi nadie vive como carencia su no saber nada de Dios. La gente se conforma rápidamente con lo que escucha y, cuando escucha algo que no comprende, duda. De ahí mi tormento: no me atrevo a decir, ni escribir a los hombres lo que vale la pena, o hablarles según el fondo de mi alma.

6. El segundo punto, que Dios está por debajo de todas las cosas y que nada le oprime, significa que la profundidad de su naturaleza eterna sostiene, nutre e incrementa a todas las criaturas con la misma riqueza que es Dios en su riqueza divina. Pero, como la mayor de sus profundidades y la más sublime altura divina están al mismo nivel, Dios está debajo de todas las cosas sin que nada le oprima.

También los hombres le aman en la medida de su suprema altura, que es el Amor, y no en algo inferior; le aman sin comienzo en su naturaleza eterna, donde él dará satisfacción eternamente a todas las almas que deben llegar a ser Dios con Dios. De esta manera, estarán con él debajo de todas las cosas, sosteniéndolas y nutriéndolas. De esta manera, él queda sin oprimir, pues estas almas lo elevan, a cada momento, eternamente, con renovados deseos de amor atrayente e inflamado. Pero nuevamente no me atrevo a seguir adelante, pues nadie sabe cómo Dios es todo en todos.

7. El tercer punto, que Dios está dentro de todas las cosas y no está incluido, significa que él está en el gozo eterno de Sí mismo, en el tenebroso poder del Padre ¹⁴¹ y en las maravillas del Amor de sí mismo ¹⁴² y en el fluido claro y abundante del Espíritu Santo. Dios está también en las tormentas que se levantan en la Unidad y que condenan y bendicen a cada ser como merece. En el interior de la Unidad, él está gozándose en la gloria que él es en sí mismo.

Y en todos los que han sido, son y serán, sea cual sea el estado que les pertenezca, él goza las espléndidas maravillas en toda la

¹⁴¹ En la Carta XVII,2 (cf. nota 119) Hadewijch califica también la Unidad, cuyo principio es el Padre, de oscura.

¹⁴² El Hijo.

plenitud de su gloria ¹⁴³. ¡Ah! Lo que hay allí dentro, menos que antes aún puede ponerse en palabras: los caminos de los extraños no penetran hasta allí.

8. Aunque está en todas las cosas, no está incluido, pues Dios expresa su Unidad en tres Personas y las inclina hacia nosotros sobre cuatro caminos.

En primer lugar, prodiga el tiempo eterno que es él mismo en su Amor inalcanzable, que ningún espíritu puede alcanzar ni comprender, si no es un solo espíritu con él (1 Cor 6,17). Tan completamente prodiga el tiempo eterno, que inspira a los espíritus con su Espíritu y les da todo lo que posee y les es todo lo que es. A los que Dios conduce por este camino, nadie puede seguirlos ni por fuerza ni por maña; sólo aquellos a quienes su sublime Espíritu inspira un solo espíritu con él. Éstos viven con él fuera de todos los caminos comunes. Éste es el primero y más elevado de los cuatro caminos, del que nada se puede explicar con razón, a no ser que se hable de alma inspirada a alma inspirada. Se encuentra allí donde Dios es el camino, más allá de nuestra esencia.

9. Los otros tres caminos por los cuales se inclina hacia nosotros son los siguientes: el primero, que nos ha dado su naturaleza; el segundo, que ha entregado a la muerte su sustancia; el tercero, que ha adecuado el tiempo.

10. Él ha transmitido su Naturaleza a nuestra alma con tres facultades para amar a las tres Personas: al Padre con la Razón iluminada; al sabio Hijo de Dios con la Memoria; al Espíritu Santo con la elevada Voluntad ardiente. Tal es el don que hizo su Naturaleza a la nuestra para amarle.

11. Él ha entregado a la muerte su sustancia, es decir, su Cuerpo sagrado, que cayó en manos de enemigos por amor a sus amigos; también se dio a sí mismo de comer y de beber tantas veces y tan íntimamente como se lo quiera recibir. Pero lo que de él tenemos es menos que una milésima parte en comparación con el mundo entero; mucho menor, en comparación con lo que podríamos tener de Dios, si confiáramos en él y si de verdad qui-

¹⁴³ La preexistencia de las criaturas en Dios.

siéramos tenerlo. ¡Ay, qué hambrientos se quedan ahora tantos hombres!, ¡qué pocos se nutren y beben de él entre los muchos que tienen derecho!

12. Él ha adecuado el tiempo, es decir, espera con extrema-paciencia que decidamos a favor de la vida recta. Vemos sus labios ofrecidos para besar a quien lo quiera y sus brazos extendidos para que se lance a ellos quien quiera ser abrazado. En pocas palabras, Dios se ha inclinado en el tiempo y ofrece todo lo que podemos y queremos recibir de él, todo lo que podemos comprender, según la medida y el modo mismo de nuestros deseos, para estar con nosotros en el gozo y en el Amor.

13. Los que siguen el primer camino —él nos ha dado su Naturaleza— viven aquí como en el cielo: se dedican al Amor sin gran pena y con íntima devoción, placer y delicia; ellos pueden tenerlo sin gran sufrimiento.

Los que siguen el segundo camino —él ha entregado a la muerte su sustancia— viven como en el infierno a causa de las terribles reclamaciones de Dios. Experimentan un sufrimiento atroz; su espíritu comprende la grandeza de la imitación de la entrega que se les pide, pero su razón no puede comprenderla. Por eso se condenan a sí mismos continuamente; todo lo que dicen, realizan u ofrecen como servicio les parece insuficiente y su espíritu no cree poder alcanzar la grandeza. Pero, aunque esto mantiene su corazón apartado de la esperanza, su camino penetra la profundidad de Dios: la gran desesperanza les guía, más allá de todas las murallas y de todos los pasadizos, a todas las ciudades donde reina la verdad.

14. Los que siguen el tercer camino —él ha adecuado el tiempo— viven como en el purgatorio. Arden cada instante en íntimo anhelo porque todo está preparado para ellos: la boca ofrecida, los brazos abiertos y el rico corazón dispuesto. El que Dios se exponga tan poderosamente hace la sima de su alma tan profunda y tan amplia, que nunca puede ser llenada. El que Dios se exponga tan desmedidamente les reclama, segundo a segundo, interiormente, por encima de sus posibilidades. Porque él estrecha con su brazo derecho a todos sus amigos en el cielo y en la tierra, derramando delicias. Y a la izquierda, abraza a los

extraños que, por la voluntad de sus amigos, vendrán a él, con su fe desnuda y pobre, para que se cumpla la unitiva y plena alegría en él, a quien nunca le ha faltado. Por sus buenos y queridos amigos, entrega a los extraños su gloria y les hace a todos amigos de la casa. ¡Ay! Las dulces reclamaciones de Dios y su corazón dispuesto les hacen reclamar a Dios para el gozo. Las ricas maravillas que fluyen de su espléndido corazón les hacen ansiar más allá de la razón y arder sin apagarse. Por eso viven en el purgatorio. Pues, aunque arden sin ser tocados lo suficiente por el fuego —el pleno Amor es un incendio—, arden para conseguir satisfacerle y la verdad del rico, abierto corazón de Dios les comunica que le poseerán totalmente. Con esta confianza vuelan por todas las alturas del Amor. Comen, pero sin poder alimentarse.

Como Dios se ha inclinado a través de estos caminos para que le amemos plenamente como es él dentro de sí, Dios está dentro de todo, pero no está incluido. Siguiendo estos cuatro caminos, se puede llegar a su interioridad más profunda.

15. Hay un quinto camino por el que va la gente común con su fe simple, los que se dirigen hacia Dios con sus servicios externos ¹⁴⁴.

16. Los que entran por el primer camino, el del tiempo, que es Dios mismo con su Poder imperseguible y su incomprensible Amor, penetran en su centro de profundidad en profundidad. Caminan fuera de todas las vías accesibles al pensamiento.

Los que van a Dios por la vía del cielo, comen y son alimentados. De la misma forma que él da su naturaleza, la toman ellos libremente. Viven aquí en el país de la paz.

Los que van hacia Dios por el camino del infierno, comen sin ser alimentados. Pues no pueden creer ni pueden esperar la capacidad de satisfacer al Amor en su ser sustancial ¹⁴⁵. Éstos viven en el país de la deuda, y la Razón corre por todas sus venas

¹⁴⁴ Hadewijch deja de hablar sobre este camino, una clara señal de que esta carta, y las *Cartas* en general, se destinan a un círculo de iniciados, y no a la «gente común».

¹⁴⁵ Antes, en esta misma carta, ha dicho la escritora que Dios (= Jesucristo) «ha entregado a la muerte su sustancia, es decir, su Cuerpo sagrado». Este sacrificio ha acrecentado en mucho la deuda.

exigiéndoles que se eleven a la conformidad con Dios en su autosacrificio y el de todos los amados que se han entregado. No pueden creer lo que sienten. Así les toca Dios en el interior con una furia sin esperanza.

Los que van a la profundidad de Dios por el camino del purgatorio, viven en el país de la ira sagrada. Pues lo que les es dado en confianza, lo digieren rápidamente por la ansiedad de su profundo deseo. Esto hace crecer continuamente la inquietud del alma: en la intimidad de su espíritu saben cómo Dios les sobrepasa. Como Dios posee algo que su alma no goza plenamente, no está satisfecha, y esto provoca su cólera. Algunas almas viven una cólera que todavía es más fuerte, pero no debo hablar acerca de ella.

Ya que con todos estos caminos se adentra uno en Dios, por él mismo, por el cielo, por el infierno y por el purgatorio, Dios no está incluido, aunque está dentro de todo.

17. El cuarto punto es que Dios está fuera de todo, y, sin embargo, completamente comprendido. Él está fuera de todo, pues sólo descansa en la impetuosa naturaleza de sus mareas, altas y poderosas, que discurren alrededor y sobre todo. Esto significan las palabras del Cantar de los Cantares: *Oleum effusum*, etc.: «Como aceite se derrama tu nombre, por eso te aman las jóvenes» (Cant 1,3). ¡Ay, qué sinceramente habla la esposa, qué bien lo comprende y dice de él que su nombre está derramado sobre todos los caminos, para ungir a todos como necesitan y merecen y según el oficio del servicio que Dios les pide!

18. Al derramar su nombre, nos ha dado a conocer en propia persona su Nombre unitario. La marea de su Nombre unitario y eterno se ha vertido con el ímpetu tremendo de las exigencias que las Personas entre sí reclaman, Uno y Trino. El Padre ha derramado su nombre en obras poderosas, en espléndidos dones y verdadera justicia. El Hijo ha derramado su nombre en demostraciones de misericordia ardiente, en enseñanzas verdaderas y en señales tiernas de Amor. El Espíritu Santo ha derramado su nombre en la gran claridad de su espíritu y de su luz, en la gran plenitud de su fluida y buena voluntad y en el júbilo de la alta, dulce confianza por el gozo del Amor.

19. El Padre derramó su nombre y nos dio al Hijo y lo llamó nuevamente a sí mismo. El Padre derramó su nombre y nos envió al Espíritu Santo. El Padre derramó su nombre cuando exigió al Espíritu Santo reintegrarse con todo lo que había inspirado.

20. El Hijo derramó su nombre al venir como Jesús a la tierra; cuando, bajo ese nombre, quiso ungir toda nuestra delgadez y salvar todo lo que quería ser salvado. El Hijo derramó su nombre cuando fue bautizado Jesucristo. Con él nos asignó la oleosa fecundidad cristiana a los que nos llamamos con su nombre; nos nutrimos con su nombre y con su cuerpo; y se nos concedió tomarlo y digerirlo con tanto júbilo, provecho y apetito como queramos. Pero lo que queremos consumir es como la punta de una aguja en comparación con todo el mundo, incluido el mar. Fecundidad incomparablemente mayor saborearíamos y sentiríamos de Dios si lo buscáramos en él con la confianza de los que desean y aman; así disfrutaríamos lo que por derecho podemos experimentar. Los que quisieran reconocer con orgullo el derramamiento de su nombre, serían como las jóvenes del Cantar de los Cantares y lo amarían. El Hijo vertió su nombre en maravillas, cuando, con su muerte, llevó vida y luz al infierno, que está muerto, sin vida. Llevó vida y luz donde no había luz. De allí trajo su nombre a sus amados, a la clara luz y a la plena fecundidad. Su nombre abrasó a los que se quedaron allí con el fuego eterno de la oscura muerte. ¡Ay, qué oscura es esa muerte, donde no se conoce su nombre! El Hijo vertió su nombre cuando dijo: «Padre, ilumíname con la claridad que tenía contigo antes de que existiera el mundo» (Jn 17,5). No porque esa claridad le hubiera faltado ni una sola hora, sino porque cuando ya había atraído a todo y todos hacia él, quiso iluminarlos consigo mismo, como cuando dijo: «Quiero, Padre, que sean uno en nosotros, como tú, Padre, en mí y yo en ti» (Jn 17,21). En ninguna otra palabra que se pueda leer en las Escrituras, Dios nos ha revelado más su Amor. Luego regresó con su nombre, que había derramado con gran abundancia y que reintegró ¹⁴⁶ muy fértil y

¹⁴⁶ En el Padre, como unidad de la naturaleza divina.

multiplicado. Aunque no se le había añadido nada, fue multiplicado. Porque todas las cosas existen en él sin principio ¹⁴⁷, tan grandes y tantas como serán sin fin y, no obstante, se derramaron y multiplicaron con el aceite de su nombre.

21. El Espíritu Santo derramó su nombre, puesto que de él fluyen todos los espíritus santos y los ángeles que reinan allí en la gloria. Los nombres en que están ordenados se llaman coros y se derraman desde ese nombre. Su nombre ha inspirado a los santos espíritus del cielo y de la tierra, a los buenos espíritus que todavía no están santificados, a los que nunca estarán santificados, y a todos los espíritus en particular, o a todos en común, a cada uno en la medida en que es amado. Su nombre inspira a todos los espíritus sabios y a todos los espíritus rápidos y a todos los espíritus fuertes y a todos los espíritus dulces: a todos los inspira. Su nombre está derramado sobre toda la tierra, sobre todos los hombres, para mantener y nutrir a todos en la medida en que son amados.

22. Por eso está Dios fuera de todo (y al mismo tiempo comprendido), pues algo de Dios es todo Dios y porque cada uno tiene de Dios lo que merece, así comprende cada uno completamente a Dios en lo que de él tiene. Y así está completamente comprendido.

Y como la fuerza del Padre llama con tan tremenda voz a la Unidad del gozo en que él se basta a sí mismo, se comprende a Sí mismo completamente a todas horas. Y a cada ser, sea cual sea su nombre. Todo comprende en su propia Unidad y a todo reclama entrar en su propio gozo. También a él lo comprenden los espíritus íntimos de los primeros cuatro caminos anteriores que penetran en él, que quieren ser lo mismo que él en todo lo que es, y que no quieren que les aventaje en nada y pretenden conseguirlo completamente con confianza y con amor y ser completamente lo que él es, nada menos. Estos espíritus íntimos lo comprenden completamente.

¹⁴⁷ El Padre se ha expresado en su propio Hijo y en todas las cosas. En el Hijo están todas las criaturas idealmente (ejemplarismo). Cf. *Introducción*, p.21ss.

Sobre todo comprende a Dios con alta delicia el júbilo por sus maravillas. También el Padre comprende a la Deidad con la justicia del derecho unitario que sólo a él le pertenece ¹⁴⁸. Por eso son sus sentencias profundas y oscuras como los abismos, pero más profundos y misteriosos son la justicia del Padre y el júbilo del Espíritu ¹⁴⁹.

El Padre comprende así la justicia del Hijo y del Espíritu Santo y la justicia en todos los espíritus que ha inspirado con júbilo y con el pleno gozo del Amor. Y es una maravilla que Dios esté allí plenamente comprendido.

Así está Dios con todas las mareas de su nombre fluyendo en todo y alrededor de todo y debajo de todo y encima de todo, y al mismo tiempo comprendido en gozo del Amor.

23. Ahora se han unido las cuatro propiedades de Dios en un solo e íntegro gozo. Esta Integridad se encuentra sentada en un círculo con cuatro animales (Ez 1) ¹⁵⁰. El águila vuela continuamente agitando las alas hacia la altura: igual que Dios, está por encima de todo y no está elevada. El buey está sentado, ocupa el lugar: como Dios, está debajo de todo, pero no oprimido. El león guarda el lugar: como Dios, está dentro de todo, pero no incluido. El hombre contempla el lugar: como Dios, está fuera de todo, pero, al mismo tiempo, comprendido.

El alma íntima con la vocación del águila debe volar por encima de sí misma en Dios, como se lee de los cuatro animales: el cuarto volaba más alto que los otros tres. Así hizo (Juan Evangelista) cuando dijo: «In principio... etc.» (Jn 1,1). El águila mira al sol sin apartar la vista. Así tiene también el alma íntima la mirada clavada en Dios sin volverse ¹⁵¹. El alma íntima debe ser Juan en este coro, es decir, en la relación con Dios en el Amor. Allí no se debe pensar en los santos ni en los hombres, sino solamente en volar en la altura de Dios.

¹⁴⁸ La justicia como atributo del Padre, que es el principio de la Unidad, que reclama y exige y que tiende hacia el gozo de Dios en sí mismo.

¹⁴⁹ ¿Podríamos describirlo aquí así: el Padre como principio, el Espíritu como el que completa la Unidad, el gozo? Por eso se encuentran con su oscuridad.

¹⁵⁰ El final de la carta es una especie de visión.

¹⁵¹ El águila simboliza al alma contemplativa. Cf. GREGORIUS MAGNUS, *Moralia*, 31.47-94 (ML 76:625 CD).

Cuando la cría de águila no puede mirar al sol, el águila la expulsa del nido. De la misma forma, el alma debe expulsar todo lo que pueda oscurecer la claridad de su espíritu. Mientras es águila, el alma sabia no puede descansar, debe volar continuamente en la altura inelevada de Dios.

Los animales iban y volvían (Ez 1,14). Y se fueron y no volvieron. El no volver significa que la altura de Dios no se alcanza nunca completamente; el hecho de volver significa que están y ven en la amplitud y profundidad y en la igualdad de estas cuatro propiedades.

CARTA XXIII

Ésta es la primera de una serie de cartas muy estrechamente vinculadas con el medio de Hadewijch (de la XXIII hasta la XXVI). La serie desvela algo de los problemas con los que ha tenido que luchar en su círculo. En esta primera, se dirige a alguien que ha abandonado el grupo y ahora pertenece a otra comunidad. La escritora previene acerca de las extravagantes prácticas que reinan allí y de los celos. El único punto de apoyo es la confianza absoluta en el Amor.

Sea Dios para ti como es verdaderamente: Dios y Amor al mismo tiempo. Si te pertenece en el Amor, tú misma debes convertirte en Amor y vivir para él. Con esa confianza, entrégate a la verdad, que es él mismo. Vive exclusivamente para el sagrado Amor por puro amor, no por la satisfacción de relacionarte con su Amor mediante tus prácticas, sino para entregarte a las obras que a él le satisfacen. No te deleites con lo que Dios te da, por bello que sea, antes de tener la seguridad de que es eterno. Por el momento, sé prudente allí donde estás, seguramente te será necesario. Sobre todo, te ordeno que te mantengas sabiamente apartada de las frecuentes extravagancias de ese lugar. Evítalas, te gusten o no. Sé, siempre y en todo, humilde, pero no tanto como para aparentar que no tienes luces: estarías faltando a la verdad y a la justicia, cuando debes practicarlas. Te lo digo de verdad, donde tú estás, el que miente para ser humilde, recibe su castigo. Esa gente no se espanta de barbaridades. Cuídate y aprovecha bien tu tiempo y sé fiel y crece con nosotros. Los otros querrían atraerte y separarte de nosotros. Les lastima pro-

fundamente nuestra fidelidad excepcional. No te dejes dominar por nada particular, pero cumple con la autoridad del Amor. Vive el mismo ardor que nosotros y vivamos juntas en el dulce Amor. Vive la vida de Dios y que él viva la tuya y que nosotras vivamos la nuestra mutuamente.

CARTA XXIV

Lo que pone de relieve Hadewijch en esta carta no es nuevo, pero sí coloca ahora los puntos sobre las íes. Subraya una vez más que no puede uno encerrarse en el placer religioso, por el que, probablemente, se apuesta en el ambiente de la persona a quien escribe. Le encarece que nada inferior al Amor puede satisfacerle y que para ello debe tratar de dar satisfacción al Amor. La Razón debe acompañar esta atención críticamente. Acerca de la relación directa entre el alma con el Amor, habla de nuevo en la segunda parte de la carta, pero antes expone un torrente de consejos que guardan relación con el servicio al Amor en múltiples puntos prácticos. La escritora no se muerde la lengua y se expresa como una exigente, pero también, sabia guía. Ella no sólo señala a la destinataria la necesidad de sacrificarse uno mismo radicalmente cuando se trata de necesidades que pueda encontrar, sino que también le dice que no debe avergonzarse de pedir lo que necesite. Después de haber tratado de muchas maneras el servicio del amor, atiende a la experiencia del Amor. Quien se le haya entregado bastante, puede pedir algo. ¿Cómo podría Dios abstenerse?

1. Voy a hablarte sin rodeos: no te dejes maravillar por nada inferior al Amor. Dale tiempo a la Razón, sé siempre consciente de en qué la agravias o satisfaces y no te demores por ningún placer en el que podrías perder tu Razón. Con «tu Razón» quiero decir que mantengas vigilante y lúcido siempre tu entendimiento. Nunca debe parecerte que te esfuerzas demasiado en servir a los pequeños o a los grandes, a los enfermos o a los sanos. Y cuanto más enfermos estén y cuantos menos amigos tengan, con preferencia deberías servirlos. Y soporta siempre con gusto a los extraños¹⁵². Y no contradigas a los que te mientan. Intenta también llevarte bien con todos los que te desprecian, porque te preparan el camino al Amor. No dejes de atender a nadie por resentimiento. Ni evites preguntar por lo que desconoces porque estés resentida o sientas vergüenza, porque estás obligada ante Dios a enterarte de todo lo bueno que puedes

¹⁵² «Los extraños»: véase *Introducción*, p.41.

adquirir con esfuerzo, con preguntas, con estudio, con perseverancia.

2. Y si por tu culpa se perjudica a alguien, no esperes demasiado para aclararlo con él. Lo adeudas a la muerte de Nuestro Señor, a quien puedes satisfacer de esta manera. Por eso, haz lo que mejor y rápidamente pueda devolver la paz a la persona dañada: pedirle disculpas, pronunciar palabras de reconciliación y firmar la paz. No debes dejarlo por resentimiento o por miedo a ser herida o deshonrada, si quieres conquistar a Dios como tu Amado y Esposo. Si no lo hicieras por soberbia, te iría muy mal.

3. No te aficiones a nada tan obsesivamente, que Dios te retire su gracia. No te avergüences ni dejes de hacer donaciones pequeñas o pobres. Que la soberbia no te impida pedir lo que necesitas y te es imprescindible. Tampoco te avergüences de tener hambre o sed o sueño o frío o una fea enfermedad o de haber dicho disparates o de haberte comportado con vileza, porque, al reconocer la vergüenza, se muestra dignidad y carácter; pero es gran presunción ocultarla; y darle más importancia de la que merece es deshonra y mal. Además, para Dios, nuestro Amado, es una falta de sinceridad y una deslealtad impropia, porque la ley de la noble fidelidad y del Amor impone que los amados se descubran mutuamente todo lo que son, de lo alto a lo bajo.

4. También te digo que debes arrepentirte de todo lo que has hecho mal exclusivamente ante Dios, reconociéndolo ante él con tranquilidad y lamentándolo tan conscientemente, que escuche el arrepentimiento y perdone el pecado y conceda la gracia antes incluso de que te decidas a confesarlo ante el sacerdote. Confiesa tu vergüenza en público cuando actúes mal con los hombres. Pero, como acabo de decirte, deja en la confesión, entre Dios y tú, lo que haces mal sólo en tu corazón.

5. Dirige tu mirada hacia Dios simple, exclusiva y puramente, sin tener nunca en cuenta otra cosa ni aceptar consuelo más que en él. Lleva a Dios en tu corazón, piensa continuamente en él, abrázalo con ternura como a tu Amado, con el corazón abierto y perseverante, y ansía constantemente su tierna dulzura y la intimidad de su suave y cariñosa naturaleza.

6. Por eso, cumple con todo y abandónalo todo, a fin de mantenerte exteriormente tan intachable y perfecta como es debido. Prescinde de todo lo que puedas prescindir, y toma de cada cosa exactamente lo que necesitas. Sé tan humilde por fuera, que Dios no tenga nada que decir de ti; y sé entonces interiormente tan libre, que siempre permanezcas anhelante de él, con el corazón indigente y triste. Ruega reiteradamente a su corazón amante y a su fuerte Amor que se te dé para que lo ames y que comprenda lo que significa para un joven corazón su falta, pues él es Dios del Amor y comprende bien la necesidad del amor.

7. Si tú te mantuvieras tan pura como te he dicho, ¿cómo podría Dios, que bien sabe como ocurre en el amor, abstenerse de ti, él, que es tan dulce y cala tan hondo, penetrando completamente en todos los que suspiran por él? Llama sin parar en tu interior a tu afectuoso Amado: «Tú, Todopoderoso, rico en todos los dones, no me dejes, gran Dios, tan pobre de ti». En todo lo que emprendas o hagas, díselo con insistencia, dile que no quieres separarte de tu obra en vano y sin fruto. No busques agradecimiento ni recompensa de ningún servicio, pero, de todas las cosas y en todas las cosas, acéptalo a él mismo con humildad.

8. También debes ver a Dios en todas las criaturas, pero de nadie debes recibirlo sino desde la plenitud de su naturaleza unitaria, a la cual debes dedicarte siempre con amor. Pues su dulce nombre lo hace agradable para los oídos del alma razonable de todos. Y deja penetrar en tu corazón todas las palabras que escuchas sobre él en las Escrituras; las que tú misma lees y las que yo te he dicho o las que alguien te dice en neerlandés o en latín; y procura y esfuérzate por vivir según su dignidad.

Dedícate completamente a lo que te he dicho. Pues aunque a nadie se le puede enseñar el Amor, estas virtudes dirigen al hombre completamente al Amor. Que Dios te ayude a llevarlo a cabo. Amén.

CARTA XXV

Probablemente éste sea un postscriptum a la carta anterior. Este fragmento es particular de por sí, porque proporciona los nombres de tres de las amigas de Hadewijch: Sarah, Emma y Margriet. También nos adelanta alguna noticia de la propia Hadewijch: sus circunstancias personales, su desilusión, su indulgencia, su cálida amistad. Por otra parte, manifiesta la pasión de su vida mística y hace un llamamiento a no dejar de proporcionar un lugar al Amor.

1. Saluda también a Sara de mi parte con el mismo algo y nada que soy yo. Si pudiera significar para ella lo que querría en mi amor, lo haría con gusto; y lo haré completamente, por muchos desaires que me haga. Está claro que ella ha olvidado ahora mi desventura, pero no quiero reprenderla ni reprochárselo, ya que el Amor, que tendría que impulsarla y exigirle y hacerla tratar con su noble Amado, la deja en paz y no la riñe. Bueno, si ahora tiene otras ocupaciones y puede padecer y soportar el sufrimiento de mi corazón, que me deje vagar. No obstante, ella sabe que podría ser fuente de ánimo para mí, tanto en esta vida de desgracias como en el gozo supremo de allí. En éste lo será de todas formas, aunque ahora me deja en la confusión.

2. Y a vosotras, a ti y a Emma, que podéis conseguir de mí más que nadie de los vivos, excepto Sara, que me sois igualmente queridas, os saludo igualmente. Pero también vosotras os dirigís demasiado poco al Amor que tan terriblemente me ha atrapado en transportes de Amor siempre insatisfecho. Ni mi corazón ni mi alma ni mis sentidos encuentran descanso un día, una noche, o un instante; la llama arde a todas horas en la médula de mi alma.

3. Dile a Margriet que evite la soberbia y se vuelva sensata y que trate de alcanzar a Dios cada día impulsándose desde sí misma hacia la perfección, que se prepare para unirse a nosotras donde viviremos juntas, y que no se quede viviendo con los extraños. Sería una gran falta de lealtad si no se nos uniera: ella, que ya está con nosotras, desearía enormemente agradarnos, y nosotras, cuánto deseamos contar con ella...

4. Una vez escuché un sermón en el cual se hablaba sobre San Agustín. En cuanto lo escuché, me sentí tan inflamada inte-

riormente que tuve la impresión de que la llama que sentía dentro de mí hubiera podido abrasar todo lo que hay en la tierra. El Amor es todo.

CARTA XXVI

Es la última carta de la serie escrita en iguales circunstancias, a la misma destinataria y sus compañeras. La carta es un saludo, una incitación a perseverar en la aspiración a ser perfectos en el amor. Se trata de satisfacer a Dios, primero en él mismo y luego en cada una de las personas que él ama y que lo aman, ayudándolas en toda necesidad. Hadewijch sabe incluso demasiado bien que satisfacer a Dios es imposible, pero exige la aspiración a este alto ideal. La separación de Dios y de cada uno debería acrecentar la carencia, y con ella, la diligencia. La carta termina con un lamento personal.

1. En Dios te envío y ofrezco mi saludo y mi cariño completamente fiel. En él te reclamo incesantemente, con verdadero amor, que vivas para la verdad, para la perfección, para darle a Dios justicia, amor y honor. Primero, directamente a él mismo, y luego, a través de los buenos hombres que él ama y que le aman a él. Debes darles todo lo que necesitan, sea cual sea la situación en la que se encuentren.

2. Esto es lo que te exijo hacer siempre, y lo que yo he hecho siempre, desde que vivía con vosotras. Pues es la mejor y la más pura obra ante Dios que conozco. De todas formas, ya te lo indican las Escrituras. Y, sobre todo, sé consciente del único Amor al que amo y pretendo, aunque no puedo satisfacerlo ¹⁵³. ¡Ay!, siente y comprende cuánto me gustaría que también tú lo hicieras. Y siente y saborea cuánto me apena que todavía cometamos la falta de no hacerlo. El hecho de que no podamos gozarnos nosotras mutuamente, ni tampoco gocemos de él, debe aumentar nuestra desgracia y miseria, porque nos falta el Amor. Quiero que vivas para aumentar tu perfección.

3. Pero yo, desventurada, que esto deseo de todas vosotras, que deberíais ser el alivio de mis penas y el consuelo de mi miseria, y paz y dulzura, vagabundeo sola y permanezco lejos de Aquel a quien pertenezco por encima de todo lo que soy y para

¹⁵³ Véase Introducción, p.32ss.

quien me gustaría tanto ser amor perfecto. Y Dios lo sabe, él posee todo en fruición, mientras que yo carezco de todo lo que permitiría a mi alma reposar en él. ¡Ay!, ¿por qué me deja servirlo y gozarle junto a los suyos y me aparta luego de él y de los suyos?

Ve con Dios y vive hermosamente.

CARTA XXVII

Esta carta se inicia con la expresión del deseo de vivir en el verdadero Amor, para alcanzar el conocimiento de la maravillosa naturaleza de Dios. A continuación, se indica cómo la humildad es la única posición correcta frente a la grandeza y profundidad de Dios. El Amor es en sí mismo perfecto. ¡Qué grande es la distancia entre las señales de amor posibles entre los enamorados y la demasiado pequeña carencia que la destinataria experimenta! La tercera parte consiste en una aclaración de lo que son los besos y abrazos del Amado. Aquí se provoca y se reta a la destinataria a que tome conciencia de lo que le falta y a que ame como a Dios le corresponde; de haberlo hecho, se habría sumergido en todas las indecibles maravillas a las que ha aludido la escritora.

1. Dios sea contigo y te dé razón de todos los caminos ocultos donde debes situarte y seguir en verdadero amor. Así te descubrirá también la indecible gran dulzura de su efusiva y dulce naturaleza, que es tan profunda e insondable. Que, por sus maravillas y escondrijos, Dios te haga verte a ti misma en todo lo que todavía te falta. Así podrás llegar al conocimiento del noble Amor que él mismo es, nuestro gran Dios.

2. Acepta todo con humildad y no te envanezcas con nada. Toma conciencia de tu insignificancia y de su grandeza, de tu pequeñez y de su altura, de tu ceguera y de su clara visión, que todo lo traspasa: lo terrenal y lo celestial, los abismos y las profundidades ocultas. En cuanto te das cuenta de la perfección que él es en sí mismo, de cómo se basta completamente a sí mismo en el Amor y en la gloria, y de lo lejos que estás tú de todo lo que los amantes reciben al abrazarse y besarse, al unirse, al confiarse, al tomar y al dar, al saludarse humildemente y acogerse clementemente; y ves, además, que pueden ocultarse muy poco mientras que para ti es todavía un misterio si él te ama o no... ¡Ay!, entonces parece apropiado que te hagas humilde. Pues tú no sabes con qué animarte cuando piensas en la miseria grande

y oscura sobre la que te he hablado y que es tres veces mayor de lo que puedo decirte. Es verdad, te lo confieso: podría decirte más de lo que ahora digo. Pero tú lo echas tan poco de menos que no sabes de qué se trata ni lo que significa la carencia ni qué dulzura poseen los que se aman.

3. Cuando te hablo de los besos del Amado, estoy hablando de la unión con él fuera de todo lo creado y de no aceptar satisfacción fuera de la que se recibe dentro de él en el gozo de la unión. Abrazarse es ser apoyado por él, lo que quiere decir que nos confiamos a él con caridad sincera (2 Cor 6,6).

Esto es abrazar y besar al Amado en cuanto se puede expresar en palabras; pero el sentimiento interior del gozo del Amado, la dulzura que comporta, eso no llegarían a expresarlo perfectamente ni todos juntos los que alguna vez han recibido forma humana. Se podría añadir más, si sirviera para algo. Pero lo dejo. Sin embargo, tendrías en abundancia todas las indecibles maravillas que he mencionado, si te dieras cuenta de lo que te falta, de que no tienes de Dios, que te ha amado, lo que por derecho tendrías, si lo amaras por encima de todo como debería ser —si lo amaras así y si fueras su amada—. Sabiendo lo que eres y lo que es él y que por tu pequeñez tienes que carecer de lo que él es, está claro que necesitas humillarte, y no elevarte. Por estas íntimas razones se debe ser humilde.

CARTA XXVIII

Esta carta es la única en su especie dentro de la colección y resulta difícil de caracterizar. No es una confidencia lírica: es demasiado precisa en palabras y estructura; sin embargo, no se le puede negar riqueza lírica. No es un tratado especulativo: es demasiado abundante en reflexiones y de ritmo demasiado ondulado; a pesar de ello, no carece de la precisión del espíritu especulativo. No es un itinerario místico: no se puede descubrir en ella un progreso sostenido; sin embargo, señala diferentes etapas en el camino hacia Dios. No proporciona dirección espiritual, pero posee verdadera fuerza mistagógica. Es un laberinto precisamente orientado, una embriaguez ingeniosamente dominada, una iluminada y lúcida ebriedad.

1. En la rica claridad del Espíritu Santo celebra el alma bienaventurada deliciosas fiestas. Fiestas de palabras santas, que enlazan en majestad con la santidad de Nuestro Señor. Esas pala-

bras entregan a cada alma que las escucha y comprende en su más profundo interior cuatro cualidades llenas de santidad: ternura, dulzura, alegría y delicias, todo ello de forma verdaderamente espiritual.

2. Cuando Dios proporciona al alma bienaventurada la claridad que le permite contemplarlo en su divinidad, ella lo contempla en su eternidad y en su grandeza y en su sabiduría y en su nobleza y en su manifestación y en su efusión y en su integridad. El alma ve cómo es Dios en su eternidad: Dios, como Deidad, es por su naturaleza. Lo ve en su grandeza: poderoso, con el poder soberano que tiene por naturaleza; en su sabiduría: espléndido con las delicias que tiene por naturaleza; en su nobleza, claro, con la claridad que tiene por naturaleza; en su presencia manifiesta: dulce, con la dulzura que tiene por naturaleza; en su efusión: abundante, con la riqueza que tiene por naturaleza; en su integridad: frutivo, con la felicidad que es por naturaleza. En todo esto, el alma contempla a Dios como en una sola persona y, al mismo tiempo, en la plural riqueza divina.

3. Mientras experimenta la contemplación, el alma tiene que permanecer con el corazón en reposo, sea cual sea su situación exterior.

Estas cosas cuenta el alma dulce que, con amor, con gran desalabro, pero confiando en él, ha esperado a su Señor. El ha iluminado su corazón, y ella ha entrado en la claridad que le ha desvelado la más completa manifestación de Dios. Por eso el alma habla como en una fiesta y dice en éxtasis: «¿Qué hay para mí más que Dios? Dios es para mí presencia, Dios es para mí efusión, Dios es para mí totalidad. En el Hijo, me manifiesta su presencia dulcemente. En el Espíritu Santo, Dios es para mí efusión en abundancia. En el Padre, Dios es para mí totalidad deliciosamente. Así Dios es para mí en tres Personas un solo Señor y un solo Señor, en tres Personas y con las tres Personas se ha dirigido hacia mi alma con la pluralidad de su riqueza divina».

4. Y añade a continuación: «Al alma que camina con Dios en su presencia manifiesta, le gusta hablar sobre su ternura, sobre su dulzura y sobre su grandeza. Al alma que prosigue con Dios en su efusión, le gusta hablar sobre su amor, sus delicias y su nobleza.

Al alma que aún camina más allá con Dios en su totalidad, le gusta hablar sobre la riqueza celestial, la alegría celestial y la felicidad celestial. El alma bienaventurada que camina en Dios con todo ello y que camina con Dios en todo esto conoce todo tipo de gracias y es maestra y se deleita con tantas delicias como Dios mismo en su riqueza divina, como él, que es Señor eterno, que es todo lo bueno y es Dios, y ha creado todas las cosas».

5. «Dios es grandeza, poder soberano y sabiduría. Dios es bondad, presencia manifiesta y dulzura. Dios es sutileza, nobleza y felicidad. Dios es alto en su grandeza y completo en su poder soberano y delicioso en su sabiduría. Dios es maravilla en su bondad, totalidad en su presencia manifiesta y alegría en su dulzura. Dios es veraz en su sutileza, dichoso en su nobleza y rebotante en su felicidad. Así es Dios consigo mismo en las tres Personas, en la multiforme riqueza divina. Dios es deliciosa beatitud y se sostiene poderosamente en su maravillosa y sublime riqueza».

6. La delicadeza divina hace brotar deliciosamente del alma estas palabras. Y ¿qué es esa delicadeza divina? Es la esencia que es la divinidad en su unidad, la unidad en la totalidad, la totalidad en la presencia, la presencia en la gloria, la gloria en el gozo y el gozo en la eternidad. Todas las gracias de Dios son delicadas. Pero el que comprende de qué manera es esto en Dios y en el trono de los tronos y en la riqueza del cielo, posee la delicadeza de todo tipo de gracias. Quien quiere hablar de ello, debe hacerlo con el alma.

7. Dios permanece deliciosamente en el centro de su gloria. Se encuentra allí en sí mismo ¹⁵⁴, inefable de bondad y de riqueza y de maravillas ¹⁵⁵. Dios se expresa dentro de sí mismo ¹⁵⁶ con plena delicia para deleite de sus criaturas. Como Dios es así, el cielo y la tierra están llenos de él, para quien sea tan espiritual que pueda conocerlo.

¹⁵⁴ En el Padre.

¹⁵⁵ En la Unidad están comprendidas las riquezas y las maravillas. Cuando Dios se comunica con el hombre, y deja que fluyan todas ellas, la bondad y la riqueza refieren al Espíritu Santo.

¹⁵⁶ En el Hijo.

8. Un alma bienaventurada miró a Dios con Dios; y lo vio íntegro y efusivo ¹⁵⁷. Y lo vio fluyendo en su integridad, e íntegro en su fluidez y ella habló con integridad propia y dijo: «Dios es un gran Señor en la eternidad, y posee en su Deidad lo que es en las tres Personas. En su poder soberano es el Padre; en su cognoscibilidad es el Hijo; en su gloria es el Espíritu Santo. Dios da en el Padre, revela en el Hijo y hace saborear en el Espíritu Santo. Dios obra con el Padre soberanamente, con el Hijo cognosciblemente y con el Espíritu Santo sutilmente. Así obra Dios en las tres personas como un solo Señor, y en un solo Señor como tres Personas, y en las tres Personas obra con la multiforme riqueza divina, y con la multiforme riqueza divina obra en las almas afortunadas, que ha dirigido al interior del secreto paterno, y a todas las hace bienaventuradas».

9. Entre Dios y el alma bienaventurada que se ha vuelto Dios con Dios existe una caridad espiritual. Cuando Dios la revela en el alma, surge en ella una tierna amistad. Quiero decir que el alma experimenta en sí misma qué gran amigo suyo es Dios antes de todo sufrimiento, durante todo el sufrimiento y por encima de todo sufrimiento, y más aún, por encima de toda desconfianza, incluso si se refiere a la fidelidad del Padre. De esta tierna amistad nace una gran confianza. De esta gran confianza, una verdadera dulzura. De esta verdadera dulzura, una auténtica alegría. En esta alegría veraz, una claridad divina. Así ve el alma sin ver, con los ojos del entendimiento. Ella ve una verdad esencial, efusiva e íntegra, que es Dios mismo en la eternidad. Allí queda detenida el alma, y Dios da y ella recibe. Las verdades, gracias, ternuras y maravillas que entonces recibe no pueden comunicarse a nadie. Y ella tiene que guardar silencio en la libertad de esa delicia. Lo que Dios le comunica acerca de altas maravillas espirituales, sólo lo saben Dios, que lo da, y el alma, que es como Dios, espiritual por encima de todo lo espiritual.

10. Alguien en Dios dijo: «Mi alma está completamente desgarrada por la fuerza de la eternidad y fundida por la amistad paterna y derramada por la grandeza de Dios. Su grandeza no

¹⁵⁷ Vio a Dios tanto en la Unidad de su Esencia como en sus manifestaciones.

tiene medida. Y el corazón de mi corazón es una rica riqueza, que es Dios y Señor en su eternidad».

11. Un alma en la amistad de Dios dijo: «He oído la voz del deleite, he visto el país de la claridad, y he saboreado el fruto de la beatitud. Desde que lo hice, todos los sentidos de mi alma han aspirado a elevadas maravillas espirituales y toda mi oración está envuelta por una dulce confianza, que es Dios mismo en su verdadera verdad. Por eso estoy desmedidamente gozosa con el mismo deleite que Dios en su divinidad».

12. Dios fluye santamente sobre todos los santos en su propia paternidad. Y es manantial de nueva riqueza llena de gloria para sus hijos predilectos. Dios es como es, por eso puede dar hoy, mañana y siempre nuevas riquezas de las cuales nadie ha oído nunca, aparte de las tres Personas, que lo oyen de él mismo en su Eternidad.

Dios está en sus Personas y está en sus propiedades. En sus propiedades, resulta que Dios está por encima de todo ilimitadamente y está debajo de todo ilimitadamente y alrededor de todo ilimitadamente. Y en medio de las Personas Dios está llenando todas sus propiedades con riqueza divina. Así, mediante las Personas, está Dios consigo mismo en la Pluralidad de la riqueza divina. Algo de Dios es Dios y por eso pone en movimiento en sus dones más pequeños todas sus propiedades ¹⁵⁸. Sí, algo de Dios es Dios mismo: Él es en sí mismo.

Las riquezas de Dios son innumerables y Dios es innumerable en su Unidad y simple en lo innumerable. Como Dios es así, todos sus hijos viven con gozo, unos más que otros, pero todos gozosos.

13. El alma bienaventurada se expresa con amor acerca de la sabiduría espiritual y dice la verdad sobre asuntos elevados, se expresa con riqueza acerca del poder divino. Pues Dios le da amor, verdad y riqueza de la plenitud de su divinidad. Es que Dios da tanto amor como entendimiento, tanta verdad como evidencia y tanta riqueza como fruición.

¹⁵⁸ En todas sus obras está Dios completamente presente.

14. Un alma en la presencia de Dios dijo: «Hay un solo Dios de todos los cielos; y los cielos están abiertos y las propiedades de este gran Dios iluminan los corazones de sus íntimos con ternura, con dulzura y con alegría. Luego, el alma bienaventurada es dirigida a una embriaguez espiritual ¹⁵⁹, en la cual debe jugar y comportarse según la dulzura que siente interiormente. Nadie le hace reproches por eso. Ella es el Hijo de Dios y es gozo».

15. Mi alma proclama más gozosa a otra alma. Es dirigida a través de un silencio alegre por la nobleza y por la caridad y por la elevación. En ese alegre silencio escucha un gran murmullo sobre la maravilla que Dios mismo es en su eternidad. Ambas almas son hijos de Dios y están colmadas ya en esta vida.

Si alguien llega tan lejos en Dios que posee amor y actúa con comprensión, la mayor parte del tiempo está satisfecho con el mismo deleite que es Dios. ¿Por qué? En cuanto puede ver con sabiduría, ama con amor y, en tanto puede amar con amor, ve con sabiduría. A menudo opera con sabiduría y con amor en la riqueza de Dios. Y esto es un elevado gozo. Quien ha andado con Dios tanto tiempo que comprende sus maravillas, es decir, como es Dios en su divinidad, a menudo resulta, para los piadosos que no conocen esta intimidad, ateo por divinización, inconstante por constancia e ignorante por sabiduría.

16. Vi a Dios como Dios y al hombre como hombre. Y no me asombró que Dios fuera Dios y que el hombre fuera el hombre. Luego vi a Dios como hombre y vi al hombre divino. No me asombré de que el hombre estuviera colmado con Dios. Vi cómo Dios le dio el sentido del sufrimiento al hombre de mayor nobleza y cómo le quitó el sentido en el sufrimiento. Al quitárselo, lo sustituyó por el más perspicaz de los sentidos. Cuando todo ello vi, encontré consuelo con Dios a todo sufrimiento.

17. Un alma en la riqueza de Dios habló del modo siguiente: «Sabiduría divina y perfecta humildad, eso es gran deleite en

¹⁵⁹ Término místico-espiritual que expresa una alegría que no se puede ocultar al experimentar las dulces gracias del Señor. La imagen está bastante difundida. Véase, entre otros, GREGORIO DE NISA, *Vida de Moisés*; GUILLERMO DE ST.-THIERRY, *Expositio super Cantica Canticorum*, 117 (SC 82:254). También RUUSBROEC utilizará la imagen en sus *Bodas espirituales*.

la claridad del Padre, alta perfección en la verdad del Hijo, gran juego en la dulzura del Espíritu Santo». Desde que la santidad de Dios me hizo callar, he escuchado mucho. ¿Por qué lo he callado? Me pareció que había motivos para guardármelo. Tanto antes como después de oírlo, me lo callaba todo. Me callo y descanso en Dios hasta el momento en que Dios me manda u ordena hablar. He integrado todo lo que estaba dividido en mí misma y me he apropiado de mi totalidad. He hecho que todo lo mío se conserve en Dios, hasta el momento en que alguien con conocimientos particulares viene y me pregunta lo que tengo que decir. Y en ese momento siento con Dios en Dios que me voy separando de él a medida que tengo que hablar, y por eso permanezco tranquilamente en silencio.

18. Dijo un alma en la libertad de Dios: «Comprendí toda división o distinción dentro de un todo. Entonces me quedé para deleitarme en el palacio del Señor y dejé a los servidores hacerse cargo del reino. ¡Ay! En ese momento se integraron todas las regiones de los diferentes países en el País. Lo llamaba el tiempo del gozo. Allí quedé de pie sobre todo y en el centro de todo y pude mirar por encima de todo en la gloria sin fin».

CARTA XXIX

Ésta es la confesión más personal de Hadewijch sobre su propio camino espiritual, del cual se revelan todo tipo de circunstancias concretas hasta su mística profundidad. Precisamente a causa de esto último, no llegamos a saber mucho acerca de las vicisitudes externas que dieron motivo a la carta, únicamente que son negativas y que la amiga (probablemente la misma de las Cartas XXV y XXVI) se entristece por la suerte de Hadewijch. Si bien la escritora se siente afectada por esta simpatía, la guía espiritual que hay en ella pide a la otra que aparte de sí esta tristeza, como amargura «extraña». Propone, sin sobrevalorarse, su propio camino como ejemplo. Pero concluye: Todo lo que ella posee en su ser eterno, en Dios, no lo posee todavía en el goce en el interior de su propio ser. Con Cristo debe padecer el hombre, hasta que el Amor llegue a sí mismo, donde encuentra semejanza en el hombre y se hace uno con él.

1. Dios sea contigo y te dé consuelo con el verdadero consuelo de él mismo, en el cual se satisface y satisface a todas las criaturas según su ser y sus méritos. ¡Ay!, dulce niña, tu tristeza me duele, y tu nostalgia y tu pena. Y por eso insisto en rogarte,

te exijo, te aconsejo y te ordeno, como una madre a su querido hijo —a quien quiere y para quien desea el honor supremo y la dignidad más dulce del Amor—, que te apartes de todas las penas extrañas y que te entristezcas por mí lo menos posible, aunque vaya errante por el país o sea arrojada en prisión: cualquier cosa que me ocurra es la obra del Amor. Además, sé que no soy para ti causa de tristeza impropia, que me tienes mucho cariño, que soy de tus íntimos y a quien más quieres después de Sara. Sé que no puedes dejar de afligirte por lo que me ocurre, pero comprende bien, hija querida, que, a pesar de todo, es pena extraña; date cuenta: si tú, de verdad y con todo tu corazón, crees que Dios me ama y realiza en mí sus obras, secreta y públicamente, y que renueva en mí sus antiguas maravillas (Ecl 36,6), puedes deducir que eso es obra del Amor y que es normal que los extraños¹⁶⁰ se sorprendan y se asusten de mí. Pues ellos no pueden obrar donde se encuentra el Amor, porque desconocen sus idas y venidas. Además, yo he compartido poco las costumbres de la gente y sus preferencias en el comer, beber o dormir; no me he ataviado con sus ropas ni con sus colores ni con sus alhajas. Y tampoco he recibido nada de todo lo que puede alegrar al corazón humano, salvo de vez en cuando, unas pocas veces, la experiencia del Amor que todo lo supera.

2. Es que, desde la primera mirada, desde que despertó mi Razón iluminada, que siempre —desde que Dios brilló en ella— me ha iluminado en todo lo que nos faltaba a mí y a los demás para la perfección, me enseñó y me dirigió hacia donde disfrutaría el gozo de la unión con mi Amado, según la nobleza del ascenso. El lugar de Amor que me indicaba la Razón iluminada, estaba tan por encima del entendimiento humano que comprendí que no debía disfrutar nunca más de alegría ni pena, grande o pequeña, salvo de la de ser criatura humana y poder experimentar el deseo del Amor en mi corazón, y comprendí también que Dios es tan grande que yo, en mi humanidad, puedo tocarle pero jamás gozarlo en su Deidad.

¹⁶⁰ Los extraños: véase *Introducción*, p.41.

El deseo insaciable de disfrutarlo que el Amor me ha dado siempre me ha vulnerado y herido en el pecho y en el corazón: *in armariolo et in antisma*¹⁶¹. *Armariolo* es el más interior de los espíritus vitales, el que tiene mayor sensibilidad y mayor afán, y *antisma* es lo más interior del espíritu, con lo que se vive, y que es más sensible a medida que crece el afán del amor.

3. No obstante, he servido a los hombres en todo lo que he podido. Y me han encontrado provista de virtudes para cubrir todas sus necesidades, hecho conocido en contra de mi voluntad. En todo he estado con ellos: desde que Dios me tocó con la totalidad de su Amor, he intuido la necesidad de cada cual como era. Con su caridad sentía y proporcionaba afecto a cada uno en la medida que lo necesitaba. Con su sabiduría experimenté su misericordia y comprendí por qué se debe perdonar a la gente tantas cosas; y cómo caen y se levantan; y cómo Dios da y retira (Job 1,21); y cómo golpea y cómo sana (Job 5,18); y cómo, en todo esto, se da a sí mismo de puro fervor. Con su sublimidad sentí los fallos de todos aquellos de quienes he escuchado y a quienes he visto. Y desde entonces he dictado, con Dios y desde lo más profundo de su verdad, todas las justas sentencias que nos conciernen a todos nosotros, seamos quien seamos. Desde entonces, con su Amor unitario, he experimentado la venturosa pérdida de mí misma en el gozo del Amor o los sufrimientos por la falta de este gozo, y en todo he intuido cuáles son los caminos del verdadero Amor y cómo actúa en Dios y en todos los hombres.

4. Yo he vivido todos estos estados en el Amor y he tratado con justicia a los hombres, por más que me hayan faltado. Pero aunque lo tenga todo en el Amor, en mi ser eterno¹⁶², mi propio ser no lo ha alcanzado todavía en el gozo del Amor. Soy el hombre que debe sufrir con Cristo en amor hasta la muerte. Pues por verdadero Amor hay que sufrir afrenta entre los extraños, hasta que el Amor venga a sí mismo y crezca en nosotros por nuestras virtudes, cuando se vuelva uno con los hombres.

¹⁶¹ La fuente y significado de este verso es desconocida.

¹⁶² Ejemplarismo.

CARTA XXX

Esta carta suena a lección. Carece de destinatario y saludo. Todo se plantea en primera persona plural: la autora se identifica con cada una de las personas a quienes se dirige la carta. Presenta directamente el tema de que se trata: quien es llamado al servicio de Dios, debe vivir para saldar la deuda que el Amor le reclama: aspirar a la completa perfección como corresponde a la dignidad del Amor. Inmediatamente se introduce el tema secundario que se desarrollará al final de la carta: olvidamos demasiado fácilmente aspirar a esa perfección para vivir persiguiendo únicamente nuestras inclinaciones. La deuda que el Amor reclama al hombre es reflejo y consecuencia de la exigencia y reclamación en la Deidad. El Padre, como principio sin principio de la Trinidad, mantiene y reclama a las Personas dentro de la Unidad. El Hijo y el Espíritu Santo, que manan en el momento trinitario, vuelven también a la Unidad, exigen del Padre, por así decirlo, la Unidad. Las obras de Dios se relacionan con estas reclamaciones internas de la Deidad. En la carta se aclara además cómo nuestra vida responde y debe responder a la Trinidad. Por último, se deja ver qué grande es el peligro de engañarse uno mismo y de caer en prácticas que perjudican el perfeccionamiento de la vida espiritual.

1. Dios, que siempre ha sido y será el fundamento del verdadero Amor y de la perfecta fidelidad, es para nosotros la garantía perfecta del más perfecto Amor, con el que se ama a sí mismo en sí mismo y con el que ama a todos sus amigos, para que lo amen con perfecta perfección. A esta perfección deberían estar encaminados los que ha llamado, elegido y marcado con la insignia de su servicio. Ellos podrían realizar grandes obras y progresar mucho si fueran lo que aparentan y lo que deben ser por la justa deuda de la perfecta fidelidad y del verdadero Amor.

2. El que ama emprende grandes obras y no escatima esfuerzos, ni se abate ante ninguna contrariedad, ni bajo ninguna tempestad que pueda sobrevenirle; por el contrario, contrariedad y tempestad lo renuevan y rejuvenecen siempre; lo mismo que todas las cosas, pequeñas y grandes, ligeras y pesadas, con las que puede conseguir alguna virtud agradable al Amor.

3. ¡Lástima! Hoy por hoy, casi nadie quiere vivir como corresponde al noble Amor, sino conforme a su propia comodidad ¹⁶³. Se quiere tener mucho del Amor, pero vivir poco según

¹⁶³ La Carta XXX refleja en cierto sentido a la Carta VI. En ambas cartas se trata de la semejanza del hombre con Dios, con Cristo en la Carta VI, con la Santa Trinidad en la Carta XXX. En ambas se considera «lamentable» que «hoy día» haya tanto amor propio que se dificulta el avance.

su nobleza. Somos débiles para soportar, pero esforzados en el placer. En cuanto encontramos pequeñas molestias, guardamos al Amor y olvidamos la dedicación que le debemos. De esta manera, demostramos cuán insignificantes somos, porque a todas horas nuestra vida debe contentar al Amor. Debemos estar perdidos, o en dulzuras de Amor, o en grandes y atormentadoras penas que lo contenten u honren.

4. La más noble vida y el más rápido crecimiento se obtienen con la pérdida de uno mismo y con el ir consumiéndose en penas por el Amor. Menos altura se alcanza con la experiencia de la dulzura, pues le resultamos fáciles de vencer, y así debilita la fuerza de nuestro deseo. A algunos les parece tan grande lo que experimentan, que no pueden reconocer la grandeza y el verdadero Ser del Amor. Pues en cuanto el corazón y los bajos sentidos, que rápidamente se sienten satisfechos, son tocados como desean, creen encontrarse en el mayor de los cielos. En estos placeres, olvidan la gran deuda que a cada momento nace de la exigencia que el Amor impone al Amor ¹⁶⁴.

5. Hablo de la reclamación que el Padre, en gozo eterno de la Unidad, hace al Hijo y al Espíritu Santo, y de la que el Hijo y el Espíritu Santo, en el gozo de la Santa Trinidad, reclaman del Padre. Esa reclamación es eternamente nueva y se trata de un solo tener y un solo Ser. De ella y de la obligación de satisfacer la exigencia de la Unidad paterna, nace la justicia de cualquier sentencia. Por la exigencia que la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo realizan al poder paterno en la Trinidad, fue creado el hombre. Pero como el hombre no respondió a la reclamación de la Unidad, cayó. Como la Trinidad formulaba su reclamación, nació el Hijo de Dios, y murió para saldar la deuda con la Unidad. Resucitó por la reclamación de la Trinidad y, para cubrir la deuda con la Unidad, ascendió hasta su Padre.

6. Ésta es nuestra situación. Cuando la Trinidad nos reclama saldar la deuda, se nos da la gracia para vivir con dignidad acorde a su propia nobleza.

¹⁶⁴ La deuda que, dentro de la Unidad misma, exige la unidad de la trinidad y la trinidad de la unidad. Y también que Dios exige del alma amante.

7. Pero cuando con voluntad profana le ponemos obstáculos y caemos desde la unión a nuestro propio gusto, no alcanzamos la madurez ni progresamos en la perfección, que se nos pide desde el principio en pago de nuestra deuda con la Unidad y la Trinidad. Sin embargo, si la noble Razón del hombre razonable quisiera aceptar su digno compromiso y seguir las indicaciones que le pondría el Amor en el camino a su país, o si la Razón quisiera seguir al Amor como éste merece, el hombre sería capaz de alcanzar esa grandeza y ser rico en Dios con la riqueza divina.

8. Quien quiere vestirse y ser rico y uno con la Deidad, tiene que adornarse con todas las virtudes, sí, con todas esas virtudes con las que Dios se vistió y se adornó a sí mismo a lo largo de su vida en la tierra. Y por eso debemos empezar por la humildad, pues él empezó por ella: permaneció privado de todo consuelo extraño, sin aprovecharse ni de sus virtudes ni de sus obras ni de su poder, cualidades estas que le elevan por encima de todas las criaturas. Él no se elevó hasta que lo hizo la llamada tremenda y admirable de la Unidad. Ahora nosotros vivimos en la tierra con la exigencia del Amor, que nos reclama actuar de acuerdo con la Santa Trinidad. Por eso debemos entregarnos a nosotros mismos al Amor y hacerlo con todo celo y sin exigir otra cosa que su Unidad. Tenemos que vivir para agradar al Amor, que siempre ha reclamado la Unidad y que ha adornado la sumisa humildad con justas obras, y vivir conforme a la constante exigencia de virtud que realiza la Santa Trinidad, que siempre exige que se le agrade con virtudes perfectas, que nos hacen crecer y nos hacen perfectos aquí abajo. Tal es nuestra vida trina y una.

9. Hay tres cosas que nos hacen vivir para el Amor, en la tierra según la Trinidad y en el cielo en Unidad. La primera es desear el Amor, con la guía de la Razón, aquí en la tierra y desear satisfacerlo con puras obras de perfección, querer ser inmaculados y dignos de toda perfección. Así es como se vive al Hijo de Dios.

10. La segunda es querer desposar la voluntad del Amor continuamente con renovado celo; obrar virtuosamente con un deseo incontenible; iluminar a todas las criaturas según su naturaleza y la nobleza que se le reconoce, pequeña o grande, de ma-

nera que se cumpla, en el amor y por su honor, la pura voluntad de Dios. Así es como se vive al Espíritu Santo.

11. La tercera es permanecer atado, con una dulce violencia de dedicación continua y con alegre e invencible fuerza para enfrentarse a este gran Ser, para crecer apasionadamente como amada en el Amado en todas las circunstancias: trabajar con las manos del Bienamado; caminar con sus pies; escuchar también con sus oídos, donde la voz de la Deidad no deja de hablar; hablar por boca del Amado de acuerdo con toda la verdad, aconsejar, hablar de justicia, de puro dulzor, consolar a cada uno según su necesidad, advertir contra el mal; aparecer con el Amado sin adorno y sin elegancia, no vivir para ningún otro sino por el Amado amorosamente, como el amado en el Amado con una sola conducta, un solo espíritu, un solo corazón, y saborear hasta el fondo en el otro la suavidad indecible que es el fruto de sus dolores. ¡Ah! Sí, sentir únicamente de corazón a corazón, con un solo corazón y un solo amor suave, gozar, habitando el uno del otro, de un único maduro amor, sabiendo sin sombra de duda, con total certidumbre, que se está íntegramente en el Amor unitario. Viviendo así, se vive el Padre.

12. De esta forma, se cumple aquí en la tierra la deuda que reclama la Trinidad y que ella siempre ha reclamado de la Unidad sin principio. Ciertamente, quienes viven así para el Amor, experimentan suficientes hermosos progresos en su Amado con su Amado. Pero ¿qué ocurre cuando los que avanzan completamente hacia la Unidad se elevan y no regresan y se quedan en la altura y se unifican allí donde se ha manifestado, primero, la gran luz, el claro relámpago, y, después, ha resonado el poderoso trueno?

13. El relámpago es la luz del Amor que se muestra en un guiño y da dones de gracia suficientes para mostrar quién es y cómo puede tomar y dar por medio de un abrazo afectuoso, con dulces besos y tiernos sentimientos a través de los cuales el propio Amor dice: «Soy yo quien te tiene abrazado. Soy yo. Yo te soy todo. Te doy todo». Pero entonces le sigue el trueno. El trueno es la terrible voz de la amenaza y es el final de la gracia y es la Razón iluminada, que nos muestra la verdad y la deuda y la in-

madurez y qué insignificantes somos nosotros y lo inmenso que es el Amor.

Pero cuando alguien se unifica por encima de los múltiples dones de la gracia, se transforma en todo lo que es el Amor. Sólo desde ese momento tiene la Unidad lo que ha reclamado y empieza de verdad la exigencia. Sólo entonces la Trinidad, que había retenido la Unidad hasta ese momento, nos deja disfrutar de ella. A partir de entonces reclaman y cumplen las tres Personas para siempre, y cada vez con mayor fuerza, ese su Ser unitario en una sola voluntad, en un solo tener, en un solo gozo.

14. Cómo es esto, no me atrevo a continuar diciéndolo; pues estoy demasiado inmadura y mi amor es demasiado pequeño.

Si a mí y a otros que tampoco la tienen nos falta más vida en la Unidad es porque confundimos la verdad. Empezamos hermosamente, realizamos algunas pequeñas obras y queremos apoyarnos y confiar en lo que ya hemos hecho. Queremos librarnos de una larga espera y ser recompensados por nuestras buenas obras, olvidando demasiado rápido la deuda con el Amor. Tomamos nuestras obras por buenas; por eso se vuelven vanas. Somos conscientes de nuestra miseria; por eso no encontramos en ella a nuestro Amado. Consideramos grandes nuestras cargas; por eso no encontramos en ellas la rica posada de consuelo y dulce reposo, donde el Amado recibe a su amante, que viene a visitarle después de haber vivido grandes aventuras. Queremos que se conozca nuestra virtud; por eso no se nos destinan las vestiduras para la boda (Mt 22,11). Ejercemos la caridad por afecto, no por necesidad; por eso no contamos con su amplia fuerza. Nuestra humildad está en nuestra voz, en el rostro, en la apariencia, pero no porque reconozcamos plenamente la grandeza de Dios ni nuestra pequeñez. Por eso no llevamos como una madre al Hijo de Dios, ni lo amamantamos con ejercicios de amor. Tenemos demasiada voluntad propia, y deseamos demasiado el descanso y buscamos demasiado nuestra comodidad y nuestra paz. Nos cansamos, nos apenamos y entristecemos demasiado rápidamente. Buscamos demasiado consuelo de Dios y de los hombres. No queremos soportar contrariedades. Queremos saber demasiado bien lo que nos falta y nos preocupamos

extremadamente por conseguirlo, en lugar de tener paciencia. Nos hiere que nos desprecien o que desconfíen de algo nuestro que viene de Dios, o que nos roben el descanso, el honor, los amigos. Queremos estar llenos de Dios en la Iglesia, pero dentro de nuestra casa o en otros lugares queremos saber exactamente lo que nos sirve o nos perjudica. Y allí encontramos tiempo para estar con nuestros amigos conversando, relacionándonos, peleando y reconciliándonos. Queremos adquirir buena fama con pequeños servicios de amor y nos preocupamos por el cuidado de la ropa, por platos escogidos, cosas bellas, diversiones mundanas, que nadie necesita de verdad. Nadie debe distraerse para huir de Dios, él viene con renovada fuerza a cada hora. Cuando desfallezcamos por nuestra propia debilidad, riámonos de nuestro mal. Saber hacerlo es muestra de entendimiento y nos reporta más ventajas. Pero como alimentamos demasiado rápidamente nuestra debilidad y la acomodamos con consuelos baratos, engañándonos y olvidando la sabiduría celestial, no salimos con los caballeros de Dios y no recibimos de él ni sustento ni consuelo ni alimento. Porque nosotros abandonamos a Dios, no él a nosotros. Y como nosotros no entregamos todo al Amor, no llevamos su corona ni somos por él elevados ni recompensados.

15. Ésa es la razón de que nos sintamos estorbados en todos los sentidos y de que nos hallemos privados de justa lealtad y Amor. Además, como hay tantas de esas debilidades en nosotros, seguimos siendo inmaduros en la vida espiritual e imperfectos en todas las virtudes. Por esa razón nadie puede ayudar a otros. ¡Ay, pobre, qué grave es esto para nosotras! Que Dios crezca en todas nosotras y nos dé vivir tan perfectamente que podamos satisfacer a la Trinidad y participar en la Unidad de la Divinidad. Amén.

CARTA XXXI

La última carta de la colección —que quizás recopiló la propia escritora— hace aparecer de nuevo el motivo central de su doctrina espiritual: satisfacer a Dios por el amor. Haciendo referencia a lo que se le había comunicado en una visión, da a entender que su autoridad se basa en Dios, que desea la plena entrega en total con-

fianza. El final suena, por el lugar que el pasaje ha recibido —no sólo el final de la carta, sino también el final de la colección—, como un testamento. La destinataria es estimulada a la más perfecta libertad del Amor y a las virtudes y a invitar a los suyos a participar con los que honran a Dios.

1. Ay, querida niña, la mejor vida que hay consiste en lo siguiente: dedicarse a satisfacer a Dios con el amor y a confiar en él por encima de todas las cosas. Nada aproxima a Dios como la confianza. Él mismo ha dicho a alguien ¹⁶⁵ que la verdadera oración no es otra cosa que alta confianza en él, con la cual uno se entrega con total abandono; es decir, creer en todo lo que él es. Él mismo dice: «La gente que no me conoce a mí ni mi bondad, tal como soy, me sirve con el ayuno, la vigilia y todo tipo de obras. Y con ese trabajo se abandonan en mí. Pero nada me gana tanto como el perfecto abandono de la noble confianza. El hambre de tu alma —dice— me hace preparar todo para ti, para ser tuyo con todo lo que soy. Gracias al interminable intento de saciar tu hambre de mí, maduras y llegas a parecerte a mí: tu muerte y la mía serán una. Por eso viviremos con una sola vida, y un único Amor saciará el hambre de ambos».

2. Te comunico esta alegría, que nos dio Nuestro Señor, para que creas, pienses y comprendas mejor que abandono y fidelidad es lo más perfecto para satisfacer a Dios completamente y mejor. Así te despierto a la libertad más completa del Amor. Como el otro día veía en un sueño premonitorio que seguirías mi estandarte, te exhorto a hacerlo ahora. Me gustaría sobremediana. Date prisa en cultivar la virtud en verdadero amor. Procura honrar a Dios y hacerlo honrar por todos aquellos en quienes puedes influir favorablemente, con esfuerzo, con sufrimiento, con consejos y con todo lo que sabrás dar.

¹⁶⁵ De esta manera señala Hadewijch en otras ocasiones el punto doctrinal en una Visión. Pero una referencia a la oración como alta confianza no se encuentra en el *Libro de Visiones*.

VISIONES

VISIÓN I

La primera Visión es la más extensa de la colección y tiene más carácter alegórico que de revelación. Este texto se puede considerar como introducción a la doctrina de Hadewijch. Ella misma aparece como joven e inmadura en sentido místico, pero con un camino y una vocación claros y una preparación completa. Un ángel la guía por el Llano de las virtudes perfectas. Uno por uno, le enseña y explica el significado de los árboles que lo pueblan, con sus ramas y hojas. Así aprende Hadewijch que posee todas las virtudes. Después, el ángel la deja sola para que se encuentre con Cristo, por quien había abandonado todo en el mundo. El propio Cristo le habla de la vida del amor y de la unión. El mensaje central, aquí y en adelante, es que para ser uno con Dios hay que imitar su vida en la tierra.

1. Era un domingo de la octava de Pentecostés y me habían traído a Nuestro Señor a hurtadillas hasta mi cama, porque mi espíritu me atraía con tanta fuerza que no hubiera podido dominar mi apariencia para tratar con la gente ¹⁶⁶. Esta atracción, que sentía dentro, la ejercía el deseo de vivir el gozo de la unión con Dios. Para eso era demasiado joven e inmadura; no había sufrido lo suficiente ni vivido bastante para tan alta verdad, como me fue mostrado allí y en aquel momento y como todavía creo ¹⁶⁷.

2. Cuando ya había recibido a Nuestro Señor, me recibió él a mí, de manera que apartó de mis sentidos todos los recuerdos de asuntos ajenos para que me uniera con él en amor. Fui transportada a una especie de prado, un campo que se llamaba «Llano de las virtudes perfectas» ¹⁶⁸. Allí había árboles hacia los cua-

¹⁶⁶ El estado en el que se encuentra Hadewijch es la ira del amor, que se describe con más detalles en la Visión VII, 1.

¹⁶⁷ «Demasiado joven e inmadura» debe entenderse en relación con el proceso místico. Esta inmadurez no significa una imposibilidad total de la unión. Cuando se experimenta la unión, se hace evidente que no es merecida de ninguna forma.

¹⁶⁸ Con estas palabras comienza una alegoría, género muy apreciado en la Edad Media. Este tipo específico —alegoría del jardín— aparece mucho en la literatura mística femenina en los Países Bajos y Alemania.

les fui conducida. Y se me revelaron sus nombres y el significado de sus nombres.

3. El primer árbol tenía una raíz podrida, muy frágil, y un muy fuerte tronco y en la copa, una preciosa, muy bonita flor. Era un árbol tan frágil que, con la primera tormenta, la flor se caería y se secaría. Mi guía era uno de los ángeles del trono ¹⁶⁹, que están provistos del discernimiento. Y justo ese día estaba yo tan crecida en esta gracia que me fue asignado como guardián y compañero de mis caminos. El ángel dijo: «Naturaleza humana, comprende y conoce qué es ese árbol». Y yo lo comprendí. Él me permitió ver que era el conocimiento de uno mismo. La raíz podrida era nuestra frágil naturaleza, y el fuerte tronco, el alma eterna. La hermosa flor, la belleza del cuerpo humano que tan rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos, desaparece (Is 40,6.7).

4. Entonces me llevó más lejos, donde había un árbol que era particularmente pequeño y tenía magníficas, hermosas hojas con maravillosos colores, algo digno de ver. Y sobre estas hermosas hojas, pendían hojas secas que cubrían todas las hermosas. Entonces volvió a hablarme el ángel: «Alma elegida y anhelante, que desde tal profundidad hasta tal altura eres atraída, y desde tales dolientes sombras hasta tan gran claridad (1 Pe 2,9) y desde la mayor miseria hasta la suprema riqueza, comprende lo que es esto». Y él me enseñó y yo lo comprendí. Era la humildad ¹⁷⁰ que, con sabio temor —con el cual reconoce la grandeza divina y nuestra pequeñez—, cubre todas sus bellas virtudes, porque siente y sabe que le falta la dulce unión con su Amado, y no sabe cómo remediarlo. Ésta es la pura humildad.

5. Después me condujo aún más lejos, hacia un lugar donde había un alto, fuerte árbol con anchas, grandes hojas. Y el ángel me habló de nuevo: «Oh, poderosa y fuerte, que has vencido el poder y la fuerza de Dios desde el principio sin comienzo ¹⁷¹ y

¹⁶⁹ Según el Pseudo-Dionisio, hay nueve coros de ángeles que giran alrededor de Dios, agrupados en tres grupos de tres. Los ángeles de los tronos son los de menor categoría en la jerarquía superior y ayudan en la ascensión mística.

¹⁷⁰ El conocimiento de uno mismo nos lleva a la humildad. La humildad hace comprender que el hombre nunca puede alcanzar ni ganar la unión por sí mismo.

¹⁷¹ Ejemplarismo.

que te adueñarás con él de la eternidad, lee y comprende». Y yo leí y comprendí. En cada hoja estaba escrito: «Soy la fuerza de la voluntad perfecta. Nada queda fuera de mi alcance» ¹⁷².

6. Allí al lado había un árbol con muchas ramas, que era grande y tenía todas sus ramas extendidas a través de las del otro. Otra vez me habló el ángel: «Oh, sabia, instruida por la razón del gran Dios, lee y comprende la sabia y sensata lección del árbol que atraviesa el otro árbol». Y yo comprendí lo que en cada hoja se podía leer: «Yo soy el discernimiento ¹⁷³. Sin mí nada se puede» (Jn 15,5).

7. Entonces me llevó aún más lejos, hasta donde había un árbol llamativo y hermoso ¹⁷⁴. Tenía tres tipos de ramas y de cada tipo había tres: tres arriba, tres en el centro, tres abajo. Nuevamente me interpeló el ángel: «Oh, tú, que te preocupas por las cosas en que todavía puedes errar en el porvenir; oh, tú, que suspiras por los errores de los que han sido creados para amar a Dios, cometidos por el amor de Dios, pero que les apartan de él y les hacen errar por todas partes; tú, que mueres la muerte que murió tu Amado, comprende lo que son las tres ramas inferiores, pues desde ellas has escalado hasta la rama más alta» ¹⁷⁵. Y lo comprendí. Todas las hojas eran verde oscuro, agudas y alargadas, y en la primera hoja había dibujado un corazón. Y en las tres ramas inferiores había corazones que, en cada hoja, eran completamente rojos ¹⁷⁶. Las tres ramas centrales tenían corazones blancos y los corazones de las tres superiores eran de oro.

8. Y el ángel me habló de nuevo: «Pilar puro en la iglesia de los santos (cf. Ap 3,12), tú, que has conservado tu cuerpo apartado de todos los asuntos que no corresponden al santo templo de Dios (1 Cor 3,17); alma inocente y consoladora de todo pe-

¹⁷² La humildad lleva a renunciar a la voluntad propia. Cuando el hombre ha hecho suya la voluntad de Dios, nada resulta imposible.

¹⁷³ ¡Qué tentador ha resultado (en la espiritualidad de personas e instituciones) decir que algo «es la voluntad de Dios»! Para evitar el uso demasiado ligero de estas palabras, es importante el espíritu de distinción.

¹⁷⁴ Como se dirá en el párrafo 10, éste es el árbol de la sabiduría.

¹⁷⁵ El temor del Señor es el comienzo de la sabiduría.

¹⁷⁶ En la Edad Media, el temor se asocia con frecuencia al color rojo.

cado, por quien la pura voluntad de nuestro gran Dios es consolada y lo será en el porvenir; oh, tú que conoces a ciencia cierta la noble naturaleza de nuestro dulce Dios, y que por eso has hecho tan pronto la elección de la pureza inmaculada, por encima de todo lo que fue y todo lo que es, sin fallar en ninguna circunstancia ni un solo instante, comprende ahora esas tres ramas medianas» ¹⁷⁷. Y yo comprendí.

9. El ángel de nuevo me dijo: «Oh, tú, que buscas el verdadero amor sólo en Dios, por la observación de todas las prácticas ordenadas por la sagrada ley, que Dios ha santificado con la vida santa que ha llevado, como también con sus grandes preceptos y elevados consejos; tú, que amas y practicas las vías santas en el servicio del amor, según le place a Dios todopoderoso; tú, alma igual y firme, en quien Dios encuentra siempre y poseerá eternamente la fidelidad del verdadero amor, comprende estas tres ramas superiores» ¹⁷⁸. Y yo lo comprendí.

10. Este árbol era la sabiduría. De las ramas inferiores con hojas adornadas de color rojo, la primera era el temor a equivocarse y no alcanzar la plenitud y la perfección de las virtudes perfectas. La segunda era el temor a que Dios no reciba de los hombres el honor que le es debido y a que haya tantos que se alejen, perdidos, de la verdad que él mismo es. La tercera rama era el temor a la necesidad de que todos compartamos la muerte de nuestro Amado, sabiamente fieles a cada una y a todas las virtudes, para morir esta muerte continuamente, y para llevar la cruz, y para morir en ella cada día, y morir también con todos los que se equivocan y mueren.

11. De las ramas medianas, en cuyas hojas había un corazón blanco, la primera era la pureza del cuerpo, de las costumbres, de las palabras y de las obras. La segunda era el deseo de inocencia y pureza en todos nuestros actos, y la vigilancia para que complazcan a nuestro Amado. La tercera era guardar tan perfecta inmunidad a toda tacha en el espíritu, en el apetito y en el alma, que ninguna bajeza penetre en él: ni error, ni soberbia, ni

¹⁷⁷ Aquí todo está bajo el signo de la pureza.

¹⁷⁸ El amor perfecto, que aquí tiene que ver con las virtudes.

vana gloria; ni la desesperanza, ni la esperanza temeraria; no caer en la alegría exagerada por lo que tenemos; ni en el exagerado disgusto por lo que nos falta; ni en pasiones, ni en la complacencia en nada antes de haber llevado nuestro amor a la madurez. Pues es cuando éste ha crecido, después de haber sido llevado y nutrido con obras dignas de él, cuando pasamos del trabajo al sentimiento del amor, que es muy superior. Llevar al amor, en efecto, es desearlo, preferirlo, languidecer tras él, servirlo, consumirse sin reposo en el ejercicio de una voluntad apasionada. Sentirlo es librarse a la conciencia del amor en una pura libertad. Pero lo superior es ser el amor.

12. La primera de las ramas superiores, cuyas hojas ofrecían un corazón de oro, era la búsqueda del Amor con numerosas y perfectas virtudes, sólo en él mismo, allí donde se le encuentra en su totalidad. La segunda rama es cumplir con amor la alta voluntad de Dios, según lo que le complace, la misma complacencia con la cual llena a todo el que le sigue de esta forma. La tercera es el estado estable donde, perteneciendo completamente al Amor, pasamos de las múltiples virtudes a la virtud única y total, en cuyo gozo absorbe a los dos amantes en uno y les lanza en el abismo donde buscan y encuentran el gozo eterno.

13. El ángel, prosiguiendo el camino, me condujo hacia un cáliz lleno de sangre ¹⁷⁹. Y me dijo: «¡Alma grande, de gran voluntad, tú que soportas todas las penas, comunes e inauditas, sin ser ofendida y en un dulce reposo, bebe!» Y yo bebí: era el cáliz de la paciencia. Allí yo hice el voto de satisfacer la exigencia divina sin desfallecer, con paciente fidelidad.

14. Entonces me llevó al centro de la llanura donde estábamos. Había allí un árbol cuyas raíces estaban al aire y la copa abajo y que tenía muchas ramas. Entre las ramas inferiores, que eran las de la copa, la primera era la fe, y la segunda, la esperanza, por la que los hombres deben comenzar. Y el ángel me dijo: «Oh, maestra ¹⁸⁰, tú que has escalado este árbol desde el princi-

¹⁷⁹ La entrega a la voluntad de Dios significa, en el fondo, entregarse al sufrimiento, a la imitación de Cristo.

¹⁸⁰ Hadewijch conoce por experiencia el camino hacia Dios y puede también acompañar a otros en ese camino.

pio hasta el fin, hasta la profunda raíz del Dios incomprensible, date cuenta de que es la senda de los que comienzan y de los que perseveran hasta la perfección». Y comprendí que era el árbol del conocimiento de Dios, que se empieza a recibir en la fe y se perfecciona en el amor.

15. Cerca de este árbol había otro ¹⁸¹ de hojas redondas y largas. Y el ángel me dijo: «Quédate aquí prisionera ¹⁸², hasta que Aquel que te ha llamado te haga regresar, y comprende su voluntad secreta, que quiere disponer de ti. Yo me voy ¹⁸³ para ser fiel al noble encargo de servirte. He recibido hoy la orden de hacerlo asiduamente hasta el momento en que hayas crecido y sobrepasado las sendas por las que te he conducido, de manera que puedas seguir las perfectamente y recibir el consejo secreto ¹⁸⁴ que nuestro Dios todopoderoso te hará conocer en esta hora. Me voy, pues, y velaré por tu cuerpo casto, para guardar la honra pura en que lo he encontrado».

16. Aún me dijo: «Date la vuelta (cf. Ap 1,12) y encontrarás a Aquel que siempre has buscado, Aquel por quien has dado la espalda a todas las cosas terrenales y celestiales». Lo hice y vi una cruz delante de mí, como de cristal, pero extremadamente más luminosa y brillante. A través de ella se veía una gran extensión. Y delante de ella había un trono en forma de disco, más brillante que el sol en todo su poder (Ap 1,16), sostenido por tres columnas. La primera era como un fuego brillante; la segunda, como la piedra llamada topacio, cuyo fondo es de oro, su limpidez la del aire, y que posee los colores de todas las gemas. La tercera era parecida a la amatista, que tiene el color púrpura de la rosa y de la violeta. Y en el centro, bajo el disco, giraba un remolino de tan aterradora manera, que era tan terrible a la vista

¹⁸¹ Este árbol es el del conocimiento del Amor. El nombre aparecerá casi al final de la visión.

¹⁸² Prisionera del Amor, es una tradicional imagen en la literatura cortés, que también aparece en las *Canciones*, por ejemplo, XVII, estr.3.

¹⁸³ El ángel del trono ha podido guiar a Hadewijch hasta aquí. Su tarea está cumplida. Hadewijch escuchará ahora del propio Dios cuál es su voluntad.

¹⁸⁴ Imagen para el consejo místico, el estadio de la vida mística inaccesible para los profanos. Compárese «la palabra secreta» (Job 4,12) que Hadewijch usa con gusto.

que el reino del cielo y el de la tierra se llenarían de admiración y de horror.

17. El asiento en forma de disco era la eternidad; las tres columnas, los tres nombres con los que los exiliados, que están lejos de él, nombran al Amor. La columna de fuego es el nombre del Espíritu Santo; la de topacio, el nombre del Padre; y la de amatista, el nombre del Hijo. El remolino profundo en la increíble tiniebla es el gozo divino en sus secretos transportes.

18. Sobre este poderoso asiento estaba sentado Aquel que yo buscaba y con quien deseaba ser uno en gozo sublime. Su aspecto desafía las palabras. Su cabeza era grande y ancha, con mechones blancos y rizados, y coronada con una corona parecida a una sardónice, cuyo color es triple: negro, blanco y rojo. Sus ojos, de un esplendor inefable, atraían todas las cosas hacia él (Jn 12,32) dentro del Amor. Lo que yo puedo expresar no es nada. La inmensidad de su belleza, el excesivo dulzor de su rostro augusto y admirable me impide cualquier palabra o imagen. Y mi Amado se dio a mí, así que le pude comprender y sentir. Pero cuando lo vi, caí a sus pies, pues comprendía que había sido llevada en este camino y todavía tenía que vivir mucho antes de acceder a él.

19. Pero él me dijo: «Levántate (Ez 2,1). Pues en mí te has levantado sin comienzo, perfectamente libre y sin falta. Tú has deseado estar unida a mí y te has esforzado por esta unión en todos los caminos. Y como estás presa de una tempestad de impaciencia, como te lo he prometido, como también cuentas con la garantía de tus obras, manifestadas en todas las cosas donde creías reconocer mi voluntad, y a causa de la sabiduría de tus actos, te he enviado al ángel (Ap 22,16) de los Tronos, cuya sabiduría conduce a los hombres de buena voluntad hasta la perfección. Él te ha encontrado tan perfectamente provista en tu interior, que te ha conducido a lo largo de todo el camino, que sólo debía mostrarte como a un niño. Y él te ha dado nombres sublimes que te han adornado ante mi Rostro».

20. «Ahora yo te hago saber lo que quiero de ti. Quiero que estés preparada para cada desgracia que te ocurra por mí. Y te prohíbo que te atrevas a irritarte o buscar venganza por ello algu-

na vez, aunque sólo sea un instante. Si te atreves de alguna manera, eres de las que interfieren en mi derecho y se apropian de mi poder». Y continuó: «Todavía te doy otro mandamiento (Jn 13,34). Si quieres parecerte a mí en mi Humanidad, como deseas gozar de mí totalmente en la Divinidad, desearás ser pobre, exiliada y desgraciada entre todos; las penas no deberán entristecerte, sino que las preferirás sobre cualquier placer terrenal; y debes saber que serán de un peso inhumano. Si quieres seguir al Amor según tu orgullosa naturaleza, que exige para ella todo lo que soy yo, tienes que llegar a ser tan extraña entre los hombres, tan desgraciada y miserable, que no sabrás dónde pasar una noche; todos te rehuirán y abandonarán, nadie querrá acompañarte en los caminos perdidos de la angustia y el dolor ¹⁸⁵. Todavía tendrás que vivir un poco de tiempo en estas pruebas, yo te encontraré entonces de mi gusto, pues tu hora no ha llegado».

21. «Pero tengo contra ti algo que quiero decirte. Eres joven de edad y quieres que te reconozca los tristes sufrimientos de tu cuerpo y la fidelidad de la labor de tus manos y tu voluntad nueva, siempre generosa en la caridad hacia los otros, y los deseos de tu corazón, y la languidez de tus sentidos, y el amor de tu alma. Yo lo reconozco todo. Pero reconoce que yo mismo he vivido puramente como hombre: mi cuerpo ha soportado también pesadas penas; mis manos, como las tuyas, han trabajado con total fidelidad, y mi voluntad nueva se ha desbordado de misericordia por los amigos y los extraños. Mis sentidos han languidecido, mi corazón ha deseado, mi alma ha amado. Y yo he perseverado en este estado todo el tiempo que me había sido asignado, hasta que me llamó mi Padre. A veces me has recriminado que me era fácil ser hombre porque tenía los siete dones. Es verdad. Y no solamente los poseía, sino que yo mismo era el Donante de los espíritus que son llamados con este nombre. También me decías que mi Padre estaba conmigo (Jn 16,32): otra vez es verdad, pues nunca estuvimos separados. Pero voy a revelarte una verdad secreta, que, sin

¹⁸⁵ En el mandamiento ahora expresado se encuentra el tema central de las *Visiones*: cuando Hadewijch quiera ser una con Dios, es decir, una con Cristo en su divinidad, tiene que querer ser una con Él en su humanidad y esto implica una vida de sufrimiento y oposición.

embargo, era evidente para quien hubiera querido comprenderla: debes saber que nunca hice uso de mi poder soberano para satisfacerme, si algo me faltaba; jamás me apoyé en los dones de mi espíritu, aunque los había merecido por el sufrimiento y los recibí, el mismo día en que alcancé la plenitud de la edad, de mi Padre, con el cual yo no he dejado de estar unido (Jn 10,30) como lo estoy actualmente. Y nunca he querido que mi perfección me trajera de las penas que sufría».

«Oh, tú te quejas de tu exilio, de no tener de mí nada de lo que te falta, a la medida de tus deseos, y yo te pregunto si jamás te han faltado los siete dones de mi espíritu. Y te pregunto si has sido abandonada alguna vez por mi Padre, si no está contigo en cualquier circunstancia, como estaba conmigo, y yo mismo con él, durante el tiempo de mi vida en la tierra. Puesto que eres criatura humana, vive en el exilio del hombre. Yo quiero de ti que vivas mi vida en la tierra tan completamente virtuosa, que no incumplas en nada, como yo mismo. Posee, pues, los siete dones de mi espíritu, la fuerza y el socorro de mi Padre en las obras perfectas, por las cuales se llega a ser Dios para continuar siéndolo eternamente. Pero siéntete criatura humana en todos los defectos que pertenecen a la naturaleza humana, excepto el pecado. Pues cuando yo fui hombre, probé todas las debilidades del hombre, salvo el pecado (Heb 4,15). Jamás recurrí a mi propio poder para encontrar descanso, sino al único consuelo del que mi Padre me daba seguridad. Tú sabes igualmente que he vivido un tiempo sobre la tierra antes de que la gente me reconociera, antes de hacer ningún milagro. Y, cuando lo hice y fui menos ignorado, me quedaron bien pocos amigos. Cuando morí, fui abandonado por casi todos los vivos. No te aflijas, pues, si todos los hombres te abandonan a causa del perfecto amor y porque vives en mi voluntad. De hermosos signos y maravillas —que no eran necesarias— está llena tu vida, más que la de cualquier hombre venido al mundo desde mi muerte. Milagros y dones exteriores habían comenzado a aparecer poderosamente cerca de ti; pero tú has querido abandonarlos; los has rechazado por amor y sólo me quieres a mí. Por mi causa, te has despojado de todo, y quieres gozar sólo de mí en el sentimiento que supera

a cualquier cosa. Pero todavía está muy lejos el día en que esto se cumpla».

Y añadió: «Yo me daré a ti, la más querida, me daré secretamente cuando quieras tenerme. Pues tú no quieres que los extraños te consuelen ni te conozcan. Por eso te daré comprensión de mi voluntad y el arte del verdadero amor y la posibilidad de sentirte uno conmigo, a veces, en la tempestad del amor, cuando ya no puedas soportar no sentirme y la pena se haga demasiado grande. Con esta comprensión, cumplirás sabiamente la obra de mi voluntad en todos los que necesitan conocerla por ti y la ignoran aún. Tu entrega no ha faltado a nadie hasta ahora, y no debe faltar hasta el día en que te diga que tu obra se ha cumplido. Vive y persevera con el amor, cumpliendo mi voluntad secreta por la cual tú eres para mí y yo soy para ti. Y cuando me sientas, yo seré tu alegría y tú serás la mía. Realiza, pues, con inteligencia la obra de mi voluntad, amada mía. Trátame con amor, tú, la más cercana de los que me son cercanos. Y entonces gozarás la unión conmigo».

«Este árbol que te explican mis palabras es el del conocimiento del Amor. Se te ha predicado tan frecuentemente para que aumentes aún más la humildad de tu estado, que quiero declararte yo mismo mi voluntad en lo que te concierne. Vuelve dulcemente y haz lo que te he mandado. Si te complace, toma las hojas de este árbol, que es el conocimiento de mi voluntad. Si estás afligida, toma una rosa de su copa y un pétalo de ella, pues esta flor es el amor. Y si ya no puedes soportarlo, toma el centro de esta rosa: es el don que te haré de sentirme. Así, tú siempre tendrás el conocimiento de mi voluntad y del sentimiento del amor, y cuando sea preciso, sentirás el gozo de la unión. Así hizo mi Padre conmigo mismo, aunque yo fuese su propio Hijo. Él me dejó en la angustia, pero jamás me abandonó. Yo lo sentía en la dulce unión y serví a aquellos a quienes me había enviado. El corazón totalmente escondido en la rosa es el sentimiento del gozo del amor. Querida, a todos aquellos que te hacen bien o mal, dales sin distinción lo que necesitan. El Amor te confiere este poder: dalo todo, pues todo es tuyo».

VISIÓN II

Un día de Pentecostés, Hadewijch recibe una iluminación acerca de la plena voluntad del Amor en todo y en todos, y comprende las distintas formas en que se puede responder a esta voluntad. También comprende intuitivamente el amor de los hombres y recibe el don de las lenguas. Esta visión forma unidad con la siguiente.

1. Un día de Pentecostés recibí al Espíritu Santo ¹⁸⁶, de manera que comprendí la plena voluntad del Amor y todos los modos de la voluntad de los cielos y los seres celestiales y la plenitud total de la perfecta justicia y todas las imperfecciones de los errados. Además, en cada una de estas voluntades, vi en qué medida era auténtica o errónea. Desde ese momento sentí en todos los que yo veía hasta qué punto habían llegado en el amor. También pude comprender todo lo que los hombres son capaces de decir en setenta y dos lenguas ¹⁸⁷. No han quedado en mí estas peculiaridades ¹⁸⁸. Pero la simple mirada en él y el fuego del amor y la verdad de su voluntad no se han apagado ni silenciado ni extinguido en mí.

2. Antes, hasta entonces, yo siempre había querido saber en lo que yo hacía, y me preguntaba y repetía sin parar: ¿Qué es el Amor y quién es el Amor? En esto me había ocupado dos años ¹⁸⁹.

¹⁸⁶ Indicación de una experiencia mística. En el desarrollo de la vida mística sobrevienen experiencias de diferente profundidad. En la Carta XI Hadewijch ha hablado sobre su experiencia mística inicial, una experiencia que la cogió desprevenida, que irrumpió en su vida normal y orientó su nueva vida hacia el Amor. Aunque importante y grande, esta experiencia mística era sólo el comienzo de una transformación progresiva. La experiencia que se refiere aquí, una iluminación, se sitúa en algún lugar entre la experiencia inicial (cf. Carta XI) y el gozo de la unión con el Amado (descrito en la Carta IX y tocado en muchos otros lugares).

¹⁸⁷ En la Edad Media se partía de la idea de que había 72 idiomas, tantos como seguidores de Jesús. Cf. Lc 10,1.17.

¹⁸⁸ Muchos místicos hablan sobre dones carismáticos y fenómenos paramísticos, sobre todo al comienzo. El juicio es unívoco: no son el núcleo de la vida mística, sino más bien fenómenos secundarios. Compárese con lo que Cristo dice a Hadewijch en la Visión I: «Milagros y dones exteriores habían comenzado a aparecer poderosamente cerca de ti; pero tú has querido abandonarlos; los has rechazado por amor y sólo me quieres a mí. A causa de mí, te has despojado de todo, y quieres gozar sólo de mí en el sentimiento que supera a cualquier cosa» (Visión I,21).

¹⁸⁹ Cf. Visión III, en que Hadewijch recibe respuesta a esa pregunta. Respecto a los dos años, cf. Carta XI.

VISIÓN III

Las Visiones son textos que pertenecen a un determinado género literario. Se caracterizan por describir «visiones»: experiencias de naturaleza visionaria. En este último sentido, la Visión III contiene la primera de la serie de visiones que Hadewijch ha descrito y recogido en su colección. En su aspecto textual, la tercera Visión es la continuación directa de la segunda. La experiencia visionaria proporciona a Hadewijch un entendimiento más profundo en la experiencia mística del que antes ha tenido. Aprende a conocer la plenitud del Amor y la plenitud de Dios.

Luego, en otra ocasión ¹⁹⁰, un día de Pascua, me había acercado a Dios ¹⁹¹ y él me abrazó interiormente ¹⁹² y me acogió en el espíritu ¹⁹³. Me condujo ante el Rostro del Espíritu Santo ¹⁹⁴, que forma un solo Ser con el Padre y el Hijo ¹⁹⁵. De la plenitud de este Rostro recibí completo conocimiento y vi todos los juicios que me concernían. Y desde ese Rostro se elevó una voz tan impresionante que era audible en todas partes. La voz me dijo: «Mira aquí, anciana ¹⁹⁶, que me has llamado y has buscado qué y quién soy yo, Amor ¹⁹⁷, mil años antes del nacimiento de los hombres. Mira y recibe mi espíritu. Aprende de todas las cosas

¹⁹⁰ La formulación deja ver cómo aquí se prolonga la Visión II.

¹⁹¹ Quiere decir: fue a recibir la comunión.

¹⁹² No es la unión mística, sino un fuerte sentimiento de estar unida a Jesucristo.

¹⁹³ Hadewijch es «acogida en el espíritu». Aquí comienza la parte visionaria del texto. Cf. Ap 1,10: «Tuve un éxtasis en el día del Señor...» y: «un ángel me llevó en espíritu a un desierto, y vi...» (Ap 17,3). Ésta es la primera experiencia visionaria, en sentido estricto, del libro. Se trata de un estado de conciencia en que el hombre tiene que abandonar su forma natural de pensar a través de imágenes y conceptos para ser introducido en el Espíritu de Dios. Allí recibe un estendimiento nuevo y superior.

¹⁹⁴ Compárese con la Visión II, donde dice la autora: «recibí al Espíritu Santo». Aquí, Hadewijch es llevada en su visión ante el Espíritu Santo —en unidad con el Padre y el Hijo—. Ésta es una manera más específica de recibir conocimiento y comprensión.

¹⁹⁵ Hadewijch no es conducida hacia una de las tres Personas, sino hacia Dios. Como Dios se presenta ante ella exclusivamente como Amor, ella habla del Rostro del Espíritu Santo.

¹⁹⁶ Hadewijch es joven cuando inicia su vida mística. ¿Por qué aparece aquí la palabra «anciana»? En la unión con Dios en la que está acogida, también es una con su Imagen eterna, en la eternidad de Dios mismo. Dios ha concebido al hombre antes de toda creación. Por eso, en esta unión, Hadewijch es mucho mayor de lo que indica su edad.

¹⁹⁷ La pregunta que ponía punto final a la Visión II era: «¿Qué es el Amor y quién es el Amor?» Son dos preguntas en una, que ahora obtienen dos respuestas.

lo que yo, Amor, soy en ellas ¹⁹⁸. Y a medida que avances, puramente como ser humano ¹⁹⁹, en mí mismo a través de todos los caminos del pleno amor, saborearás la unión con quién ²⁰⁰ yo soy, el Amor ²⁰¹. Hasta ese día amarás lo que yo soy, Amor, y luego serás Amor como soy yo. Y no llevarás menos que yo una vida de amor ²⁰² hasta el día de la muerte, cuando empieces a vivir. En mi Unidad me has recibido tú y te he recibido yo ²⁰³. Ve y vive lo que yo soy, vuelve después, y tráeme la plena divinidad y vive la dulce unión con quien soy yo».

En aquel momento volví en mí, comprendí todo lo que acabo de decir y me quedé mirando al dulce Amado de mi corazón.

VISIÓN IV

Nos encontramos ante una representación apocalíptica de la doctrina central de este libro: el alma tiene que hacerse semejante a la humanidad de Cristo para llegar a la semejanza en su divinidad. Esta visión quiere hacer ver que tal semejanza es posible y mostrar a través de qué obras puede ser realizada.

1. Un día del mes de mayo estaba yo sentada para escuchar la misa. Era la misa de Santiago precisamente, pues era el día de su nombre. Durante la lectura de la epístola ²⁰⁴ un espíritu terrible me estuvo reclamando desde dentro con la violencia de una

¹⁹⁸ Qué es Amor tiene relación con todo aquello en lo que Dios se manifiesta en la creación.

¹⁹⁹ El camino de la imitación, de la semejanza con la humanidad de Cristo.

²⁰⁰ Quién es el Amor: Dios mismo es el Amor.

²⁰¹ En la quinta línea se habló de «conocimiento» y «juicios». Hasta ahora la voz ha hablado de «conocimientos». A continuación hablará de «juicios». Este término se vincula con lo que Hadewijch va a hacer y experimentar. El juicio es la verdad sobre su vida y crecimiento en el amor, que ella lee en el Rostro del Amor.

²⁰² La vida de amor encuentra su punto final en el encuentro, la unión con el Amor mismo. El mensaje corresponde al de la Visión I: para ser una con Cristo en su divinidad, se debe ser una con su humanidad.

²⁰³ Probablemente «me has recibido tú» se refiere al comienzo de la Visión II: «te he recibido yo», a la Visión III. En la segunda Visión, ella habla todavía sobre la recepción del Espíritu Santo, pero ahora se le hace evidente que allí ya era un solo ser con el Padre y el Hijo: Hadewijch ha conocido la plenitud del Amor y la plenitud de Dios.

²⁰⁴ «Entonces se alzará el bueno con gran seguridad, / frente a los que le oprimieron y menospreciaron sus fatigas. / Y al verlo, temblarán ellos con terrible espanto, / estupefactos ante su inesperada salvación. / Y se dirán en el colmo de su desencanto, / y, gimiendo en la angustia de su espíritu: / «Éste es el que teníamos como blanco de burla / y como objeto de irrisión. / Necios nosotros, que tuvimos su vida por

tempestad ²⁰⁵ y, dentro de mí misma, fui completamente levantada en el espíritu ²⁰⁶.

2. Entonces me fue mostrada una imagen singular. Vi dos reinos igualmente ricos, de igual origen, igual nobleza, e incluso del mismo poder ²⁰⁷. Y llegó un ángel inflamado completamente por ardientes llamas. Desplegó sus alas ampliamente y dio con ellas siete golpes, como un mercader que reclama silencio para que la gente pueda oír el pregón de sus mercancías ²⁰⁸. Con el primer golpe, a causa de la calma impuesta repentinamente, la luna detuvo su curso. Con el segundo golpe, el sol detuvo su curso a causa del silencio. Con el tercer golpe, permanecieron tranquilas las estrellas. Con el cuarto, despertaron los del paraíso de su reposo ²⁰⁹ para aclamar esta maravilla con nuevas palabras. Con el quinto, el trono del cielo detuvo su giro. Con el sexto, aparecieron todos los santos —todos los hombres santos vivos o muertos, todos los que están en el cielo o en el purgatorio o en la tierra, cada uno como será, completo en todo ²¹⁰—. Con el séptimo golpe, se abrieron todos los cielos de cada reino celestial ²¹¹ con gloria eterna.

locura / y su final como ignominia. / ¡Cómo está contado entre los hijos de Dios, / y comparte la suerte de los santos!» (Sab 5,1-5).

Parece que Hadewijch ha encontrado en esta lectura una justificación para su propio camino, frente a la difamación a que la sometían los «extraños» y otros que se burlaron y molestaron por su trayectoria y su condición de guía espiritual. Cf. párrafo 3: «Tú, tan incomprensible para todos tus amigos y enemigos».

²⁰⁵ «Terrible» refiere a la fuerza de esta experiencia. La lectura y la emoción que ésta le provoca le hacen perder el contacto con el mundo exterior y entrar en un estado de imaginación creativa y de particular receptividad de lo divino.

²⁰⁶ «Levantado en el espíritu» marca el paso de la experiencia cotidiana a la de «ver» y «oír» en el espíritu: la visión propiamente dicha. Cf. el comienzo de la Visión III e *Introducción*, p.14.

²⁰⁷ Los dos reinos simbolizan, como se dirá en párrafo 4, la humanidad de Cristo y la de Hadewijch.

²⁰⁸ Los siete golpes son siete invitaciones a detener el curso habitual de las entidades cósmicas y celestiales. Tienen que guardar silencio y escuchar, para poder dar testimonio después.

²⁰⁹ Se refiere al lugar celestial (cf. 1 Cor 12,4) donde los espíritus buenos de los fallecidos esperan el juicio final.

²¹⁰ Los santos no aparecen en su existencia terrenal, sino en su existencia ideal (en Dios). De la misma forma que Hadewijch fue llamada «anciana» en la visión anterior, en referencia a su existencia en Dios (la imagen que Dios ha concebido de ella antes de la creación), vemos aquí a los santos en la perfección que tienen en Dios.

²¹¹ «Cada reino celestial» es una anticipación: en la continuación de la visión se hablará de los dos reinos celestiales, en lugar de reinos.

3. Cuando el ángel terminó de golpear con sus alas y había logrado el silencio, dejó oír una voz como un trueno, como el poderoso trombón con el que se anuncia el supremo mandamiento. Entonces él ²¹² dijo: «Todos vosotros, servidores detenidos en el servicio, y vosotros, todos los aparecidos, que estáis sirviendo al aparecidos, sed testigos de lo que voy a revelar sobre esta elegida que, sorprendida y temblorosa, está de pie ante mí». En ese momento me abrazó con sus alas y me llevó al centro de su reino, que era él mismo ²¹³. Entonces me dijo: «Tú, tan incomprensible para todos tus amigos ²¹⁴ y enemigos; tú, siempre tan amada como yo mismo, escoge ahora entre estos dos cielos que has visto como reinos» ²¹⁵. Entonces caí en él como envuelta en una dulce, nueva confianza, que estaba llena del conocimiento con el sabor del verdadero Amor. Y con el penetrante sabor de este dulce Amor, me dijo: «Profundamente tocada por la absoluta confianza que renovará todas las cosas (Ap 21,5) eternamente, investiga y comprende tú misma en qué son desiguales estos dos cielos y elige el más rico y poderoso». Y yo dije: «Señor, los conozco completamente, pues ya has retirado con tu perfección toda la pequeñez que me hizo dudar» ²¹⁶. Entonces vi a aquel a

²¹² El que se presentó como ángel es Cristo. En el párrafo 4 será evidente, sin que en ninguna parte se hable de un reconocimiento repentino por Hadewijch. No obstante, cuando el ángel sigue hablando, dice que Hadewijch está «sorprendida y temblorosa». Resulta implícito el reconocimiento: ver a Dios es temible para el hombre.

²¹³ Hadewijch ya no está de pie ante Cristo, sino que ha sido introducida en la Trinidad (esta imagen visionaria es una previsión de lo que más tarde será su más elevada experiencia mística).

²¹⁴ También en el círculo de Hadewijch, algunos miembros dudaban acerca del camino de la escritora y, como consecuencia, de ella misma como guía espiritual. Esta visión y todo el *Libro de las Visiones* se proponen apartar las dudas de sus amigos.

²¹⁵ Reino y reino celestial resultarán dos caras de la misma moneda. El reino simboliza al ser humano (el plural «los reinos»: la humanidad de Cristo y de Hadewijch), y el reino celestial al ser divino (el plural «los reinos celestiales»: la divinidad de Cristo y la divinidad de Hadewijch, es decir, la Imagen eterna de ella en Dios).

²¹⁶ Hadewijch comprende que los dos reinos celestiales son iguales. Su duda surgió de un pequeño error. Nuestra Imagen eterna es igual a Dios porque es su propio «pensamiento» (cf. Carta XXII,20 e *Introducción*, p.21ss). Esta comprensión es también una respuesta a los que dudan en su comunidad y a los predicadores citados en la Visión I,20 (sobre quienes dice Cristo: «Se te ha predicado tan frecuentemente para que hagas aún más pesada la humildad de tu estado, que quiero declararte yo mismo mi voluntad en lo que te concierne»). Los de su círculo, que se dejan conven-

quien pertenecía uno de los cielos ²¹⁷ y a mi Amado, a cada uno en su cielo, iguales en poder y parejos en rango, parejos en nobleza y servicio, y con la misma gloria e igual paciente bondad hacia todos los seres eternos. Y todo lo que había calmado su curso: luna, sol, estrellas, cielo, y todos los que habían aparecido para ser testigos: paraíso, santos y los cielos que los sirven, todos dijeron «Amén», testimoniaron ²¹⁸ que los dos cielos eran iguales y a todos les fue permitido volver a su estado anterior.

4. Entonces habló de nuevo el ángel conmigo: «Date cuenta ahora de que estoy en una unión con tu Amado ²¹⁹, y tú eres mi amada, amada como yo ²²⁰. Los reinos celestiales que ves son suyos ²²¹ y míos, y lo que has visto como dos reinos que fueron aniquilados, eran ambos el de nuestra humanidad antes de alcanzar la madurez. Yo maduré antes. Sin embargo, permanecemos iguales ²²². Y yo llegué ayer a mi reino y tú has madurado después. Sin embargo, permanecemos iguales ²²³. Y también ella ²²⁴ crecerá hoy, y mañana entrará contigo ²²⁵ en su reino. Sin embargo, permanece igual a mí. Amada mía, mujer ²²⁶ gran-

cer, son implícitamente incitados a confiar en la dirección espiritual de Hadewijch, que no se basa en la necesidad humana de liderar, sino que le viene dada por Dios. Este liderazgo, además, no pretende otra cosa que invitar a las amigas a seguir su propia, alta vocación.

²¹⁷ Hadewijch se ve a sí misma en la divinidad que tiene en Dios.

²¹⁸ El salmo que se leía en la festividad de Santiago, inmediatamente después de la epístola, dice: «Los cielos ensalzan tus maravillas, oh Señor» (Sal 89,6).

²¹⁹ El ángel es uno con Cristo, es Cristo.

²²⁰ Hadewijch es la amada de Cristo, y es amada por el Padre, como lo es Cristo.

²²¹ Cristo habla a Hadewijch-amada en segunda persona («los reinos que ves»), pero también habla sobre Hadewijch («son *sigyos*», es decir, de Hadewijch), que todavía tenía sólo la imagen de dos reinos celestiales.

²²² En la humanidad de ambos, había un antes y un después («Yo maduré antes»), pero la imagen eterna, en Dios, de Hadewijch y de cada ser humano es semejante a la imagen del Padre, que es el Hijo.

²²³ La misma idea.

²²⁴ Hadewijch tal como vive en su vida humana.

²²⁵ El «tú» desde la perspectiva de la unión con Dios.

²²⁶ Los «predicadores» de la Visión I son, muy probablemente, hombres, teólogos-clérigos, que encontraban raro el fenómeno de las beguinas. Lo peor no era que estas mujeres hablaran de Dios con cierta facilidad, sino que, a veces, lo hacían con autoridad. ¡Algunas ejercitaban un magisterio e incluso explicaban el Evangelio! Frente al rechazo que Hadewijch seguramente experimentó como portavoz, es comprensible su identificación con el texto de la epístola, y estas palabras de Cristo les dan, a ella y a su círculo, la confirmación que necesitaban.

de y fuerte, tú has querido saber de mí, dudando, cómo y con qué obras podría crecer ella tan perfecta como yo, cómo yo sería yo igual a ella y tú igual a mí mismo ²²⁷. Esto está en mí. Debes oírlo de mis propios labios. Es el entendimiento de mi rica naturaleza.

5. Su primera gran obra ²²⁸, para convertirse en adulta, será ejercer todas las virtudes que yo mismo le he manifestado en las Escrituras, mediante consejos, a lo largo de nuestra mutua relación, por la expresa autoridad que tú ejerces sobre ella por los lazos del amor y el amplio conocimiento que tienes de mi sabrosa voluntad ²²⁹.

6. Su segunda gran obra será vivir en exilio e inestabilidad, poniendo en práctica muchas de las grandes virtudes que nosotros admiramos, con la mayor paciencia, afrontando tormentosas y duras pruebas ²³⁰.

7. Su tercera gran obra y todavía mayor virtud será verse visitada frecuentemente por la desolación, que continuamente le hará decir: «¿Qué quiere Dios? ¿Qué quiere de esta doncella? ¿Qué va a pasar? ¿Cómo será posible alguna vez que yo crezca hacia él y hacia ella, que pueda satisfacerlos a ambos?». Ella sabe de mí que soy el Dios perfecto y en ti querrá ver al ser humano más perfecto, que vive practicando todas las virtudes, según mi ejemplo. La angustia y el tormento de la inquietud acerca de cómo podría satisfacerlos, con un modo tan imperfecto de vida como el suyo por una parte, y su apasionado celo, el inflamado deseo de hacerlo, cualquiera que sea el coste —pero volver a caer en faltas que la condenan y la llevan a la desesperación, cuando querría mantenerse justa y sin tacha, como nosotros dos—. Por

²²⁷ Todo el cosmos ha sido testigo de la verdad que Cristo revela a Hadewijch, que es posible la semejanza con Cristo. Ahora le clarificará, como respuesta a sus preguntas, a través de qué obras se consigue la semejanza.

²²⁸ Hay cuatro tareas que Hadewijch debe cumplir a lo largo de su vida humana. Cristo habla a Hadewijch-en Dios, el estado en que contempla desde dentro su vida humana. Desde su divinidad, Cristo ve con ella y habla sobre su vida en tercera persona. Las cuatro tareas presentan el desarrollo general de la vida espiritual.

²²⁹ La primera obra consiste en la realización de una vida de virtudes, apoyada por consuelos y un sentimiento de unidad.

²³⁰ La segunda obra consiste en el ejercicio de las virtudes, pero sin sentirse apoyada y sin sentimiento de unidad.

eso, se siente excluida de todo lo que nosotros hemos decidido para ella. Considéralo ahora tú misma. ¿Qué otra cosa puede conducirla mejor a la perfección? ²³¹.

8. Su última y suprema obra, la que la conducirá a nosotros, es que estará privada de nuestra dulce naturaleza, que ambos gozamos siempre y abundantemente, y del conocimiento y de la experiencia que nosotros dos tenemos de ella en nosotros mismos, mientras ella, inmadura todavía, debe echar de menos lo que, por encima de todas las cosas, debe preferir. Ésta será la obra con la cual ella misma, mañana, se habrá amoldado a nosotros para su propia felicidad» ²³².

VISIÓN V

Probablemente esta visión debería aparecer tras la sexta. El texto, comparado con el de otras visiones, resulta bastante reducido en cuanto al contenido visionario. Hadewijch ve tres cielos, denominados de acuerdo con los tres coros superiores de ángeles, y le está permitido escuchar que estos cielos representan la Santa Trinidad. La mayor parte del texto es un alegato a favor de sus amigas, para que Dios las lleve a la misma vida de unidad con él que ella vive. Después es acogida en Dios y experimenta el gozo de la unión con él.

1. El día de la Asunción, durante los maitines, fui tomada en el espíritu por corto tiempo y me fueron mostrados los tres cielos superiores, que dan su nombre a los supremos coros de los ángeles: los tronos, los querubines, los serafines. Y el águila de los cuatro animales (Ez 1,5-6; Ap 4,6-8) ²³³, el dulce San Juan Evangelista ²³⁴, avanzó hacia mí y me dijo: «Ven a ver las cosas que yo vi

²³¹ La tercera obra es el deseo de satisfacer a Dios y a la Hadewijch completamente madura, con plena comprensión de la imposibilidad de conseguirlo (el tema central de las *Cartas*; cf. *Introducción*, p.33ss). Éste es un camino de desesperación que, no obstante, nos hace penetrar profundamente en el Amor y en la perfección.

²³² La cuarta obra es el lugar de mayor concentración de oscuridad y carencia. Precisamente por aceptar la «nada», comprendiendo que cada «algo» es reducción a dimensiones propias y finitas, la guiará finalmente a la intimidad de Dios.

²³³ Los cuatro animales son los símbolos de los cuatro evangelistas.

²³⁴ Acerca del águila se dice que es el único animal que puede mirar directamente al sol (también Hadewijch lo toma así, cf. Carta XXII,23) y en esta condición es símbolo de la contemplación de Dios. En la tradición de la interpretación apocalíptica, el águila simboliza también a San Juan Evangelista. En Hadewijch se mezclan las dos interpretaciones. Como escritor del cuarto Evangelio, frecuentemente desig-

como hombre. Te ha sido permitido contemplarlas y descubrirlas en su totalidad, mientras que yo las contemplé en forma de símbolos: tú las has comprendido y sabes lo que son».

2. Mientras pensaba en lo que San Juan me había dicho, caí de bruces con gran dolor, y mi dolor decía a gritos: «¡Ah, ah! santo Amigo y Todopoderoso verdadero, ¿por qué dejas a los nuestros en las cosas extrañas y por qué no los tomas dentro del caudal de nuestra unidad? ²³⁵. Toda mi voluntad te pertenece y contigo amo y odio, como tú».

«Ya no soy Lucifer ²³⁶, como tú antes me aseguraste, como los actuales Luciferes, que quieren recibir el bien y la gracia, mientras ellos no devuelven nada, ni con su vida ni con su trabajo ni con su servicio, y pretenden dejar de sufrir y gozar los favores, y se enorgullecen por una sombra de bondad que tú les has mostrado, creyendo derechos suyos tus gracias. Pero como tú me has permitido saber, han perdido tus favores celestiales. Y especialmente en esto he errado, tratando de librar, como si fuera mi derecho, a los vivos y a los muertos del purgatorio y del infierno ²³⁷. ¡Pero sé alabado! Lo has hecho, sin indignarte contra mí, con cuatro de entre los vivos y entre los muertos que pertene-

nado místico, Juan evangelista se considera el escritor que más profundamente ha penetrado en los misterios divinos.

²³⁵ El dolor de Hadewijch lo causa el hecho de que muchas en su ambiente no experimentan la unidad con Dios como ella. En su grupo de amigas y discípulas, hay varias que empezaron con entusiasmo, pero no han sido capaces de mantenerse en el camino de semejanza y unidad de voluntad, que siempre resultan más pesados de lo que se había creído al principio.

²³⁶ Lo que Lucifer significa se expresa a continuación. Se trata de gente que ha puesto su propia voluntad por encima de la de Dios. Entonces, uno puede parecer muy avanzado en el camino espiritual, pero no está dispuesto para el servicio y no se atreve al sufrimiento y a buscar la semejanza (pseudomístico). Pero si Hadewijch critica esta actitud, ¿cómo puede decir que ella ya no es Lucifer? ¿Lo ha sido? Nada apunta en esta dirección. Sin embargo, su autocrítica relaciona con esa actitud una forma sutil de seguir la propia voluntad. Más adelante hablará de ello.

²³⁷ Purgatorio e infierno son metáforas de dos diferentes estados místicos (cf. Carta XXII,14.16). Los «muertos del infierno» son personas que se sienten tan paralizadas por su noción de la grandeza de Dios, que pierden su viva relación espiritual. Hadewijch se había consolado con gente de su grupo que se quedó atascada en el camino místico o sufrió enormemente por su anhelo inextinguible. El purgatorio representa otro estadio místico, donde uno supera la parálisis y desesperación y se dirige orgullosamente al alto destino de la unión, a pesar de la imperfección humana. Estos son los «vivos del infierno».

cían al infierno. Tu bondad perdonó mi ignorancia, mis deseos insensatos, y esta misericordia ilimitada que tú me dabas por los hombres. Pero yo todavía no conocía tu justicia perfecta. Por eso me hice Lucifer, por ignorancia, aunque tú no lo has considerado un mal paso. Esta benevolencia tuya fue la causa de mi caída en desgracia entre los hombres, de modo que permanecí extraña para ellos y fueron crueles conmigo ²³⁸. Por amor, quería sacar a los vivos y los muertos de la vil desesperanza y de las malas acciones; y, en efecto, disminuí sus penas, hice pasar muertos del infierno al purgatorio y vivos del infierno al cielo. Tú, en tu bondad para conmigo, me perdonaste y me hiciste comprender por qué había caído en desgracia entre la gente. Cuando me tomaste en ti y me hiciste saber cómo eres verdaderamente ²³⁹, cómo amas y odias dentro de un solo ser, entonces aprendí cómo amar y odiar completamente unida a ti ²⁴⁰ y ser completamente igual a ti en todo lo que hay. Como sé estas cosas, te pido que unas con nosotros a los nuestros» ²⁴¹.

3. Y él, que estaba sentado en el trono ²⁴² en el cielo, me dijo: «Yo soy estos tres cielos en tres personas: el ángel del trono, Hombre; el querubín, Espíritu Santo; Serafín en mi gozo, donde

²³⁸ Es muy probable que Hadewijch, como portavoz de un grupo de beguinas, haya experimentado mayores dificultades que ninguna de ellas. El círculo místico estático era para la sociedad de entonces, y también para el clero, un escándalo. Mientras se predicaba un abismo insalvable entre hombre y Dios, las beguinas hablaban de una relación directa con Dios. Su particular forma de vida —pobreza, castidad, preferencia por los más necesitados— sería una espina para muchos. Seguramente, Hadewijch fue una de las representantes más radicales del ambiente de las beguinas y es impensable que no se la considerara terca. Esto explica los ataques y la oposición que encontraba.

²³⁹ No refiere a una experiencia de esta visión. Hay razones para llegar a la conclusión de que la Visión VI precede a la Visión V. Compárese la experiencia mística en VI,4 y las posteriores palabras de Dios: «Ahora sabes cómo soy en el gozo de la unión y en el conocimiento y en el rapto para los que satisfacen mi voluntad» (VI,5).

²⁴⁰ Cf.: «Desde ahora no bendecirás ni condenarás a nadie sin mi permiso y a cada uno harás justicia según merezca» (Visión VI,5).

²⁴¹ Hadewijch pide otra vez la salvación para sus compañeras, pero ahora desde la unidad de voluntad con Dios, es decir, dispuesta a aceptar que su deseo o petición no obtenga respuesta; para el público receptor de esta visión debe de haber sido importante la repetición del ruego.

²⁴² El trono no se ha nombrado todavía en esta visión. Probablemente sea el de la Visión VI,1.

soy todo» ²⁴³. Y me alzó fuera del espíritu a ese gozo supremo de maravillas más allá de todo entendimiento ²⁴⁴. Allí estuve en el gozo de la unión con él, como estará eternamente. Fue breve. Y cuando volví a mí misma ²⁴⁵, me devolvió al espíritu y me dijo: «Así, como ahora has vivido el gozo, será eternamente». Y San Juan me dijo: «Retoma tu carga, que Dios renovará en ti sus viejas maravillas». Y volví a mi miseria con mucha y gran pena.

VISIÓN VI

Esta composición contiene todos los ingredientes con que puede contar una visión:

1) una introducción que es descriptiva de la experiencia común y comprende la fecha litúrgica, la definición del estado espiritual y las preguntas con las que se debate Hadewijch;

2) la fase de ser tomado en el espíritu y permanecer en él (la visión propiamente dicha, durante la cual la visionaria puede ver y oír en el espíritu, imágenes y mensajes, a través de los cuales recibe nuevos conocimientos acerca de Dios, del grado de su madurez, de su camino en general y la conducta que a continuación se espera de ella);

3) la fase de ser extraída del espíritu (no es visionaria; es la experiencia de la unión mística);

4) su devolución al espíritu (el ver y oír visionario);

5) el regreso a la experiencia cotidiana.

Hadewijch desea experimentar la dulce unión con Dios. En la visión que recibe —tomada en el espíritu—, un ángel pide por ella ante el trono de Dios. Vivirá el gozo de la unión, pero primero debe comprender la justicia divina, en cuanto a lo bueno y a lo malo y en cuanto al incomprensible, a veces, camino de los que aman.

1. Era la fiesta de la Epifanía y yo tenía, según se decía, diecinueve años. Quería ir hacia Nuestro Señor ²⁴⁶. En ese tiempo me sentía traspasada por el deseo de saber cómo Dios toma y da —a los que viven completamente según su voluntad— cuando están perdidos en él y tomados en el gozo de la unión ²⁴⁷. El deseo de ese día me impulsó de nuevo al amor. Entonces fui tomada en el espíritu ²⁴⁸ y conducida adonde me fue mostrado un lugar alto y

²⁴³ Hijo, Espíritu Santo, Padre como Unidad del gozo.

²⁴⁴ La unión mística.

²⁴⁵ Cf. La estructura de las Visiones. Cf. Introducción, p.14.

²⁴⁶ Deseaba recibir la comunión.

²⁴⁷ Lo que Hadewijch recibe en primer lugar en esta visión es conocimiento de la justicia de Dios (cf. parágrafo 1-3). Sólo después experimenta la unión mística que tanto desea (parágrafo 4).

²⁴⁸ El comienzo de la experiencia visionaria.

maravilloso, sobre el que poderosamente se alzaba un trono. Quien se encontraba sentado allí, permanecía invisible e incomprendible por la majestad de lo que debía realizar desde aquella altura. Ocupar tal lugar va más allá del entendimiento de los espíritus del cielo y de la tierra. Sobre el elevado asiento de aquel alto lugar, vi una corona superior a todas las diademas: en su inmensidad encerraba todas las cosas y no había nada fuera de ella.

2. Y vino un ángel con un incensario encendido con el resplandor de un humo ardiente. Se arrodilló ante la parte superior del trono, sobre la que se encontraba la corona, y le rindió homenaje con el incienso, diciendo: «¡Oh, poder sin precedentes y todopoderoso gran Señor, recibe honor y alabanza de esta mujer que te visita en tu escondite, desconocida ella misma por todos los que no te lanzan ardientes ofrendas con afiladas flechas, como hace ella, que apenas cuenta diecinueve años entre la gente, con las llamas de su nueva juventud. Es ella, Señor, quien viene a preguntarte en el espíritu quién eres, allí donde nadie te comprende. Pues la vida desconocida que tú has cimentado en ella en forma de ardiente caridad es lo que la ha traído hasta aquí. Revélale ahora cómo tú mismo la has conducido hasta aquí y tómala completamente».

3. Entonces oí hablar a una voz —una terrible y nunca oída voz—, que me hablaba a través de una aparición ²⁴⁹, y me decía: «Mira quién soy yo». Y yo vi a Aquel que buscaba. Su Rostro se descubrió con tanta claridad que vi en él a todas las figuras y formas que alguna vez han sido o serán ²⁵⁰, de quienes él recibe honor y servicio con toda justicia.

Vi cómo cada uno recibirá castigo o bendiciones, según sea de justo, y cómo cada uno será puesto en su lugar y cómo es el destino de algunos que lo olvidan y se apartan de él, pero vuelven más justos y mejores de lo que antes habían sido, y por qué otros que se alejan no vuelven y por qué algunos otros siempre creen errar, pero no cejan y permanecen firmes, hora tras hora insatis-

²⁴⁹ Una aparición humana: Dios aparece como Cristo.

²⁵⁰ Este pasaje se basa en la concepción agustiniana de nuestra vida ideal en Dios, el ejemplarismo. Cf. *Introducción*, p.21ss.

fechos y sin consuelo ²⁵¹. Y también cómo hay otros que desde niños conocen su lugar y persiguen la verdad y la guardan hasta el final. Distinguí todos los modos de ser en esta presencia. En su mano derecha vi el don de sus bendiciones, y en ella descansaba el gran cielo abierto, con todos los que vivirán en él eternamente con él. En su mano izquierda vi la espada de los golpes terribles con la cual envía todo a la muerte. En ella vi también el infierno y a sus eternos habitantes. Vi su grandeza humillarse bajo todas las cosas y su pequeñez elevarse por encima de todo. Vi su misterio sumergirlo todo abiertamente y vi su inmensidad encerrada dentro de todo. Oí sus palabras y comprendí cada una de ellas en las mías propias. Y en su pecho vi el pleno gozo de su naturaleza en el Amor. Todo lo vi, mientras todavía estaba en el espíritu.

4. Pero entonces la admiración se apoderó de mí ante toda la riqueza que había percibido. Y por esta admiración salí fuera de mi espíritu ²⁵², en el cual había visto todo lo que buscaba. En cuanto fui consciente de la inmensa riqueza de mi terrible e indeciblemente dulce Amado, caí fuera de mi espíritu, fuera de mí misma y de todo lo que había visto en él, y caí totalmente perdida al dulce pecho de su Ser, que es el Amor. Entonces me quedé absorta, privada de toda noción de lo que se puede ver o comprender, sólo consciente de ser uno con él y del goce de esta unión. En la cual permanecí menos de media hora ²⁵³.

5. Entonces desperté otra vez en el espíritu ²⁵⁴ y comprendí todo como antes y entendí todo lo que se me decía. Él habló de nuevo conmigo: «Desde ahora no bendecirás ni condenarás a nadie sin mi permiso y a cada uno harás justicia según merezca ²⁵⁵. Ahora sabes cómo soy en el gozo y en el conocimiento y

²⁵¹ Cf. Visión IV,8.

²⁵² Comienzo de la experiencia mística.

²⁵³ La autora expresa con esto la brevedad de la experiencia. Decir que duraba media hora tiene que ver con Ap 8,1: «Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo en el cielo un silencio como de media hora».

²⁵⁴ «Despertar en el espíritu»: tras la experiencia mística que tiene lugar «fuera del espíritu», Hadewijch vuelve al ver y oír visionario.

²⁵⁵ Hadewijch admite la orden. Cf. Visión V,3 (se podía interpretar que esta visión sucede a la sexta).

en el rapto para los que satisfacen mi voluntad ²⁵⁶. Te envío —como Dios y humana ²⁵⁷— de nuevo al mundo cruel, donde morirás todas las muertes hasta que vuelvas al Nombre completo y uno de mi gozo, donde has sido bautizada, en mi profundidad». Y con estas palabras volví en mí misma tristemente ²⁵⁸.

VISIÓN VII

La doctrina central de las Visiones —unirse con Cristo en su humanidad para llegar así a estar unido en la divinidad— adquiere aquí un tono más sensitivo y afectivo. El deseo de Hadewijch y la consiguiente experiencia no se desprenden del doloroso camino, que también, y sobre todo, es seguir a Cristo. Además, experimenta la existencia de una unión más profunda que la del abrazo más íntimo.

1. La madrugada de un día de Pentecostés recibí una aparición. Se cantaban los maitines en la iglesia y yo estaba allí. Mi corazón y mis venas y todos mis miembros temblaban y se estre mecían de ansiedad ²⁵⁹. Estaba, como muchas veces anteriores, tan llena de pasión y angustia que pensaba que si no satisfacía a mi Amado y mi Amado no me colmaba, o enloquecería muriendo o moriría enloqueciendo. Esta pasión me atormentaba y de tal modo me embargaban la ansiedad y la pena, que mis miembros parecían romperse con un incomparable dolor y mis venas sucumbían por el increíble esfuerzo. El deseo en que me encontraba no se puede expresar en ningún idioma que yo conozca. Y lo poco que yo podría decir sería incomprensible para los que nunca han tenido el auténtico deseo de conocer al Amor y que nunca han sido conocidos por él. De todas formas, puedo decir que yo deseaba tener a mi Amado y comprenderlo y saborearlo completamente y en toda su riqueza, experimentar con total plenitud su Humanidad con mi humanidad; y establecerme y afirmarme en ella para satisfacerle completamente, sin faltarle

²⁵⁶ Esta frase es una precisa reacción a la pregunta y el deseo que Hadewijch expresó en el párrafo 1. Se ha añadido «el conocimiento», que no le fue dado en la experiencia mística, sino en la visionaria.

²⁵⁷ A semejanza de Cristo, en su divinidad y su humanidad.

²⁵⁸ El retorno a la experiencia cotidiana.

²⁵⁹ La ira de amor.

en la pura, única y plena dedicación a toda virtud. Así pues, yo deseaba ser satisfecha por su Divinidad, siendo un solo espíritu con él y que fuera para mí todo lo que es, sin ninguna disminución. Pues ése es el don que he elegido sobre todos los dones que me han sido ofrecidos: satisfacer al Bienamado en todas las grandes penas. No hay otra alta satisfacción posible que dar, en efecto, que la de crecer y llegar a ser Dios con Dios. Pero esto significa sufrir, pena, exilio y sinsabores constantemente renovados, y dejarlo venir y pasar sin disgusto íntimo, sin embargo, sin saborear de él más que el dulce amor, las caricias y los besos. Así, yo deseaba que Dios se entregara a mí, para satisfacerle.

2. Como me encontraba en este terrible estado, vi una gran águila que, desde lo alto, volaba hacia mí y me dijo: «Si quieres acceder a la unión, prepárate». Me quedé de rodillas, mientras mi corazón latía terriblemente, para adorar intensamente al Amado, según su verdadera dignidad —lo que es imposible, lo sé, y Dios lo sabe—, y que ha sido para mí un gran dolor y una pena incesante. El águila se volvió diciendo: «Justo y poderoso Señor, manifiesta ahora el alto poder de tu Unidad, el de unir en tu propio gozo». Y hacia mí de nuevo, añadió: «El que ha venido, vuelve ²⁶⁰; y donde nunca llegó, jamás llegará».

3. Entonces avanzó él mismo, descendiendo del altar bajo la forma de un niño. Tenía el aspecto que tuvo en sus tres primeros años. Se dirigió hacia mí y sacó del cáliz su Cuerpo con la mano derecha, mientras que con la izquierda tomaba un cáliz, parecía que del altar, pero sin que yo viese de dónde. Se me apareció entonces en la ropa y la figura que tuvo el día en que por primera vez nos dio su cuerpo: bajo la forma viril, dulce y hermoso en el rico esplendor de su rostro, vino a mí, tan humildemente como uno que se somete completamente al otro. Me hizo don de sí mismo bajo las especies y figuras del sacramento, como es de uso; después me hizo beber del cáliz, con el aspecto y sabor del vino, como es costumbre. Finalmente, se adelantó, me tomó completamente en sus brazos y me estrechó contra él. Todos

²⁶⁰ Se repite simbólicamente la Encarnación: Dios, hecho hombre, vuelve como hombre.

mis miembros sintieron los suyos en la plenitud que yo había deseado de corazón, según mi propia humanidad. Así tuve externamente la satisfacción plena y perfecta. Y por poco tiempo, tuve también la fuerza de soportarlo; pero bien rápido perdí la visión del hombre bello en su forma exterior y la vi desvanecerse sin que quedara nada. Se diluyó y se fundió de tal manera, que dejé de conocerle y percibirle fuera de mí misma, mientras que en mí no podía distinguirlo. Me pareció entonces que estábamos unidos sin diferencia. Todo ello era exterior, viendo, saboreando y sintiendo, como se puede saborear, ver y sentir cuando se recibe el sacramento, como los amados se reciben mutuamente en plena satisfacción de verse, escucharse y de perderse el uno en el otro. En seguida, quedé abismada en mi Amado y me perdí en él sin reserva, de modo que de mí no quedó nada. Entonces fui transformada y tomada en el espíritu y tuve una revelación de varias horas ²⁶¹.

VISIÓN VIII

Esta visión «en el espíritu» muestra lo que en la anterior fue anunciado como «una revelación de varias horas». Pero la imagen de las horas es precedida por la de cinco «caminos». Un «vencedor» guía a Hadewijch a través de los primeros cuatro, pero el quinto, el que más directamente lleva a Dios, sólo Dios puede dárselo a conocer. No sólo le es dado oír entonces las características de estos cuatro caminos, sino que además se la invita a que ella sea el quinto. Éste —la hora más corta— se define por la coincidencia de dos tendencias opuestas: la carencia de lo que se ama por encima de todo y el tocar a Dios en su inaccesibilidad. Las otras horas no sólo son de Hadewijch, también son de otros amantes. El hecho de que ella encarne la hora más corta, a imitación de Cristo, explica el encargo de que guíe a otros a través de este sendero. Al final de la visión, el vencedor le revela que su espiritualidad había sido demasiado cerebral en vida, y como a ella no le falta la afectividad, se convierte en un vencedor aún mayor.

1. Vi una montaña grande, que era alta y ancha, e indeciblemente hermosa de forma. Hacia la cumbre conducían cinco caminos ²⁶² que ascendían hacia el altísimo trono que había sobre la cima. El primero subía alto, el segundo más alto, más alto aún

²⁶¹ Las «horas» se revelan en la Visión VIII.

²⁶² Los «caminos» se comparan luego con «horas».

los siguientes, de manera que el más alto de todos era la montaña misma, que era también lo más alto que existía. Fui raptada y transportada a lo alto de la montaña. Allí vi un Rostro de eterna fruición, donde terminaban todos los caminos y donde todos aquellos que siguen hasta el final se hacen uno.

2. Y aquel que me había llevado, se me mostró. Mientras yo estaba en la montaña, me dijo: «Mira lo que soy: vencedor y poderoso, ante este Rostro verdadero que todo lo penetra e ilumina el perfecto servicio, que guía hasta el final y enseña el conocimiento de Dios y sabiduría, y otorga la riqueza del gozo, llena de refinados sabores. Me presento como vencedor. Nota que mi apariencia es la de alguien que todo lo vence y que tiene poder sobre todo aquello a lo que cielo e infierno y tierra sirven. Yo he ascendido por esos caminos tan alto como es posible, y te acompaño. Soy tu guía de confianza en estos cuatro. El quinto camino, que es el tuyo, te será mostrado por el verdadero Dios, que te lo ha enviado y te lo envía».

3. Entonces se presentó de nuevo ante mí ese Rostro de indecible belleza. Se me apareció como un gran río de fuego, más ancho y profundo que el mar. Y escuché la poderosa voz del cauce, que me decía: «Ven y sé tú misma el camino supremo, unida a los que lo han seguido hasta el final y que en las horas breves apuran todas las largas horas ²⁶³. Tu larga ansiedad de amor te ha dado el supremo camino hacia la unión conmigo, algo que yo, desde el principio del mundo, he añorado y por lo que tú has pagado y seguirás pagando con atormentadores deseos. Estar privado de lo que se ansía por encima de todo y querer alcanzarme en mi inaccesibilidad es una hora breve que vence sobre todas las horas largas ²⁶⁴. Y éste es el camino hasta mi propia Naturaleza, por el cual vine a mí mismo y salí de mí. A lo largo de él, me aparté de mi Padre para ir hacia ti y los tuyos y a lo largo

²⁶³ El quinto camino es también un tipo determinado de hora: la más corta (el camino más rápido), que vence a todas las demás horas (caminos).

²⁶⁴ El primer elemento —«estar privado de lo que se ansía por encima de todo»— es lo que nombró Hadewijch en la cuarta Visión como la tarea mayor (IV,8). Ahora añade un «no obstante»: «querer alcanzarme en mi inaccesibilidad». Cf. sobre esta elevada vocación: *Introducción*, p.37ss.

de él he vuelto de ti y los tuyos a mi Padre (Jn 16,28) ²⁶⁵. Al recibirme a mí te he encomendado esta hora. Encomiéndala conmigo a los tuyos ²⁶⁶.

4. La hora que vence a un año entero de esfuerzos eres tú misma y lo son aquellos cuyo celo se renueva a cada instante con nuevos deseos y que, precisamente por eso, soportan un inexpressable, profundo desprecio; se ven compadecidos por todo el mundo e incluso llegan a dudar de sus buenas obras. La gente los condena y casi nadie les aprecia. Los creyentes desconfían, los otros se sorprenden y algunos les envidian. Esta hora supera al año ²⁶⁷.

5. El mes que supera al año eres tú y aquellos que encuentran escaso consuelo a su tristeza y para todas las necesidades de su cuerpo y espíritu, pero que lo soportan por mí y sólo se abandonan al consuelo de que yo llegaré. Ellos se aproximan más a mí en un mes que en un año aquellos que encuentran consuelo ²⁶⁸.

6. El instante que supera al mes eres tú y los que sufren profunda tristeza por mí y por la gente que necesita su ayuda; por mí y por las faltas de los otros y por los perjuicios, exteriores e interiores, por todas sus carencias, mientras, por su parte, trabajan constantemente por alcanzar el conocimiento del Amor ²⁶⁹.

²⁶⁵ La gran carencia del Amor ha sido exactamente el camino de Cristo, que renunció al reposo en la unión con el Padre, para servir a los hombres completamente. Éste es el camino (un desvío y, al mismo tiempo, el camino más corto) a lo largo del cual ha vuelto al Padre. Cf. las palabras de Cristo a Hadewijch en la Visión I,21.

²⁶⁶ Hadewijch debe encomendar el camino más rápido a sus compañeras, que también están llamadas a la unión con Dios. Ésta es la primera de tres veces que se habla en esta visión del liderazgo de Hadewijch.

²⁶⁷ Éste es el primero de los cuatro caminos restantes. Se trata del ejercicio de un celo desenfrenado en el amor, a pesar de la incompreensión y la condena del mundo (cf. Visión I,20 y la segunda gran tarea en Visión IV,6).

²⁶⁸ El segundo camino es la disposición a renunciar, si es necesario, a todo consuelo espiritual o corporal. No es la recepción de cualquier forma de gracias maravillosas y consuelo lo que prueba el verdadero amor, sino la disposición a dejar estos consuelos por Dios. Cf.: «Milagros y dones exteriores habían comenzado a aparecer poderosamente cerca de ti; pero tú has querido abandonarlos; los has rechazado por amor y sólo me quieres a mí. A causa de mí, te has despojado de todo, y quieres gozar sólo de mí en el sentimiento que supera a cualquier cosa» (Visión I,21).

²⁶⁹ El tercer camino es la preocupación por la tibieza con que otros aman a Dios, y se quedan cortos con él y consigo mismos.

7. Los días que superan las semanas eres tú misma y los que caen en la angustia sin haber cometido falta, y que añoran a Dios, tanto más ardientemente cuanto que se mantienen sin pecado ²⁷⁰.

8. Y puesto que tú has unido conmigo tu unificada caridad por todos, y en esta hora me has tocado a través del camino de mi naturaleza, a lo largo del cual vine y fui, te doy testimonio, como testigo de la verdad —pues soy la Verdad de mi Padre y mi Padre me lo testimonió—, de que tú eres el supremo camino y que tú has traído contigo ese camino, que he esperado con mis caminos secretos. Y puesto que tú nos has conocido a ambos en nuestra común Santidad, sé santa en nosotros y en todas aquellas almas que vendrán a nosotros por tu conocimiento ²⁷¹ y que se hacen santos y tan uno con nosotros, que te conocen sobre todo por tu santidad, y confían en ti y te sirven por el hecho de ser lo que es este camino, y porque me desean de este modo. Me hacen justicia en ti, hasta el día en que ellos mismos alcancen tal elevación, que yo y mi Padre y tú podamos testimoniar, en verdad, que su breve hora ha sobrepasado un largo tiempo.

9. Ahora me has saboreado y recibido, exterior e interiormente ²⁷², y has comprendido los caminos de la unión que en mí tienen su único y completo origen. Ahora, vuelve a mí, a tu vez como vencedora, que has sobrepasado a todos los combatientes del cielo, la tierra y el infierno, y adórnate con los adornos del vencedor. Conduce a todos los que precisan guía según la nobleza a la que mi Amor les ha destinado ²⁷³ y con la que me aman y sirven, según el derecho de mi propia naturaleza. Con ella, yo soy todo lo que necesitan todas las criaturas» ²⁷⁴.

²⁷⁰ El cuarto camino es el anhelo de Dios que ciertos hombres mantienen, a pesar de encontrarse con problemas que no han provocado ellos.

²⁷¹ Nuevamente se nombra a Hadewijch como guía espiritual de un grupo de correligionarias.

²⁷² «Exteriormente»: cf. Visión VII. «Interiormente»: cf. lo que ha contemplado Hadewijch en el espíritu en Visión VIII.

²⁷³ Por tercera vez, y ahora muy explícitamente, Hadewijch recibe el encargo de guiar a otras en el amor para que alcancen la dignidad a la que Dios las ha destinado por toda la eternidad.

²⁷⁴ Pueden alcanzar esa dignidad viviendo de acuerdo con la naturaleza de Cristo.

10. Y yo volví otra vez junto al espíritu que me había llevado. Y le pregunté: «Combatiente, Señor, ¿cómo es que te veo adornado y elegido para esta altura, adonde me has conducido, pero no me has llevado hasta el final?» Y él me dijo quién era. Después añadió: «Te he mostrado los cuatro caminos que ya había recorrido hasta el final. Los conozco completamente y supero su duración. Pero el quinto te lo dio el Amado, tú lo has recibido allí donde yo no estoy. Porque cuando yo viví entre los hombres, sentí demasiado poco afecto en el amor y seguí el estrecho consejo de mi espíritu, en el cual no pude ser inflamado para llegar a la unión con el amor. Porque hice gran injusticia a la Humanidad al negarle mi afecto». Y dijo luego: «Vuelve de nuevo a tu cuerpo material y deja florecer tus obras; te esperan grandes pruebas. En verdad, vuelves como vencedora en tus combates y, en efecto, has vencido en todo». Y volví a mí misma ²⁷⁵ con nuevas y amargas penas, que durarán hasta que vuelva al lugar que tuve que dejar entonces.

VISIÓN IX

Esta visión refleja el papel de la razón en la vida mística. La Razón, aquí representada como reina, es acompañada por las doncellas Temor, Discernimiento y Sabiduría. Todas ellas preparan al alma y la invitan a hacerse digna de la unión. Quien no presta oídos a la Razón, «nunca podrá oír ni ver la suprema melodía y las maravillas del poderoso Amor». La importancia de la razón se subraya aquí para completar las dos visiones anteriores, que destacaban más el sentimiento del amor. La razón ayuda al amante a no quedarse embargado en sentimientos dulces, hace notar su pequeñez y su insuficiencia ante Dios, y luego aviva aún más al amor.

1. El día de la Natividad de María, yo estaba en los maitines y después de la tercera lectura recibí en una visión algo maravilloso de ver. Mi corazón se aceleraba por las palabras de amor que se habían leído del Cantar de los Cantares y que me habían hecho pensar en un beso perfecto ²⁷⁶. Poco después, durante el segundo nocturno, vi en el espíritu a una reina que se me acercaba envuelta en un vestido de oro ²⁷⁷ (Sal 45,10). El vestido se

²⁷⁵ Retorno a la experiencia cotidiana.

²⁷⁶ «Bésame con los besos de tu boca, que tu amor es más dulce que el vino» (Cant 1,2).

²⁷⁷ Representación tradicional de la sabiduría divina.

veía completamente lleno de ojos, que eran como llamas ardientes que todo lo traspasaban y que, aun así, parecían de cristal ²⁷⁸. La corona que llevaba sobre la cabeza se componía de muchas coronas, una encima de la otra, y tantas como ojos había en su vestido. Sabrás la cantidad cuando ella misma la diga. Delante de la reina caminaban tres muchachas. Una llevaba un vestido cortesano rojo y dos trompetas en la mano. Tocaba la primera y decía: «Quien desoye a mi Señora, será eternamente sordo en la beatitud ²⁷⁹ y no podrá nunca oír ni ver la suprema armonía y las maravillas del poderoso Amor». La otra trompeta cantaba y decía: «Quien vuela por el camino que mi Señora elige será poderoso en el reino del Amor» ²⁸⁰. La otra muchacha llevaba un hermoso traje cortesano y dos palmas secas en las manos, selladas con un libro. Con ellas apartaba de su dama el polvo de los días y las noches, de la luna y del sol, pues no quería que le cayera polvo de nada ²⁸¹. La tercera llevaba un hermoso vestido negro y tenía en la mano algo como una linterna, llena de luz del día, con la cual su Señora descubría la profundidad del abismo y de la altura de la más sublime ascensión ²⁸².

2. Rápidamente se me acercó la reina, puso su pie sobre mi cuello y me preguntó con voz terrible ²⁸³: «¿Sabes quién soy?» Y yo repuse: «Claro que lo sé. Tú me has afligido y me has hecho

²⁷⁸ Sigue una explicación en el párrafo 3. Numerosos elementos de la descripción se recogen en Ap 4,4-6.

²⁷⁹ El peligro de quedarse estancado en dulces sentimiento amorosos, sin darse cuenta de que Dios está mas allá de lo que se puede recibir de sentimiento y dones.

²⁸⁰ El mensaje de las dos trompetas es: la razón y el amor son complementarios. La razón es muy importante en el camino del amor (cf. Carta XVIII). En el párrafo 2 se dirá que esta doncella es el sagrado temor, que mantiene viva la reverencia por la grandeza de Dios y la convicción de no merecerlo. También es el temor que continuamente señala la necesidad de ejercer las virtudes.

²⁸¹ La segunda doncella es la facultad de distinguir (párrafo 2), que distingue entre amor y razón y da a entender cuál es el lugar de ambos en la vida mística. Esta doncella ayuda a mantener pura a la razón, quitando el polvo de los días y noches: libre de las limitaciones de los puntos de vista mundanos. Lo hace para mantener siempre presente la perspectiva del cielo: las palmas refieren a los mártires, y el libro, a los cuatro evangelistas.

²⁸² La tercera doncella se identifica en el párrafo 2 con la sabiduría, el punto más avanzado que puede alcanzar la razón.

²⁸³ La razón daña a Hadewijch, porque le recuerda su insuficiencia ante Dios. Cf. Canción XXV y XXX.

daño tanto tiempo... Eres la razón de mi alma ²⁸⁴, y las que forman tu cortejo son familia de mi casa. Aquella que toca la trompeta es mi santo temor que ha puesto a prueba la perfección de todos los aspectos de mi amor. La segunda es la que distingue entre tú y el amor y que ha examinado la voluntad, el reino y el bienestar de ambos. La tercera es la sabiduría, que me ha permitido conocer tu poder y obras en el amor. Por ella he conocido al único Dios en Dios y a Dios como todas las cosas en Dios y a cada cosa como de Dios, cuando yo, en el espíritu, estoy unida a él».

3. Entonces pregunté yo: «¿Qué noticias me traes?» Ella dijo: «Es verdad. Con este vestido cubierto de ojos estás ahora adornada tú ²⁸⁵. Me has revestido de gloria celestial. En él pueden contarse mil ojos, la cantidad exacta de las virtudes. El fuego de cada ojo procede del conocimiento del Amor. Su transparencia cristalina viene de la pérdida y del morir cien veces en un sufrimiento que hace conocer». Y cada ojo, dibujado por el conocimiento del Amor y por el sufrimiento, tenía una corona que se le adecuaba perfectamente, así que cada uno de ellos tenía una corona espectacular ²⁸⁶.

4. Cuando mi Razón me informó de esta manera, me hizo considerar a cada uno de mis compañeros y compañeras y lo hice bien. Se me sometió luego y se retiró. Llegó el Amor y me tomó en sí y yo salí de mi espíritu ²⁸⁷ y permanecí yaciente, ahogada hasta bien entrado el día en indecibles maravillas.

VISIÓN X

En esta visión, Hadewijch ve en el espíritu cómo una ciudad igual a Jerusalén se adorna y se prepara para unos esponsales. En tres discursos —de un águila, un evangelista y del mismo Cristo— se presenta a Hadewijch solemnemente como a la prometida de Cristo. Ella, por su dedicación exclusiva a Dios, que le ha hecho apartar de sí todos los consuelos terrenales, y por vivir una vida de imitación de Cristo,

²⁸⁴ La reina va a representar la razón de Hadewijch.

²⁸⁵ Hadewijch lleva ahora el vestido de la Razón, porque ha integrado la razón en su vida.

²⁸⁶ La corona de cada ojo significa el poder del amor.

²⁸⁷ La experiencia de la unión mística, fuera del espíritu.

ha alcanzado la madurez en el amor. De esta manera se convierte en ejemplo para los que piensan que Dios es inaccesible.

1. Fui tomada en el espíritu el día de San Juan Evangelista, durante el período de Navidad. Entonces vi cómo fue instalada una ciudad nueva, que se llamaba Jerusalén y que era como aquella ²⁸⁸. Se embelleció con decoración nueva de extraordinaria hermosura. Y los servidores eran los seres más bellos del cielo, de los llamados eunustus y aureolas ²⁸⁹. Todos estos seres celestes santificados por el amor adornaban la ciudad junto con todos los vivos ²⁹⁰. E invitaban a todas las nuevas maravillas que las maravillas engendran. En el centro de la alta ciudad volaba un águila ²⁹¹ que clamaba a voces ²⁹²: «¡Oh, todos vosotros, poderosos señores, aquí conoceréis la eternidad de vuestro dominio» ²⁹³. Volvió a volar sobre la ciudad llamando: «La hora se acerca. Todos vosotros que vivís ²⁹⁴, uníos a ella que posee la vida». Y por tercera vez llamó y dijo: «Oh, vosotros, los muertos ²⁹⁵, venid a la luz y a la vida, y todos los que no estáis preparados, pero tampoco tan desnudos que no podáis asistir a nuestras bodas ²⁹⁶, venid a nuestra abundancia y conoced a la novia

²⁸⁸ «Y la Ciudad Santa, la Jerusalén nueva, la vi bajar del cielo, de junto a Dios, preparada como una novia adornada para su esposo» (Ap 21,2). Véase también Ap 21,10-22,5. Muchas imágenes en esta visión proceden del Apocalipsis.

²⁸⁹ Los *eunustus* y los aureolas representan aquí a los más nobles seres celestiales. Son todas las formas de la santidad. Aureola evoca la imagen de la glorificación de mártires, vírgenes y doctores de la Iglesia. *Eunustus* es una alteración de «eunuco» y refiere a la castidad, mejor dicho, el celibato, por el bien del reino de los cielos (Mt 19,12). Cf. también: «Que no diga el eunuco: “Yo no soy más que un árbol seco”. Porque así dice Yahvé: “A los eunucos que guardan mis sábados, eligen lo que me agrada y se mantienen en mi alianza, Yo les doy en mi casa, entre mis muros, un monumento y un nombre mejor que hijos e hijas, les doy un nombre eterno que nunca se borrará” (Is 56,3-5).

²⁹⁰ Los vivos son almas del cielo, o todavía de la tierra (cf. parágrafo 3), que han vivido o viven «en el amor, en el espíritu de la alta virtud».

²⁹¹ Esta águila será, como en Visión V, San Juan Evangelista.

²⁹² «Y, en mi visión, oí a un águila que volaba al cenit decir con voz potente...» (Ap 8,13).

²⁹³ Lo que se muestra a los poderosos señores es la propia Hadewijch. Cf. parágrafo 2.

²⁹⁴ Cf. nota 290.

²⁹⁵ Los «muertos» son las personas que no creen en, o desesperan de la posibilidad de unirse a Dios. Cf. Visión V,2 e *Introducción*, p.42-43.

²⁹⁶ «Tampoco tan desnudos que no podáis asistir a nuestras bodas»: Cf. Mt 22,11: «Al entrar el rey para ver a los comensales vio allí a un hombre sin traje de

que ha apurado por amor todas las angustias del cielo y de la tierra ²⁹⁷. Ella ha conocido tan profundamente la angustia del país extraño, que yo manifestaré ahora cuán grande ha sido su crecimiento en el reino de las tinieblas (Job 10,21): ella será grande, conocerá el reposo y la voz del poder será completamente la suya».

2. Entonces apareció un evangelista y dijo: «Estás aquí y se te manifestará la gloria de tu deplorable exilio. La espléndida ciudad que ves es tu libre conciencia. Y su elevado adorno son tus múltiples virtudes, practicadas con perfecta paciencia. Y el adorno que la rodea es tu celo ardiente, que ha vencido todas las duras pruebas. Virtudes nunca vistas, que tú has puesto en práctica cada vez con nuevo celo, son los incontables ornamentos que cubren la ciudad. Tu alma bienaventurada es la novia de esta ciudad. Aquí se encuentra la suprema compañía, la de los que viven completamente en el amor y en el espíritu de la alta virtud. Todos los que aquí ves, con el nombre de eunustus y aureolas, y todas las multitudes del supremo poder, han venido para rendir el debido homenaje en tus nobles esponsales. Y todos los vivos del cielo y de la tierra renovarán su vida con esta boda. Los muertos sin esperanza que son iluminados por tu conocimiento y los que sueñan con la gracia o están en el purgatorio, quienes, por una parte, están todavía pendientes de la virtud y que no están tan desnudos como para no creer en la unión de vosotros dos, serán colmados de gracia por esta boda».

3. Entonces escuché una poderosa voz que clamaba: «Paz nueva y nueva felicidad a todos vosotros. Mirad aquí. Ella es la esposa que ha tomado parte de todos vuestros oficios con perfecto amor; tan grande es su amor que hace crecer a todos los que la rodean». Y me dijo: «Mira, esposa y madre ²⁹⁸, sólo tú has

boda». La gente que sí puede asistir a la boda está, a pesar de todo, dispuesta a creer posibles los esponsales entre Dios y el hombre, Cristo y Hadewijch. Ellos mismos no son *la esposa* de la unión porque «no están listos». El hecho de que estén en la fiesta significa, por un lado, que pueden confiarse a la dirección de Hadewijch; por otro lado, que hay todavía esperanza para ellos.

²⁹⁷ En el sufrimiento, en la búsqueda de la semejanza con Cristo, se convierte en esposa. Hadewijch entonces ha cumplido el mandato de la Visión I.

²⁹⁸ Hadewijch es nombrada «esposa» porque ha cumplido con todas sus tareas

podido vivirme como Dios y como hombre. ¿Qué piensas? Todos los eunustus privados de placeres terrenales, ¿en qué se convertirán? Lo que tú eres para todos ellos: la única que nunca ha probado el veneno terrenal, la única que ha llevado una medida inhumana de dolor entre los hombres, tú sufrirás hasta el fin con lo que yo soy y ambos permaneceremos unidos. Gózame ahora en lo que soy por la fuerza de la victoria, y los que se satisfacen por ti, vivirán eternamente por ti».

4. Y la voz me sumergió en ella con indecible maravilla, desfallecí dentro de él y perdí la conciencia para ver y oír más ²⁹⁹. Permanecí echada en este gozo una media hora ³⁰⁰. Pero con ella terminó la noche y yo volví lastimosa y gimiente a mi exilio, como hice casi todo el invierno. Continuamente me ocupaban el ejercicio del amor, o las revelaciones, o alguna cosa extraordinaria que mi amor me proporcionaba.

VISIÓN XI

En una visión, Hadewijch ve una sucesión de imágenes, más o menos independientes entre sí: un torbellino que remite a la Deidad, el nacimiento de un niño en los espíritus que aman en secreto (relacionado con la fecha de Navidad), la forma esencial de todo tipo de espíritus, y un fénix que devora a dos águilas. Estas águilas son la propia Hadewijch y San Agustín, con quien vive un solo amor en la Trinidad. Sigue a la visión un largo y reflexivo lamento por haber experimentado tanta

perfectamente. También se la llama «madre», es decir, que ha cumplido el servicio activo al amor. En Visión I,11, ya se usó la imagen de «llevar al amor», como gestante. Es también imagen de la *imitatio Christi*. Ahora se añade algo a la imagen: Hadewijch es también madre, porque su perfecto amor sirve de ejemplo a otras y las hace crecer en el amor para que también ellas se «satisfagan», es decir, lleguen al estado de la madurez espiritual al que estaban destinadas. Cf. la imagen de la maternidad —en este caso, fallida— en Carta XXX,14: «Nuestra humildad está en nuestra voz, en el rostro, en la apariencia, pero no porque reconozcamos plenamente la grandeza de Dios ni nuestra pequeñez. Por eso no llevamos como una madre al Hijo de Dios, ni lo amamantamos con ejercicios de amor. Tenemos demasiada voluntad propia, y deseamos demasiado el descanso y buscamos demasiado nuestra comodidad y nuestra paz».

²⁹⁹ Esalzada fuera del espíritu (cf. La estructura de las Visiones, Introducción, p.14-15).

³⁰⁰ La escritora expresa con esto la brevedad de la experiencia. La media hora de duración se corresponde con Ap 8,1: «Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo en el cielo un silencio como de media hora».

complacencia en la unión con San Agustín: hasta ese momento se había unido exclusivamente con Dios, al margen de santos y hombres. La parte final del texto medita acerca de cómo es la relación entre el amor al hombre y el amor a Dios, en el camino místico.

1. Yacía bastante triste una noche de Navidad, y fui tomada en el espíritu. Entonces vi un profundísimo torbellino, inmenso y muy oscuro. En su enorme interior estaban contenidas todas las cosas ³⁰¹. La oscuridad iluminaba y lo penetraba todo. La profundidad del torbellino era tal, que nunca nadie podría llegar hasta el fondo. Renuncio a decir cómo era, porque no es el momento de hablar de ello. Por un lado, no puedo ponerlo en palabras, pues es inexpresable. Pero, además, no viene al caso porque hay mucho más. Lo que yo vi allí era todo el poder de nuestro Amado. Dentro, vi que el cordero ³⁰² tomaba posesión de nuestro Amado ³⁰³. En el vasto espacio vi fiestas como aquella en que David tocó el harpa y rasgueó los acordes. Vi nacer a un niño ³⁰⁴ en los espíritus, que aman en secreto y que son secretos para sí mismos en la profundidad que he dicho, y a quienes sólo falta perderse en esa profundidad ³⁰⁵. Vi las formas de diferentes espíritus, cada una correspondiente con la que había tenido en vida. Los que vi y conocía continuaron siéndome conocidos y los que aún no conocía se me hicieron conocidos, algunos de ellos por su interior y también, en su mayor parte, por el exterior, y a algunos que nunca vi externamente, los reconocí por el interior.

2. Entonces vi venir un ave como la que llaman fénix ³⁰⁶. Devoró ³⁰⁷ un águila gris que era joven ³⁰⁸ y un águila con las

³⁰¹ El gozo unitario en la Esencia divina, en que todo está acogido desde siempre, sin comienzo. Cf. *Introducción*, p.21.

³⁰² Cf. Ap 5.

³⁰³ El cordero, imagen de Cristo en su humanidad, se une con la divinidad.

³⁰⁴ El nacimiento del Niño no sólo ocurrió hace 2000 años, en Belén, sino que ha de nacer de nuevo en todos los que aman perfectamente.

³⁰⁵ No han olvidado completamente los esfuerzos experimentales.

³⁰⁶ El ave fénix (cf. las últimas líneas de este parágrafo) representa la Trinidad.

³⁰⁷ Devorar es atraer a la Unidad (cf. parágrafo 5, Visión XII,1 y Carta XVII,3).

³⁰⁸ El águila es el símbolo del alma contemplativa (cf. Visión V,1; VII,2; Carta XXII,23). El águila gris, que era joven, resulta ser Hadewijch (parágrafo 2). Ella es todavía joven en edad terrenal, pero su plumaje gris señala a la vejez. Con esto se refiere a su existencia eterna en Dios.

plumas rubias y nuevas que era vieja ³⁰⁹. Las águilas volaban sin parar por la profundidad del abismo que allí había ³¹⁰. Entonces escuché una voz como la del trueno (Ap 6,1), que dijo: «¿Sabes quiénes son esas aves de diferentes colores?» Yo respondí: «Me gustaría saberlo mejor». Inmediatamente, percibí con claridad lo que contenían las cosas que veía, porque todo lo que ve en espíritu quien ha sido raptado, se comprende, se gusta, se entiende y se penetra de parte a parte. Así era también en este caso. Sin embargo, yo quería volver a escuchar la voz con la que me había hablado mi Amado. Y se me contó la verdad sobre todas las cosas, sobre todas sus esencias y perfecciones. Pero ya me alargó demasiado. Lo dejo pendiente, pues sería necesario completar un gran libro para escribirlo todo, siendo fiel a la completa verdad. En cuanto a las aves devoradas, una era San Agustín, la otra era yo. El aguilucho con las plumas grises era yo, que venía, me iniciaba y crecía en el amor. El águila rubia y vieja era la madurez de San Agustín, perfecto y colmado en amor a nuestro Amado. Las viejas plumas que yo tenía significaban que la naturaleza de mi eterno ser era perfecta, aunque mi ser terrenal fuese aún principiante. La jóvenes plumas del águila vieja eran el esplendor nuevo que recibía de mi amor, del amor con el que yo tanto le amaba, deseando vivir con él un solo amor en la Trinidad, donde él mismo arde tan totalmente de amor inextinguible. Lo juvenil que tenían las viejas plumas rubias significaba también la juventud eterna del amor, que no deja de crecer en el cielo ni en la tierra. El fénix que devoró a ambas águilas era la Unidad, donde reside la Trinidad, en que nos habíamos perdido ambos.

3. Cuando volví en mí misma, donde me encontraba pobre y exiliada, reflexioné sobre la unión a que había llegado con San Agustín. No me gustó que mi Amado hiciera que yo encontrara gusto y placer en ello. Me pesaba ahora que me hubiera complacido tan completamente aquella unión, mientras que antes, le-

³⁰⁹ El águila vieja es (cf. parágrafo 2) San Agustín. Él ha alcanzado la madurez, pero tiene aún plumaje joven. Y esto, gracias a Hadewijch.

³¹⁰ El vuelo incesante por la profundidad significa el ser acogido en la insondable Trinidad divina.

jos de la gente y de los santos, la había tenido sólo con Dios. Por eso comprendí que ni en el cielo ni durante el rapto del espíritu se puede disfrutar la propia voluntad, sino lo que el Amor mismo quiere. Y, como yo pensaba en esta imperfección, pedía a mi Amado que me librara de ella, porque deseaba quedarme en su profundidad suprema, sola con él, en el goce de la unión. Comprendí también que desde mi infancia Dios me había atraído hacia él exclusivamente, lejos de todos los otros seres, y que me había acogido de modo diferente. Bien sabía yo que todo lo que está en Dios es gloria eterna y pura alegría, pero, no obstante, yo quería quedarme sólo en él. Obtuve este derecho cuando lo pedí y deseé tan ardiente que estuve a punto de no poderlo soportar. Entonces quedé libre. Sin embargo, había continuado perteneciendo a Dios mientras amaba al hombre. Pero la libertad que yo ganaba me fue dada por añadidura a causa de algo que él no tenía, ni otros tampoco.

4. De ninguna manera rechazaba la unión con Agustín para ponerme por encima de él. Pero, como conocía en qué consiste esencialmente la unión, no quería recibir placer de él, que era un ser humano, ni darme por satisfecha con él a cambio de mi esfuerzo, ni tampoco quería contentarme con la seguridad que recibí al haber estado unida al santo. Como soy persona libre y, en parte, también pura, puedo decidir con mi voluntad libremente y poner mis miras tan alto como quiera, y recibir de Dios y aceptar lo que él es sin prohibición ni disgusto de su parte, lo que no haría ningún santo. Pues los santos tienen plenamente todo lo que desean y nunca pueden desear más de lo que ya tienen. Por esa razón he odiado muchos grandes milagros y experiencias³¹¹, porque quería pertenecer sólo al Amor y no podía creer que hubiera otra persona que le amara de todo corazón como yo³¹². Aunque estoy convencida de lo contrario, de que no hay lugar

³¹¹ Aquí podría pensarse en fenómenos paramísticos y experiencias místicas de los principiantes. Algunos se quedan estancados en ese punto, al tomar los dones y olvidar a quien los da. El anhelo de Hadewijch siempre la impulsa más lejos, hacia lo último y esencial, el Amor mismo, aunque éste es inaprensible.

³¹² Cf. Carta XI, 1.3.

para dudas, todavía no puedo ni creerlo ni sentirlo, tan íntimamente me ha tocado el Amor.

5. Dejando a un lado esos grandes milagros, quiero pertenecer sólo a Dios en puro amor y a mi santo en amor³¹³ y, después a todos los santos, a cada uno según su dignidad, y a los hombres en la medida en que han amado, en la medida de lo que han sido, y todavía son. Por todo ello nunca he encontrado ningún reposo en el amor, tan fuerte pesaba en mí el peso del Amor. Porque yo era un ser humano y la Deidad es tan temible y tan implacable, que devora y quema sin dejar nada a salvo. El alma está comprendida entre estrechas orillas, rápidamente se desborda y sus diques se rompen pronto. Así ha desgarrado la Deidad, rápida y completamente, a la humanidad.

6. A los santos los he amado por lo que eran. Mi única alegría en ellos era la alegría que él ha encontrado en ellos, aunque también esa alegría me ha dado pena. Sí, siempre, por cuarenta penas, una alegría. Era consciente de que había sonrisas para ellos, mientras que yo lloraba; de que ellos se alegraban mientras que yo me lamentaba, y de que se les honraba y ellos le honraban en todos los países, mientras que yo era objeto de burlas. No obstante, ésta era mi alegría más grande, puesto que él lo quería así. Pero era una paz igual a la que pueden tener los que aman y desean la unión y encuentran en este deseo lo que yo tengo.

7. El reposo que yo tenía entre la gente era amar a cada uno por lo que era, deseándole a cada cual lo que le era querido y bueno, proviniera el deseo de su propia voluntad o de la voluntad divina, con eso yo no me entretenía. Pero lo que tenían en el amor, lo amaba por Dios mismo, él podía fortalecerlo y hacerlo crecer a la perfección. Eso deseaba. No tenía mayor alegría que amar que él sea amado.

8. El que hubiera gente demasiado pequeña y que le rechazara era un grave peso para mí, porque estaba tan llena y tan prisionera de amor por él, que casi no podía soportar que alguien le amara menos que yo. Mi caridad me hería amargamen-

³¹³ A Dios, «en puro amor»: incondicionalmente. A San Agustín, «en amor»: en la medida que este amor se corresponde con el amor a Dios.

te porque él los dejaba tan extraños, tan carentes de lo bueno que él es en el amor. Esto me pesaba con tanta frecuencia que me ocurrió, como a Moisés por amor a su hermana ³¹⁴, que hubiera querido que diera su amor a los otros y me lo retirara a mí. A cambio de que les amara a ellos, hubiera querido pagar el precio de su odio. Como no lo hacía, a veces me hubiera apartado de él para amar a quienes tanto odiaba, a pesar de su cólera. Porque esos desgraciados no podían sentir el dulce amor de su sagrada naturaleza. Así les hubiera amado voluntariamente si hubiera podido.

9. ¡Ah!, la caridad es lo que más profundamente me ha herido después del mismo Amor. ¿Qué es el Amor mismo? Poder divino que siempre tiene prioridad. Para mí siempre la tiene. Porque el poder que es el Amor mismo no salva a nadie, ni con su odio ni con su amor. No concede ninguna gracia. Este poder me impedía que, en un abrir y cerrar de ojos, liberara a todo el mundo contrariando sus designios. Cuando así quería ir en contra suya, vivía con dignidad y libremente. Podía pedir lo que quería. Pero en la sumisión al Amor vivía aún más digna y acogida en la naturaleza divina ³¹⁵.

10. Tan moderadamente he vivido como humano, que no he buscado mi reposo ni en los santos ni en los hombres, y por eso he vivido miserablemente fuera del Amor, por el amor a Dios y a los suyos. Y si no recibo de él lo que es mío, me falta porque Dios lo quiere, y en ese caso, es y continúa siendo mío ³¹⁶. De esta manera, he sentido el Amor sólo en nueva muerte hasta que llegara la hora de encontrar consuelo y de que Dios me revelara el orgullo perfecto del amor: saber cómo se debe amar al hombre en Dios mismo y conocer la verdad de am-

³¹⁴ Moisés da la cara por su hermana ante Dios, después de que ella se hubiera puesto en su contra (Núm 12). El texto bíblico no dice que Moisés quiera que la sentencia recaiga sobre él. Este pensamiento lo añade Hadewijch pensando posiblemente en Ex 32,31-32: «Y Moisés volvió a Yahvé y dijo: «¡Ay! Este pueblo ha cometido un gran pecado. Se han hecho un dios de oro. ¡Si tú quisieras, a pesar de todo, perdonar su pecado! Si no, bórrame del libro que has escrito»».

³¹⁵ Cf. Visión V y VI.

³¹⁶ «Es y continúa siendo mío», puesto que es la voluntad de Dios y la voluntad de Dios es la suya.

bas en una sola naturaleza. Ésta es la vida más valiosa que jamás se ha vivido en el reino de Dios. Dios me dio a veces esta rica alegría.

VISIÓN XII

Esta visión se centra en la profundidad abismal de Dios y en cómo Hadewijch, no obstante, está a la altura de la unión de amor con él: la visión describe su boda mística. Se pueden distinguir tres partes en el texto. En la primera parte (1-3), Hadewijch ve un disco que gira a gran velocidad; y, sentado sobre él, a Alguien inmóvil. A continuación, percibe el Rostro de ese Ser; mientras tanto, cuatro águilas aluden con creciente claridad a su calidad de esposa y a la grandeza que le aguarda, invitándola a enfrentarse con el Rostro. La segunda parte (4-18) hace entrar en escena a los testigos: las virtudes que adornan a la esposa y la acompañan hasta su Amado. En la tercera parte (19-20), Hadewijch es acogida en la unión con Aquel que estaba sentado en el disco y recibe del águila su confirmación como esposa.

1. Un día de Epifanía fui atraída fuera de mí durante la misa y tomada en el espíritu, fuera de mí misma ³¹⁷. Vi una ciudad grande y alta adornada con todo lo que es perfecto ³¹⁸ y en cuyo centro Alguien estaba sentado sobre un disco ³¹⁹ que constantemente se revelaba y ocultaba en su misterio ³²⁰. El que estaba sentado permanecía inmóvil, a pesar de que en el interior mismo del disco giraba con una increíble rapidez ³²¹. El torbellino donde tenía lugar el giro del disco era de una profundidad inaudita y tan tenebrosa que no puede compararse con ningún horror. El disco, por la parte interna de su cara superior, dejaba aparecer todo tipo de piedras preciosas con el fondo de oro puro ³²²; por el contrario, en su parte oscura, donde se producía el impresionante giro, parecía llamas terribles ³²³ que devoraran el cielo

³¹⁷ El comienzo de la experiencia visionaria. Cf. *Introducción*, p.14.

³¹⁸ La epístola de la misa de aquel día pertenece a la profecía de Isaías y trata de la nueva Jerusalén.

³¹⁹ Cf. Visión I,17, símbolo de la eternidad.

³²⁰ Simboliza la manifestación continua de las Personas divinas y su constante retorno a la Unidad.

³²¹ Simboliza a Dios que es lazos dinámicos y, al mismo tiempo, reposo y unidad (cf. nota anterior).

³²² Cf. el oro y las piedras del muro de la ciudad en Ap 21,18-19.

³²³ Las llamas simbolizan el amor de Dios, que a todos y todo devoran.

y la tierra, de manera que allí todo se perdía y todo quedaba engullido.

2. Nadie que no perteneciera a las terribles llamas del disco y se hubiera lanzado a la profundidad del abismo podía ver el Rostro de quien se sentaba allí. Y este Rostro atraía hacia él y a la vida a todos los muertos, hacía florecer todo lo que era árido, y todos los pobres que fijaban en él su mirada recibían abundante riqueza. Los débiles se tornaban fuertes y todos los que vivían en división y multiplicidad se hacían uno en ese Rostro. El que allí se sentaba estaba vestido con una túnica, más blanca que la blancura misma (Mc 9,3), que llevaba escritas sobre el pecho estas palabras: «Amado de todos los que aman».

3. Caí postrada ante el Rostro para adorar la verdad de este Ser terrible que veía revelado. Entonces un águila voló hacia mí gritando con fuerte voz y diciendo: «La amada no sabe todavía cómo llegar hasta aquí». Otra dijo: «No sabe todavía cuál es el camino supremo». La tercera dijo: «La amada no sabe qué gran reino recibirá como esposa». La cuarta me dijo: «Resiste y espera, no te prosternes ante este Rostro. Los que se inclinan ante él y lo adoran reciben la gracia; pero los que se mantienen de pie y lo atraviesan con la mirada ³²⁴ reciben la justicia y se hacen capaces de conocer los profundos abismos, que tan temibles son para quienes no los conocen».

4. Entonces fui elevada por la voz del águila que me estaba hablando. Y llegó un desfile adornado festivamente, cada cual con sus propias obras. Eran todas las virtudes, que llevaban una esposa a su Amado. La habían servido tan espléndidamente y habían sabido mantenerla tan digna que podían presentarla justamente al poderoso gran Dios, que la recibiría como esposa.

5. Ella llevaba el vestido que era la perfecta simple voluntad, que siempre está sin tristeza, colmada de virtudes y adornada con todo lo que se llama ornamento. Este vestido estaba adornado con todas las virtudes y de cada una llevaba el signo y el nombre escrito, como sigue.

³²⁴ El amor vence.

6. La primera era la Fe, que la había elevado desde su baja condición ³²⁵.

7. La segunda, la Esperanza, que la había elevado sobre sí misma gracias a su firme confianza en la fruición eterna.

8. La tercera, la justa Fidelidad, la proclamaba noble, porque nunca había renegado, ni en las peores pruebas.

9. La cuarta, la Caridad, la proclamaba rica, porque siempre se había entregado en cuerpo y alma al servicio, hecho este que nunca le permitió faltar a los ricos dones, por eso ella fue conocida en toda su riqueza, por su entrega total.

10. La quinta virtud, el Deseo. Éste, a ella, la proclamaba grandiosa y a sus prados maravillosos y tan espléndidos en riquezas, que ella había podido recibir perfectamente a todo el gran cielo en ellos.

11. La sexta, la Humildad, proclamaba tan insondable su profundidad, que ella pudo recibir el gran cielo completo en su profundidad, que no tenía fin.

12. La séptima, el Discernimiento. Ésta proclamaba que era tan perspicaz que sabía poner cada cosa en su lugar: el cielo, tan alto como está; el infierno, tan profundo; el purgatorio, en su sitio; los ángeles, en el coro que les corresponde; los hombres, donde les corresponde, según caigan o permanezcan en pie. Dejar actuar a Dios a su manera se ajusta perfectamente al vestido de la perfecta simple voluntad.

13. La octava, sus fieles, poderosas Obras. La proclamaban tan fuerte, que no ha dejado nada sin hacer; sola, ha vencido todos los obstáculos, y por ella ha sido elevada toda bajeza y toda altura bajada.

14. La novena, la Razón. Ésta demostraba que era ordenada y seguía a la Razón como regla para establecer justicia y para que le fueran iluminados los más queridos deseos de su Amado. Demostró también que había bendecido y condenado como él mismo a los que lo aman y a los que lo odian. Y ella dio lo que él dio y tomó lo que él tomó.

³²⁵ Creer que se es llamado a la alta unión con Dios.

15. La décima, la Sabiduría. Demostraba que ella sabía cómo se pueden dominar todas las virtudes que se deben practicar para satisfacer plenamente al Amado. Demostraba también que sabía todo de cada una de las tres Personas dentro de la Unidad de su profundo abismo, bajo el maravilloso temible disco donde se sentaba Aquel que recibiría a la esposa.

16. La undécima, la Paz, demostraba que era buena y hermosa de rostro y hábil en el abrazo perfecto, en el beso continuado y en la adoración y en cada caricia de amor que los enamorados ofrecen a sus amados, y que ella era anunciada y nacida con él, que cada uno de ellos había nacido del otro, que ella creció con él y había compartido su vida con él, en el mismo sufrimiento, miseria, sinsabores, en la piedad por todos los afectados por la cólera de la justicia. Ellos se nutrían el uno del otro en cuerpo y alma, ella nunca había recibido consuelo extraño, ella murió con él e hizo libres a todos los prisioneros y unió todo lo que él unió y se alzó con él de entre los muertos y, unida a él, ascendió hacia el Padre, y allí, con él, conoció a su Padre como Padre y, con él, a él mismo como Hijo y, con él, al Espíritu Santo como Espíritu Santo, y con él, precisamente como él, conoció a los Tres como Uno y conoció la Esencia en la cual son Uno. Esto manifestó la Paz acerca de ella, que ha vivido todo ello de esta manera y que continuará tratando a su Amado perfectamente con Amor en el Amor.

17. La duodécima virtud, la Paciencia, que la ha alejado de toda ira, sin pena en las penas, para recibirlas como instrumentos de buenos servicios y como un nuevo abrazo. Esta virtud la declaró divina en su ser y en sus obras.

18. De esta manera, el vestido de la voluntad unitaria está adornado con la naturaleza divina. De tal modo adornada, llega la novia con esta noble compañía como en una presentación emblemática. Lleva sobre su pecho un alfiler con el sello de Dios (Ap 7,2) como señal de haber compartido la íntima vida de la unión divina. Era un signo de que había comprendido su palabra secreta (Job 4,12) desde esa profundidad. Así entró ella a la ciudad, rodeada por esta compañía, entre el gozo del amor y el

mandamiento de las virtudes. El mandamiento la llevó hasta allí y allí encontró el gozo.

19. Y cuando fue conducida hasta el elevado trono que ya he nombrado, el águila que me había hablado me dijo: «Contempla ahora ese Rostro y conviértete en la esposa perfecta del magnífico Esposo y contéplate como tal a ti misma». E inmediatamente me vi tomada por Aquel que se sentaba en el remolino, sobre el disco giratorio. Allí fui unida a él y comprendí nuestra unión. Mientras estaba en esa unión, el águila dijo: «Ahora te das cuenta, oh todopoderosa que antes llamaba "amada", que no sabías por dónde vendrías ni cuál sería tu camino supremo ni qué reino recibirías como esposa de tu Esposo. Cuando caíste ante su Rostro, te parecía inaccesible para un alma sencilla. Cuando te levantaste y lo atravesaste con la mirada, te viste, igual que nosotros, como la verdadera esposa, adornada con el sello del amor. Tú, todopoderosa, has recibido en lo más profundo la palabra secreta que escuchó Job: *Porro dictum est*» (Job 4,12) ³²⁶.

20. En esa profundidad me vi sumergida. Allí recibí la seguridad de ser recibida como esposa en mi Amado, y mi Amado, en mí.

VISIÓN XIII

Como la siguiente y última visión, no describe ninguna nueva experiencia visionaria, sino que profundiza en la explicación de lo actual. Ésta es la clave de la imaginaria indagación del camino propio de Hadewijch. Éste es también el punto culminante del Libro de las Visiones. Consta de seis partes.

- En la primera (1-6), Hadewijch ve un cielo nuevo, donde aparece la faz de Dios. El Rostro se encuentra rodeado por tres pares de alas selladas. Éstas van a abrirse (aunque no definitivamente) de modo que Hadewijch pueda ver la altura, anchura y profundidad del Rostro donde aletean. A continuación, ve un gran desfile de serafines que acompañan, cada uno, a un perfecto amante y los serafines abren las alas centrales para siempre. Los amantes se adentran en el Rostro.

- En la segunda parte (7-10), Hadewijch ve en el ojo del Rostro un trono sobre el que está sentado el Amor, tocado como una reina. El serafín que acompaña a Hadewijch le deja ver que se ha hecho completamente semejante al Amor.

³²⁶ «Me fue susurrada una palabra».

• En la tercera parte (11-12), puede ver cómo las alas superiores se abren y aparecen los humildes, los que siempre han sido plenamente conscientes de la grandeza de Dios y, por eso, cantan su alabanza ininterrumpidamente.

• En la cuarta parte (13-14), se abren las alas inferiores. Ahora se adelanta un grupo muy pequeño, pero mucho más admirable que los anteriores. Son los que han descubierto la libertad del amor, que exigen a Dios y que lo tocan en su insondabilidad con su infinito anhelo. Son los que experimentan perfectamente el amor.

• La quinta parte (15) es una pequeña intervención de María. Le comunica que también ella, Hadewijch, ha llegado a ser perfecta, pero ha elegido permanecer en la tierra para guiar a sus amigas a la madurez del amor.

• Al final de la visión (16), fuera del espíritu, cae en la más profunda profundidad de la unión.

1. El domingo anterior a Pentecostés, antes del alba, fui tomada en el espíritu y conducida hasta Dios ³²⁷; él me dejó conocer el Amor, que me había sido siempre escondido hasta ese momento ³²⁸. Allí vi y escuché cómo suenan las alabanzas del amor silencioso escondido por la humildad, que cree y dice y jura que no ama ni rinde honor ni justicia ni a Dios ni a los hombres, ni con amor ni con el servicio de las verdaderas virtudes. Allí descubrí y escuché cómo suenan las alabanzas y cómo adornaban al Amor de todos los amores.

2. Y en ese momento me fue manifestado un nuevo cielo (Ap 21,1) que antes nunca se me había mostrado ³²⁹ y el aleluya que cantan los serafines ³³⁰. Un serafín alzó la voz y dijo: «Aquí

³²⁷ Probablemente, tanto el comienzo de la visión como la dirección que toma vengan determinados por el salmo que se canta durante los maitines, el domingo anterior a Pentecostés: «Accedamus in conspectum ejus cum laudibus», y del que se reconoce un eco en las «alabanzas» que se escuchan dos veces en este comienzo.

³²⁸ Hadewijch ya ha recorrido un largo camino en el amor, tiene experiencia. El hecho de que muestre aquí un nuevo aspecto del Amor significa aproximadamente que el Amor se le ha revelado completamente ahora, y que éste es el punto culminante del *Libro de las Visiones*. Cf. Visión XIV,11: «Con excepción de estar fuera del espíritu, eran todas las demás visiones nada en comparación con este Rostro que yo vi en el nuevo trono de nuestro Amado».

³²⁹ Un «nuevo cielo» y «nunca antes mostrado» expresan una doble referencia a lo nuevo de esta experiencia y conocimiento.

³³⁰ Comparemos con la Visión I, donde Hadewijch es guiada a través del llano de las virtudes perfectas por un ángel del trono. Los ángeles del trono ostentan el último rango de la más alta jerarquía. En esta jerarquía del Pseudo-Dionisio, los serafines son el coro supremo de ángeles, que se encuentran en la más inmediata cercanía de Dios. Están inflamados por el fuego divino y arden de amor. Con esta nueva posición, se hace evidente la distancia que ha recorrido Hadewijch desde la Visión I.

tienes el nuevo cielo escondido, cerrado para todos los que nunca han llevado a término la gestación como madre de Dios ³³¹, que no huyeron con él a Egipto ni recorrieron con él todos los caminos, que no se presentaron a Dios donde la espada de la profecía atravesó el alma ni criaron al niño hasta que fue hombre y que, al final, no estaban junto a su tumba: para ellos quedará eternamente escondido».

3. Después de este canto y estas palabras fue desvelado el nuevo cielo. Allí se manifestó el Rostro de Dios, con el cual dará plenitud a todos los santos y todos los hombres por toda la eternidad. Ese Rostro tenía seis alas (Is 6,2; Ez 1,23-24; Ap 4,8), cerradas por fuera pero que volaban sin parar en su interior.

4. En ese momento, estallaron todas las cerraduras exteriores de las alas y vi dónde y hacia dónde vuelan. Las dos superiores vuelan hasta la altura donde Dios goza la fuerza suprema del Amor. Las dos alas centrales vuelan en el amplio espacio de la conducta perfecta del Amor. Las dos inferiores vuelan en la profundidad abismal donde él todo lo devora ³³². Las alas estaban todas igualmente extendidas sobre el Rostro. Y los sellos que cerraban por fuera las alas y el Rostro son las propiedades verdaderas de la poderosa Divinidad, que nadie puede conseguir completamente, si no quiere vivir como Dios y como hombre ³³³.

5. Después vi una gran multitud de serafines que cantaban todos «Aleluya, amén». Cada uno traía a un espíritu adornado ³³⁴; un gran cortejo, todos distinguidos con la fidelidad suprema ³³⁵ a la razón divina, ejercida como poderoso amor. En sus manos llevaban el sello abierto del Amor, que es la plena fidelidad del amor en todo. Todos llevaban el nombre en la fren-

³³¹ Antes se ha referido ya a la necesidad de ser madre de Jesús. Cf. Visión X,3, donde es denominada Hadewijch «esposa y madre». Cf. también Carta XXX,14.

³³² Los tres pares de alas simbolizan a las tres Personas divinas: «fuerza suprema del Amor»: el Espíritu Santo; «conducta perfecta del Amor»: el Hijo; «la profundidad abismal»: el Padre como principio de la Unidad.

³³³ La convivencia con la Santa Trinidad se describe bellamente en Visión XII,16.

³³⁴ Los serafines acompañan a los amantes perfectos, uno de los cuales es Hadewijch (párrafo 7).

³³⁵ La palabra clave es «fidelidad».

te. Son los gloriosos vencedores, servidos por los serafines. Pues han vencido en el amor por dejarse vencer ³³⁶, así obra la fuerza invencible del amor creciente.

6. Los serafines los llevaron y abrieron con los sellos de sus manos las dos alas del centro ³³⁷ del Rostro. Y han desfilado hacia dentro y ocupan el amplio espacio ³³⁸ y lo adornan con su nueva llegada. Pues el espacio era hasta este momento desconocido en el noble amor ³³⁹. Y alegran también allí con secretos cantos a Aquel que siempre ha llamado en el amor secretamente a grandes voces.

7. El serafín que era el mío y que me había llevado hasta allí me levantó, y entonces pude ver un trono en el ojo del Rostro: allí estaba sentado, ricamente adornado, el Amor en figura de reina ³⁴⁰. La corona de su cabeza estaba decorada con las nobles obras de los humildes, que alaban al verdadero Amor y, al mismo tiempo, creen que ni sirven ni aman al Amor ³⁴¹. Su veracidad siempre lo jura. Pues saben que no son nada y que el Amor solo es todo. Por eso, su triste y errante alabanza ³⁴² traspasa el espacio que nunca se puede recorrer completamente ³⁴³. Y esa alabanza alegró y enriqueció con nuevos cantos que nadie comprenderá jamás, sino aquellos que en su humildad habían perdido el Amor.

8. Desde los ojos de la reina Amor salieron espadas llenas de llamas ardientes (Ap 19,12). Desde su boca salieron relámpagos

³³⁶ Cf. Gén 32,25-32 (Jacob y el Ángel) y Carta XII,12.

³³⁷ La apertura de los sellos de las alas superiores y la de las inferiores se describe en los párrafos 11 y 13 respectivamente.

³³⁸ Los espíritus amantes ocupan ahora el amplio espacio de la conducta perfecta del Amor (el Hijo).

³³⁹ La verdadera (divina) profundidad de su amor les era hasta ahora desconocida. Pero su camino al servicio del Amor les ha hecho semejantes al Hijo.

³⁴⁰ Antes de la apertura de los sellos de las alas superiores e inferiores, los párrafos 7 a 10 realizan una descripción del Amor en figura de reina. Cf. *Nuestra edición*, p.45.

³⁴¹ Cf. párrafo 1, la introducción a la visión.

³⁴² Esta tristeza es causada por la consciencia de no amar nunca bastante. Esta imposibilidad fundamental les lleva a lanzarse en el abismo del Amor, una ciega entrega al servicio del amor que tiene frutos desconocidos y que puede proporcionar un encuentro increíble. Gracias a esta dinámica, la triste alabanza se transforma en nuevos cantos capaces de proporcionar alegría.

³⁴³ Éste es el amplio espacio de los fieles amantes del párrafo anterior. Fidelidad y humildad están estrechamente unidas.

y truenos. Su rostro era transparente, de manera que a través de él podían verse todas las maravillas que el Amor no ha realizado jamás y todavía puede realizar. No puedo continuar. Pues sobre lo que vi podría escribirse más de lo que se ha escrito en los salmos de David. Por eso me callo, y, quizás, para siempre. Ella abarcaba en los brazos abiertos todos los servicios que alguna vez se le han ofrecido y su lado derecho se cubría sin cesar de besos perfectos. Su cuerpo entero estaba lleno de manantiales de maravillas. Y en el espacio bajo sus pies tenía los siete dones, y delante de ellos tenía colocado un trono.

9. Y el serafín que me sostenía me sentó en el trono y me dijo: «Mira, éste es el Amor que contemplas en medio del Rostro de la naturaleza de Dios. Nunca fue mostrado a ninguna criatura hasta ahora. Aunque María conocía el verdadero Amor y los siete dones en la obra de las virtudes perfectas, no tuvo revelaciones celestiales antes de su Asunción. Pues estaba llena de entendimiento silencioso y amor divino y, por su relación y el camino con el Hijo, ya estaba completamente al tanto del más íntimo y supremo cielo».

10. Y añadió: «Mira tú misma, en adelante todas estas propiedades del Amor te son más conocidas que a mí. Pues tú, como madre del Amor ³⁴⁴, has visto las tres formas escondidas ³⁴⁵ que encuentras en ese Rostro del Amor. Nosotros, los que te servimos, lo vemos con asombro. Pero tú lo ves y lo verás con el entendimiento claro, como persona humana. Contempla y posee en adelante todo el reino que ves aquí en poder del Amor. Contempla estas tres hermosas formas que aquí ves adornando al Amor y la alta alabanza que tanta alegría da. En cada una de las tres te ves y encuentras a ti misma y, además, posees el reino íntegramente, adornado con el conjunto de las formas con que ves adornado al Amor» ³⁴⁶.

³⁴⁴ Hadewijch comparte ahora la santidad y la maternidad de María, porque, como ella, siempre ha seguido las huellas de Jesucristo.

³⁴⁵ Las tres formas escondidas: todavía deben desvelarse dos.

³⁴⁶ Alusión a la semejanza de Hadewijch con la Trinidad: se reconoce en las tres formas por separado y también en las tres como una sola totalidad.

11. Y cuando me miré a mí misma me di cuenta de que era así. Entonces pedí al serafín que abriera los sellos de las dos alas superiores y las dos inferiores que cubrían el Rostro. Y lo hizo. Cuando abrió las dos alas superiores aparecieron allí los que, por humildad, siempre se consideraban nada, quienes en ningún momento podían creer que tocarían el corazón del Amor alguna vez y creían que eran los más infelices en el amor ³⁴⁷. El adorno que llevaban era más inexpresable y superior a todo lo que jamás se haya leído antes, o visto en nuestro tiempo. Eran las formas que habían coronado a la reina Amor y adornado su rostro. Y su alabanza sonaba con voces tan dulces que fluían elevándose en nuevas corrientes y avivaban las llamas de tal manera, que arderían eternamente. La suprema altura multiplicó muchas veces su altura y el ancho espacio se hizo increíblemente vasto y muchas veces más bello de lo que era por los que habían llegado a través de los sellos del centro.

12. En la profundidad del Amor hubo ahora un nuevo sonido, que lo conmocionó todo, y una maravillosa, nunca oída alabanza. Una nueva fuente brotó con nueva violencia para añadir aún mayor plenitud a la nueva llegada de los espíritus ardientes. Estos adornados espíritus llegaron con alta fama delante del Amor y delante de mí, en el Rostro de las alas, y todos fueron colocados en su lugar por su serafín. Inmediatamente recibieron el mismo adorno que llevaba la reina Amor, sentada en su trono, y que también me había sido dado a mí.

13. Cuando se abrieron los dos sellos inferiores de las alas del Rostro llegó un cortejo menor pero con muchas más maravillas que todos los otros grupos. Éstos eran los que habían dejado su humildad entre ellos y el Amado por la libertad del amor ³⁴⁸ y que habían entendido en su relación con Dios cómo era en el poder de su razón y de su reino y de su bondad y de su dulzura y de todas las propiedades con las que se relaciona consigo mismo.

³⁴⁷ Cf. parágrafos 1 y 7 para la descripción de los humildes. Sus obras forman la corona de la reina Amor que está sentada en el ojo del Rostro.

³⁴⁸ El grupo más pequeño está formado por los que han renunciado a la humildad. Aunque plenamente conscientes de su incapacidad, se atreven a reclamar a Dios completamente para sí.

Habían conocido estas propiedades con la ayuda de los siete dones que, como dije antes, tenía el Amor bajo sus pies. Cuando todavía servían para alcanzar estos dones, tenían la humildad de María y de los que venían de los sellos superiores, que negaban su amor por humildad, reconociendo íntimamente la verdad del Amor, al mismo tiempo tan por encima de ellos, que no sabían de ellos mismos sino que no eran nada ante el Amor ³⁴⁹. Los siete dones son siete señales del Amor. Y el octavo es el toque del gozo que sobrepasa todo razonamiento y hace caer a un amado en el otro ³⁵⁰. Pero, como tenían los dones y conocieron el octavo y, además, el Amor les apremiaba, reclamaban a cada instante el gozo de la unión ³⁵¹. Y no se fiaban de su querido Amor y pensaban o creían que sólo ellos amaban y que el Amor no les respondía ³⁵². Esa desconfianza les lleva a tal profundidad que arrastran al Amor a un torbellino ³⁵³, y lo atacan con lo dulce y con lo ácido. Lo que el Amor da, se agría y se fermenta y se devora. Lo que toma, se enriquece por la gran violencia del gozo de las reclamaciones al Amor, de ser siempre tan grandes como el Amor mismo, de manera que ni Dios puede, con argucias, alejarles del Amor.

14. Éstos se adelantaron adornados igual que el Amor ³⁵⁴, con todos los ornamentos, y engalanados. El número de la compañía lo conozco, y es bastante pequeño. Los conozco a todos ³⁵⁵, estén en el cielo o en la tierra ³⁵⁶. De los que han madurado o madurarán con estas tres formas de amor, en el cielo sólo hay veintinueve y aquí sólo viven cincuenta y seis. De éstos, hay

³⁴⁹ La libertad del amor no aparece caída de la nada, cuenta con historia. Ésta es precisamente la humildad, la convicción de ser incapaces, pequeños.

³⁵⁰ En el servicio de amor (la humildad), el amante recibe señales del Amor. Pero hay algo que supera todos los dones y señales: el don de sí mismo del Amor. Hadewijch lo nombra como octavo don: la unión mística.

³⁵¹ La experiencia del Amor mismo, y la exigencia de amor que éste hace audible, les hace olvidar su pequeñez y les torna exigentes.

³⁵² Cf. Carta VIII,2.

³⁵³ El anhelo se hace tan insondable como Dios.

³⁵⁴ Los amantes se han convertido en amor completamente.

³⁵⁵ La Lista de los perfectos con que se cierra el *Libro de Visiones* responde a la pregunta que provocó esta frase en la destinataria.

³⁵⁶ Hadewijch enumera 107 perfectos, la mayoría contemporáneos suyos («en la tierra»). Hay 29 muertos («en el cielo»).

once recién nacidos en la cuna, seis están jugando en la calle y cinco todavía tienen que nacer, y no habrá más que adquieran madurez en estas tres formas de amor ³⁵⁷. La suma es de ciento siete. También hay quien ha madurado en dos formas de amor. Los del centro y los de abajo son tres mil ocho; los que esperan la perfección de la cualidad de arriba y de abajo son cuatro mil ochenta y tres; los de una sola forma de amor, la del centro, son seis mil doscientos ochenta y cuatro.

El nuevo brote que manaba, como dije, venía elevándose con gran rumor y devoró todo lo demás. Y dije con una voz llena de fuego: «Oh, vosotros, serafines, que tenéis el oficio de servir estas maravillas, manteneos firmes y cuidad nuestra gloria, seremos todos uno y un solo todo».

15. Y María, que era la primera de los veintinueve, me dijo: «Mira, todo está cumplido. Recorre todas esas formas de amor y saborea hasta el fondo el Amor que tú has criado en humildad y adornado y guiado con tu confiado espíritu y dominado y hecho uno con tu rica confianza y con toda tu fuerza. Por estas razones y por tu alta dedicación, se te ha descubierto de esta manera el cielo secreto. Como ves, aquí al Amor está embellecido y con estos cantos es alabado. Pues la negación del Amor con la humildad es la más alta voz del amor. La obra de la suprema confianza de la razón es esta clarísima voz del amor y la más sonora. El sonido de la suprema desconfianza es la dulcísima voz del amor. En ella no puede haber distancia ni separación. La has tenido desde el principio, desde que por primera vez recibiste a la Divinidad en estas tres formas, y desde que embelleciste al Amor en el Rostro completo de la eterna Divinidad de esta manera, como nunca más se ha hecho, excepto por el grupo de los diecinueve entre los que yo me cuento. Debes saber: si quieres continuar gozando el Amor como yo, tu dulce cuerpo debe estar aquí. Pero como los que tú has elegido para que crezcan contigo todavía no lo han hecho completamente, en especial tu preferida entre to-

³⁵⁷ Posiblemente Hadewijch consideraba próximo el fin de los tiempos. También puede que considerara su propio tiempo como la época de florecimiento místico por excelencia.

dos ³⁵⁸, debes esperar. En cuanto quieras, te recogemos. Pero, cuando ahora vuelvas, el mundo apenas te dejará vivir. En cuanto a tu cuerpo, que guardas tan noblemente para el Amor, lo recogerás poco después de los cuarenta días» ³⁵⁹.

16. Y el Rostro se desveló completamente, y también el Amor, que estaba embellecido. En el Rostro, donde comprendí y vi todas las cosas, vi altura, amplitud y profundidad. Entonces me sumergió el gozo de la unión y caí en la profundidad abismal y me encontré fuera del espíritu, en el estado para el que nunca habrá palabras.

VISIÓN XIV

Esta visión es, de hecho, una reflexión complementaria a la anterior y una mirada retrospectiva a la totalidad del Libro de las Visiones. También recibimos información sumaria sobre otras visiones que Hadewijch no ha recogido en la colección. Como en una carta, figura la destinataria del libro: una amiga, que todavía no ha madurado en la vida mística y que quiere saber todo sobre Hadewijch.

1. Estaba, como estoy ahora, en grandes deseos y ansiedad de amor, de manera que imaginaba, sabía, que no podía vivir con tal inquietud como en la que estaba y todavía estoy, si Dios no me daba nueva fuerza. Es lo que hizo, gracias a Dios ³⁶⁰.

2. El trono era un estado poderoso y nuevo ³⁶¹, categoría con la cual él, inmensamente rico como es, quería hacerme más rica de lo que ya era. Ya era rica en muchas virtudes, aparte de las que hoy son comunes. Pero el poder que me dio entonces, que antes no tenía, era una fuerza de su propio Ser, ser Dios para él con mi sufrimiento al seguirlo y en unión con él, igual que él fue Dios para mí cuando vivió como hombre para mí. Todo esto quería decir que yo podría soportar el Amor mientras

³⁵⁸ Cf. Visión XIV,5.9.

³⁵⁹ Paralelismo con la vida de Cristo.

³⁶⁰ Esta nueva fuerza se dio a Hadewijch en la visión anterior.

³⁶¹ Hadewijch no ha dicho que fue acogida en el espíritu y vio un trono. Aquí explica algo que ya se describió antes (Visión XIII). ¿El trono es el asiento de la reina (XIII,7)? Probablemente, más bien, el asiento del final de XIII,8 y el principio de XIII,9. La invitación a tomar asiento es la confirmación de la madurez de nuestra autora en el amor.

me faltara el gozo del Amor, que yo soportaría firmemente las agudas saetas que el Amor me lanzaba ³⁶².

3. Este trono era la majestad de la vida elegida para mí, dedicada a la unión; su claridad era la ausencia de tantas impurezas en que caen los extraños, a quienes él no ha elegido para ser como a mí quiere permitirme ser —gracias a Dios. Ay, cuando pienso en lo que Dios quiere para mí y en lo que ha hecho por mí más que por otros, es un milagro que lo soporte, si no fuera porque el gran Amor lo consigue todo. De todas formas, es un milagro. Cuando pienso en lo que Dios quiere para mí y que me quiere más que a todas las criaturas que nunca he visto, me sorprende mucho más que los hombres de hoy, a quienes Dios rehúsa tanto en comparación conmigo, me dejen vivir tanto y que todavía me toleren algo, me traten algo, me perdonen algo; y que no me atormenten con nuevos suplicios cada vez. Sobre todo porque Dios me ha prometido tanto sufrimiento para igualarme a él ³⁶³, de modo que debo sufrir más que el resto de los hombres, por encima de la medida humana, para satisfacerlo y ser perfecta en mi humanidad.

4. El que se pudieran ver todas las cosas a través del trono, que era transparente ³⁶⁴, significaba que su ser era el mismo Ser de Dios; y que todas las obras que he recibido de él y él me ha encomendado, las he reencontrado y reconocido en su propia voluntad, en la cual me ha transmitido sus órdenes por el alto poder del Amor. Fuera de ella, nunca he encontrado nada y nunca he echado de menos su voluntad en mis obras.

5. El que yo atravesara todas las cosas en ese trono significaba que Dios estaba en todas mis obras y que mi voluntad, libre y orgullosamente, estaba en él, con toda esa ansiedad que me llevaba hacia él para vencerlo, y con ese terror tan grande que siempre he experimentado del Amor y que experimento todavía en cada ocasión.

³⁶² La elección de Hadewijch como ejemplo para todos los amantes no significaba entonces un estadio final de permanente gozo de la unión. Prende de nuevo el anhelo, como también la fidelidad pide nuevo ímpetu en la imitación de Cristo.

³⁶³ El nuevo mandamiento es el discurso de Cristo en la Visión I,20.

³⁶⁴ Antes, la cualidad de la transparencia era propia del rostro de la reina Amor (Visión XIII,8).

Mi carga se hizo más pesada por amarte tanto que no podía olvidarte en ningún momento, como todavía no puedo ³⁶⁵; de tal manera sentía contigo tu muerte y el abandono del Amor en los arrebatos divinos ³⁶⁶, que unida a ti deseaba más la presencia de Dios. Saberte niña y sólo humana ³⁶⁷ me era demasiado pesado. Y, como yo había sido tan poderosa en el amor y él me había hecho perder tanto como me dejaba ver ahora en su manifestación, me fue manifestado el alto trono, nuevo y brillante y justamente adornado para el gran Amante, que es el Autor y la verdadera esencia del amor.

6. Y en medio de este trono nuevo había un asiento como el del supremo poder y como el lugar donde están todos los que han encontrado su reposo. En él estaba el Creador de nuestro amor y el Maestro de la justicia expresando una gran sentencia sobre el amor de los nobles amantes ³⁶⁸.

7. Y el Rostro que me mostró entonces no era de ver ni de tratar por los ojos de ninguna criatura que no haya probado el amor humano y divino en una sola verdad, pues no pueden comprenderlo ni abrigarlo en el sabor esencial de la naturaleza divina donde fluye íntegramente la Deidad y donde el alma, unida, fluye en la Deidad.

8. La apariencia que el Rostro tenía en ese momento, yo no la había visto nunca hasta entonces. No obstante, lo había contemplado antes en la misma transfiguración que San Pedro y los que estaban con él en el monte Tabor ³⁶⁹. Yo había deseado verlo así mucho tiempo. Había oído decir que San Pedro, desde que

³⁶⁵ La explicación recibe aquí un tono personal, la escritora manifiesta su afecto por la destinataria de esta visión, que, más bien, es una carta. Esta amiga es, casi seguro, la destinataria de todas las *Visiones*.

³⁶⁶ La destinataria no veía salida en lo que para ella era un gran problema espiritual y existencial. Cf. parágrafo 8.

³⁶⁷ «Niña» no sólo por su edad, también apunta a la inmadurez en la vida espiritual de la amiga. Ella no se ha convertido todavía, como lo ha hecho Hadewijch, en «Dios con Dios».

³⁶⁸ La imagen de la reina Amor ha sido sustituida ahora por la de Cristo como Hacedor de amor y Juez. Este último confirma a los que han recorrido el camino del amor.

³⁶⁹ Esto parece remitir a una visión que Hadewijch no ha redactado, o no ha introducido en la colección.

lo vio, dejó de reír. Yo hubiera aceptado gustosamente lo mismo para bastarle en sufrimiento y languidecer y preferir no morir, sino permanecer viva en el insoportable exilio. Cuando se me manifestó, recibí tal poder, que pude soportarlo todo con corazón constante: alegría y tristeza, risas y lágrimas, en la felicidad y la desgracia, en todas las circunstancias sin lamentos. Y recibí todos los modos de las gracias y poderes superiores a las gracias sin experimentar ninguna soberbia y recibí otras poderosas maravillas y obras, y hubo algunos a quien liberé de pecados, a otro, de la desesperanza; y muertos que hice levantarse de la muerte por el poder que Dios quiso darme ³⁷⁰. Esto me ocurrió con cuatro personas.

9. Me extendiendo demasiado, porque escuchas con agrado cómo ocurrió lo que fue tan hermoso o inhumano y tan comparable a la Humanidad de Dios. Desde entonces nunca perdí mi equilibrio. Hacía como Dios ³⁷¹, que entregó todas sus obras al Padre, de quien las había recibido. Y lo que yo tengo de él, lo recibo a través de esa transfiguración, a través de otras visiones del Rostro, de las cuales te he escrito últimamente y antes también te había escrito, y también a través de mucho más, de lo que no te he escrito. Esto último, sin embargo, me molesta, porque me gustaría hacerlo como tú quieres. Precisamente porque te gustaría conocer todo de mí, me duele muchísimo que no sepas lo que quieres saber ³⁷².

10. Así, una vez vi, en un día y una noche, en tres ocasiones, el extremado y maravilloso Rostro de nuestro Amor, que lo es todo. En cada ocasión tenía el Rostro una nueva forma particular, que tenía que ver con la naturaleza de los dones que en cada una de las ocasiones me daba. En cada una de estas ocasiones, enton-

³⁷⁰ Cf. este pasaje con Visión V,2. Hadewijch comenta aquí dones especiales que ha recibido. Todo debe ser interpretado en el contexto de la vida de amor místico. *Pecados*: la incapacidad —sentido místico— de amar a Dios como merece. *Desesperación*: se consideraba a Dios demasiado grande para alcanzar la unión con él. *Muerte*: los paralizados por la desesperación, que se dejan arrastrar fuera del amor. *Resurrección*: la victoria sobre esta muerte.

³⁷¹ Aquí, como siempre: la *imitatio Christi*.

³⁷² Esta frase permite interpretar el gran interés de la destinataria por todo lo que Hadewijch puede contarle sobre sus experiencias.

ces y siempre, recibí nuevos dones que me hacían saber hasta dónde y hasta qué región había llegado y ascendido ³⁷³. Y también muchas otras revelaciones, y el espíritu de profecía, y ver lo que es el cielo, la tierra, el purgatorio y el infierno. Y la comprensión de todas las clases de razones de esos cuatro mundos y la comprensión del Amor, cómo él, nuestro Amor, es dentro de sí mismo, y fuera de sí mismo en nosotros, y que este Amor a veces mata y a veces hiere y por qué elige a los más pequeños y rechaza a los más grandes. Dejo aquí otros conocimientos ³⁷⁴.

11. Una vez, durante tres días y tres noches, yací ante el Rostro de nuestro Amado, mientras estaba acogida en el espíritu. Otras veces duró el mismo tiempo y también duró mucho el tiempo cuando estaba fuera del espíritu ³⁷⁵, cuando yo, perdida para mí misma y para todo el mundo aquí, estaba gozando la unión con él, y cuando supe cómo él con él mismo se relaciona. Esto es más que todas las cosas que la gente puede tener de él y lo que él mismo puede comunicar: ser uno con él fuera del espíritu; entonces el hombre no es menos que él. Con excepción de estar fuera del espíritu, eran todas las demás visiones nada en comparación con este Rostro que yo vi en el nuevo trono de nuestro Amado ³⁷⁶. Pues había visto cada revelación según lo que yo misma era y, por otra parte, según para lo que había sido elegida. Pero ahora, en esta visión, había llegado a este coro ³⁷⁷,

³⁷³ Se confirma la impresión que puede provocar la lectura de la colección: las visiones la han acompañado intensamente a lo largo de su camino personal.

³⁷⁴ En la segunda mitad de este párrafo se nombran dos esferas: la *imaginación* y la *comprensión*. Siempre recibió lo que en cada momento necesitaba.

³⁷⁵ En las Visiones VI,4 y X,4 dice Hadewijch que la experiencia de la unión, la experiencia mística *fuera del espíritu*, duraba poco (media hora, como en Ap 8,1). Nunca ha hablado sobre la duración de las experiencias visionarias (*acogida en el espíritu*), pero parece que nunca eran largas. Ahora añade algo nuevo a este respecto y refiere, además, a visiones no contenidas en el libro, probablemente para dar a su amiga, que lo quería saber todo, una imagen más completa. Éxtasis y visiones que duraban varios días no eran algo desconocido en la Edad Media (cf. Dinzelsbacher 1981, 141s).

³⁷⁶ Hadewijch repite aquí (cf. el principio del párrafo 8) que la Visión XIII (cuya explicación y ampliación proporciona la visión XIV) describe el momento culminante de sus experiencias visionarias. Esta visión confirmó la semejanza con Cristo en su divinidad y humanidad.

³⁷⁷ El coro de los serafines, el más alto en rango.

el mío, donde yo había sido elegida para vivir Hombre y Dios al mismo tiempo, lo que nadie nunca ha podido hacer en tanto no fuera como Dios en todo y, completamente, lo que nuestro Amado es.

12. El que se sentaba sobre el nuevo trono, que era yo, tenía, en todos los aspectos, del Rostro temible y maravilloso. Y fui llamada por una voz como el estruendo de fuertes truenos, una cerrada violencia, que quería detenerlo todo, para hacerse audible ella únicamente. Y me dijo: «Tú eres la más fuerte en cada combate y lo has vencido todo y has abierto la totalidad cerrada que nunca había sido abierta, por las criaturas que no conocían las penas y las ansiedades de amor, como soy Dios y hombre. Y por ser valiente, como eres, viviendo valerosamente, y no abandonar, te llamas tú la más valerosa y es justo que me conozcas completamente.

LISTA DE LOS PERFECTOS

Hadewijch ha hablado en la Visión XIII de un grupo de «perfectos amantes», que no sólo han recibido los siete dones de amor, sino también el «toque del gozo que sobrepasa todo razonamiento y hace caer a un amante en el otro». A continuación, dice que conoce a los miembros del grupo y sabe el número de la compañía. Es muy probable que la destinataria de las Visiones le pidiera desarrollar algo más este asunto. De todas formas, la Lista aparece al final del libro. Es un texto curioso, con los nombres y algunas notas biográficas adicionales de los «perfectos», seguramente una mezcla de conocimientos generales, detalles conocidos por Hadewijch y productos de su imaginación.

María es la primera.

Juan Bautista, el segundo.

Juan el Evangelista, el tercero.

María Magdalena es la cuarta. Su amor impaciente la hizo grande y le dio todo para perfeccionarla en los tres modos que son uno.

San Pedro es el quinto. Estaba establecido en el amor total.

Santiago es el sexto. Tuvo veintisiete revelaciones sublimes de Dios, sin contar la de la Transfiguración sobre en el monte Tabor, que precedió a las otras. Tuvo seis durante la vida de Nuestro Señor y, después de su muerte, otras veintiuna, todas sobre

las maravillas de Nuestro Señor, sin hablar de dulces confidencias que se le hicieron continuamente desde que recibió al Espíritu Santo. Nunca se le apagaron. Ocurrió lo mismo sólo con otros tres apóstoles. Pero no los nombraré, pues esto les acarreo vergüenza. Por eso me callaré aquí.

San Gregorio es el séptimo, que fue soberanamente perfecto en los tres modos.

San Hilario es el octavo, que recibió de Dios numerosa gracia secreta y cuya sinceridad fue perfecta en todo.

San Isidoro es el noveno. El era tan perfecto en todas las virtudes que todo lo que se sabía de él le hacía parecer rocío entre las tempestades de otros. Tan extraordinariamente grande era su bondad en todo.

San Agustín es el décimo. Dos años antes de su muerte experimentó tal dolor de amor y se veía tan lejos del Amor, que sentía el abandono del Amor. Y cuando vio su pequeñez frente a la inmensidad del amor, cayó en la desesperación del amor: ¿Cómo y por qué camino podría llegar a la igualdad con ese gran Amor?

Después del infierno que vivió entonces, llegó al purgatorio con gran confianza, y concibió tan alto coraje que quiso ser todo amor sin ninguna nada, confiando en crecer a la igualdad sublime. Otros santos, que eran sus amigos, se aproximaron entonces a él y le consolaron. San Juan el Evangelista y, al menos, otros nueve de sus amigos celestiales le aconsejaron defender su derecho contra el Amor, asegurándole la victoria. Y el serafín de los serafines se le apareció y le dijo: «Si mantienes la balanza en equilibrio, dando a cada cosa lo que le es debido y poniendo a Aquel a quien amas en su justo lugar, no habrá nadie que te conozca fuera de él y nadie que le conozca a él fuera de ti».

Con estas palabras fue liberado totalmente de duda y cayó en todas las tempestades de la desconfianza, por no ceder ni un ápice al Amor. Así permaneció ininterrumpidamente hasta su muerte. Aunque no estaba constantemente en delicias, quedaba en el reino y en las obras del amor. Allí sentía las maneras de la Santa Trinidad en la justicia y en el amor.

La undécima es una virgen llamada Geremina. Estuvo nueve años en tal angustia de amor, que de ninguna manera podía en-

contrar la paz ni olvidar al Amor. Sufría a menudo como si le llegaran dolores del parto y como si todos sus miembros fueran a romperse. Y se hacía tan ancha, que le parecía que devorara a todos los seres infernales para digerirlos con la novedad desconocida de su amor; y a los terrestres, para alimentar y guardar a cada uno según su valor. Y engullía también a los seres celestiales para transfigurarlos en una gloria nueva y llevarlos a nuevos tronos. Ella era a menudo tan fuerte que nada podía mantenerse delante de ella, y tan rápida que juzgaba inmediata y justamente a todos los amantes, vivos y muertos. Tenía las manos tan rígidas, que le parecía que toda la tierra no habría podido soportar tal dolor sin morir, si el Amor vivo e inmortal no la hubiera sostenido. Después de estos nueve años, estuvo abismada de tal manera en el amor y tan dulcemente unida con el Padre Santo, con el dulce Hijo y con el Espíritu Santo, y claro que amaba, en verdad, todo lo que amaban ellos y odiaba todo lo que era odiado por ellos. Permitía que se le acercara cualquier cosa, sin sorpresa y sin queja; sólo amaba a las criaturas en las que reconocía el Amor mismo, en el cielo y sobre la tierra, muerta, viva o por nacer. Entonces, todo lo demás le era indiferente, como casi me ocurre a mí. Y el Amor la hizo crecer hasta el modo perfecto. No digo nada de sus comienzos, que fueron hermosos y grandes en una verdadera humildad: la culminación de su camino fue la que he dicho.

San Martín es el duodécimo. Estaba enraizado de tal manera en la caridad, que la ternura de su corazón beneficiaba a todo el cielo y a la tierra. Seis años antes de su muerte, tuvo el consuelo de alcanzar el modo perfecto; elevado a este estado, fue recibido en la Santa Trinidad, donde el Padre justo recibió un (hijo) con el otro. Yo sé de él maravillas que no se leen sobre su *Vita*, pero no podría escribirlas sobre siete de estas tablillas.

El decimotercero se llamaba Constant. Durante sesenta años anduvo a cuatro pies como una bestia. A uno de sus hermanos, que al verlo así de débil y desnudo le preguntó cómo estaba en cuanto a Dios, le respondió: «Querido Padre, durante toda esta prueba de sesenta años, jamás he recibido consuelo perfecto del Espíritu Santo». Esto pareció muy duro al otro, pues no lo com-

prendió: porque a él le parecía que él sí había recibido el consuelo del Espíritu Santo. La gente, en efecto, cuando se siente en paz y experimenta un buen sentimiento, lo atribuye al Espíritu Santo. Y, sin duda, algo de Dios es Dios todo entero. Pero lo que se gana de él en tales experiencias se disipa rápidamente, como ocurre con el que hacía la pregunta anterior y con muchos más, que buscan gracias y las consideran suficiente consuelo. Pero, querida, si tú encontraras el perfecto consuelo del Espíritu, no lo perderías ya ni un instante y su lazo no te faltaría ya nunca. Lo que él da es inmutable y no pasa. Por eso este hombre no comprendía a Constant, lo mismo que mucha gente que no sabe reconocer en otros al Espíritu Santo, por grande que sea en él. La denominación «santo» designa justamente la perfección de las Personas en quienes habitan las tres. Este hombre no tenía el perfecto consuelo del Espíritu Santo, porque no gozaba la unión en los tres modos perfectos del amor³⁷⁸, de los cuales te he hablado. De todas formas le era conocida la obra del Espíritu Santo.

San Pablo es el decimocuarto. Fue muy obediente y sintió arder en su espíritu este fuego del Espíritu Santo, sobre el que permanecía constantemente su amor. No se preocupó de lo que sufría su cuerpo por la impaciencia y el gozo de amor en que vivía inmerso.

El decimoquinto es una virgen, llamada Sara. Había sido judía durante dieciséis años cuando escuchó hablar de Cristo, sobre su muerte y modo de vivir. Ella fue cogida por la compasión. Le pareció sentir que la sangre de Cristo caía sobre su corazón, y la recogió con dolor y maravillado asombro. Abandonó a su padre y a su madre, llegó a una ciudad al norte de Colonia, donde habitaban cristianos, y dijo que había sido judía. Se la quiso bautizar, pero ella dijo que ya estaba bautizada. Se instruyó, pues, en las costumbres cristianas. Y fue tomada en el espíritu y bañada en la sangre de Cristo y le fue dado beber del cáliz. Cuando volvió a ella misma, tuvo setenta y cuatro hermosas revelaciones y recibió el espíritu profético, y también, algo que sobrepasa a todo lo demás, tuvo la virtud de las verdaderas obras

³⁷⁸ Identificados con las tres Personas.

del amor. Ella comprendió todas las razones, poseyó todas las ciencias, acogió al Espíritu Santo en su alma y en su cuerpo y en toda virtud fue perfectamente madre de Dios.

Santa Brígita es la decimosexta. De ella sé algo, aunque es poco.

Santa Amelberga es la decimoséptima, que casi no conozco tampoco.

San Bernardo es el decimooctavo, que también me es poco conocido.

Uno de sus hermanos, llamado Enrique, es el decimonoveno.

Un monje gris llamado Thierry es el vigésimo.

Un tal Eloy, que vivía sobre el muro de Jerusalén, es el vigésimo primero.

Una reclusa llamada María es la vigésima segunda. Fue primero religiosa. Don Leyse y doña Nazareth la conocían muy bien.

Mina, una reclusa que vivía en el corazón de Sajonia, donde yo le envié a don Enrique de Breda, es la vigésima tercera.

Honorio, que vivía sobre una roca en el mar, es el vigésimo cuarto. Yo le envié a un monje que a menudo venía a verme.

Una virgen de Colonia, llamada Lane, es la vigésima quinta. También venía a menudo a verme en espíritu y me enviaba ángeles, serafines, santos y hombres.

Una mujer cerca de Colonia, llamada Oda, es la vigésima sexta. Ella también solía visitarme.

Una beguina llamada Helsewent, que vivía en Vilvoorden, es la vigésima séptima. Murió cantando.

Hildegarde, que tuvo todas las visiones, es la vigésima octava.

Una beguina que el maestro Robert ejecutó a causa de su justo amor es la vigésima novena.

Entre los vivos, hay siete que viven como eremitas sobre el muro de Jerusalén. Tres viven en la ciudad, son mujeres; dos son doncellas y la tercera era una pecadora, que se ha dejado encerrar ³⁷⁹.

³⁷⁹ Algunas mujeres se consagraban a Dios de manera particularmente solitaria, haciéndose internar en una construcción sin salida, con sólo una ventana. Ésta era su único vínculo con el exterior, para seguir la misa, si estaban en el interior de la iglesia, o para recibir a quienes deseaban hablar con ellas.

En el país de Turingia hay cinco: tres mujeres y dos hombres. En Brabante, once: tres hombres, seis doncellas y dos viudas. En Inglaterra hay nueve: cinco eremitas, dos reclusas y dos doncellas.

En Flandes hay cinco: tres beguinas y dos religiosas. En Zelanda, seis: un sacerdote, dos beguinas, una reclusa en Middelborch y una viuda de gran poder; el sexto es un hombrecito escondido.

En Holanda hay uno: es un clérigo expulsado, pero extremadamente iluminado.

En Frisia, también un clérigo.

Un predicador de Zelanda, que vive en Dinamarca.

En el país de Loon hay tres: son tres religiosas.

Tengo también una amiga en Bohemia, que es reclusa.

En París vive un humilde maestro olvidado, solo en una pequeña celda: sabe más de mí que yo misma.

Cerca de allí vive también una mujer muy perfecta, en clausura: se llama Gerenina, y yo no conozco a nadie mejor.

Al otro lado del Rin, viven dos mujeres tan escondidas, que la una no quiere decir a la otra lo que ha visto de ella, y junto con ella, en el Espíritu de Dios. Ante Dios no quieren decir «amor». Sin embargo, el amor las ha atravesado con sus rayos e ilumina todos sus miembros. Ninguna osaría tampoco, ni de viva voz ni interiormente, llamar querida a la otra. Sin embargo, ambas son Jacob, pues tan profundamente conocen a Dios y tan profundamente les ha amado él, que él es su Dios y su Amado, como es y será el nuestro.

Entre estos cincuenta y seis nombres hay siete Juan, dos Thierry, tres Nicolás, un Eloy, un Bonifacio, un Godofredo, tres Enrique, tres Wouter, un Roberto, un Godescalc, dos Sara, una Hadewijch, una Alijt, tres Emma, cinco Margarita, dos Agnes, una Ágata, una Béatrice y dos Oda. Me sería imposible describirte la vida de todas estas personas. Por eso no sé para qué te sirven estos nombres, no sabiendo cómo fue su vida y con qué maravillosas maravillas han llegado o llegarán a esta perfección.

CANCIONES

CANCIÓN IV

1

Ahora estarán tristes la estación y los pájaros,
pero no entristece el invierno
a quien se apareja dispuesto
a trabajar por consejo de la noble fidelidad:
Con fidelidad satisfará a su Amado,
es la mayor fuente de confianza.

2

No importa lo que traiga la estación,
quien de verdad se acompaña de labores
se encuentra siempre cara a cara
con flores, alegría, verano y luz del día;
siempre es nuevo y ardiente en el anhelo;
ya no puede dañarlo el invierno.

3

A quien, fiel y verdaderamente, se entrega
y vive en la verdad
se le dice la palabra oculta,
la que no entienden los extraños,
sino el que ha probado su sabor
y en la tempestad ha encontrado el silencio.

4

Tras un profundo silencio, una poderosa tempestad,
tras un perfecto consuelo, una angustiosa búsqueda,
es censurable quien lo teme,
pues es gran beneficio.
Esas nobles flores con su fruto,
tómalas como ejemplo, entiéndelas, oh libre y noble alma.

5

Oh nobles almas, ¿por dónde vagáis?
¿Cómo pudisteis rebajaros así,

después de haber aparecido y enseñado
que se debe vivir sólo y siempre en la fidelidad?
Si alguna vez la fidelidad os ha tocado,
¿cómo podéis contentaros con algo inferior?

6

Muchos son llamados y parecen extraordinarios,
pero son pocos los elegidos, ¿qué sentido tiene negarlo?
Los falsos serán los más escarnecidos,
cuando la fidelidad, según su labor, recompense
a los hombres, y con lo que es y será
corone a los amigos.

7

Pero, oh nobles almas de antiguo linaje,
no sólo llamadas, sino, también, elegidas,
no escatiméis esfuerzos ni dolores
para vivir en la noble fidelidad.
Dejad que sea santa aflicción vuestra vida
hasta que os convirtáis en dueños de vuestro Amado.

8

¡Oh corazones, no os aflijáis
por tantas penas! Pronto floreceréis;
bogaréis a través de la tormenta,
hasta esa deliciosa tierra,
donde fluirán los amados, el uno a través del otro:
la noble fidelidad garantiza esta tierra.

9

Que Dios dé intuición a las almas,
que les aligere la vida del exilio,
ya que ahora han sido heridos y expulsados
bajo el golpe de los crueles extranjeros.
Cuando el amado en el Amado se eleva,
¡qué afortunada el alma!

CANCIÓN V

1

Aunque languidecen la estación y las aves,
no debe hacerlo el corazón valeroso
que por el Amor se entrega al sufrimiento.
Todo conocerá y comprenderá todo
—dulzura y crueldad,
alegría y tristeza—,
lo que tratar con el amor conlleva.

2

Las valerosas almas que tanto han avanzado,
que viven un amor insatisfecho,
serán intrépidas,
serán valientes,
estarán siempre dispuestas
al consuelo o a la desventura
del trato del Amor.

3

La conducta del Amor es inaudita,
como bien sabe quien su atracción conoce,
pues cuando da consuelo, a medias lo suspende.
aquel a quien toca el Amor
no halla reposo;
en cambio, saborea
numerosas horas innombrables.

4

Ardiente a veces; a veces, frío;
a veces, cauteloso; esforzado a veces;
su incostancia toma múltiples figuras.
El Amor la totalidad exige
de una gran deuda
a quienes a compartir invita
su sabrosa soberanía.

5

A veces, lleno de dulzura; a veces, cruel;
a veces, distante; próximo a veces;
a quien del Amor comprende
la rara fidelidad, esto es el júbilo:

cómo derriba
y abraza
con un solo gesto.

6

A veces, inclinado; a veces, erguido;
a veces, escondido; revelado a veces;
antes de que alguien alcance dulzuras del Amor,
sufre numerosas aventuras,
antes de alcanzar
el lugar donde saborea
la naturaleza del Amor.

7

A veces, suave; a veces, severo;
a veces, sombrío y brillante a veces;
en libre consuelo, en amenazante miedo,
cuando recibe o reparte sus dones,
es ley que las almas,
que en el Amor se equivocan,
vivan siempre en la sombra de este valle.

CANCIÓN VI

1

Cuando llega marzo,
renacen todas las criaturas,
brota la hierba
y pronto lo cubre todo de verdor.
Así ocurre con el deseo
y, sobre todo, con el amor:
el enamorado quiere conquistarlo todo
y es tan grande su osadía,
que entero se da al Amor
y amor se hace:
inmensa es su tristeza,
por poco que no alcance.

2

Quien el camino inicia,
que vigile y mantenga
el desvelo en las buenas obras
y sirva por honor del Amor,

y viva en la sublime espera
de su íntima elección.
De Amor recibirá su fuerza
y conquistará al Amado.
Pues el Amor no puede
negarse nunca a nadie,
no darse a quien se le ha dado,
y más de lo que él mismo hizo esperar.

3

Quien en los días aciagos titubea,
es rama aún bajo la escarcha,
que no brota
como el Amor querría:
la curva el peso de amar,
y no despuntan sus hojas;
ni dará una flor,
hasta que el sol quiera y le ilumine;
el verdadero Amor
que hace florecer el alma.
Pierda o gane,
encuentra siempre la alegría.

4

Quien en el Amor se inicia
en la estación temprana
y le rinde pleitesía,
con toda su energía le sirve,
lo certifica con la virtud,
y emplea todo su aliento,
con plena libertad, recibirá
el sorprendente poder del Amor
para que fructifique,
y no quedará estéril:
conquistará al Amor
y aun se hará su dueño.

5

¿Dónde encontraré del Amor,
que me hace vagabundear,
algo que contente a mi corazón
y endulce mi pena?
Si lo persigo, él huye;
si errante voy por su escuela,
se niega a complacerme.
Cada vez está más claro.

Habla mi corazón necesitado;
demasiado grande es mi desventura
y la carencia de Amor me da la muerte,
pues no puedo saborearlo.

6

Yo, dispuesta siempre para amar,
en cambio, ¿qué me ha dado el Amor?
¿Era, tal vez, mi deseo tan pobre
como pequeña la satisfacción que recibí?
Y, sin embargo, he agotado mis fuerzas
por amor al Amor.
No sé qué me alimentará.
Él sabe lo que quiero decir.
Pues tanto he apurado lo mío
que sólo tengo lo que me otorga.
Y si algo más me diera,
aún quedaría hambriento,
porque yo lo querría todo.

7

¡Ay, cómo puedo soportarlo yo
o quienes como yo lo viven
que el Amor vaya delante
y nos prive de su presencia!
¡Ay, dulcísima criatura,
que no te me quieres entregar
enteramente, como merezco!,
no es eso lo que me hace tan audaz.
Me quejo en nombre de tus amigos,
los que siempre te han sido fieles,
los que siempre han sufrido mucho
para obtener tu dulce naturaleza.
Ahora viven en gran amargura,
son exiliados en su propia tierra,
vagabundean
sometidos a extrañas aventuras.

CANCIÓN VII

1

La estación se renueva y se desvanece el invierno,
que ha durado largo tiempo.
Quien esté aparejado para el servicio del Amor

recibirá su recompensa:
nuevo consuelo y savia nueva.
Si amó con el poder del amor,
pronto se convertirá con el Amor en amor.

2

Es inaudito convertirse en amor,
que nada escatime quien a convertirse en amor aspira,
pues es estado extraordinario;
todo lo cruzará el caballero.
En el Padre, mora tan hondo el Amor
que inmenso ha de ser el servicio,
si deseamos que él revele su labor.

3

Primero, con caridad
debe pagar su deuda el amante;
Dueño ya de su poder,
adquiere extraordinario beneficio:
toda labor cumple sin esfuerzo,
y todos los pesares sufre sin dolor;
esto es vivir de forma sobrehumana.

4

El aspirante a ser amor realiza
extraordinario esfuerzo, pues en nada yerra;
Es invencible, puede con todo
lo que el amor del Amor conquista.
Servir al enfermo o al sano,
al ciego, al lisiado o al herido,
acepta esa deuda con el Amor.

5

Servir al desconocido, dar al pobre,
consolar al afligido como mejor pueda,
vivir al fiel servicio de los amigos de Dios,
Santos u hombres, de noche y de día
más allá de su fuerza;
si cree que desfallecerá,
dejad que confíe entonces en el Amor.

6

Con esforzada confianza en el Amor
la necesidad cubrimos:
el amor aconseja a los ignorantes,
y a los afligidos consuela.
Quien sólo en el Amor confía
y no quiere otro consuelo,
se hace agradable a sus ojos.

7

Quien desea sólo servir al Amor
con todo su ser y sus fuerzas todas,
ha trazado sabiamente el cerco
que le hará conquistar al Amor.

CANCIÓN XII

1

Ya ha nacido la noble estación
que nos traerá flores a la tierra.
Igual a ella son los nobles corazones, elegidos
para llevar el yugo, las cadenas del Amor:
la fidelidad da flores y frutos
de nobleza en sus manos;
buscan fielmente su palabra escondida
y mantienen vivo el amor
por la amistad que les une
al supremo consejo del Amor.

2

Mi yugo es suave, mi carga ligera,
dice el Amante del Amor.
En el Amor, su palabra lo expresa maravillosamente,
pero es palabra incomprensible fuera del Amor,
a mi modo de ver.
Pues la carga ligera resulta pesada,
y muchos y extraños miedos asaltan
al que vive fuera del Amor;
Pues para los servidores el miedo es la ley,
pero el amor es la ley de los hijos.

3

¿Qué es esta carga ligera del Amor?
¿Y qué este yugo de sabor dulce?
Es ese tierno cuidado
que pone el Amor al tocar al amado
para darle una voluntad sola
y un solo ser, irreversiblemente.
Del profundo deseo el Amor extrae a todas horas,
y todo lo que extrae se bebe.
La deuda que del amor el Amor reclama
es mayor de lo que puede concebir la mente.

4

Ni corazón ni mente podrían adivinar nunca
cómo mira un amante al Amado,
cuando el Amor colma de amor;
No malgasta ni un instante,
corre herido a través de la espesura
para contemplar al verdadero Amor,
pues en la nobleza de su rostro
debe leer lo que le ordena,
y entonces, a la clara verdad, sin ilusión,
más de un dulce dolor contempla.

5

Él ve con claridad que quien ama
debe vivir con verdad plena.
Y cuando la verdad le revela
cuán poco ha satisfecho al Amor,
se estremece su nobleza;
mas en el rostro del Amor también descubre
plenamente cómo debe el amor practicar el amor;
y esta enseñanza endulza su daño
y le hace entregarlo todo por el todo,
para contentar al Amor.

6

Quienes se entregan para contentar al Amor
¿qué maravillas no experimentarán?
Con amor se enlazarán al Amor
y amorosamente contemplarán todo el Amor,
yendo, a través de sus íntimas arterias,
a la fuente donde el Amor
con amor embriaga a sus amigos,
asombrados de su pasión:

Ni un atisbo de ello conocen los extraños,
pero es bien conocido por los sabios.

7

Que Dios dé amor a los sedientos de amor,
que para el Amor se encuentren preparados,
que se alimenten de sus riquezas
hasta que reciban al Amor en su seno,
de modo que ya ninguna crueldad extraña
podrá tocarles, pues serán libres:
«Mi amado es para mí y yo soy para él».
¿Que podría entonces perturbarles?
si bajo su dominio están
sol, luna y estrellas.

CANCIÓN XVII

1

Cuando llega la renovadora estación,
todavía la montaña y su valle
permanecen oscuros y cenicientos;
va, en cambio, creciendo el avellano.
Así, el amante que conoce la adversidad
hace en torno florecer la vida.

2

¿Cuánto ayuda la alegría de la estación
a quien desea conocer de verdad el Amor,
pero no encuentra en el ancho mundo
quien le dé verdadero descanso
y a quien diría libremente: «amado, tú
puedes calmar mi profunda inquietud»?

3

¿Cómo puede ser colmado de alegría
aquel cuya libertad se troca en prisión,
cuando desearía conocer las maravillas del Amor
y libre gozarlo en su grandeza?
Más sinsabores que estrellas hay en el cielo
recibe el enamorado.

4

Incontable es su número.
Insostenible la pesada carga;
a nada son comparables.
Por eso, es preferible no hablar de ello.
Si mi parte es pequeña, la he llevado largo tiempo.
Me horroriza seguir vivo.

5

¿Puede no horrorizarse y lamentar la vida
quien todo ha dado por el todo,
que a través de oscuras penas nada en la lejanía,
de donde nunca ve el retorno,
y a quien tritura una tempestad de desesperanza?
¿Qué dolor iguala a esta pena?

6

Ay, vosotros, valientes, que con el amor lo soportáis todo
y humildes vivís, confiando en él,
compadeceos del corazón rechazado,
condenado a un desesperante exilio.
Oh, quien conserve la razón, que con ella viva,
mi corazón vive en la desesperación.

7

Pues yo vi levantarse una luminosa nube
sobre las nubes oscuras.
Me imaginé que pronto, lleno de felicidad,
jugaría libremente a la luz del sol.
¡Pero qué falsa ilusión fue mi alegría!
Si muriera por ello, ¿quién me culparía?

8

De repente cayó la noche.
¡Haber nacido!, ¿por qué?
Pero quien por Amor todo lo entrega,
recibe en verdad su recompensa.
Aunque ahora me curvan los golpes,
Dios dará consuelo a toda alma noble.

9

Primero el Amor gusta de complacernos.
La primera vez que recibí sus confidencias,
cómo saludó mi ser todo lo que él era.
Pero él me hizo luego igual al avellano,
que florece pronto en la estación sombría,
pero hace esperar largo tiempo el fruto.

10

Dichoso el que sabe esperar
hasta que el Amor todo le dé por su todo.
¡Oh Dios, qué me importa esperar!
al contrario, me da gran alegría.
Al fin y al cabo, todo yo me he dado al Amor,
pero también he sufrido todas sus penas.

11

Extremada dureza para quien ama:
vagar tras el Amor sin saber adónde,
en la oscuridad o a la luz del día,
objeto de su furia o su ternura. Si el Amor
de verdad le consolara,
apaciguaría al fin al alma en el exilio.

12

Si mi lindo, amable amigo, me mimara ³⁸⁰,
no se agotaría el Amor,
la alta esperanza no sería en vano;
pero si así fuera, qué lástima.
¡Que Dios haga entender a los corazones nobles
qué daño nos haría si ocurriera!

13

Oh, lo que quiero decir (y he dicho siempre)
es algo que Dios ha mostrado a las almas nobles,
a quienes los tormentos del amor ha asignado
para que alcancen su gozo.
Antes de que el todo al todo se una,
se saborea lo ácido y lo amargo.

³⁸⁰ En neerlandés, este verso «liet mi mijn lief lieve van minne ontfaen» crea un efecto recargado de exagerada dulzura y buscada ironía, sobre el lamento de la enamorada. La estrofa previene contra el autoengaño y opta por el verdadero amor.

14

El Amor viene y nos consuela. Desaparece y nos destruye.
Qué dura hace nuestra aventura.
Pero de cómo se conquista el todo con el todo,
nada sabrán nunca los extraños.

CANCIÓN XXV

1

No importa cuál sea la estación:
en cada época del año
experimenta alegría y miedo, ambos,
quien por la causa del Amor sufre el exilio.
Qué alegremente estaría con su Amado
para endulzar sus aciagos días.
«¡Ay de mí!» grita, porque aún no es suya la felicidad.
Mas suaviza su queja, porque de seguro llegará:
«Todo tuyo soy: ¡Amada,
sé toda mía, si te place!»

2

Quien desea servir al Amor debe entregarse
a su dominio, y según sus órdenes
vivir o morir,
en lo que el Amor le pida.
Nada puede ocurrirle
sino la liberación del consuelo y el miedo.
El Amor siempre ha cumplido alegremente
su promesa, con transparente integridad.
¡Ay! Lo que el amor ordena ocultar
es lo que enseña a conocer su dulzura.

3

Lo que me sorprende del dulce Amor
es que su dulzura todo lo vence,
y aun desde dentro me subyuga
y no quiere saber de mi angustia.
Me ha provocado dolor tal
que no puedo creer lo que experimento.
Recorrer los secretos caminos adonde me envía
es como asaltarse uno mismo.
El gran estruendo, esa gran dádiva
de absoluto silencio, me confunde.

4

El absoluto silencio del Amor es inaudible,
 por ensordecedor que sea su ruido,
 para quien no lo ha experimentado
 ni ha atraído el Amor a su seno
 ni se ha conmovido tanto con su profundo toque,
 que en el Amor se siente inmerso.
 Cuando su maravilloso sabor le embriaga,
 cesa el ruido por un tiempo...
 Pero, ay, que el Deseo vigilante, con nueva tempestad,
 despierta al alma adormecida en la dulzura.

5

Cerraría el Placer los ojos
 para gozar lo que posee
 si el indómito Deseo,
 siempre agitado, no gritara a cada hora:
 «¡Ay, Amor, sé todo mío!»
 Y la Razón para quitarle el sueño no dijera:
 «Mira cuánto te falta
 para la madurez». ¡Ay! que la Razón rechace
 al Placer, duele más que otro dolor.

6

No puede el Deseo guardar silencio,
 y la Razón le da claros consejos,
 le instruye acerca de su voluntad
 y la más noble labor le enseña.
 El Placer querría hallar consuelo
 en los brazos de su Amigo,
 cuando la Razón señala la más alta cima
 y le encomienda las mayores cargas.
 El Placer, ay, si pudiera silenciar a la Razón,
 no recogería tan pesados fardos.

7

Pero al aproximarse tanto el alma al Amigo
 que no puede ser de él separada,
 y probarle con su amor
 que en la palabra del Amado por el Amado vive,
 un impedimento presenta la Razón,
 señalando cuán inmadura es aún el alma,
 qué grande la desigualdad de los amados.
 Es la más profunda herida,

un golpe excesivo
 cuando se conoce y ama al Amigo y su amor.

8

¿Qué será del amor herido?
 ¿Cómo aconsejar al alma herida?
 ¿Quién la sanará?
 ¡Qué alegremente sería puro amor para el Amor!
 Pero la Razón la acosa,
 le envía nuevas tempestades,
 le muestra lo que aún le falta:
 «Fíjate, aquí todavía no has llegado».
 ¡Ay! ¿Quién de amor puede aconsejarme?
 ¿Quién puede vengarme de la Razón?

9

¡Ay! Sabe Dios que nadie
 puede vengarse de la Razón.
 Ella es cirujano del amor:
 de todos los defectos sana.
 A quien, en sus caminos,
 cada movimiento imita,
 ella le mostrará nuevas maravillas:
 «¡Contempla!, itoma posesión de la suprema gloria!»

10

¡Ay! Que nadie extraño intente
 zanjar la disputa.
 Los que saben, entienden
 bastante bien la lección.

CANCIÓN XXVIII

1

Alegres están ahora los pájaros
 que oprimió el invierno.
 En breve estarán alegres
 los orgullosos corazones
 —agradezcámoslo al Amor—
 que largo tiempo han resistido la pena
 confiando en él.
 Tan poderoso es el Amor
 que la recompensa será mayor
 de lo que imaginarse puede.

3

Quien todo el amor
del Amor recibir anhela,
también aceptar debe
la más poderosa muerte
del amor y, al tiempo,
ser caballero de valor constante,
que nada teme
de las órdenes del Amor
y preparado está para cumplirlas.

4

¡Ay!, ¿cuál será la suerte
de quien tiene al Amor por consejero?
A nadie encontrará
que comparta su angustia.
Alrededor, la mirada impenetrable,
el rostro cruel de los extraños,
pues nadie entiende
cómo es su pena,
hasta que la pena se consuma
en la furia del Amor.

5

La furia del Amor
es un rico feudo;
y quien lo admita,
no pedirá otra cosa:
A los que antes eran dos,
hace ser uno.
De la verdad doy testimonio:
la furia del amor convierte en ácido lo dulce,
del desconocido hace vecino,
y de lo más humilde hace lo máspreciado.

6

La furia del amor hace débil al fuerte,
y al enfermo, sano;
al hombre robusto convierte en lisiado,
y sana al que estaba herido.
Al ignorante instruye
sobre los anchos caminos
donde muchos deben perderse.

Le enseña todo
lo que debe aprenderse
en la escuela del noble Amor.

7

En la escuela superior del Amor,
la ira del amor se aprende,
pues hace delirar
a quien fue sensato;
y al señalado por el infortunio,
hace ahora afortunado.
Señor le hace del reino
donde el Amor gobierna.
En ello creo
y seguiré creyendo.

8

Al incapaz de amar,
le doy un sabio consejo:
Al límite de tu fuerza,
pide clemencia,
pero sirve con fe
en el espíritu del noble Amor
y piensa: «será verdad
que la fuerza del amor es grande».
Agonizante está el hombre
que no puede sanar.

9

Se ha vuelto noble
quien ha recibido la fuerza del amor,
armado con ella,
lee sus sentencias.

CANCIÓN XXX

1

En todas las estaciones
hay que estar alegres por el Amor,
y seguirle donde vaya,
por cada camino que nos señale;
Vivamos alegres por su amabilidad,
y estemos también preparados para la aflicción.

2

¡Que me sea favorable el Amor!
He empezado a amar
y por eso me culpan los extraños.
Pero no pueden arrebatarme
que haya empezado a amar:
Dios me permita ser buen servidor.

3

Desde que me di al Amor,
gane o pierda,
me mantengo firme.
Todo deseo agradecerle,
gane o pierda,
quiero estar en sus manos.

4

Quien al Amor desea satisfacer,
que no lamente
su pesada carga;
de lo que por Amor soporte,
que no se queje.
Sufrir por el Amor es pura ventaja.

5

Quien amar fielmente desea,
que la virtud ponga en práctica
y buenas obras realice,
si desea vivir en las cadenas del Amor.
Así lo enseñó el primero
que dio el amor al mundo.

6

Tan cerca pasé del Amor
que empecé a conocer
los beneficios
de quienes a él se entregan.
Cuando conocí su sabor,
lo que aún me faltaba, me hizo gran daño.

7

¡Si me mimara el Amor...
haría de mí lo que quisiera
y fluiría la alegría en mis venas!
Entonces vino la Razón y me hizo ver:
«¡Fíjate a lo que te atreves a aspirar
y lo que aún te queda por hacer!»

8

Al principio me enriqueció el Amor,
con doble fuerza me hizo florecer
y me mostró mis ganancias todas.
¿Por qué huye ahora igual que el vagabundo?
Con doble fuerza me hizo florecer.
Ahora vago en tierra de extraños.

9

De verdad es difícil
pasar del Amor a la Razón.
Depende de ella, lo sé, alcanzar
el supremo bien del Amor.
Pasar del Amor a la Razón
es demasiado duro para el alma.

10

El Amor vino a prometérmelo todo.
Me parece ahora que fue seducción.
Cuando quise llamarle,
me dijo la Razón: «Si todo quieres ahora
—de verdad fue seducción—,
date cuenta de que aún eres humano».

11

Entonces me hirió la Razón.
Me pareció un acto hostil;
que cogiera la prenda
con que el Amor me había adornado
me pareció un acto hostil.
Sin embargo, con la Razón, reconocí la verdad.

12

A la noble Caridad
me la desveló el Amor como un reflejo,
cuando sin moderación
atrajo mi corazón todo para sí.
Lo que entreví como reflejo
me lo ha mostrado ahora en parte.

13

Aunque el Amor me ha decepcionado,
debo aún seguirlo;
pues ha devorado mi alma,
lo más profundo de mi corazón.
Por todos sus caminos debo seguirlo
aunque me haya herido mucho la Razón.

14

Con la Razón puede uno llegar
al gozo verdadero del Amor,
cuando la Razón hace saber
que ya con ambos has cumplido.
Al gozo verdadero del Amor,
con la Razón se puede dar alcance.

15

Que Dios conceda a los que aman
alcanzar el favor de la Razón,
y puedan aprender con ella
cómo se logra gozar el Amor.
Alcanzar el favor de la Razón
hace posible la perfección del Amor.

CANCIÓN XXXII

1

Pronto abrirán las flores
y nos regocijará el verdor de los campos.
También serán condenados los nobles corazones
que del Amor viven cautivos.
Al Amor confío mi salvación;
en sus manos, lo que tengo de vida.
A cambio, nada exijo
sino permanecer bajo su yugo.

2

Quien ahora lleva la cadena del Amor,
como exige la deuda con él contraída,
verá pronto a los crueles extraños
expresar sus amenazas.
Buscan formas de atemorizar
a los que en el Amor se refugian;
pero qué daño van a causarles;
a Dios gracias, conseguirán muy poco.

3

Quien desea servir al noble Amor,
que no tema dolor alguno;
que todo él se entregue
para corresponder al noble Amor;
pero si encontrara un obstáculo,
debe aprender esta dura verdad:
Nunca llegará a ser
Señor del justo Amor.

4

El Amor es el señor de los contrarios;
Preparado para escanciar amargura y dulzura.
Desde que paladeé su sabor,
me tiene a sus pies,
rogándole poder agradarle,
resistir hasta la muerte
sin esperanza de curación,
que yo no me lamentaré por ello ante extraños.

5

Si alguien contara ante extraños
que se sufre por el honor del Amor,
molestaría y heriría de verdad
bastante sus ideas,
porque no comprenden los extraños
que debamos sufrir por el justo Amor
—qué aventuras y cambios de fortuna—
si queremos que nos alce.

6

Si las almas desean agradar al Amor,
les aconsejo que nada escatimen,
que se esfuercen

en cruzar con ímpetu las tempestades;
aunque quienes critican
se empeñan en hacerles daño.
Poco pueden oprimir semejantes enemigos
a estas almas privilegiadas, siempre libres.

7

Podemos reconocer la nobleza
en torneos y aventuras.
En aquel que avanza valeroso,
donde la tormenta de Amor les viene en contra.
Pues en las justas se reciben premios
que dignifican para el Amor.
El Amor es tan poderoso refugio...:
es justo que el hombre sufra por su honor.

8

Quien en el amor teme dolor alguno,
no puede en verdad comprender
qué pueden ganar las almas
que son al Amor siempre sumisas
y de su mano reciben duros golpes,
de los que no se recuperan
y suben alto, y de nuevo son derribados
antes de contentar al Amor.

9

Para corazones templados y almas innobles,
permanece oculto el gran tesoro,
que comprenden bien aquellos
que viven en la furia del amor;
pues numerosas acometidas emprenden,
valerosos en tempestades y aventuras,
es justo que triunfen
en la elevada naturaleza del Amor.

10

Dios brinda fortuna a quienes se esfuerzan
por agradar al Amor,
y por él reciben con gusto
sofocantes dificultades y pesadas cargas,
y soportan por él tantos sufrimientos

como al Amor juzgan valioso.
Yo deseo de verdad que alguna vez
las maravillas del Amor contemplen.

CANCIÓN XXXIV

1

En cada estación, oscura o brillante,
debe ser sumiso al Amor,
en el caluroso verano y el crudo invierno,
quien amor desea recibir del Amor.
Plenamente a su servicio estará
cuando lo encuentre;
así se hará amor con el Amor:
no puede ser de otra manera.

2

Amargos, oscuros y crueles
son al principio los caminos del Amor.
Antes de ser perfecto en su servicio,
se desconcierta el caballero:
donde él imagina la pérdida, es todo ganancia.
¿Como llegar a comprenderlo?
Sin ahorrarse nada,
sino entregándose entero.

3

Muchos están en duda acerca del Amor,
por eso su labor parece demasiado dura;
al no recibir nada a cambio,
se preguntan: ¿debo continuar por aquí?
Si contemplaran sus ojos la recompensa
que el Amor da al final del camino,
me arriesgo a decir
que se darían sin reserva al exilio.

4

En el amor ningún gesto está perdido
si se realizó por honor del Amor.
El Amor recompensa siempre, tarde o temprano.
El Amor es siempre amor con amor.
El Amor conoce con amor los gestos del amor;

su tomar es siempre un dar.
Con su astucia, da el Amor
muchas muertes en la vida.

5

Es dulcísimo vagar perdido en el amor
por los solitarios caminos que nos hace recorrer.
A los extraños siempre les está velado,
pero su verdaderos servidores
andarán en el amor con el Amor
en torno a su morada y reino
y todo su esplendor reciben
y saborean toda su noble fidelidad.

6

Los sabores que la fidelidad en el amor ofrece:
si fuera de él dice alguien que halla felicidad,
ha vivido siempre sin ella,
a mi modo de ver.
Pues es alegría celestial exclamation,
libre de todo, sin carecer de nada:
«tú eres todo mío, Amado, y yo soy toda tuya».
No hay otras palabras.

7

Esa unión en el amor,
no puedo expresar cómo es:
tampoco ver ni hablar puedo;
pues aún no he experimentado
cómo se abrazan los amados
y se entregan el uno al otro en el gozo.
¿Es de extrañar que me golpee el dolor
por lo que aún no tengo?

8

Que entonces yo anduviera escaso de amor
me causa tristeza, eso no me maravilla.
Es justo que sufra ese daño,
por descender tan bajo,
pues el Amor me prometió sólo lo bueno,
si yo mostraba noble interés
a trabajar en el reino que me asignó,
a su supremo servicio.

9

Aquel reino al que Amor me invitaba
y el oficio que nos ordena cumplir
es hacer la obra del amor y nada más,
ofreciendo el servicio necesario.
El que puede lograrlo,
y con fidelidad,
es aquel a quien el Amor encadena
y completamente al Amor resulta unido.

10

A esta obra llamo a las nobles almas,
que con amor desean complacer al Amor,
de este modo servirle,
en todas sus idas y venidas,
si los levanta, si los derriba,
que todo les sea igual de dulce.
Entonces ellos llegarán a ser amor
con el Amor rápidamente. ¡Dios nos ayude!

BEATRIZ DE NAZARETH

INTRODUCCIÓN

I. SU VIDA

Beatriz nació en Tienen en 1200, en Brabante (Bélgica), hija menor de Bartolomeo y Gertrudis, gente trabajadora y piadosa que ya tenía dos hijos y tres hijas. Todos elegirían una forma de vida religiosa. El mayor de los hijos ingresó como canónigo regular en la abadía premonstratense de Averbode y la mayor de las hijas en la abadía de las cistercienses de Nijvel.

Cuando Beatriz tenía siete años, murió su madre, de ahí que su padre la confiara al cuidado de un grupito de *mulieres religiosae* en su lugar de nacimiento. Aquí sigue Beatriz las enseñanzas de la época —llamadas «artes liberales»—, que, entre otras materias, comprendían clases de lengua latina. Su padre se preocupa por llevarla a una buena escuela, pero cuando ella le habla de su deseo de vida monástica la envía, a los diez años, a la escuela del monasterio de Bloemendaal («Florival») de Eerken, a unos 25 km. al suroeste de Bruselas, donde Beatriz recibió formación intelectual alrededor de cinco años. Bartolomé era ya un amigo y consejero de la abadía. Por su mediación, hacía poco que las benedictinas se habían unido a la reforma de Cîteaux¹.

Cuando, en 1215, Beatriz ingresa como novicia en la abadía, no lo hizo sola. Aunque con menos compañeros que el propio San Bernardo cuando llamó a la puerta de Císter, Beatriz sigue sus pasos. El 16 de abril de 1215, Jueves Santo, toman los hábitos blancos de novicias no sólo sus hermanas Cristina y Sibila, sino que además se ofrecen a la abadía su padre y su hermano menor. Bartolomé gestiona la economía del claustro. Un año después, en la semana de Pascua, profesan los cinco.

Al comienzo, la vida monacal de Beatriz se caracteriza por su severidad y piedad ascética, juvenil y exagerada, y todavía carente

¹ Aproximadamente entre los años 1209-1210, se reformó la abadía benedictina en cisterciense. El reconocimiento oficial no llegó antes de 1218.

de la *discretio* de San Bernardo. Hasta que Beatriz ingrese en el claustro de Nazaret, llevará una especie de diario, que desgraciadamente no se conserva en su forma original. Este diario es la base primordial para la *Vita Beatricis*, la narración de su vida, que un cisterciense anónimo escribió en latín ².

Algún tiempo después de profesar, Beatriz fue enviada por casi un año a la abadía de Rameia para perfeccionarse en el arte de escribir y de la ilustración de manuscritos. En esta abadía, donde vivía la mayor de sus hermanas como monja, encuentra Beatriz a Ida de Nijvel, tres años mayor que ella. La joven había vivido tres años como oblata en otro claustro de la Orden y, por entonces, hacía poco que había profesado. En experiencia espiritual, había llegado más lejos que Beatriz. Ésta se da cuenta y busca diariamente a su compañera para recibir una palabra edificante, que experimenta como un verdadero gran estímulo. Ida reconoce en Beatriz el deseo de enlazarse intensamente al Señor y, entre las dos, se crea una permanente y profunda amistad espiritual. En la *Vita* se nos transmiten algunos diálogos entre ambas mujeres, extraídos con toda probabilidad del diario de Beatriz. En enero de 1217, todavía en Rameia, Beatriz tuvo una visión. Durante las Completas experimentó una intensa emoción por la antífona sobre la encarnación y la redención de los pecadores. Mientras medita acerca de las palabras que escucha, ve en su espíritu el celestial coro, bajo la dirección de David. Se siente conmovida por el brillo de la omnipotencia de la Santa Trinidad. Durante el período que sigue a esta visión, recibe muchas gracias y alcanza una euforia de dulzura que dura un mes completo. De nuevo en su propio claustro, se hace cada vez mayor su deseo de ser la esposa de Cristo verdaderamente. Tiene todavía un largo camino que recorrer, que, de un lado, se caracteriza por experiencias extáticas y gran anhelo; de otro lado, por prácticas ascéticas extremas y el ejercicio de las virtudes, de acuerdo con ciertos planes establecidos y propuestas. Una constante es su devoción eucarística.

Entretanto, su padre, Bartolomé, tiene preparada una nueva fundación, el claustro Maagdendaal en Oplinter, muy cerca de

² El capítulo 14 contiene el tratado *Siete formas de amor*.

su lugar de nacimiento, Tienen. Padre, hijo, las tres hijas y un grupito de otras monjas se dirigen allí en 1221. Se quedarán 15 años. En ese período, madura la vida espiritual de Beatriz, por su continuo celo y por los dones que recibe. Pero comienza una época amarga, cuando deja de sentir la presencia de Dios y se ve importunada continuamente con tentaciones, como un San Antonio. Tres años dura este abandono y confusión. Tampoco el período posterior de su vida está libre de turbulencias. Visiones y experiencias extáticas, durante las cuales pierde el control de su cuerpo y cae como enferma; se turnan con el deseo de liberarse de este cuerpo mortal. Parece que esta experiencia es la preparación para una nueva relación, tanto con Dios como con la vida. A los treinta y un años recibió una visión durante la cual Cristo le habla y le dice que él quiere fijar una alianza con ella. Al poco tiempo, Beatriz enferma y tiene ataques de fiebre diariamente. Cuando está convaleciente, escucha la celebración de la eucaristía en un espacio fronterizo a la capilla. Completamente abstraída, tiene la experiencia que más tarde Santa Teresa describirá: el Señor como con una ardiente saeta traspasa su alma, repetidamente, con el fuego de su amor. Cuando vuelve en sí misma, con la seguridad de haber sido elegida, medita en lo que ha ocurrido. Su biógrafo cuenta: «Después de haberse ocupado en ello un tiempo, de repente perdió la capacidad de los sentidos y fue raptada en éxtasis hacia el cielo. Y Beatriz, la sierva de Dios, y su alma, sin su cuerpo, fue acogida en el elevado coro de los serafines, que son los más cercanos a la presencia de Dios. De forma milagrosa, reconoció que se había establecido en ella un espíritu seráfico, y, por revelación divina, comprendió claramente que ella —que se había hecho semejante completamente a ellos— había sido elegida para ejercer con ellos el servicio de alabanza y agradecimiento. Allí veía a los espíritus más bienaventurados de la patria celestial, agrupados en nueve coros y ordenados por la sabiduría divina en sus moradas bañadas de luz. Y con ellos cantaba sin parar una nueva alabanza para el Rey de los reyes. Allí podía contemplar en clara contemplación la Esencia divina en la plenitud de su gloria y el poder de su completamente perfecta majestad: cómo mantiene todo, todo lo dirige y da a cada cosa su destino. Ella comprendió que éste era su creador y que él se adhirió a ella en un abrazo increíblemente dulce.

*Y alabando y amando reposaba ella en la suprema e incomprensible beatitud»*³.

La vida de esta cisterciense continúa, también a partir de esta experiencia desconocida hasta entonces, alternando éxtasis, períodos de enfermedad, pasión abrasadora y momentos de gracias divinas. Aparentemente, cambia su vida cuando su padre comienza a pensar en una nueva fundación. Después de un período de reflexión, él sale con su hijo hacia la ciudad de Lier para construir una nueva abadía en las cercanías de ésta. En mayo del año 1236 se muda Beatriz, de nuevo con sus hermanas, padre y hermano a la nueva fundación. Aquí vivirá todavía treinta y dos años, la mayor parte de su vida. Al principio, es maestra de novicias de numerosas jóvenes que quieren ingresar. A continuación ejerce de priora. A partir de ese momento no continúa con su diario. Beatriz escribe alrededor de 1250 su doctrina espiritual, una síntesis de su propia experiencia, tal como ha crecido poco a poco: *Siete formas de amor*. Es la obra en prosa más antigua que se conserva en neerlandés. En 1260 fallece Bartolomé. No tendría menos de setenta y dos años cuando salió para Lier, pero aún habría de vivir veinticinco, para morir de avanzada edad. Beatriz murió el 29 de agosto de 1268.

II. LAS «SIETE FORMAS DE AMOR»

Este pequeño tratado describe siete manifestaciones de amor místico. La palabra medio-neerlandesa *maniere* aparece en algunas traducciones como «grado». En esos casos el texto se interpreta como camino ascendente del alma. Es cierto que se puede encontrar en este tratado un itinerario, pero no en sentido estricto. En primer lugar, la escritora nos deja ver qué fenómenos de carácter místico y qué formas de amor y deseo pueden producirse en el camino. Las formas o modos que ella dibuja implican un crecimiento, pero cada nueva forma no se corresponde con un estado más alto. Esto está muy claro en la cuarta y quinta forma, que suponen un crecimiento respecto a la tercera, pero que

³ *Vita*, parágrafo 172-173.

entre sí sólo describen una diferencia en el tipo de experiencia, no de nivel. Probablemente hacemos justicia a esta obrita si la consideramos como texto a caballo entre el tratado y la narración de experiencias.

La leyenda

Al título de cada forma, sigue una leyenda que caracteriza la totalidad de las siete formas: *Hay siete formas de amor que provienen de lo más alto y a lo más alto vuelven*. La reflexión sobre su propia experiencia ha llevado a Beatriz a establecer un orden, una agrupación compuesta de siete partes. Cada forma dice algo sobre el amor de una manera específica. Pero lo que la escritora quiere hacer evidente, antes de tratar los siete aspectos, es que cada forma es una revelación de lo divino. El amor sobre el que ella habla proviene de Dios.

Primera forma: el amor como deseo

Beatriz da, como hará con todas las otras formas, un resumen de ésta: *La primera forma es un deseo que proviene activamente del amor. Mucho tiempo debe reinar en el corazón antes de poder vencer todo obstáculo, y debe obrar con fuerza y reflexión, y crecer con valentía mientras dura este estado* (líneas 4-9). Hay un paralelismo con la leyenda. En ésta, el amor llega desde lo más alto, de Dios, y en el resumen se dice que el deseo proviene del amor. Así se hace evidente que hay una distancia entre el deseo y Dios, pero que, al mismo tiempo, hay una conexión no evidente que aguarda aflorar a la superficie. Seguir el deseo es el comienzo de un camino —el camino místico—. El resto de la descripción señala que el camino será largo, que se encontrarán en él muchos obstáculos, que no sólo es necesaria la fortaleza, sino también la cautela.

La escritora comienza cada forma con una síntesis de cómo es, y a continuación explica cómo está el alma en esa forma: cómo se siente y se comporta. Sólo en la primera se desarrollan

una serie de consideraciones diferentes que merecen atención previa: *Este deseo procede evidentemente del amor mismo: el alma buena, que quiere servir fielmente y amar en toda verdad, se deja arrastrar por el anhelo de obtener y guardar la pureza, la libertad y la nobleza con que Dios la ha creado a su imagen y semejanza —algo que necesita de nuestro amor y protección* (10-17). Beatriz subraya entonces lo que ya ha dicho: que ese deseo procede del amor. La obrita que leemos tratará, después de todo, del amor. El que en la primera forma se hable de *deseo*, precisa una aclaración. ¿No es el deseo algo que deriva del hombre mismo antes que de Dios? Beatriz responde al decir que el hombre bueno es atraído hacia este deseo, cuyo origen es divino. No carece de significado que ella hable de *hombre bueno*: la primera forma es el comienzo de un proceso místico —del que Beatriz dejará ver diferentes aspectos— que presupone la fe y la madurez moral. Creer en amor místico implica un reto que va mucho más lejos que la moral general cristiana. Decisiva para todo el camino místico y con él, para esta primera forma, es la tensión entre el actual estado de los bienintencionados respecto a la pureza, la libertad y la nobleza originales que el hombre tiene a imagen de Dios.

Tras precisar el deseo, puede Beatriz dibujar la primera figura del que ama (17-31). La contundencia de la respuesta humana no deja duda sobre la seriedad con la que este deseo es interiorizado. Es un asunto en el que toda la vida de este hombre está implicada, busca crecer y a esta búsqueda se entrega completamente.

Es esencial que el amante no sólo se lance con firmeza y arroja do entusiasmo a su cometido de acercar su vida al amor, sino que también reflexione sobre sí mismo ⁴. Desde este punto de vista se reanuda ahora el mismo tema. Lo que cambia es el orden: primero, la descripción de cómo se desarrolla la introspección (32-41), y después, la síntesis (41-48). A lo largo de un repetido coloquio con él mismo, el alma tantea *lo que ella es y lo que debería ser, lo que tiene y lo que le falta a sus deseos*. Característico de Beatriz, y de la

⁴ El autoconocimiento es considerado una condición primordial para el crecimiento en toda tradición espiritual, pero este valor se subraya especialmente en la espiritualidad cisterciense en la cual se forma Beatriz.

tradición en la que se integra, es que aquí se refiere también al *corazón*. Para ella el corazón es el centro vital de la autoindagación, que sólo puede encontrar la tranquilidad cuando ha llegado sin obstáculos al permanente servicio del amor. Esto es de agradecer, tanto a Dios como al propio esfuerzo: *hasta que finalmente obtiene de Dios, por su celo y con su fe, poder servir al amor sin que las pasadas faltas la detengan* (43-46). El amor es entonces el objetivo de la autoindagación del alma, del corazón. Es importante que *la conciencia, el espíritu y la inteligencia* se relacionen verdaderamente como imágenes de Dios. Esto se especifica con los adjetivos *libre, puro, claro*, respectivamente (47-48).

Como conclusión (48-50), se confirma rotundamente la noción de las líneas 4-5 y 10-11: El deseo procede del amor.

Segunda forma: amor sin causa

La segunda forma describe un aspecto del amor que destaca por ser desinteresado: *Otra forma de amor es cuando a veces el alma quiere amar de manera completamente gratuita. Quiere servir a Nuestro Señor a cambio de nada: amarlo simplemente, sin porqué, sin recompensa de gracia o de gloria* (61-66). Para ilustrarlo, la escritora añade una comparación (66-70). Pone el ejemplo de una joven que encuentra honor y placer al servir a su señor sin esperar por ello un salario. Aquí escuchamos con seguridad la concepción del amor de San Bernardo: *Amor praeter se non requirit causam, non fructum. Fructus eius, usus eius*. De hecho, Beatriz va más allá en su aplicación (70-73). Acerca del alma, dice que quiere servir al amor con amor, sin medida, y por encima del sentido humano.

A continuación, describe cómo el alma que ama se siente y se comporta: *En este estado, cómo arde en sus deseos, cuánto anhela obrar, qué preparada está para la pena, qué dulce es en el infortunio, qué alegre en el dolor: no quiere otra cosa, con todo su ser, que complacer al amor* (73-79).

Esto se confirma nuevamente en la conclusión: *Hacer o sufrir algo a su servicio y por su honor, he aquí lo que le complace y le basta* (79-81).

Tercera forma: el deseo de satisfacer al amor

Tras la levedad de la segunda forma, en la tercera se describe una experiencia de amor dolorosa. El tema de la tercera forma es la impotencia del amante para con Dios. El alma enamorada quiere, efectivamente, contentar y satisfacer al amor: *A veces, el alma buena vive otra forma de amor, que lleva consigo grandes penas. Consiste en la aspiración de satisfacer al amor completamente y plegarse a él con todo honor, con todo servicio, con toda obediencia, en total sumisión al amor* (83-89). El repetido *todo*, que aparece en muchas más ocasiones a lo largo del texto, tal como ahora o modificado (*todos, completamente...*), deja ver que la relación amorosa de esta forma de amor es totalitaria y radical. En esta forma de amor queda claro «cómo el hombre a veces se deja dirigir por una pasión que quiere trascender la medida de sus posibilidades hasta la plenitud de su voluntad y deseo»⁵. No debemos ver voluntarismo: A este anhelo, también se le puede aplicar lo ya dicho en la primera forma de amor, en cuanto a que el deseo proviene sin duda del amor; el alma —desde luego con su voluntad y esfuerzo— es *atraída* a la esfera donde actúa la dinámica del amor. El aspecto pasivo se confirma cuando, todavía en la misma introducción (83-95), se dice que ese deseo, ya presente en el alma, a veces resulta atormentado. Entonces se intensifica más aún. El alma quiere hacer y sobrellevar todo lo que pueda encontrar como tarea. Los adverbios de totalidad se presentan nuevamente en abundancia, y también se usan las expresiones *sin ahorrar* y *sin medida*. El deseo se ha vuelto apasionado y casi extático.

A la introducción, le sigue un largo pasaje (95-129) que plantea cómo el alma se siente y se comporta cuando ese específico deseo la posee. Lo que siente está en agudo contraste con la entrega y la pasión del deseo. En todo aquello a lo que se entrega ampliamente, encuentra, sin embargo, una gran insatisfacción. En el terreno sentimental, no se encuentra la alegría intensa y la satisfacción que podría esperarse de tan santo celo. No obstan-

⁵ H. VEKEMAN, «Minne in "Seuen Manieren van Minne" van Beatrijs van Nazareth», *Cîteaux Com. Cist.* 1986, p.295.

te, vemos que cualquier acto suyo nace de la pasión. La insatisfacción no le detiene, sino que la intención de actuar no le abandona: ante él, el «otro», la figura del amor, que es el Otro divino, que él no puede amar en la medida de su amabilidad: *Sin embargo, éste es su peor dolor: no poder satisfacer al amor a la medida de su deseo, encontrarse siempre con él en insalvable deuda* (99-102).

Ésta es la experiencia de la bancarrota, de la quiebra del deseo. Lo que se trata aquí es completamente una dinámica mística: No hay fallo moral. Beatriz señala la efectiva imposibilidad de bastar al amor: *Lo que desea es en verdad irrealizable para cualquier criatura* (105-107). La dignidad del amor es tan grande que incluso todos los hombres juntos, sobre la tierra y en el cielo, no tienen respuesta que pueda igualarla. La conciencia de la esencial insuficiencia del intento humano y la insatisfacción son dos señales de la autenticidad del anhelo. Hay una tercera: el hecho de que el deseo, que ha llegado a su límite, no queda apaciguado. El texto de la tercera forma deja ver una continua tensión entre, por una parte, la quiebra, la insatisfacción y el dolor; por otra parte, el deseo que no sólo se levanta cada vez, sino que cada vez se levanta con más fuerza. Pero, como contrapartida, la intensificación del deseo conlleva mayor intranquilidad y dolor hasta el límite de lo soportable por el hombre.

Como conclusión (129-138), dice: *Y así, le parece que su vida es muerte. Su vida es un infierno, desgracia, insatisfacción por el deseo que no puede satisfacer, ni apaciguar o tranquilizar*. Según Beatriz, no es posible que el alma que anhela escape de esta tensión. Esta dinámica ata el alma al amor. Sólo Dios puede consolarla y proporcionarle otra experiencia. Ella la denomina *otra forma de amor y de deseo y de conocimiento más íntimo de Él* (135-137). Lo último es un anexo cuyo interés casi pasamos por alto. Ya hemos tratado sobre deseo y amor, desde el principio estrechamente unidos el uno al otro. Pero esa relación es también conocimiento de Dios, y es curioso que esta última noción se refleje precisamente en la tercera forma, la forma de la quiebra del deseo. ¿Cómo podría ser diferente? Aquí más que en la alegre, satisfecha, segunda forma, el alma ha llegado hasta la conciencia del ilimitado amor de Dios.

Cuarta forma: la plenitud y la alegría del amor

La introducción a la cuarta forma habla de una alternancia de contradictorias experiencias: *Nuestro Señor suele dar otra forma de amor, unas veces con grandes delicias, otras veces con grandes penas, de las cuales vamos a hablar ahora*. Si miramos con mayor detenimiento, resulta que esas dos opuestas pero equiparables experiencias no se tratan en el marco de una sola forma. Las *delicias* se tratan en la cuarta forma; las *penas*, en la quinta. La cuarta y quinta formas establecen de esta manera un díptico.

Tras la introducción al díptico, la cuarta forma se caracteriza, en su sentido estricto, como sigue: *En ciertas ocasiones ocurre que el amor se despierta dulcemente en el alma y se levanta alegremente y se deja sentir en el corazón sin que intervenga ninguna actividad del hombre. El corazón recibe entonces un toque de amor tan tierno, y se siente tan vivamente atraído, tan afectuosamente tomado, tan fuertemente atrapado y tan dulcemente abrazado por él, que el alma resulta dolorosamente conquistada* (143-153). Esta experiencia se diferencia profundamente de las de la forma anterior. Allí reinaba la distancia, aquí gobierna la intimidad. Allí, intranquilidad y carencia; aquí, dulzura y abundancia. Allí el alma estaba en gran actividad y ansiedad, aquí en pasividad y sentimiento. Es el amor que llega, toca, sin esfuerzo del alma. El abanico de verbos pasivos permite entrever que esta experiencia sobreviene al alma como un regalo.

Después de la introducción, cuyo tono es muy afectivo pero que, sin embargo, describe desde fuera lo que ocurre, el movimiento, la conmoción de los sentimientos está matizada a través del comportamiento del amor evocado. Cuando nos dejamos dirigir por la palabra clave *ghevuelen* («sentir» o «experimentar»), distinguimos tres pasajes que aún matizan más el sentimiento. El primero suena como sigue: *Ella experimenta entonces una nueva intimidad con Dios, una claridad auxiliadora, una admirable delicia, una noble libertad, una exaltadora dulzura y un gran dominio de poderoso amor, y la plenitud de la sobreabundancia* (153-159). Lo primero es, por tanto, que, en esta experiencia de amor, el alma se siente cerca de Dios. Amor y Dios no pueden identificarse el

uno con el otro, como en algunos de los textos de Hadewijch⁶. Pero esto no debe hacernos cerrar los ojos a, precisamente, lo que aquí se ha dicho, que entre ambos existe una gran relación, que en el amor se siente a Dios. A continuación, los sentimientos se precisan más y se relacionan, entre otros, con el conocimiento (*claridad auxiliadora*, en la que se puede reconocer *el amor «ipse intellectus»* de Guillermo de Saint-Thierry) y con la estructura del «*imago Dei*» (*noble libertad*). El amor no sólo conduce hasta el conocimiento, sino que también acerca al alma a su nobleza como imagen de Dios. La *admirable delicia* y la *exaltadora dulzura* representan ambas la euforia del sentimiento, que culmina en la desbordante alegría que siente el alma.

En el segundo pasaje: *Y en ese momento siente que todas sus facultades han sido santificadas en el amor, que su voluntad se ha convertido en amor, y que está tan profundamente sumergida y devorada en el abismo del amor, que ella misma ya no es otra cosa que amor* (159-165). El texto deja de atender a los sentimientos en sí para tratar de la labor transformadora que la experiencia del amor ha practicado en todos los niveles: en los deseos, en la voluntad (que es el instrumento del amor entre las facultades superiores) e incluso más profunda y completamente en el alma, *que ella misma ya no es otra cosa que amor*.

Antes del tercer pasaje sentimental, Beatriz interpone una lección que trata de la labor y la gran superioridad del amor que ha obrado la citada transformación. Es una unidad textual poderosamente rítmica (165-174), donde el carácter totalitario de la transformación se expresa, sobre todo, en la elección de los verbos y por la cadencia del *minne*, *minne* continuamente repetido.

Después de la intensificación del deseo y la intranquilidad que hemos visto en la tercera forma, no nos sorprende que en la cuarta también el sentimiento se dinamice: *Cuando siente esta abundancia de delicias y esta plenitud de corazón, su espíritu se abisma completamente en el amor, su cuerpo desfallece, su corazón se derrite y sus fuerzas la abandonan. Ella está dominada de tal manera por el*

⁶ No en todos. Pero «Satisfacer al amor» y «satisfacer a Dios» son prácticamente intercambiables.

amor que apenas puede tenerse: a menudo pierde el uso de sus miembros y sentidos (174-182). La cuarta forma termina con la descripción de la repercusión de la *suavitas* en la constitución y el corazón humanos, en forma de reacciones psicosomáticas. Es una especie de embriaguez espiritual en la cual el hombre no puede controlarse totalmente a sí mismo. En la frase final (182-187) vuelve Beatriz a la imagen del cuenco colmado, que también en Cîteaux se usaba con gusto.

Quinta forma: gran inquietud en el deseo

La quinta forma es el otro tablero del díptico. La frase inicial es conscientemente paralelística con la correspondiente de la cuarta forma. Frente a *En ciertas ocasiones ocurre* (cuarta forma), aparece aquí *Otras veces ocurre*. Hay una imagen colectiva, la del amor que se despierta en el alma y que se levanta. Pero los adjetivos dejan claro que el contraste entre los dos planos es grande, que las cosas *casi se encuentran* en sus contrarios: frente a *se despierta dulcemente* encontramos *se suscita fuertemente*, y frente a *se levanta alegremente*, aquí *se eleva intempestivamente*. El efecto es desgarrador: *Otras veces ocurre que el amor se suscita fuertemente en el alma. Se eleva intempestivamente, con gran ruido e ímpetu, como si quisiera romper violentamente el corazón y arrastrar al alma, fuera y por encima de sí misma, a la experiencia y al gozo del amor* (189-195). Frente a la intimidad y dulzura de la cuarta forma, el comportamiento del amor (aquí nuevamente personificado) es vehemente e imprevisible: se trata de violencia, furia, tormenta, ruido y la amenaza de división. La consecuencia es que el alma ni tiene la experiencia del amor, ni se tiene a sí misma, y se dirige con fuerza a lo que le falta. La presentación de esta forma es como sigue: *Además, el alma es conmovida por el audaz deseo de cumplir las grandes obras, en las obras puras del amor, o llevar a cabo las numerosas exigencias del amor. O bien quiere descansar en el dulce abrazo del amor, en la riqueza deliciosa y en el gusto enorme de tenerlo. Eso es lo que su corazón y todos sus sentidos le desean con ardor, le buscan con celo y le reclaman con pasión* (196-205).

Donde antes estaba el amor libre de problemas (la cuarta forma), ahora se habla de *arrastrar al alma (...) a la experiencia y al gozo del amor*. Esto refleja una distancia, la presencia del amor no es bastante sin más, sino que ahora el deseo busca el gozo. A continuación, vuelve un aspecto de la tercera forma: la actividad que el alma quiere desplegar en grandes obras. O su deseo de reposar en lo que daba la cuarta forma. Este punto de partida se convierte ahora en querer conservar lo que le daba la forma anterior. El alma quiere poseer, quiere gozar. Pero el deseo de poseer algo crea distancia; dificulta el tenerlo simplemente. No necesita interpretación el hecho de que diferentes posibilidades hacia las que se dirige el deseo se denominen aquí inquietudes caprichosas. Es verdad que hay diferentes formas, pero la base de todas ellas es la distancia entre tener y desear.

En el pasaje donde Beatriz, como de costumbre, describe la experiencia⁷ de lo que ha representado con una identificación esencial⁸, llama la atención que, esta vez, no pueda bastarle con decir lo que el alma siente. Debe refugiarse hasta en dos series de descripciones de diferentes tipos y que en sí mismas son ya una imagen del titubeante equilibrio o de lo amenazante de esta forma de amor. En primer lugar, hay un asombrosamente poderoso objetivo permanente, que se expresa en la actividad total del espíritu: *Cuando ella está en este estado, se encuentra tan fuerte en espíritu, y amplía de corazón, y con tanta exigencia física y tan enérgica en la realización, y tan activa exterior e interiormente, que le parece ser todo dinamismo, aunque exteriormente está completamente tranquila* (206-212). ¿No es éste el retrato de una fuerte personalidad? Sin embargo, esta imagen contrasta con la descripción del sentimiento (212-222). Espíritu y corazón, deseo y sentimiento no están conformes el uno con el otro, hay un gran abismo interior: *Al mismo tiempo, en su interior, se siente lánguida en extremo, pero también llena de nerviosa esperanza de amor. Siente la impaciencia de su deseo y las penas múltiples de un corazón insatisfecho*. Esta primera reacción sentimental es ya de un carácter com-

⁷ Como respuesta a la pregunta ¿Cómo está el alma amante?

⁸ Como respuesta a la pregunta ¿Cómo es esta manera?

puesto. Le siguen todavía más movimientos del sentimiento, que deja ver amargura frente a la primera enumeración de lo que el anhelo busca ⁹.

A continuación, Beatriz describe dos fenómenos que constituyen la experiencia límite de esta forma: la herida de amor (222-229) y la *orewoet*, la ira de amor (229-235).

Dos comparaciones, la de una saeta que atraviesa el corazón (235-238) y la de un fuego devorador (239-258), describen de nuevo esa dolorosa realidad.

La última unidad textual (258-268) da un giro a la aproximación. Si bien la experiencia de esta forma es dolorosa, si el deseo anhela lo que no puede recibir. Esto no significa que el alma carezca de todos los dones en esta forma de amor. No se trata aquí de una noche de abandono. El alma se consuela, pero ese consuelo no puede contentarla, porque cuanto más tiene, más quiere: *Cuanto más recibe desde lo alto, más reclama; cuanto más se le revela, más se estimula su deseo de aproximarse a esa luz: la verdad, la pureza, la nobleza y la fruición del amor. Y, cada vez con más fuerza, es estimulada y atraída, sin recibir, no obstante, contento o satisfacción. Lo que más la sana y refresca y, al mismo tiempo, la hiere y atormenta, es lo que más la favorece*. En realidad, esta forma también es muy fructífera. El anhelo se abre a un mundo que en realidad no es posible. No se abre según la medida de lo humano, sino que se hace infinito y desmesurado y sólo así puede el alma tratar con Dios como corresponde a su infinitud. Como también sólo la herida puede sanar al alma.

Sexta forma: amor y libertad

Mientras que las primeras cinco formas se introducen como «otra nueva forma» de amor, la introducción de la sexta señala evidentemente que ahora se va a tratar de un más alto grado: *Cuando la prometida de Nuestro Señor ha avanzado y ascendido a ven-*

⁹ En 212-222 varios términos expresan una reacción a lo que se buscaba o esperaba en 196-205. La estructura de ambos pasajes muestra varios paralelismos.

tajas espirituales mayores, experimenta aún otra forma de amor, caracterizada por una unión más íntima y conocimientos más profundos (270-275). Esta frase contiene distintas expresiones para hablar de crecimiento: *avanzado, ascendido, mayores, más íntima, más profundo*. La imagen de una *ascensión* ayuda a interpretar el momento actual como un itinerario quizás realizado parcialmente. Además, el alma enamorada se denomina ahora *prometida*, un privilegio que antes todavía no había recibido. La continuación del pasaje introductor consta de los elementos más descriptivos, que remiten al crecimiento: *Ella siente que el amor ha hecho desaparecer todos los obstáculos interiores y que ella ha corregido todos los defectos, por lo cual es maestra de ella misma y no encuentra ya resistencia. Domina su corazón con toda seguridad para tratar libremente o reposar en la fruición* (275-282). Otra vez aparece aquí el término *obstáculo* de la primera forma, donde se dice que el deseo debería regir en el corazón largo tiempo, antes de que sean ahuyentados los obstáculos. Ese momento largamente esperado ha llegado. Además, la prometida ha conseguido disponer de su propia existencia, ha llegado a ser dueña de sí misma, experimenta que puede *reposar en la fruición y tratar libremente*. Estas palabras sugieren la *unio mystica*.

Dos aspectos de este alto amor se desarrollan ahora: la naturalidad de la relación amorosa (282-300) y la grandeza del amor (300-327), y en ambas se establecen tres pasos. Primero Beatriz describe la experiencia de la naturalidad y la facilidad con la cual la prometida lleva una vida de amor. En la descripción de esta praxis de amor (282-286) destacan términos como *pequeño, ligero y suave*. El segundo paso (287-291) es la indicación de lo que esto significa en profundidad: *Ella experimenta entonces una fuerza divina, una pureza límpida, una dulzura espiritual, una libertad ferviente, una sabiduría fortalecedora, una dulce igualdad con Dios*. Las palabras *pureza y libertad* incitan a recordar algo que —de nuevo— se dijo en la primera forma, que sin duda el alma deseaba tener la pureza, la libertad y la nobleza con que Dios la ha creado a su imagen y semejanza. En la sexta forma se cumple este deseo. Los adjetivos que acompañan a *pureza y libertad*, lo mismo que *sentir (ella siente)*, dejan ver que aquí no se trata ya de un

ideal, sino de una rica experiencia. Coincidir con la imagen de Dios es participar en la realidad divina, es una *igualdad con Dios*, de quien la prometida recibe la *fuerza* y la *sabiduría*, todo esto unido a una *dulzura espiritual*. El tercer paso es el desarrollo de una imagen (291-300). Beatriz dibuja a un ama de casa que gobierna su hogar con naturalidad, comodidad y soberanía. Ella ha atendido con cuidado lo relacionado con la casa, tiene todo bajo perfecto control y hace todo en su momento. Al principio de la comparación, el alma es esa ama de casa, mientras que al final se identifica con el amor en el alma. La libertad del alma se determina con la medida en que deja al amor reinar en ella. La unión de los aspectos «naturalidad» y «grandeza» es entonces íntima. Probablemente por eso, el orden de las imágenes también hubiera sido posible a la inversa. A la imagen del ama de casa siguen las del pez y el ave, que reflejan la libertad del alma en la profundidad, anchura y altura del amor, y que introducen, desde el punto de vista estructural, el segundo tema (la grandeza del amor), en el reflejo invertido de los tres pasos del primer tema: imagen (300-306)-significado (306-311)-experiencia amorosa (311-327). Por el pretérito perfecto en que se ha planteado el segundo paso, se presenta también el tercer paso (la experiencia) como una mirada retrospectiva. En la experiencia, el poder del amor aún no era perceptible, porque el alma todavía no había madurado. Esta forma de decir confirma de nuevo la importancia de la sexta forma como cumplimiento de un proceso. En la experiencia se reflexiona en parte sobre la pena de la quinta forma: *Ella sabe perfectamente que ni trabajo ni sufrimiento importan al amor cuando reina en un alma*. El alma enamorada se da cuenta entonces de su crecimiento.

Pero, al mismo tiempo, Beatriz quiere dejar claro que las anteriores formas desarrollaban un camino necesario. Esa consideración da pie a un pasaje con carácter propio dentro de la sexta forma (327-339).

La introducción de esta forma estaba llena de señales que sugerían que aquí se ha alcanzado lo que ya se buscaba desde la primera forma. En la misma línea aparece ahora el final (339-346). *La conciencia está libre*, dice el primer elemento. Com-

paremos esta afirmación con un pasaje de la primera forma: *Ésta es la mayor preocupación del alma en este estado, su obra y su labor, hasta que finalmente obtiene de Dios, por su celo y su fe, poder servir al amor sin que las pasadas faltas la detengan, con una conciencia libre, un espíritu purificado, la clara inteligencia* (41-48). La libertad de la conciencia va acompañada por otras nociones que respiran la misma atmósfera de cumplimiento, en la experiencia (*el corazón lleno de dulzura...*) y en el estado espiritual (*elevación del espíritu*). Pero la esfera de cumplida perfección es lo más fuerte, en la confirmación de que todo esto significa *el principio de la vida eterna*. Este pensamiento se actualiza con la nueva confirmación de que, con él, una vida angelical ha comenzado, y que el alma enamorada ya pisa la frontera con la vida eterna.

Séptima forma: anhelo y cautiverio

El aspecto del amor místico que Beatriz ha tratado en la sexta forma, ¿no era la cima? ¿No se denominó prometida al alma? ¿No se habían apartado ya todos los obstáculos del camino? Sin embargo, la séptima forma anuncia una forma superior aún. Beatriz pide atención para una experiencia de amor cuyo centro de gravedad no está en el *self*, aunque éste se determina en la sexta forma completamente por el amor, sino en el Otro: *Es atraída al amor por encima de las posibilidades humanas, por encima de los sentidos, de la razón humana y de cualquier operación de su propio corazón. Sólo por el amor eterno es atraída a la eternidad, a la sabiduría inconcebible, en la altura intangible y el profundo abismo de la Deidad, que es todo en todas las cosas y en todo permanece incomprensible, y que es inmutable en todo su rico ser, en su poder todo, su comprender todo, todo su obrar soberanamente* (350-363).

Después de esa relación, Beatriz describe el aspecto experimental de esta forma (363-375). Las precedentes se caracterizaban o bien por poner el acento en el amor o bien por ponerlo en el deseo. Con respecto a la séptima forma, lo propio es la actuación conjunta del deseo y el amor. La noción de que el deseo tie-

ne su lugar permanente en la unión mística será descrito discursivamente por Ruusbroec en sus *Bodas espirituales*¹⁰. Beatriz lo describe aquí, y con riqueza, a la medida de su experiencia. El estar en el gozo del amor no es sólo un deseo que procede de la propia alma, sino que es también algo que debe codiciarse: *pues el amor no le deja ni respiro ni reposo, ni paz de ninguna clase*. Esta frase sirve enlace a otro pasaje (375-387), en el cual se dibuja, en primer lugar, la relación del amor. El amor no es aquí la relación amorosa, sino una personificación del amor con la figura de un compañero o, quizás, del Amado, Dios, de quien el dar y tomar resulta incomprensible para el hombre. Su comportamiento se describe con expresiones paradójicas, que expresan al unísono la capacidad de «dar vida» y de «dar muerte» del amor. Pero ésa es precisamente la forma que usa el amor para atraer al alma sobre sí misma y por encima del tiempo, en la eternidad del amor. Esto sitúa al alma en el deseo ya nunca prescindible de estar «allí arriba», en la eternidad.

El anhelo sobre el que habla Beatriz es ahora su única realidad: *Todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor*. De paso, hay que decir que Beatriz en momentos como éste, cuando expresa algo que merece atención, utiliza medios poéticos. A lo largo del texto, hay pasajes cuya prosa queda subrayada por medio de asonancias y consonancias. Esta característica se pierde a veces inevitablemente en la traducción. Como ejemplo, compárense los textos original y traducido de un fragmento (387-395):

Dat es hare wesen ende har wille, hare begerte ende hare minne, in die sekere waerheit ende in die pure clærheit, ende in die edele hoeheit ende in die vervende scoenheit, ende in die suete geselschap van den oversten gheeste die al vloeiën van overvloedeger minnen, die sijn int clare bekinnen ende int hebben ende int gebruiken hare minnen.

Todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor se encaminan hacia la segura verdad, la pura claridad, la alta nobleza y la deliciosa belleza y a la dulce compañía de los espíritus superiores que están llenos de abundante amor. Ellos conocen el amor plena y completamente, poseyéndolo y gozándolo.

¹⁰ Véase, sólo como resumen, JAN VAN RUUSBROEC, *Obras escogidas* (BAC, 1997) 304-305.

Este texto es la introducción a una descripción visionaria del eterno goce: *Pues entre los espíritus está su camino y su deseo, sobre todo, en el coro de los serafines ardientes; pero es en la gran Deidad y la alta Trinidad donde tiene su dulce reposo y su agradable vivienda. Ella busca a Dios en su majestad, los ojos de su corazón y espíritu lo siguen y descansan en él. Ella le conoce, le ama, le desea de tal manera que no mira ni a santo ni a ángel ni a hombre ni a ninguna criatura, si no es desde este amor que todo lo comprende, con el que le ama a él y a todo. Es a él exclusivamente a quien ella ha elegido en el amor, por encima de todas las cosas, por debajo de todas las cosas y en todo. Con toda la pasión de su corazón y toda la fuerza de su espíritu quiere verlo, poseerlo y gozarlo.*

La tensión entre esta intuición y el estado humano normal lleva a experimentar la realidad terrenal como exilio. La mayor parte de la séptima forma está consagrada a reflejarlo así (413-474). Un importante elemento es la cita de San Pablo, de la Carta a los Filipenses: *cupio dissolvi et esse cum Christo* (deseo ser librado y estar con Cristo, Flp 1,23). La conclusión es que el hombre amante y anhelante debe vivir con un mal de por vida. Beatriz hace ver que esta expresión no debe ser mal interpretada, como manifestación de *contemptus mundi* (434-435). Por el contrario, debe ser juzgada desde una jerarquía de valores, en la cual la gloria del gozo ocupa el lugar más elevado. El *orewoet* (la ira del amor) ha recibido un vasto espacio en esta vida. Otro elemento es el *Renuit consolari anima mea*, que expresa que el alma renuncia a cualquier consuelo ofrecido. Pues el líquido para extinguir la llama resulta ser aceite sobre el fuego: *Pues todo reposo que puede encontrar, al hacer crecer más aún su amor, la atrae hacia un estado más alto, renueva su deseo de ejercer el amor y gozarlo y soportar su exilio sin ninguna satisfacción*. Sólo la presencia del Amado puede convencerla.

A ésta, sigue una mirada retrospectiva en prosa poética (474-497) sobre los numerosos desvíos y contrariedades por donde lleva el camino del amor, y la total dedicación del alma enamorada a la voluntad del amor, cualesquiera que sean las circunstancias.

El final de las siete formas recopila el movimiento: *Por eso, ella no deja nunca de buscar al amor, pues desearía conocerle y gozarle. Pero es algo imposible en el exilio* (497-500). La conclusión es: *Su viaje es, pues, hacia ese país donde ella ha establecido su residencia, donde su amor y su deseo han anclado* ¹¹. Con la repetición de *allí*, Beatriz evoca el encuentro con el Esposo, la *unitas spiritus*, el gozo de la unión, el amor eterno. Y termina con el deseo: *Dios quiera conducirnos a todos hasta allí. AMÉN.*

¹¹ El amor y el anhelo se encuentran otra vez unidos: esto caracteriza a la séptima forma.

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS Y TRADUCCIONES

- Beatrijs van Nazareth, Seven Manieren van Minne*, uitg. door L. Reypens s.j. en J. Van Mierlo s.j. (Leuvense Studieën en Tekstuitgaven XII), Leuven, 1926.
- Vita Beatricis. De autobiografie van de Z. Beatrijs van Tienen O.Cist. 1200-1268* (Studieën en Tekstuitgaven van Ons geestelijk erf XV) (Antwerpen 1964).
- Beatrijs van Nazareth. Van Seuen Manieren van Heiliger Minnen*. Uitgegeven naar het Brussels handschrift (Klassiek Letterkundig Pantheon) (Zutphen 1971).
- Beatrijs van Nazareth. Seven Manieren van Minnen*. Vertaling hedendaags Nederlands door J. van der Kun (Antwerpen 1929).
- Hadewijch. Lettres Spirituelles. Béatrice de Nazareth. Sept Degrés d'Amour*, traduction du moyen-néerlandais par Fr. J.-B.M. P[orion] (Genève [Martigny] 1972).
- Beatrice of Nazareth. The seven Steps of Love*. Traducción en inglés por M. J. CARTON, en *Cistercian Studies* 19 (1984) 31-42.

ESTUDIOS

- GANCK, R. DE, «The Biographer of Beatrice of Nazareth»: *Cistercian Studies* (1988) 319-329.
- GANCK, R. DE, *Beatrice of Nazareth in her context*, 3 dln in 2 volumes (*Cistercian Studies Series*, números 121+122) (Kalamazoo [Michigan Cistercian Publications] 1991).
- VEKEMAN, H., *Beatrijs van Tienen. Seven Manieren van Minne. Lexicografisch onderzoek*. Dl.I: Studie van het object en de literaire structuur der zeven manieren afzonderlijk, in het licht van de 12de-eeuwse spiritualiteit van Cîteaux. Dl. II: Lexicografie van het volledige woordmateriaal door de studie van het woord in zijn context (Leuven 1967).
- «Minne in "Seuen Manieren van Minne" van Beatrijs van Nazareth», en *Cîteaux Com. Cist.* (1986) 4, 284-316.
- «Vita Beatricis en Seuen Manieren van Minne. Een vergelijkende studie», en *Ons geestelijk erf* 46 (1972), 3-54.
- «Van Seuen Maieren van Heiliger Minnen. Extase en traditie in een cultus van de minne», en *Tijdschrift voor Nederlandse Taal en Letterkunde* 88 (1972), 178-199.

- «Beatrijs van Nazareth. Die Mystik einer Zisterzienserin», en P. DINZELBACHER und D. R. BAUER, *Frauenmystik im Mittelalter* (Ostfildern 1985) 78-98.
- «Beatrijs van Nazareth. De mystiek van een Cisterciënserin», en *Tijdschrift voor Nederlands en Afrikaans* 2 (1984), 170-185.

SIETE FORMAS DE AMOR *

Hay siete formas de amor que provienen de lo más alto y que a lo más alto vuelven.

- 4 *La primera forma* es un deseo que procede activamente del amor. Largo tiempo debe reinar en el corazón antes de que pueda vencer todo obstáculo, y debe
- 8 obrar con fuerza y reflexión, y crecer con valentía mientras dura este estado. Este deseo nace evidentemente del amor mismo: el alma buena, que quiere
- 12 servir fielmente y amar en toda verdad, se deja arrastrar por el anhelo de obtener y guardar la pureza, la libertad y la nobleza con que Dios la ha creado a su imagen y
- 16 a su semejanza —algo que necesita de nuestro amor y protección. Es en este camino donde el alma quiere caminar, relacionarse y crecer, ascender hacia un
- 20 amor más alto, hacia un conocimiento de Dios más íntimo, hasta la perfección que le ha sido destinada y a la que es llamada por su Creador. A esto es a lo que se
- 24 aplica mañana y tarde, a ello se entrega completamente. Es toda su pregunta, toda su aplicación, toda su reclamación ante Dios, todo su pensamiento: ¿cómo
- 28 puede alcanzarlo y cómo puede conseguir igualarse al amor en el esplendor de las virtudes y en la total pureza de su constante nobleza de amor?
- 32 Esta alma examina a menudo lo que ella es y lo que debería ser, lo que tiene y lo que falta a sus deseos: llena de celo y grandes deseos, con toda la sagacidad de
- 36 la que es capaz, se esfuerza en guardarse y evitar todo lo que podría poner

* La numeración en nuestra traducción de *Siete formas de amor* no depende de una edición crítica.

La obra, breve pero intensa, nos ha hecho optar por un formato que permite una lectura concentrada, casi poética.

obstáculos a estas obras; no reposa, ni
 40 deja de buscar, reclamar, indagar, tomar
 y guardar todo lo que puede ayudarla,
 hacerla avanzar en amor. Ésta es la
 mayor preocupación del alma en este
 44 estado, su obra y su labor, hasta que
 finalmente obtiene de Dios, por su celo y
 su fe, poder servir al amor sin que las
 pasadas faltas la detengan, con una
 48 conciencia libre, un espíritu purificado,
 una clara inteligencia. El deseo de tal
 pureza y de tal nobleza procede con
 seguridad del amor, y no del temor. Éste
 nos hace actuar y soportar el sufrimiento,
 52 tomar o dejar las cosas para evitar la
 cólera divina, los juicios de ese justo
 Juez, los castigos eternos y los males
 temporales. Pero el amor sólo busca la
 56 pureza, la alta y suprema nobleza que él
 es por esencia, y a los que se dedican a
 él, les enseña a vivir también de esta
 manera.

60 *La segunda forma de amor*

Otra forma de amor es cuando a veces el
 alma quiere amar de manera
 completamente gratuita. Quiere servir a
 64 Nuestro Señor por nada: amarlo
 simplemente, sin porqué, sin recompensa
 de gracia o de gloria. Como una
 muchacha que se consagra al servicio de
 68 su señor por puro amor, sin salario
 ninguno, satisfecha de servirle y de que él
 le permita servir, de esta manera querría
 ella servir al amor con amor sin medida,
 72 por encima de toda razón y comprensión,
 con toda su generosidad y fidelidad. En
 este estado, cómo arde en sus deseos,
 cuánto anhela obrar, qué preparada está
 76 para la pena, qué dulce es en el
 infortunio, qué alegre en el dolor: no
 quiere otra cosa, con todo su ser, que
 complacer al amor. Hacer o sufrir algo a
 80 su servicio y por su honor, he aquí lo que
 le complace y le basta.

La tercera forma de amor

A veces, el alma buena vive otra forma

84 de amor, que lleva consigo grandes
 penas. Consiste en la aspiración de
 satisfacer al amor completamente y
 plegarse a él con todo honor, con todo
 88 servicio, con toda obediencia, en total
 sumisión al amor. De vez en cuando el
 deseo se eleva en ella violentamente; y
 entonces se entrega apasionadamente a
 92 querer hacerlo todo; no hay virtud de la
 que no busque la perfección, nada que no
 quiera sufrir o soportar, ahorro o medida
 que admita en sus obras. Ella está
 96 dispuesta a todos los servicios, es rápida
 e intrépida en el esfuerzo o en la pena.
 Pero cualquier cosa que haga la deja
 insatisfecha. Sin embargo, éste es su peor
 100 dolor: no poder satisfacer al amor a la
 medida de su deseo, encontrarse siempre
 con él en insalvable deuda. Ella sabe muy
 bien que lo que quiere sobrepasa las
 104 fuerzas y posibilidades humanas, y
 muchas de sus propias posibilidades. Lo
 que desea es en verdad irrealizable para
 cualquier criatura. Pero ella sola querría
 108 hacer tanto como todos los hombres de
 la tierra y todos los espíritus del cielo, y
 todos los seres de arriba y de abajo, e
 infinitamente más aún, para servir, honrar
 112 y amar al amor según lo que merece. Lo
 mucho que falta en sus obras quiere
 suplirlo con toda su voluntad y su fuerte
 deseo. Pero esto mismo no puede
 116 satisfacerla. Sabe bien que el
 cumplimiento de este deseo está por
 encima de su poder, de todo sentido y
 razón humana. Ella, sin embargo, no
 120 llega a moderarse, a dominarse, a
 tranquilizarse. Hace todo lo que puede:
 rinde al amor gracias y alabanzas, obra y
 trabaja, gime y suspira por él; y se ofrece
 124 completamente a él. Todo esto no le
 permite ningún reposo. Es un gran
 sufrimiento no poder desear más que lo
 que no puede conseguir. Por eso debe
 128 permanecer en las penas de su corazón y
 tener por hogar la insatisfacción. Y así, le
 parece que su vida es muerte. Su vida es
 un infierno, desgracia e insatisfacción por

- 132 el deseo que no puede satisfacer, ni
apaciguar o tranquilizar. No puede salir
de este estado hasta que nuestro Señor la
136 consuela y le hace pasar a otra forma de
amor y de deseo y de conocimiento más
íntimo de él. Entonces ella debe ajustar
su vida a lo que le da el Señor.

La cuarta forma de amor

- 140 Nuestro Señor suele dar otra forma de
amor, unas veces con grandes delicias,
otras veces con grandes penas, de las
cuales vamos a hablar ahora. En ciertas
144 ocasiones ocurre que el amor se despierta
dulcemente en el alma y se levanta
alegremente y se deja sentir en el corazón
sin que intervenga ninguna actividad del
148 hombre. El corazón recibe entonces un
toque de amor tan tierno, y se siente tan
vivamente atraído, tan afectuosamente
tomado, tan fuertemente atrapado y tan
152 dulcemente abrazado por él, que el alma
resulta totalmente conquistada. Ella
experimenta entonces una nueva
intimidad con Dios, una claridad
156 auxiliadora, una admirable delicia, una
noble libertad, una exaltadora dulzura y
un gran dominio de poderoso amor, y la
plenitud de la sobreabundancia. Y en ese
160 momento siente que todas sus facultades
han sido santificadas en el amor, que su
voluntad se ha convertido en amor, y que
está tan profundamente sumergida y
164 devorada en el abismo del amor, que ella
misma ya no es otra cosa que amor. La
belleza del amor se la ha comido, la
fuerza del amor la ha devorado, la
168 dulzura del amor la ha absorbido, la
grandeza del amor la inunda, la nobleza
del amor la estrecha; la pureza del amor
la ha adornado y la altura del amor la ha
172 elevado y la ha comprendido en él
mismo: ella no puede sino pertenecer al
amor y dedicarse sólo a él. Cuando siente
esta abundancia de delicias y esta
176 plenitud de corazón, su espíritu se abisma
completamente en el amor, su cuerpo
desfallece, su corazón se derrite y sus
fuerzas la abandonan. Ella está dominada

- 180 de tal manera por el amor que apenas
puede tenerse: a menudo pierde el uso de
sus miembros y sus sentidos. Como un
vaso colmado se derrama al menor
184 movimiento, así se siente de repente
tocada y vencida por la gran plenitud de
su corazón, y a menudo pierde por nada
el dominio de sí misma.
- 188 *La quinta forma de amor*
Otras veces ocurre que el amor se suscita
fuertemente en el alma. Se eleva
intempestivamente, con gran ruido
192 e ímpetu, como si quisiera romper
violentamente el corazón y arrastrar al
alma, fuera y por encima de sí misma, a la
experiencia y al gozo del amor.
- 196 Además, el alma es conmovida por el
audaz deseo de cumplir las grandes
obras, en las obras puras del amor, o
llevar a cabo las numerosas exigencias
200 del amor. O bien quiere descansar en el
dulce abrazo del amor, en la riqueza
deliciosa y en el gusto enorme de tenerlo.
Eso es lo que su corazón y todos sus
204 sentidos le desean con ardor, le buscan
con celo y le reclaman con pasión.
Cuando ella está en este estado, se
encuentra tan fuerte en espíritu, y amplía
de corazón, y con tanta exigencia física y
208 tan enérgica en la realización, y tan activa
exterior e interiormente, que le parece ser
todo dinamismo, aunque exteriormente
212 está completamente en calma. Al mismo
tiempo, en su interior se siente
lánguida en extremo, pero también
llena de nerviosa esperanza de amor.
- 216 Siente la impaciencia de su deseo y las
penas múltiples de un corazón
insatisfecho. De pronto, sin ninguna
razón, o porque suplica ansiosamente el
220 amor o la fruición rehusada a su deseo,
la atormenta el sentimiento del amor
mismo. Con todo esto se vuelve el amor
tan ilimitado y tan violento en el alma
224 —poderosa y ardientemente marca con su
hierro el corazón— que a ella se le
figura que su corazón recibe heridas por
todas partes, y que sus heridas no dejan

- 228 de renovarse, cada día más ardientes y
más dolorosas. Y así, le parece que se le
rompen las venas, que su sangre hierve,
que su médula se debilita; sus huesos
232 desfallecen, su pecho decae, su garganta
se seca. Su rostro y todos sus miembros
sienten la quemadura interior y la ira
soberana del amor. A veces siente
236 también que una flecha le atraviesa el
corazón hasta la garganta y hasta el
cerebro, como si perdiera la razón.
Y, como un fuego devastador, que atrae
240 todo lo que puede consumir, siente que
el amor actúa furiosamente en ella, sin
piedad y sin medida, exigiéndola y
devorándola completamente. Todas estas
244 cosas la atormentan. Se siente
debilitada y carente de las fuerzas que le
son precisas, pero su alma es nutrida, su
amor amamantado y su espíritu
248 mantenido expectante. El amor en verdad
sobrepasa de tal manera sus
posibilidades, que no puede conseguir
gozarlo. El dolor le hace querer romper
252 los grillos, si fuera posible sin turbar la
unión. El lazo del amor la ata tan corto,
su inmensidad la sujeta de tal manera
que no puede guardar ni medida ni razón.
256 Tampoco puede atender al buen
sentido ni moderarse, ni esperar con
paciencia. Cuanto más recibe desde
lo alto, más reclama, cuanto más se
260 le revela, más se estimula su deseo de
aproximarse a esa luz: la verdad, la
pureza, la nobleza y la fruición del amor.
Y, cada vez con más fuerza, es
264 estimulada y atraída, sin recibir, no
obstante, contento o satisfacción. Lo que
más la sana y refresca y, al mismo
tiempo, la hiere y atormenta, es lo que
268 más la favorece.

La sexta forma de amor

Cuando la prometida de nuestro Señor ha
avanzado y ascendido a ventajas
272 espirituales mayores, experimenta aún
otra forma de amor, caracterizada por
una unión más íntima y conocimientos
más profundos. Ella siente que el amor

- 276 ha hecho desaparecer todos los
obstáculos interiores y que ella ha
corregido todos los defectos, por lo cual
es maestra de ella misma y no encuentra
280 ya resistencia. Domina su corazón con
toda seguridad para actuar libremente o
reposar en la fruición. Todo le parece
pequeño en este estado: todo es fácil de
284 hacer o de dejar, de sufrir o de soportar,
lo que corresponda a la dignidad del
amor, y así le place dedicarse al amor.
Ella experimenta entonces una fuerza
288 divina, una pureza límpida, una dulzura
espiritual, una libertad ferviente, una
sabiduría fortalecedora, una dulce
igualdad con Dios. Se parece ahora a
292 un ama de casa que ha arreglado bien sus
cosas, que con su conocimiento y
prudencia y sabiduría ha organizado y
cuidado y adornado su casa. Todo tiene
296 su plan. Así es esta alma: el amor reina
en ella, poderoso y soberano, obra y
descansa competentemente y hace o deja
en todas las cosas exteriores o interiores
300 según su voluntad. Y como el pez que
nada en la amplitud de la corriente o
reposa en su profundidad, como el pájaro
que vuela en las alturas del cielo, así
304 siente ella que su espíritu se mueve
libremente en la profundidad y en la
anchura y la altura deliciosa del amor. El
poder del amor ha requerido y conducido
308 a esta alma, la ha guardado y la ha
protegido, le ha regalado la prudencia, la
sabiduría, el dulzor y la fuerza de la
caridad. Este poder, sin embargo, el
312 amor lo ha tenido escondido hasta el
momento en que, por una nueva
ascensión, el alma llegara a liberarse
y ser dueña de sí misma, de manera
316 que el dominio del amor en ella fuese
incontestable. Él la hace entonces tan
audaz que no teme ni a hombre ni a
diablo, ni a ángel ni a santo, ni siquiera a
320 Dios, en todo lo que hace o deja de
hacer, en su actuar y en su reposo. Ella
siente que el amor está igualmente en
vela y actuando, tanto si su cuerpo está

- 324 en reposo como en múltiples labores. Ella sabe perfectamente que ni trabajo ni sufrimiento importan al amor cuando reina en un alma. Pero todos los que
- 328 quieren llegar a él deben buscar con reverencia, seguirlo con lealtad y ejercitarse en él con ardor y sin ahorrarse ellos mismos ni en el esfuerzo ni en los dolores ni en el paciente soportar la pobreza o la molestia. No es poco que estas almas deban carecer de gran favor hasta que el amor victorioso opere en ellas sus obras soberanas, haga pequeñas las grandes cosas, facilite todo trabajo, dulcifique toda pena y todas las deudas retire. Entonces la conciencia está libre,
- 340 el corazón lleno de dulzura, la sabiduría guía los sentidos. El alma vive su nobleza y el espíritu su elevación: el comienzo de la vida eterna. Es una vida angelical ya en la tierra. Y después sigue la vida eterna, que Dios, en su bondad, nos la dé a todos.

La séptima forma de amor

- 348 El alma bienaventurada conoce todavía una forma de amor aún más sublime, que la conmueve mucho en su interior. Es atraída al amor por encima de las posibilidades humanas, por encima de los sentidos, de la razón humana y de cualquier operación de su propio corazón. Sólo por el amor eterno es atraída a la eternidad, a la sabiduría inconcebible, en la altura intangible y el profundo abismo de la Deidad, que es todo en todas las cosas y en todo permanece
- 356 incomprensible, y que es inmutable en todo su rico ser, en su poder todo, su comprender todo, todo su obrar soberanamente. El alma en este estado se encuentra tan tiernamente abismada en el amor, atraída por un deseo tan fuerte, que su turbado corazón no puede ya contener la pasión interior, su alma se desvanece y languidece de amor, su espíritu está frenéticamente ansioso. A lo que tiende todo en ella es a establecerse en el gozo de amor. Esto es lo que exige de Dios, lo

- 372 que busca ardiente y apasionadamente de él; no puede dejar de quererlo, pues el amor no le deja ni respiro ni reposo, ni paz de ninguna clase. El amor la exalta y
- 376 la hace descender, le habla y otra vez la atormenta, le da la muerte y después la vida, la sana y la hiere de nuevo, la vuelve loca y de nuevo sabia. Por estos caminos la atrae a un estado más elevado. Y así, con su espíritu, ha ascendido por encima de tiempo y duración a la eternidad del amor, que
- 380 carece de tiempo y se eleva por encima de todas las formas humanas de amor y por encima de su propia naturaleza. Su deseo está en la eternidad. Todo su ser y
- 384 toda su voluntad, su aspiración y su amor se encaminan hacia la segura verdad, la pura claridad, la alta nobleza y la deliciosa belleza y a la dulce compañía de los espíritus superiores que están llenos de abundante amor. Ellos conocen el amor plena y completamente, poseyéndolo y gozándolo. Pues entre los
- 396 espíritus está su camino y su deseo, sobre todo, en el coro de los serafines ardientes; pero es en la gran Deidad y la alta Trinidad donde tiene su dulce reposo y su agradable vivienda. Ella busca a Dios en su majestad, los ojos de su corazón y su espíritu lo siguen y descansan en él. Ella le conoce, le ama,
- 404 le desea de tal manera que no mira ni a santo ni a ángel ni a hombre ni a ninguna criatura si no es desde este amor que todo lo comprende, con el que le ama a él y a todo. Es a él exclusivamente a quien ella ha elegido en el amor, por encima de todas las cosas, por debajo de todas las cosas y en todo. Con toda la pasión de su corazón y toda la fuerza de su espíritu quiere verlo, poseerlo y gozarlo. La tierra es, pues, para ella, un gran exilio, una dura prisión, un tormento cruel. Ella no siente por el mundo más que disgusto y pena. Nada de lo terrenal puede serle agradable ni satisfacerla. Le es enormemente penoso tener que vivir tan

- 420 lejos de él y parecer una extranjera. Ella
no puede olvidar su exilio ni puede
apaciguar su anhelo, su deseo es digno
de lástima. Y, por estas cosas,
- 424 experimenta tormento y martirio sin
medida y despiadadamente. Por eso la
embarga un inmenso deseo y gran
ansiedad de ser liberada del exilio y de
- 428 los lazos de este cuerpo. Entonces, con
triste corazón, dice con el Apóstol: *Cupio
dissolvi et esse cum Christo*, es decir,
«querría ser desatada y estar con Cristo»
- 432 (Flp 1,23). Así el alma vive el inflamado
deseo y la dolorosa impaciencia de ser
liberada y permanecer con Cristo. No
por aversión a esta vida, ni por temor a
- 436 futuras penas, sino sólo en virtud de un
amor santo y eterno, desea ansiosa y
apasionadamente llegar al país de la
eternidad y la gloria del gozo. Ardiente y
- 440 poderoso es en ella el anhelo, pesada y
dura la impaciencia, e indecible la pena
que le hace sentir su deseo. No obstante,
debe vivir en la esperanza, y la esperanza
- 444 misma le hace suspirar y languidecer:
¡Ay, deseo santo de amor, qué poderosa
es tu fuerza en un alma apasionada! Es
un sufrimiento delicioso y una cruel
- 448 tortura y una prolongada enfermedad,
una violenta muerte y una agónica
vida. Ella no puede todavía llegar a lo
alto ni sentirse en paz aquí abajo. De
- 452 mero deseo, no puede soportar siquiera
pensar en él, y el tener que permanecer
privada de él la tortura incesantemente.
Y así, tiene que vivir apesadumbrada. Por
- 456 eso no puede ni quiere ser consolada,
como dice el profeta: *Renuit consolari
anima mea*, es decir, «mi alma se resiste
al consuelo» (Sal 77,3). Ocurre, en
- 460 efecto, que ella rechaza a menudo el
consuelo, le llegue de Dios o de las
criaturas. Pues todo reposo que pueda
encontrar, al hacer crecer más aún su
- 464 amor, la atrae hacia un estado más alto,
renueva su deseo de ejercer el amor y
gozarlo y soportar su exilio sin ninguna
satisfacción. De esta forma, permanece

- 468 insaciada e insatisfecha con todos los
dones que recibe, mientras debe
continuar privada de la presencia de su
Amado. Ésta es una vida agotadora, pues
- 472 no admite ningún consuelo mientras no
ha obtenido lo que busca con tanta
inquietud. El amor la ha llamado y
conducido, le ha mostrado sus senderos,
- 476 que ella ha seguido fielmente, a menudo
con grandes penas y todo tipo de
trabajos, con gran impotencia y
poderosos deseos, gran impaciencia e
- 480 insatisfacción, en las dolzuras y los
dolores y numerosas heridas, en la
petición y la plegaria, en la estrechez y la
posesión, en la subida y la caída,
- 484 adelantando o siguiendo con la mirada,
en la necesidad y la inquietud, en la
angustia y la carencia. Con gran lealtad y
también muchas dudas, está dispuesta a
- 488 soportar, con alegría o dolor. Muerta o
viva, quiere entregarse al amor.
Soportando en su corazón inmensos
sufrimientos, es sólo por el amor por lo
- 492 que quiere ganar la tierra del amor.
Cuando está bien probada en todo esto,
la gloria es su refugio. Pues tal es, por
encima de todo, la obra del amor, que
- 496 el alma busque las formas más parecidas
a él. Por eso, ella no deja nunca de
buscar el amor, pues desearía conocerle y
gozarle. Pero es algo imposible en el
- 500 exilio. Su viaje es, pues, hacia ese país
donde ella ha establecido su residencia,
donde su amor y su deseo han anclado.
Pues ella sabe bien que allí es donde
- 504 todo obstáculo desaparecerá y el Amado
la abrazará tiernamente. Allí, ella
contemplará inflamada lo que tan
tiernamente ha amado; poseerá para su
- 508 salud eterna a Aquel que ha servido con
fidelidad; gozará de toda la plenitud de
Aquel que, por amor, ha abrazado tan a
menudo en su alma. Y allí penetrará en la
- 512 alegría de su Señor, como dice San
Agustín: *Qui in te intrat in gaudium
Domini sui*, etc. Es decir: «El que entra
en ti, entra en la alegría de su Señor». Y

- 516 no tendrá temor, sino que lo poseerá a él.
El que entra en ti, entrá en la alegría de
su Señor y ya no tendrá temor, sino que
será feliz en el Bien soberano. Es
520 entonces cuando el alma está unida a su
esposo y se convierte en un solo espíritu
con él, en un amor indisoluble y una fe
eterna. Los que en el tiempo de la gracia
524 se aplican al amor, gozarán de él en la
gloria eterna, donde nada nos ocupará
más que la alabanza y el amor.
528 Dios quiera conducirnos a todos hasta
allí. Amén.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «FLORES DE
FLANDES», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIA-
NOS, EL DÍA 13 DE DICIEMBRE DEL AÑO 2001,
FESTIVIDAD DE SANTA LUCÍA, VIRGEN Y
MÁRTIR, EN LOS TALLERES DE SO-
CIEDAD ANÓNIMA DE FOTO-
COMPOSICIÓN, TALISIO, 9.
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

CLÁSICOS DE ESPIRITUALIDAD

Muy numerosas y de gran valor son las obras de espiritualidad que conocidos especialistas modernos siguen escribiendo hoy día. Pero ninguno de ellos lo hace aisladamente, todos siguen las huellas que otros dejaron en el camino del encuentro con Dios. Esta colección de *Clásicos de espiritualidad* pretende acercar al público en general los escritos más significativos de aquellos que, por su experiencia interior, se convirtieron en modelos de referencia. No se recogen en esta serie obras que teoricen sobre la vida del espíritu, sino verdaderos testimonios de un camino espiritual, de una experiencia que podemos llamar *mística*.

ÚLTIMOS VOLÚMENES

OBRAS SELECTAS
SAN JUAN DE LA CRUZ

EN LA ESCUELA DEL AMOR
SAN BERNARDO

ÉXTASIS, AMOR Y RENOVACIÓN
SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI

¡TE CONOCIMOS, SEÑOR!
M. GARCÍA MORENTE/D. HAMMARSKJÖLD/
A. FROSSARD

VIVENCIA DE CRISTO PACIENTE
SAN PABLO DE LA CRUZ

EXPERIENCIA Y TEOLOGÍA
DEL MISTERIO
SAN BUENAVENTURA

OBRAS SELECTAS
BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD

SEMILLAS DE CONTEMPLACIÓN
SAN GREGORIO DE NISA

LIBRO DE LA VIDA
SANTA TERESA DE JESÚS